



William Lindsay Gresham

EL CALLEJÓN DE LAS ALMAS PERDIDAS

Traducción de Damià Alou



Lectulandia

«¡El mundo es mío, maldita sea! ¡El mundo es mío! Los tengo en mis manos y puedo hacer que me den lo que yo quiera. El monstruo tiene su whisky. Los demás beben otra cosa: beben promesas. Beben esperanza. Y yo tengo que entregársela. Y yo puedo dársela. Puedo conseguir lo que quiera. ¡Si he podido manejar a este viejo bobo improvisando una lectura y salirme con la mía, podría llegar a senador! ¡Podría llegar a gobernador!».

«El callejón de las almas perdidas» empieza con la extraordinaria descripción de un abyecto espectáculo de feria cuyo principal reclamo es «el monstruo», alguien que ha caído tan bajo que está dispuesto a humillarse, por un trago de whisky, delante de un público ávido de sensaciones extremas. El joven Stan Carlisle, que trabaja en la feria ambulante, está convencido de que nunca acabará así. Es inteligente y ambicioso, y pronto descubre que puede engañar a cualquiera encontrando su punto débil. En poco tiempo se convertirá en un mentalista de primera, pero triunfar en una feria ambulante timando a pobres desgraciados no es suficiente para Stan, quien decide establecerse como falso reverendo y médium para estafar a ricos desesperados que ansían comunicarse con difuntos queridos a cualquier precio. Parece que Stan tiene el mundo a sus pies y que nada ni nadie puede detenerlo... al menos por ahora.

«“El callejón de las almas perdidas” combina el espeluznante mundo de la película de Tod Browning “La parada de los monstruos” con el implacable cinismo de una novela de Jim Thompson». Time.

William Lindsay Gresham

El callejón de las almas perdidas

al margen - 11

ePub r1.0

Titivillus 02.08.2020

Título original: *Nightmare Alley*
William Lindsay Gresham, 1946
Traducción: Damià Alou

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A Joy Davidman

Introducción

Por Nick Tosches

Muchas personas que lean estas páginas habrán leído *El callejón de las almas perdidas*. Pero es de esperar que otros se acerquen a esta obra singular por primera vez. Envidio a estos últimos, y no quiero interferir en la experiencia que les aguarda aportando algún detalle que revele su trama, que se va haciendo más poderosa y estrambótica a medida que avanza el libro. Pero, parafraseando a Ezra Pound, un poco de conocimiento no nos hará daño.

Este libro, publicado por primera vez en 1946, nació en el invierno de finales de 1938 y principios de 1939, en un pueblo cerca de Valencia, donde William Lindsay Gresham, uno de los voluntarios internacionales que habían acudido a defender la República en la causa perdida de la Guerra Civil Española, aguardaba a que lo repatriaran. Esperaba y bebía en compañía de un hombre, Joseph Daniel Halliday, que le contó algo que le estremeció: una atracción de feria llamada «El monstruo», un borracho que había caído tan bajo que arrancaba a mordiscos cabezas de pollo y de serpiente solo para conseguir el alcohol que necesitaba. Por aquel entonces Bill Gresham contaba veintinueve años. Como relataría posteriormente: «la historia del monstruo me obsesionó. Al final, para librarme de ella, tuve que escribirla. La novela, de la cual fue la base, pareció horrorizar a los lectores tanto como me horrorizó a mí la historia original».

A su regreso de España, según cuenta el mismo Gresham, no se encontraba demasiado bien. Estuvo muy metido en el psicoanálisis, uno de los múltiples caminos que siguió a lo largo de su vida para combatir sus demonios interiores.

Fue mientras escribía *El callejón de las almas perdidas* cuando Gresham se apartó del psicoanálisis y quedó fascinado por el tarot, que descubrió mientras cambiaba a Freud por el místico ruso P. D. Ouspensky (1878-1947) durante sus investigaciones para escribir la novela.

Ojalá hubiera estado al corriente de la ponencia leída por Freud en el Congreso del Comité Central de la Asociación Psicoanalítica Internacional en septiembre de 1921. En esa ponencia, Freud declaró: «Ya no parece posible obviar el estudio del así llamado ocultismo; de todo lo que parece sustentar la existencia de fuerzas psíquicas distintas de las fuerzas conocidas de la psique humana y animal, o que revela facultades mentales en las que hasta ahora no habíamos creído». Quizá entonces Freud y Ouspensky hubieran caminado aún más de la mano por el callejón de las almas perdidas de nuestro autor.

Gresham utilizó el tarot para estructurar su libro. La baraja del tarot consiste en veintidós triunfos con figuras, de los cuales veintiuno están numerados, y cincuenta y seis cartas divididas en cuatro palos: bastos, copas, espadas y oros. La baraja se ha utilizado durante siglos tanto para jugar como para adivinar la fortuna. A la hora de leer el futuro, son los triunfos, también conocidos como arcanos mayores, los que se utilizan principalmente, y son estas las cartas que dan título a los capítulos de la novela. El primero de estos arcanos es El Loco, que es la carta que no lleva número, y la última es El Mundo. Gresham comienza su libro con El Loco, pero luego baraja los naipes. Su mazo acaba con El Ahorcado.

A pesar de lo penetrantes que son las exploraciones psicológicas del libro, el tarot, curiosamente, se utiliza solo a veces con un cierto crédito y ominosa gravedad entre todos los demás timadores espiritualistas de la novela, que para Gresham y sus personajes no son nada más que un fraude para mentecatos.

También es interesante observar que, mientras todavía se sometía a psicoterapia, Gresham introdujo en su novela, en el personaje que lleva el nombre un tanto aparatoso de doctora Lilith Ritter, al psicólogo más cruelmente perverso de la historia de la literatura.

Posteriormente afirmaría de ese periodo de seis años de terapia que lo salvó y le falló a la vez: «Ni siquiera entonces me encontraba bien, pues la neurosis había dejado una secuela. Durante los años de análisis, trabajo editorial, y la tensión de tener niños pequeños en habitaciones pequeñas, había controlado mis angustias amortiguándolas con alcohol». Dijo: «Descubrí que no podía dejar de beber; físicamente me había vuelto un alcohólico. Y cuando el alcoholismo alcanza esa fase, Freud no tiene cura».

Nadie ha escrito nada estando borracho que valga la pena leer; pero *El callejón de las almas perdidas* muestra todas las trazas de haber sido escrito bajo la influencia del alcohol, pues este es un elemento tan poderoso en la novela que casi se puede decir que es un personaje más, una presencia esencial, como los Hados en la antigua tragedia griega. En este libro el delirium tremens se retuerce y ataca como una serpiente. La máxima de William Wordsworth según la cual la poesía era «emoción evocada con tranquilidad», encuentra aquí su contrapartida en la evocación que hace Gresham en sobriedad de lo que en su novela llama «la tiritona» (*the horrors*).

Seguramente *the horrors*, en este sentido, formaban parte del habla coloquial, al menos entre borrachos y adictos al opio, antes de que Robert Louis Stevenson utilizara la expresión en *La isla del tesoro*, y su uso es todavía muy corriente hoy en día.

La cuestión del lenguaje resulta aquí fundamental. La prosa fría y acerada de Gresham es magistral, al igual que su uso del argot en el diálogo y en el monólogo interior. Nunca afectado, y siempre natural y eficaz.

Tal como se observaba en un pequeño perfil que se publicó de él en *The New York Times Review of Books* poco después de la publicación de la novela: «Entre los intereses de Gresham están los timadores, sus artimañas y su argot, que él esparce con tal facilidad que, como decía el otro día un ejecutivo de Rinehart, es suficiente como para asustar a un ciudadano corriente y respetuoso con la ley».

La palabra *geek*^[1] (que deriva de *geck*, que significa bobo, simple o inocentón, utilizada al menos desde principios del siglo XVI hasta el XIX) era generalmente desconocida en el sentido que le daban en las ferias ambulantes —donde designaba a un «salvaje» que mordía cabezas de serpientes o pollos vivos— hasta que Gresham la introdujo entre el público en su novela. En noviembre de 1947, el popular Nat «King» Cole Trio grabó un disco titulado «The Geek».

Parece ser que parte del fascinante argot que Gresham utilizaba apareció por primera vez impreso en *El callejón de las almas perdidas*. Es posible que *geek*, en su sentido de monstruo o fenómeno, fuera una de esas palabras. Hasta ahora, el primer ejemplo lo encontramos en la sección de ferias ambulantes de la revista *Billboard*, en un anuncio clasificado aparecido el 31 de agosto de 1946, después de que la novela estuviera a punto para la venta. «No se aceptan espectáculos de monstruos ni de chicas», afirmaba un anuncio mediante el cual Howard Bros. Shows buscaba números y concesiones. (Los

anuncios solicitando monstruos en la sección de las ferias ambulantes de *Billboard* aparecieron al menos hasta 1960. Un anuncio pagado por Johnny's United Shows en el número del 17 de junio de 1957, lo dejaba bien claro: «Se busca monstruo prodigioso para un espectáculo de monstruos. Debe conocer las serpientes»).

La expresión *cold reading* («lectura improvisada») aparece impresa en este libro por primera vez casi con toda seguridad. (Nos damos cuenta del significado de estos términos a medida que nos los encontramos. Gresham nunca se rebaja a explicarlos a través de un diálogo forzado).

La expresión aparece posteriormente en el libro de 1946 de Julien J. Proskauer *The Dead Do Not Talk*, que fue recibido en la Biblioteca del Congreso casi cuatro meses después de la novela de Gresham, y al que se asignó un número de control posterior. A partir de ahí, *cold reading* aparece al año siguiente en la guía del espiritualismo de C. L. Boarde —un librito delgado, autoeditado y encuadernado en espiral—, *Mainly Mental*, y luego comienza a extenderse.

El pasaje en el que *cold reading* aparece por primera vez, en el capítulo cuatro, titulado «El Mundo», también contiene uno de los momentos decisivos de la novela, cuando el personaje central, Stan, mientras lee el viejo cuaderno de Pete, el mentalista alcohólico, se encuentra con las palabras «Se puede controlar a cualquiera averiguando de qué tiene miedo» y «El miedo es la clave de la naturaleza humana».

Stan «apartó la mirada de las páginas y la dirigió al chillón papel pintado, y a través de este al mundo. El monstruo estaba hecho de miedo. Tenía miedo de estar sobrio y de que le entrara la tiritona. Pero ¿qué le había convertido en un borracho? El miedo. Averigua de qué tienen miedo y haz que paguen por ello. Esa es la clave».

Y también en el capítulo «El Mundo» nos encontramos con la descripción de Stan, y de Gresham, del lenguaje que tanto le cautivó. Cuando Stan se adentra en el Sur profundo, donde el adivino ganaba más con la Raíz de Juan el Conquistador que con las tarjetas de horóscopo que vendía al final del espectáculo:

Su manera de hablar lo fascinaba. Su oído captaba el ritmo de aquellas palabras y se fijaba en sus expresiones, e introducía algunas de ellas en su perorata. Descubrió por qué los viejos feriantes arrastraban las palabras de aquel modo: era una combinación de todas las regiones del país. Un idioma que sonaba sureño a los sureños, del Oeste a los del Oeste. Era el

habla de la tierra, y su deje arrastrado disimulaba la escasa agilidad mental del que lo pronunciaba. Era un lenguaje relajante, iletrado, terrenal.

Este es el lenguaje de *El callejón de las almas perdidas*, y muchos críticos finos de la época lo encontraron también escandaloso y brutal. El perverso lirismo de Gresham es único: un lenguaje de alcantarilla que hurga en las estrellas, a veces un lenguaje celestial que hurga en las alcantarillas.

El callejón al que nos conduce William Lindsay Gresham no es de depravación moral, pues las sutilezas de la moralidad nada tienen que ver con él.

La novela de Gresham es un relato de muchas cosas: la locura de la fe y la astucia de aquellos que comercian con ella; el alcoholismo y el terror destructivo del delirium tremens; la baraja de la fatalidad, que reparte sus destinos abocados a la muerte sin ton ni son. No es, sin embargo, una historia de crimen y castigo, de pecado y expiación. Lo que nosotros consideramos crimen y pecado permea este callejón, pero el castigo y la expiación parecen más bien la recompensa de la vida misma.

«Era el callejón oscuro, una y otra vez», se dice Stan en la novela. «Desde que era niño, Stan había tenido ese sueño. Corría por un callejón oscuro, a cada lado había edificios vacíos, negros y amenazantes. Muy a lo lejos se veía la luz; pero había algo detrás de él, justo detrás de él, cada vez más cerca, hasta que se despertaba temblando y nunca alcanzaba la luz». Stan reflexiona acerca de los paletos a los que tima: «Ellos también lo tenían: un callejón de pesadilla^[2]». Sí, como Stan —es decir, Gresham— observa en la novela, el miedo es la clave de la naturaleza humana.

Y es que Stan y Gresham son de hecho una sola persona. Existe una extrañísima carta, rota y arrugada, que se conserva en la colección del Wade Center del Wheaton College, escrita por Gresham en 1959, cuando su muerte estaba ya próxima. En ella escribió: «Stan es el autor».

Tras su publicación, en septiembre de 1946, *El callejón de las almas perdidas* se convirtió en una novela aclamada y de éxito, y también fue prohibida y condenada. Treinta años después de la primera edición de 1946, todas las ediciones eran corruptas y censuradas. Por poner un ejemplo, en lugar de «señoras de la buena sociedad con gonorrea, banqueros a los que les dan por culo», los lectores se encontraban con: «señoras de la buena sociedad con una enfermedad venérea, banqueros de mirada turbia».

Poco más de una década después, todo estaba olvidado. Dieciséis otoños más tarde, en septiembre de 1962, se encontró el cadáver de Gresham. Se

Madame Sosotris, famosa clarividente,
estaba muy resfriada, sin embargo
se la considera la mujer más sabia de Europa,
con su funesto mazo de cartas. Aquí, dijo,
está su carta, el Marinero Fenicio ahogado,
(Ahora son perlas lo que fueron sus ojos. ¡Mira!)
Aquí está Belladona, la Dama de las Rocas,
la dama de las situaciones.
Aquí está el hombre de los tres bastos, y aquí la Rueda,
y hay un mercader tuerto, y este naipe,
que está en blanco, es algo que lleva a la espalda,
y que a mí se me prohíbe ver. No veo
al Ahorcado. Teme la muerte por agua...
La tierra baldía

Pues en Cumas vi la Sibila con mis propios ojos dentro de una
botella. Y cuando los chavales le preguntaban: «¿Qué quieres,
Sibila?», ella contestaba: «Quiero morir».
El satiricón

NAIPE I



EL LOCO

*que camina con su ropa de colores variopintos, los ojos cerrados,
por un precipicio en el fin del mundo.*

Stan Carlisle se mantenía un tanto apartado de la entrada de la carpa, bajo el resplandor de una bombilla desnuda, y contemplaba al monstruo.

Dicho monstruo era un sujeto delgado que iba vestido con unos calzoncillos largos teñidos de color marrón chocolate. La peluca era negra y parecía una fregona, y el maquillaje marrón que le cubría la cara demacrada estaba corrido a rayas y borrones a causa del calor, y frotado en torno a la boca.

En aquel momento el monstruo se apoyaba en la pared del vallado, mientras a su alrededor unas pocas —patéticamente pocas— serpientes yacían enroscadas, sintiendo el calor de la noche de verano y hurañas e inquietas por el crudo resplandor. Una serpiente real delgada y menuda intentó trepar por la pared del vallado para acabar cayendo hacia atrás.

A Stan le gustaban las serpientes; lo que le indignaba era que tuvieran que estar encerradas con semejante espécimen de humanidad. Fuera, el presentador estaba llegando a su clímax. Stan volvió la cabeza rubia hacia la entrada.

— ...¿de dónde viene? Solo Dios lo sabe. Fue encontrado en una isla deshabitada, a quinientas millas de la costa de Florida. Amigos míos, en esta carpa verán uno de los misterios sin explicar del universo. ¿Es un hombre o un animal? Lo verán en su hábitat natural, entre los reptiles más venenosos que el mundo ha dado. Pero él acaricia estas serpientes igual que una madre acariciaría a sus bebés. Ni come ni bebe, sino que vive completamente del aire. ¡Y vamos a alimentarlo una vez más! Habrá un suplemento adicional por esta atracción, pero no es ni un dólar, ni siquiera veinticinco centavos... no son más que diez miserables centavos de nada, dos monedas de cinco, la décima parte de un dólar. ¡Corran, corran, corran!

Stan se dirigió a la parte de atrás de la carpa.

El monstruo escarbó bajo la bolsa de yute y encontró algo. Se oyó el ruido de un corcho abandonando una botella, cómo alguien tragaba y un grito ahogado.

Aparecieron los «panolis»: jóvenes con sombrero de paja que llevaban el abrigo al brazo, de vez en cuando una mujer gruesa con los ojillos redondos y

brillantes. Stan se preguntó por qué esa gente siempre tenía los ojillos redondos y brillantes. La mujer demacrada con la muchacha anémica a la que le habían prometido que vería todo el espectáculo. El borracho. Era como un caleidoscopio: el dibujo siempre cambia, las partículas son siempre las mismas.

Clem Hoately, el propietario y presentador del espectáculo del Diez-en-Uno, se abrió paso a través de la gente. Sacó una petaca de agua del bolsillo, echó un trago para aclararse la garganta y lo escupió al suelo. A continuación se subió al escalón. De repente su voz adquirió un tono más bajo, como si charlara con alguien, y eso pareció tranquilizar al público.

—Amigos, debo recordarles que esta exhibición se presenta tan solo en el interés de la ciencia y la educación. Esta criatura que verán ante ustedes...

Una mujer bajó la mirada y por primera vez divisó la pequeña serpiente real, que seguía intentando frenéticamente salir del pozo. Aspiró, y el aire pasó estridente entre los dientes.

—... esta criatura ha sido examinada por los principales científicos de Europa y Estados Unidos, y han declarado que era un hombre. Es decir: tiene dos brazos, dos piernas, una cabeza y un cuerpo, igual que un hombre. Pero debajo de esa mata de pelo reside el cerebro de un animal. Vean cómo se siente más cómodo con los reptiles de la selva que con la humanidad.

El monstruo había cogido una serpiente negra, y la sujetaba con fuerza por detrás de la cabeza para que no pudiera atacarle al tiempo que la mecía en sus brazos como un bebé, farfullando algo ininteligible.

El presentador esperó a que la multitud volviera la cabeza.

—A lo mejor ustedes se preguntan cómo es que se relaciona con serpientes venenosas sin sufrir ningún daño. Bien, amigos míos, el veneno no tiene ningún efecto sobre él. Pero si este hombre hundiera sus dientes en mi mano, nada en este planeta de Dios podría salvarme.

El monstruo emitió un gruñido, y parpadeó estúpidamente en dirección a la luz que caía de la bombilla desnuda. Stan observó que por una comisura de la boca le asomaba el brillo de un diente de oro.

—Pero, damas y caballeros, cuando les he dicho que esta criatura era más animal que humano no les pedía que me creyeran. Stan... —Se volvió hacia el joven, cuyos ojos azules y brillantes no revelaban nada—. Stan, vamos a darle de comer una vez más solo para que lo vea este público. Pásame el cesto.

Stanton Carlisle bajó un brazo, agarró por el asa un pequeño cesto de la compra cubierto, y lo levantó por encima de las cabezas del público, que

retrocedió, apretujándose y empujando. Clem Hoately, el presentador, se rio con un toque de hastío.

—No pasa nada, amigos; no es nada que no hayan visto antes. No, imagino que todos saben lo que es. —Del cesto extrajo un polluelo a medio crecer, que se quejó. A continuación lo levantó para que todos pudieran verlo. Pidió silencio con un gesto de la mano.

Todo el mundo alargó el cuello.

El monstruo se había inclinado hacia delante a cuatro patas, la boca le colgaba abierta con una expresión ausente. De repente, el presentador arrojó el polluelo al pozo en medio de un remolino de plumas.

El monstruo avanzó hacia él mientras sacudía su peluca negra de algodón. Intentó agarrar el polluelo, pero este extendió sus cortas alas en un frenesí para conservar la vida y lo esquivó. El monstruo reptó tras él.

Por primera vez aquella cara manchada de pintura mostró algún signo de vida. Sus ojos inyectados en sangre estaban casi cerrados. Stan vio cómo sus labios formaban las palabras sin pronunciarlas. Las palabras fueron: «Hijo de puta».

Lentamente, el joven se separó de la multitud, que se apiñaba y miraba hacia abajo. Caminando con rigidez, se dirigió hacia la entrada, las manos en los bolsillos.

Del pozo le llegó un cloqueo y un cacareo que sonaron a pánico, y el público contuvo el aliento. El borracho golpeó la barandilla con su mugriento sombrero de paja.

—¡Cómete ese pollo, muchacho! ¡Cómete ese pollo!

A continuación una mujer soltó un chillido y comenzó a saltar de una manera espasmódica; la multitud gimió con el lenguaje de siempre, apretándose aún más contra las paredes de tablones del pozo y estirando el cuello. El cacareo se había interrumpido en seco, y se oyó el chasquido de unos dientes y el gruñido de alguien que empeñaba todo su esfuerzo.

Stan hundió aún más las manos en los bolsillos. Cruzó la puerta lateral de la carpa y regresó a la pista principal del espectáculo Diez-en-Uno, lo atravesó hasta la puerta de entrada y se quedó mirando en la avenida central de la feria ambulante. Cuando sacó las manos de los bolsillos, una de ellas contenía una brillante moneda de medio dólar. La cogió con la otra mano y la hizo desaparecer. A continuación, con una sonrisa secreta e íntima de triunfo y desprecio, se palpó el borde de sus pantalones de franela blancos y sacó la moneda.

Las luces de la noria salpicaban la noche de verano y parpadeaban con la alegría de una gema de bisutería, y el tronar del calíope sonaba como si los mismísimos tubos de vapor estuvieran cansados.

—Dios todopoderoso, hace calor, ¿verdad, chico?

Cleam Hoately, el presentador, estaba al lado de Stan, y secaba el sudor de la cinta de su panamá con un pañuelo.

—Por favor, Stan, ve a buscarme una limonada al puesto de refrescos. Aquí tienes diez centavos. Tráete también una para ti.

Cuando Stan regresó con las botellas frías, Hoately inclinó la suya agradecido.

—Jesús, tengo la garganta más áspera que el culo de una vaca cuando llegan las moscas.

Stan se bebió lentamente el refresco.

—Señor Hoately.

—Sí, dime.

—¿Cómo consiguió que ese tipo llegara a hacer eso? ¿O es el único que hay? Lo que quiero decir es si ese tipo nació así, si siempre le gustó arrancar cabezas de pollo.

Clem cerró un ojo lentamente.

—Deja que te diga algo, chaval. En una feria ambulante no tienes que preguntar nada, así nadie te contará ninguna mentira.

—Muy bien. Pero ¿acaso se encontró ese tipo haciendo... haciendo eso detrás de un granero, y se le ocurrió ese número?

Clem se echó el sombrero hacia atrás.

—Me caes bien, chaval. Me caes muy bien. Y solo por eso te voy a hacer un favor. No te voy a dar una patada en el culo, ¿lo pillas? Ese es el favor que te voy a hacer.

Stan sonrió, y sus fríos ojos de un azul luminoso se quedaron clavados en la cara del anciano. De repente, Hoately bajó la voz.

—Solo porque soy tu amigo no te voy a mandar a la mierda. Quieres saber de dónde salen los monstruos. Muy bien, escucha: no los encuentras, los *creas*.

Dejó que el otro asimilara sus palabras, pero Stanton Carlisle no movió un músculo.

—Muy bien. Pero ¿cómo?

Hoately agarró al joven por la pechera de la camisa y lo atrajo hacia sí.

—Escucha, chaval. ¿Tengo que dibujarte un maldito esquema? Eliges a un tipo y ese tipo no es un monstruo, es un borracho. Uno de esos imbéciles

que se beben una botella al día. Y entonces vas y le dices: «Tengo un trabajito para ti. Es temporal. Hemos de conseguir un nuevo monstruo. Así que, hasta que lo consigamos, te pondrás el traje del monstruo y fingirás». Le dices: «No tienes que hacer nada. Llevarás una hoja de afeitar en la mano y cuando cojas al polluelo le haces un corte con la hoja y luego finges que te bebes la sangre. Lo mismo con las ratas. Esos panolis no verán la diferencia».

Hoately recorrió la avenida central con la mirada, estudiando al público. Se volvió hacia Stan.

—Bueno, pues el tipo lo hace durante una semana y tú te das cuenta de que le gusta tener su botella de manera regular y un lugar en el que dormir. Le encanta. Para él esto es el cielo. Así que al cabo de una semana le dices algo así, le dices: «Bueno, tengo que conseguir a un monstruo de verdad. Ya has terminado». Se asusta, porque nada asusta tanto a un alcohólico de verdad como la posibilidad de quedarse en el dique seco y que le dé la tiritona. Así que te dice: «¿Qué ocurre? ¿Es que no lo estoy haciendo bien?». Y tú le contestas: «Lo que haces es una mierda. Con un monstruo de pega no viene público. Entrega tu vestuario. Has acabado». Entonces te alejas. Él te viene detrás implorando que le des otra oportunidad, y le dices: «De acuerdo. Pero después de esta noche tienes que irte». Pero le das la botella.

»Aquella noche alargas el rollo que le sueltas al público y exageras aún más. Y todo el rato que pases hablando el tipo estará pensando en que no podrá beber y le entrará la tiritona. Le das tiempo para pensar, mientras estás hablando. Entonces tiras el polluelo. Ya lo has convertido en un monstruo.

En aquel momento la multitud salía del espectáculo del monstruo, triste, apática y silenciosa a excepción del borracho. Stan los observó con una sonrisa extraña, dulce y distante. Era la sonrisa de un prisionero que acaba de encontrar una lima en la tarta.

NAIPE II



EL MAGO

*que apunta al cielo con una vara de fuego
y con la otra mano apunta a la tierra.*

—Si vienen por aquí, amigos, quiero llamar su atención a la atracción que aparece ahora en la primera plataforma. Damas y caballeros, están a punto de presenciar uno de los números más espectaculares de fuerza física que el mundo ha visto. Veo que algunos de ustedes, miembros del público, son bastante grandotes, pero quiero decirles, caballeros, que el hombre que van a ver a continuación hace que un herrero o un atleta parezcan un niño de pecho. La fuerza de un gorila africano en el cuerpo de un dios griego. Señoras y caballeros, Hérculo, el hombre más perfecto del mundo.

Bruno Hertz: Si alguna vez ella mirara hacia aquí mientras estoy sin el albornoz, no me importaría morir en ese momento. *Um Gotteswillen*, me arrancaría el corazón y se lo entregaría en una bandeja. ¿Es que no se da cuenta? No consigo armarme de valor para cogerle la mano en el cine. ¿Por qué un hombre siempre ha de enamorarse de una mujer así? Ni siquiera puedo decirle a Zeena lo loco que estoy por ella, porque entonces Zeena intentaría juntarnos, y me sentiría como un *dummkopf* por no saber qué decirle. Molly... un hermoso nombre *Amerikanische*. Nunca me amará. Lo sé en lo más profundo de mí. Pero soy capaz de hacer pedazos a cualquiera de los lobos del espectáculo si intenta hacerle daño. Solo con que uno de ellos intentara hacerle daño, entonces a lo mejor Molly se daría cuenta. Quizá vería lo que siento y me diría una palabra para que la recordara siempre. Para que la recordara, cuando volviera a estar en Viena.

—... por aquí, amigos. ¿Les importa acercarse un poco más? En cuanto esta criatura, no es lo más grande que han visto nunca; ¿qué me dice, Comandante? Damas y caballeros, ahora les quiero presentar, para su edificación y diversión, al Comandante Mosquito, el ser humano más diminuto del que se tiene noticia. Cincuenta centímetros, diez kilos y veinte años. Y para su edad, es un hombre lleno de grandes ideas. Si cualquiera de vosotras, chicas, quiere salir con él después del espectáculo, tiene que verme primero y yo se lo arreglaré. Ahora el Comandante les entretendrá con un

numerito especial de su invención, cantará y bailará al sonido de esa preciosa canción: *Sweet Rosie O'Grady*. Adelante, Comandante.

Kenneth Horsefield: Si enciendo una cerilla y la mantengo muy cerca de la nariz de ese gran mono, me pregunto si podré ver cómo se le encienden los pelos de la nariz. ¡Cristo, menudo mono! Me gustaría tenerlo atado con la boca bien abierta, entonces me acomodaría con mi cigarro y le arrancaría los dientes a tiros uno por uno. Monos. Son todos monos. Sobre todo las mujeres con su gran cara redonda. Me gustaría darles con un martillo y ver cómo se chafan como si fueran una calabaza. Con sus bocas grandes rojas y grasientas abiertas como túneles. Grasa y mugre, todas ellas.

Cristo, ahí va. Ese mismo comentario. El que una mujer le hace a otra tapándose la cara con la mano. Si veo levantarse esa misma mano y ese mismo gesto una vez más chillaré hasta que este maldito lugar se venga abajo. Un millón de mujeres y siempre el mismo maldito comentario detrás de la misma maldita mano y la otra siempre masticando chicle. Algún día les pegaré un tiro. No llevo esa pistola en el maletero para jugar a los Boy Scouts. Y a esa es a la que me voy a cargar.

Tendría que haberlo hecho antes. Solo se reirán cuando me vean sujetar la culata con una mano y mover el gatillo con la otra.

Joe Plasky: «Gracias, profesor. Damas y caballeros, se me conoce como el Medio-hombre Acróbata. Como pueden ver, dispongo de dos piernas, pero desde que era pequeño no me sirven de gran cosa. Tuve parálisis infantil cuando era un niño, y mis piernas simplemente no crecieron. Así que tomé la decisión de hacerles un nudo como este y olvidarme de ellas y seguir con mi vida. Así es como subo las escaleras. Con las manos. Ojo. Allá vamos con un saltito, un brinco, y un bote. Me doy la vuelta y hacia abajo, pan comido. Gracias, amigos.

»Y aquí tienen otro número que he ideado yo mismo. A veces, cuando el tranvía va abarrotado, no tengo espacio suficiente para estar sobre las dos manos. Así pues, arriba. Ojo. ¡Me pongo sobre una! Muchas gracias.

»Y ahora, en mi siguiente número, voy a hacer algo que ningún otro acróbata del mundo ha intentado jamás. Me pondré boca abajo sobre las manos, daré la voltereta y volveré a caer sobre las manos. ¿Estamos todos preparados? Adelante. Es un buen truco... si lo consigo. Quizá sería mejor que los que están en la primera fila retrocedieran un par de pasos. No se preocupen. Solo estoy bromeando. De momento no he fallado nunca, como

pueden ver, pues aún me encuentro en la tierra de los vivos. Muy bien, allá vamos... arriba... ¡y ya está! Muchísimas gracias, amigos.

»Y ahora, si tienen la amabilidad de acercarse, voy a darles unos pocos *souvenirs*. Naturalmente, no me hago rico regalando la mercancía, pero hago lo que puedo. Tengo aquí un librito lleno de antiguas canciones, recitados, chistes, latiguillos y juegos de salón. No voy a cobrarles un dólar por él, ni siquiera medio, sino tan solo una moneda de diez centavos. Es todo lo que cuesta, amigos, diez centavos por toda una velada de diversión y fantasía. Y con este librito les voy a regalar, como incentivo especial solo para esta actuación, esta pequeña bailarina de papel. Si ponen una cerilla detrás del papel, verán su sombra, y así es como la harán moverse.

»¿Quiere uno? Gracias, compañero. Aquí tienen, amigos, un librito repleto de poemas surtidos, lecturas dramáticas y dichos inteligentes pronunciados por los hombres más sabios del mundo. Y solo por una moneda de diez centavos...

Sis escribió para decirme que los niños tienen una tos muy mala. Les mandaré una caja de pinturas para que se estén callados. A los niños les encantan las pinturas. También les mandaré unos cuantos lápices de colores.

—El Marinero Martin, un museo de pintura viviente. Damas y caballeros, este joven que tienen ante ustedes se hizo a la mar a una edad muy temprana. Naufragó en una isla tropical en la que solo había otro habitante, un anciano marino que llevaba allí casi toda su vida, otro náufrago. Todo lo que había conseguido salvar del naufragio era el instrumental para hacer tatuajes. Para pasar el tiempo le enseñó al Marinero Martin el arte que había practicado en su cuerpo. Casi todos los dibujos que pueden ver son obra suya. Dese la vuelta, Marinero. En su espalda hay una réplica de ese cuadro mundialmente famoso, la Cruz Eterna. En el pecho —dese la vuelta, Marinero—, el navío de guerra *Maine*, explotando en el puerto de La Habana. Y ahora, si a alguno de los más jóvenes de entre el público le gustaría tener un ancla, una bandera americana, o las iniciales de su enamorada grabadas en el brazo en tres hermosos colores, que se acerque a la plataforma y vea al Marinero. Los mariquitas mejor que ni se acerquen.

Francis Xavier Martin: Chico, esa morena que trabaja en el número de la silla eléctrica es un bombón. ¡Yo sí que tengo lo que la haría feliz y gemir pidiendo más! Solo que Bruno se me echaría encima como una tonelada de

gatos. Me pregunto si tendré noticias de esa pelirroja de Waterville. Dios, todavía me pone pensar en ella. Menudas formas... y también sabía perfectamente dónde ponerlas. Pero esta morena, Molly, es la bomba. ¡Menudo par de domingos! Altas y puntiagudas... y eso no es el sujetador, hermano; eso es Dios.

Le pido a Jesús que a ese teutón de Bruno le dé un ataque algún día, mientras dobla herraduras. Maldita sea, esa Molly tiene las piernas como las de un caballo de carreras. A lo mejor me la podría tirar y echar a pique el espectáculo. Jesús, valdría la pena cepillársela.

—Por aquí, amigos, por aquí. En esta plataforma pueden ver a una de las mujeres más asombrosas que ha conocido el mundo. Y junto a ella tenemos una réplica exacta de la silla eléctrica de la cárcel de Sing Sing...

Mary Margaret Cahill: No te olvides de sonreír; papá siempre lo decía. Caramba, ojalá papá estuviera aquí. Solo con que pudiera levantar la mirada y verlo cómo me sonrío todo iría a las mil maravillas. Ha llegado el momento de quitarse el albornoz y regalarles la vista. Papá, querido, protégeme siempre...

Papá le enseñó a Molly todo tipo de cosas maravillosas cuando era niña, y también eran divertidas. Por ejemplo, cómo salir de un hotel con un aire digno y dos de tus mejores vestidos debajo del que llevabas encima. Tuvieron que hacerlo una vez en Los Angeles y Molly se vistió con toda la ropa que tenía. Solo que casi cogieron a papá y tuvo que improvisar un rollo. Papá era maravilloso a la hora de improvisar cualquier rollo, y siempre que estaba en un apuro Molly se retorció por dentro de emoción y risa porque sabía que su papá siempre podía escaparse cuando los demás pensaban que estaba acorralado. Papá era maravilloso.

Papá siempre conocía a gente simpática. Los hombres a veces estaban un poco borrachos, pero las mujeres que papá conocía eran siempre hermosas y generalmente pelirrojas. Siempre se portaban maravillosamente con Molly y le enseñaron a ponerse pintalabios cuando tenía once años. La primera vez que se puso ella sola se le fue la mano y papá se puso a reír como un loco y dijo que parecía que acababa de salir de un burdel... y encima menor.

La mujer con la que papá estaba en aquella época —se llamaba Alyse— hizo callar a papá y dijo: «Ven aquí, cariño. Alyse te enseñará. Quítate este carmín y empezaremos otra vez. La idea es que la gente no sepa que te has maquillado... sobre todo a tu edad. Y ahora fíjate». Miró atentamente a la

cara a Molly y dijo: «Tienes que empezar por aquí. Y no dejes que nadie te convenza de ponerte carmín en ninguna otra parte. Tienes la cara cuadrada y la idea es suavizarla y hacer que parezca más redondeada». Le enseñó a Molly cómo tenía que hacerlo y a continuación le quitó el carmín e hizo que se lo aplicara ella misma.

Molly quería que papá la ayudara, pero él dijo que no era cosa suya; lo suyo era más bien quitarlo, sobre todo de los cuellos de las camisas. Molly se sintió fatal por tener que hacerlo sola, pues le daba miedo hacerlo mal y finalmente lloró un poco y entonces papá la sentó sobre su regazo y Alyse volvió a enseñarle cómo se hacía y después de eso todo fue bien, y ella siempre utilizaba maquillaje, solo que la gente no se daba cuenta. «Vaya, señor Cahill. ¡Qué niña más guapa! ¡Pero si es la viva imagen de la salud! ¡Y qué mejillas tan sonrosadas tiene!». Entonces papá decía: «Ya lo creo, señora, es cuestión de tomar mucha leche e irse a la cama temprano». A continuación le guiñaba un ojo a Molly porque a ella no le gustaba la leche, y papá decía que la cerveza era igual de buena para ella, y a ella no le gustaba mucho la cerveza, pero siempre era agradable y estaba fresca, y además te daban galletitas y otras cosas. Papá dijo también que era una pena irse a la cama temprano y perderse todo lo bueno cuando podías dormir hasta tarde al día siguiente y recuperar el sueño... a no ser que tuvieras que estar en la pista para un entreno matinal, para cronometrar un caballo, y entonces era mejor quedarse despierto e irse a la cama luego.

Solo que cuando papá ganó una fortuna en las carreras siempre se emborrachaba, y cuando se emborrachaba intentaba mandarla a la cama justo cuando las cosas comenzaban a animarse porque los demás siempre intentaban hacerla beber, pero a Molly nunca le gustó el licor. Una vez, en un hotel en el que habían parado, había una muchacha terriblemente ebria que comenzó a quitarse la ropa y tuvieron que meterla en la cama en la habitación que estaba junto a la de Molly. Toda la noche estuvieron entrando y saliendo hombres, y al día siguiente vino la poli y arrestó a la chica, y Molly oyó que la gente lo comentaba y alguien dijo después que soltarían a la chica pero que tenía que ir a un hospital porque la habían dañado por dentro. Después de eso Molly no soportaba la idea de emborracharse, pues podía pasarte cualquier cosa, y no debías permitir que te pasara cualquier cosa con un hombre a no ser que estuvieras enamorada de él. Eso era lo que decía todo el mundo, y a las mujeres que hacían el amor pero no estaban enamoradas se las llamaba golfas. Molly conocía a varias mujeres que eran golfas, y una vez le preguntó a papá por qué eran golfas, y esto es lo que le dijo: que dejaban que todo el

mundo las abrazara y las besara, ya fuera por regalos o por dinero. No debes permitir que te hagan eso a no ser que el muchacho sea un tipo estupendo y no vaya a engañarte o a poner pies en polvorosa si acabas esperando un bebé. Papá dijo que no deberías permitir que nadie te hiciera el amor si no podías utilizar su cepillo de dientes. Dijo que era una regla segura, y que si la seguías no te podía pasar nada.

Molly podía utilizar el cepillo de dientes de papá y a menudo lo hacía, porque siempre se dejaba los cepillos en el hotel, o a veces papá necesitaba limpiarse los zapatos blancos con él.

Molly solía despertarse antes que papá y a veces entraba corriendo y se metía de un salto en su cama y entonces él soltaba un gruñido y unos graciosos ronquidos —solo que sonaban tan graciosos como horribles—, y entonces él fingía que había una marmota en la cama, y que pediría responsabilidades al hotel por permitir que las marmotas corrieran por su establecimiento, y entonces averiguaba que era Molly y no una marmota y le daba un beso y le decía que se diera prisa y entonces bajaban y compraban un impreso de apuestas para las carreras en el estanco.

Una mañana Molly entró corriendo y había una mujer en la cama con papá. Era una mujer muy guapa, no llevaba camisón y papá tampoco. Molly sabía lo que había pasado: papá se había emborrachado la noche anterior y se le había olvidado ponerse el pijama, y la chica se había emborrachado y él la había subido a sus habitaciones para dormir, pues ella estaba demasiado bebida para irse a casa, y la intención de papá había sido que la mujer durmiera con Molly, pero no les había dado tiempo porque se habían dormido. Molly levantó la sábana con mucho, mucho cuidado, y entonces descubrió cómo sería cuando fuera mayor.

A continuación Molly se vistió y bajó y compró el impreso de apuestas para las carreras de fiado, y cuando regresó todavía dormían, solo que la mujer se había apretado aún más contra papá. Molly se quedó callada en un rincón un buen rato, y no dijo nada con la esperanza de que se despertaran y la encontraran, y entonces correría hacia ellos y gritaría «¡Uuu!» y los asustaría. Solo que la mujer emitió un ruidito que pareció un gemido y papá abrió un ojo y la rodeó con los brazos. La mujer abrió los ojos y dijo: «Hola, encanto», lentamente, con sueño, y entonces papá comenzó a besarla y ella se despertó al cabo de unos momentos y comenzó a besarlo a él. Al final papá se colocó encima de la mujer y comenzó a rebotar arriba y abajo en la cama y a Molly le pareció tan divertido que soltó una carcajada y la mujer le pegó un chillido y le dijo: «Saca a esa cría de aquí».

Papá era maravilloso. Volvía la cabeza con ese aire tan divertido que tenía y decía: «Molly, ¿qué te parecería quedarte sentada en el vestíbulo una media hora y elegir un par de ganadores para este impreso? Tengo que ayudar a Queenie a hacer sus ejercicios. No querrás asustarla y que se haga un esguince en un tendón». Papá se quedó callado hasta que Molly se hubo marchado, y cuando ella salió volvió a oír cómo se movía la cama y se preguntó si aquella mujer podría utilizar el cepillo de dientes de papá, y esperó que no fuera así porque Molly quería utilizarlo luego. Y si la otra lo usaba antes le daría asco.

Cuando Molly tenía quince años, uno de los mozos del establo le pidió que se acercara al pajar, y cuando ella lo obedeció la agarró y comenzó a besarla, y a ella no le gustó lo bastante como para besarlo a él, y además fue todo muy repentino y comenzó a forcejear con el mozo y a gritar: «¡Papá! ¡Papá!», porque el mozo estaba tocándola y papá apareció corriendo en el pajar y le dio un puñetazo tan fuerte que cayó sobre la paja y quedó como muerto, solo que no lo estaba. Papá rodeó con los brazos a Molly y le dijo: «¿Estás bien, cariño?». Y papá la besó y la apretó con fuerza durante un minuto y a continuación le dijo: «Tienes que andarte con cuidado, pequeña. Este es un mundo de lobos. Este gamberro no volverá a molestarte. Pero tienes que andarte con ojo». Y Molly sonrió y dijo: «De todos modos, no habría podido utilizar su cepillo de dientes». Entonces papá sonrió y le dio unos golpecitos suaves con el puño bajo la barbilla. Molly ya no estaba asustada, solo que a partir de entonces nunca se separó mucho de papá ni de las demás chicas. Lo que había ocurrido era horrible, pues ahora ya no se sentía cómoda cuando rondaba por los establos, y ya no podía hablar con los mozos ni con los jinetes como hacía antes, y cuando lo hacía siempre le miraban los pechos, y entonces se sentía indefensa y asustada, incluso cuando se portaban amablemente con ella.

De todos modos, la alegraba comenzar a tener pechos, y se acostumbró a que los chicos los miraran. Solía bajarse el cuello del camisón y hacía como las mujeres que llevaban vestido de noche, y una vez papá le compró un vestido de noche. Era precioso, y según desde dónde lo miraras era rosa pálido o dorado, y le dejaba los hombros al aire y tenía un escote profundo y era maravilloso. Solo que fue el año en que Centerboard se quedó sin dinero y papá tuvo que hacerse cargo de los gastos y tuvieron que venderlo todo para volver a empezar. Eso fue cuando regresaron a Louisville. Eso fue el año pasado.

Papá consiguió un trabajo con un viejo amigo que llevaba un sitio de apuestas junto al río, y papá era el encargado y siempre vestía de esmoquin.

Las cosas comenzaron a ir bien al cabo de una temporada, y en cuanto papá hubo saldado algunas deudas inscribió a Molly en una escuela de baile y ella comenzó a aprender baile acrobático y claqué. Se lo pasaba de maravilla, y le enseñaba a papá los pasos que aprendía. Papá sabía bailar mucho, y nunca había ido a clase. Decía que tenía pies de irlandés. También quería que Molly fuera a clases de música y canto, solo que ella nunca supo cantar... en eso se parecía a su madre. Cuando la escuela de música dio un recital, Molly hizo un número hawaiano con una auténtica falda de hula-hula que su padre le había enviado de Honolulu, y el pelo le caía sobre los hombros como una nube negra y llevaba flores en el pelo y un maquillaje oscuro y todo el mundo la aplaudió y algunos de los muchachos silbaron y eso enfureció a papá porque creyó que se estaban pasando, pero a Molly le encantó porque papá estaba allí, y siempre y cuando él estuviera con ella, tanto le daba lo que ocurriera.

Tenía dieciséis años y ya era una mujer cuando las cosas se torcieron. Habían aparecido unos tipos de Chicago y hubo un lío en el lugar donde papá trabajaba. Molly nunca averiguó lo ocurrido, solo que una noche dos hombres grandes aparecieron en su casa a eso de las dos de la mañana, y Molly supo que eran policías y le entró la llorera, pensando que papá había hecho algo y le buscaban, pero él siempre le había dicho que a los policías había que ponerles una sonrisa, hacerse el tonto y darles un nombre irlandés.

Uno de ellos dijo: «¿Eres la hija de Denny Cahill?». Molly dijo que sí. El policía dijo: «Tengo malas noticias, muchacha. Es acerca de tu padre». Entonces a Molly le pareció que los pies le resbalaron sobre un cristal, como si el mundo de repente se hubiera inclinado y por un cristal resbaladizo cayera hacia la oscuridad y cayera y cayera para siempre porque aquel lugar que caía no tenía final.

Molly simplemente se quedó allí y dijo: «¿Qué ha pasado?».

El policía dijo: «Han herido a tu padre, chica. Está muy malherido». Ahora ya no era uno de la pasma, sino alguien que a lo mejor también tenía una hija. Ella se acercó a él como si le diera miedo caer.

«¿Papá está muerto?», dijo, y el policía asintió y la rodeó con el brazo, y no recordaba nada de lo que ocurrió después, solo que estaba en el hospital cuando recobró el conocimiento y que se sentía aturdida y soñolienta, y que creía que se había hecho daño y no dejaba de preguntar por papá y una enfermera enfadada le dijo que más valía que se callara y entonces Molly se

acordó de que papá estaba muerto y comenzó a chillar y era como si riera a carcajadas, solo que se sentía muy mal y no podía parar, y entonces vino más gente y le clavaron una pistola hipodérmica en el brazo y entonces volvió a perder el sentido y lo mismo ocurrió un par de veces, y finalmente dejó de llorar y le dijeron que tenía que marcharse porque había otras personas que necesitaban la cama.

El abuelo de Molly, el «juez» Kincaid, dijo que podía quedarse a vivir con él y su tía si seguía un curso de comercio y conseguía trabajo en un año, y Molly lo intentó, pero aunque era capaz de recordar perfectamente resultados de carreras anteriores no había manera de retener lo que le enseñaban. El Juez la miraba de una manera extraña, y varias veces pareció a punto de propasarse con ella pero acabó controlándose. Molly procuró ser simpática con él y lo llamaba abuelo, pero a él eso no le gustaba, y en una ocasión, solo para ver qué ocurría, cuando él volvió a casa Molly fue corriendo a recibirlo y le echó los brazos al cuello. El Juez se enfadó muchísimo y le dijo a su tía que la echara de casa, que no soportaba tenerla por allí.

Era terrible no tener a papá para que le dijera lo que tenía que hacer y no poder hablar con él nunca más, y Molly se dijo que ojalá hubiera muerto al mismo tiempo que papá. Al final consiguió una beca para la escuela de baile y trabajo allí a tiempo parcial con las alumnas más jóvenes, y la señorita La Verne, que era directora de la escuela, la dejó vivir con ella. La señorita La Verne al principio fue muy simpática, y también su novio, Charlie, que era un tipo de aspecto divertido, más bien gordo, que casi siempre estaba sentado y miraba a Molly, y a ella le recordaba a una rana por la manera que tenía de colocar los dedos extendidos sobre las rodillas, las puntas hacia fuera, y por cómo ponía los ojos saltones.

Pero un día la señorita La Verne se enfadó y le dijo a Molly que más le valía buscarse un empleo, pero Molly no sabía muy bien por dónde empezar, y al final la señorita La Verne le dijo: «Si te consigo un empleo, ¿lo aceptarás?». Molly se lo prometió.

Era para trabajar en una feria ambulante. Había un espectáculo de baile hawaiano, lo que se denominaba un número de variedades: dos chicas más y Molly. El tipo que llevaba el cotarro y hacía de presentador se llamaba Doc Abernathy. A Molly no le gustaba nada, y siempre intentaba acostarse con las chicas. Solo Jeannette, una de las bailarinas, y Doc mantenían una relación estable, y Jeannette estaba muerta de celos por las otras dos. Doc corría detrás de las otras solo para molestarla.

A Molly siempre le cayó bien Zeena, que se encargaba del número de mentalismo en el espectáculo Diez-en-Uno que había al otro lado de la avenida central. Zeena era simpatiquísima y sabía más de la vida y de la gente que cualquiera que Molly hubiera conocido, a excepción de su padre. Zeena siempre compartía habitación con Molly cuando se alojaban en un hotel para hacerse compañía, pues el marido de Zeena dormía en la carpa para vigilar el *atrezzo*. Pero la verdadera razón es que era un borracho, y ya no podía hacer el amor con Zeena. Zeena y Molly se hicieron buenas amigas de verdad, y Molly ya no deseaba estar muerta.

Pero Jeannette se fue poniendo cada vez más desagradable por el hecho de que Doc le prestara cada vez más atención a Molly, y no se creía que esta no se le insinuara. La otra chica le decía: «Con una carrocería como la que tiene esa Cahill no hace falta insinuarse». Pero Jeannette creía que Molly era una lagarta. Un día Doc le susurró algo acerca de Molly, y Jeannette comenzó a buscarla como un animal salvaje con los labios entreabiertos y los dientes apretados. Le soltó una bofetada en la cara a Molly, y antes de que esta supiera qué estaba ocurriendo se había quitado un zapato y utilizándolo a modo de maza le golpeaba la cara con él. Doc apareció corriendo y él y Jeannette tuvieron una trifulca terrible. Jeannette chillaba e insultaba y Doc le dijo que se callara o le daría un puñetazo en las tetas. Molly se alejó corriendo y se dirigió al Diez-en-Uno, y el jefe echó a Doc de la feria ambulante y el espectáculo de variedades regresó a Nueva York.

—Quince mil voltios de electricidad pasan a través de su cuerpo sin dañar un pelo de la cabeza de esta muchachita. Damas y caballeros, Mamuasel Electra, la chica que, como el Ayax de las Sagradas Escrituras, desafía al trueno...

Alabado sea Dios, espero que no ocurra nada con esos cables. Quiero ver a papá. Dios mío, quiero tenerlo aquí. He de acordarme de sonreír...

—Quédate aquí, Teddy, y dale la mano, así no tropezarás y podrás ver. Aquello de ahí es una silla eléctrica, igual que la que tienen en la penitenciaría. No, no le va a pasar nada a la señora, o al menos espero que no. ¿Lo ves? La atan a la silla... solo que en su cuerpo hay algo que no deja pasar la electricidad. Igual que cuando la lluvia resbalaba por la espalda del ganso. No te asustes, Teddy. No le va a pasar nada. ¿Ves cómo la electricidad hace que se le pongan los pelos de punta? Y he oído decir que un relámpago hace

lo mismo. Mira. ¿Lo ves? Lleva una bombilla en una mano y agarra el cable con la otra. ¿Ves la luz de la bombilla? Eso significa que la electricidad pasa a través de ella sin hacerle daño. Ojalá la electricidad le hiciera lo mismo a tu papá. El invierno pasado sufrió unas quemaduras horribles cuando cayeron los cables y estaba ayudando a Jim Harness a despejar la carretera. Vamos, Teddy. Aquí no hay nada más que ver.

Ahora puedo levantarme. El Marinero Martin me está mirando otra vez. No puedo seguir diciéndole que no cada vez que me pide que salga con él. Pero él siempre piensa más rápido que yo. Solo que no debo permitirselo, nunca. No debo ser una golfa; no quiero que la primera vez sea así. Papá...

Stanton Carlisle: El gran Stanton se puso en pie y sonrió, y con la mirada recorrió el campo de caras vueltas hacia arriba. Aspiró profundamente. «Muy bien, amigos, en primer lugar les voy a enseñar a hacer dinero. ¿Hay alguien de entre ustedes que esté dispuesto a confiarme un billete de un dólar? Lo devolveré... si son capaces de correr deprisa. Gracias, compañero. Y ahora... nada en las manos, nada en las mangas».

Stan enseñó las manos vacías, a excepción del billete prestado, y se subió las mangas. En los pliegues de la manga izquierda había un fajo de billetes que cogió con destreza.

—Y ahora, un dólar... Un momento, compañero. ¿Está seguro de que solo me ha dado uno? Está seguro. A lo mejor es todo lo que tiene, ¿no? Pero aquí hay dos... uno y dos. Cuéntelos. Es un buen truco, sobre todo cuando llega el fin de semana.

¿Quién va a sonreír con el chiste más viejo del mundo? Uno de cada cinco. No lo olvides. Uno de cada cinco es memo de nacimiento.

Sacó los billetes uno tras otro, hasta que tuvo un fajo verde en la mano. Le devolvió el billete al tipo. Al hacerlo, escondió su lado izquierdo al público y de pronto tenía una taza de metal en la mano. Le colgaba de la cadera izquierda de un elástico.

—Ya ven, salen de la nada. Vamos a ver qué les ocurre cuando los enrollamos. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Ya los hemos contado todos. Aquí están en un fajo. —Colocó los billetes en la mano izquierda, deslizándolos dentro del desaparecedor—. Soplamos en la mano. —Al soltar el desaparecedor, este le golpeó suavemente la cadera bajo la chaqueta—. ¡Y quién lo iba a decir! ¡Ha desaparecido!

Se oyeron unos cuantos aplausos, como si estuvieran un poco avergonzados de lo que habían visto. Menudos panolis.

—¿Dónde han ido? Saben, un día tras otro aquí estoy... ¡preguntándome adónde han ido! —Ese es el chiste de Thurston. Por Dios, voy a utilizarlo hasta que vea una cara, solo una, en esta pandilla de mentecatos que lo pille. Nunca lo pillan. Pero ese número del billete de dólar siempre funciona. Todos estos desgraciados miserables, les encantaría poder hacerlo. Crear dinero de la nada. Solo que no es así como yo creo el mío. Pero es mejor que la propiedad inmobiliaria. Mi viejo y sus negocios. Sacristán los domingos, timador el resto de la semana. Que lo jodan a ese cabrón, siempre citando la Biblia.

»Y ahora, si me prestan su atención un momento. Tengo aquí unos cuantos anillos de acero. Todos y cada uno de ellos son un aro sólido y distinto de acero. Tengo uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete. ¿De acuerdo? Aora cojo dos. Les doy un golpecito. ¡Y quedan unidos! ¿Le importaría cogerlos, señora, y decirme si encuentra alguna junta o señal de alguna abertura? ¿No? Gracias. Todo sólido. Y de nuevo, dos aros separados. ¡Y ya está! ¡Unidos!

Más vale que te des prisa, se están impacientando. De todos modos, así es la vida. Todo el mundo te está mirando. ¿Cómo lo hace? Caramba. Qué habilidad. Intentan entender cómo lo hago. Para ellos es magia, desde luego. Así es la vida. Mientras te miran y te escuchan les puedes soltar cualquier cosa. Te creen. Eres un mago. Haces que se entrelacen unos aros sólidos. Sacas dólares del aire. Magia. Eres el amo... siempre y cuando no dejes de hablar.

—Y ahora, amigos, ocho aros separados y diferentes; y sin embargo, mediante una palabra mágica se juntarán y quedarán inextricablemente unidos en una masa sólida. ¡Ahí están! Gracias por su amable atención. Y ahora tengo aquí un pequeño librito que vale su peso en oro. Es una colección de trucos de magia que ustedes pueden hacer: una actuación de una hora que pueden hacer en su club, en su hotel, en su reunión de feligreses o en el salón de su casa. Una hora de práctica, y toda una vida de diversión, magia y misterio. Este libro antes se vendía por un dólar, pero yo se lo voy a dejar por veinticinco centavos, ni más ni menos. Apresúrense, amigos, porque sé que todos ustedes quieren ver y oír a Madam Zeena, la vidente, y su actuación no empieza hasta que todo el que quiere uno de estos estupendos libros compre uno. Gracias, señor. Y a usted. ¿Alguien más? Muy bien.

»Y ahora, amigos, no se vayan. El próximo espectáculo completo no empezará hasta dentro de veinte minutos. Quiero llamar su atención a la

siguiente plataforma. Madam Zeena, la mujer milagrosa de todos los tiempos. Ve, sabe, les cuenta los secretos más íntimos de su pasado, su presente y su futuro. ¡Madam Zeena!

De un salto, Stan bajó ágilmente de su propia plataforma y se abrió paso a través de la multitud hasta un escenario en miniatura envuelto en terciopelo marrón. Una mujer había aparecido entre las cortinas. El público se acercó y se quedó esperando, mirando, algunas caras masticaban con aire distraído, llevándose palomitas a la boca a manos llenas.

La mujer era alta, y la cubría una túnica blanca con símbolos astrológicos bordados en el borde inferior. Una cascada de pelo dorado le resbalaba por la espalda, y en torno a la frente llevaba una tiara de cuero dorado incrustada con piedras de cristal. Cuando levantó los brazos, las mangas sueltas resbalaron hacia atrás. Tenía los huesos grandes, pero los brazos eran blancos y de aspecto diestro, con un despliegue de pecas. Tenía los ojos azules, la cara redondeada, y la boca un tono demasiado oscura, de manera que casi parecía una muñeca muy realista. Tenía la voz grave con un deje cordial.

—Acérquense, amigos, y no sean tímidos. Si alguno de ustedes quiere hacerme una pregunta, el señor Stanton ahora está pasando entre ustedes con unas tarjetitas y unos sobres. Escriban su pregunta en la tarjeta; procuren que nadie más vea lo que escriben, porque solo les importa a ustedes. No quiero que nadie pregunte nada sobre los demás. Ocupémonos solo de lo nuestro y no nos metamos en líos. Cuando hayan escrito su pregunta, firmen con sus iniciales en el sobre o escriban su nombre como signo de buena fe. A continuación entréguele el sobre sellado al señor Stanton. Ya verán lo que voy a hacer ahora.

»Y ahora, mientras esperamos a que escriban sus preguntas, me voy a poner ya manos a la obra. En realidad no hace falta que escriban nada, pero eso ayuda a fijarlo en la mente y evita que su mente lo olvide, igual que cuando quieren recordar el nombre de alguien al que acaban de conocer, anotar lo sirve de ayuda. ¿No es así?

Una de cada cinco cabezas asintió, embelesada, y el resto simplemente se quedaron mirando, algunos con una mirada lerda, pero casi todos con una pregunta escrita en la cara.

¿Preguntas? Todos tienen preguntas, se dijo Stan mientras pasaba las tarjetas y los sobres. ¿Quién no tiene preguntas? Responde a sus preguntas y los tienes, en cuerpo y alma. O casi.

—Sí, señora, puede preguntar lo que quiera. Las preguntas son estrictamente confidenciales. Nadie las sabrá excepto usted misma.

—En primer lugar —comenzó Zeena—, hay una señora preocupada por su madre. Me está preguntando mentalmente. «¿Va a mejorar mamá?». ¿No es así? ¿Dónde está esa señora?

Tímidamente alguien levantó la mano. Zeena se abalanzó sobre su presa.

—Bueno, señora, yo diría que su madre se enfrenta a muchas dificultades en la vida y tiene muchos problemas, sobre todo de dinero. Pero hay otra cosa que todavía no puedo ver con claridad. —Stan contempló a la mujer que había levantado la mano. La mujer de un granjero. Con su vestido de domingo, a la moda de hace diez años. Zeena podía ensañarse con ella, un blanco perfecto.

—Yo diría, señora, que lo que su madre necesita es un largo descanso. Ojo, no digo que vaya a conseguirlo, entre los impuestos y la enfermedad en la familia y las facturas del médico que se amontonan. Sé cómo es porque yo también he tenido mis problemas, igual que todos los demás, hasta que aprendí a gobernar mi vida mediante las estrellas. Pero creo que si usted y sus hermanos... no, usted tiene un par de hermanas, ¿no es así? ¿Una hermana? Bueno, si usted y su hermana pueden encontrar la manera de que descansen un par de semanas, creo que la salud de su madre mejorará rápidamente. Pero tienen que seguir las órdenes del médico. Es decir, lo mejor es que la lleven al médico. No creo que las medicinas convencionales le hagan gran cosa. Pero tienen que llevarla al médico. A lo mejor este aceptará una fanega de patatas o un lechoncito como parte del pago. De todos modos, creo que se pondrá bien si ustedes tienen mucha fe. Si vienen a verme después de la función, a lo mejor puedo decirles algo más. Y quiero que observen las estrellas y procuren no hacer nada en los días de mal augurio del mes.

»Veo que el señor Stanton tiene un buen puñado de preguntas, de manera que si las trae al escenario seguiremos con las lecturas.

Stan se abrió paso entre la gente hasta una puerta tapada con una cortina que quedaba a un lado del pequeño proscenio. Pasó al otro lado. En el interior había un tramo de toscas escaleras de madera que conducían al escenario. Era un lugar oscuro que olía a whisky barato. Bajo las escaleras había una ventana cuadrada que daba a un compartimiento de poca altura y en forma de caja situado debajo del escenario. En la ventana, una cara sin afeitarse de ojos empañados que parpadeaba sobre una camisa inmaculadamente blanca. Extendió una mano con un fajo de sobres, y sin decir palabra Stan le entregó los sobres que había recogido, recibió los sobres falsos, y en un segundo apareció en escena con ellos. Zeena avanzó un poco hacia la pequeña mesa que contenía un cuenco metálico y una botella oscura.

—Le pediremos al caballero que coloque todas las preguntas dentro de este cuenco. A veces la gente me pregunta si recibo ayuda espiritual al hacer esto. Y siempre les digo que el único espíritu que controlo es el que hay en esta materia: el espíritu del alcohol. Voy a verter un poco sobre sus preguntas y echar una cerilla en el cuenco. Ahora pueden verlas arder, y en un momento desaparecerán. De manera que si alguien temía que otra persona averiguara lo que había escrito o creía que yo iba a coger el sobre, ya puede olvidarse. No los he tocado. Y no me hace falta porque tengo sus preguntas ya grabadas en mi mente.

Stan había retrocedido hacia un rincón del escenario, y contemplaba al público sin decir nada mientras estos estiraban el cuello hacia arriba, atentos a cada palabra de la vidente. En el suelo, que quedaba a unos cuantos centímetros por encima de la vista del público, había un agujero cuadrado. En la apertura apareció un bloc sujetado por un pulgar mugriento, y en el papel se había garabateado en lápiz: «¿Qué hago con la carreta? J. E. Giles».

Zeena levantó la mirada y cruzó los brazos con decisión.

—Veo algo... Todavía está un tanto borroso, pero se va aclarando. Tengo las iniciales/... *E... G.* creo que se trata de un caballero. ¿Es cierto? ¿Le importaría levantar la mano a la persona que responde a esas iniciales, por favor?

Un viejo granjero levantó un dedo tan nudoso como una parra.

—Soy yo, señora.

—Ah, ahí esta. Gracias, señor *Giles*. Su nombre es *Giles*, ¿verdad?

El público contuvo el aliento.

—Eso me parecía. Y ahora, señor *Giles*, tiene usted un problema, ¿verdad? —El hombre asintió solemnemente con la cabeza. Stan se fijó en las profundas arrugas de su cuello rojo. Un viejo paleta. Ropas de domingo. Camisa blanca, corbata negra. Lo que lleva en los funerales. Una corbata con el nudo ya hecho: la cuelga del botón que lleva en el cuello. Traje de sarga azul: de *Sears, Roebuck* o de una tienda de ropa del pueblo.

—Déjeme ver —prosiguió Zeena, llevándose otra vez la mano a la frente—. Ya veo... Espere. Veo árboles verdes y una tierra ondulada. Es una tierra de labor. Cercada.

El hombre estaba con la boca abierta, la frente fruncida de concentración, esforzándose por no perderse ni una palabra.

—Sí, árboles verdes. Probablemente sauces cerca de un riachuelo. Y veo algo bajo esos árboles. Una... es una carreta.

Stan lo vio asentir, extasiado.

—Hay una vieja carreta azul bajo esos árboles.

—Por Dios, señora, está allí ahora mismo.

—Eso me parecía. Hay un problema que le ronda por la cabeza. Está pensando en tomar alguna decisión en relación con esa carreta, ¿no es así? Está pensando qué hacer con la carreta. Y ahora, señor Giles, me gustaría darle un consejo: no venda esa vieja carreta azul.

El hombre sacudió la cabeza de manera enérgica.

—No, señora, no la venderé. ¡No es mía!

Hubo unas risitas de burla entre el público. Un joven se carcajeó. Zeena las ahogó con una risotada propia que le resonó en la garganta. Recuperó la iniciativa y prosiguió:

—Eso era lo que quería averiguar, amigo mío. Amigos, aquí tenemos a un hombre honesto, y solo con estas personas quiero tener tratos. Naturalmente que no se le ocurriría vender lo que no es suyo, y me alegra muchísimo oírlo. Pero deje que le haga una pregunta, señor Giles. ¿Ocurre algo con esa carreta?

—Se rompió el muelle que hay debajo del asiento —farfulló, poniendo ceño.

—Bueno, tengo la impresión de que se está preguntando si arreglar ese muelle antes de devolver la carreta o devolverla con el amortiguador roto y no decir nada. ¿Es eso?

—¡Eso es, señora! —El viejo granjero miró triunfante a su alrededor. Quedaba libre de sospecha.

—Bueno, yo diría que es mejor que deje que su conciencia le guíe en ese asunto. Lo que yo haría es hablar con el hombre que se la prestó y averiguar si el muelle estaba flojo cuando le dio la carreta. Debería poder arreglarlo sin ningún problema.

Stan abandonó en silencio el escenario y bajó los escalones que había detrás de las cortinas. Se introdujo por el estrecho espacio que había bajo los escalones y apareció detrás del escenario. De las grietas de las paredes de la caja asomaban hierbas secas y luz, y tenía el suelo sobre su cabeza. Hacía calor, y el hedor a whisky convertía el aire en dulzón y repugnante.

Pete estaba sentado a una mesa de bridge bajo la trampilla del escenario. Delante de él estaban los sobres que Stan le había pasado al subir hasta la vidiente; cortaba los bordes de los sobres con unas tijeras, y le temblaban las manos. Cuando vio a Stan sonrió como avergonzado.

Encima de ambos Zeena había terminado con las «lecturas» y estaba soltando su discurso:

—Y ahora, amigos, si realmente quieren saber cómo las estrellas influyen en su vida, no tienen que pagar un dólar, ni siquiera medio; tengo aquí una serie de lecturas astrológicas, todas ellas elaboradas para cada uno de ustedes. Háganme saber su fecha de nacimiento y conseguirán una previsión de hechos futuros además de una lectura de su personalidad, una guía vocacional, números de la suerte, días afortunados de la semana, y las fases de la luna más propicias para su prosperidad y su éxito. No dispongo de todo el día, amigos, así que no se demoren. Solo cuestan un cuarto de dólar, el primero que llegue, el primero será servido, mientras duren, porque se me están acabando.

Stan salió de aquella celda, apartó en silencio las cortinas y apareció en medio del aire relativamente más frío de la tienda principal; a continuación se encaminó tranquilamente hacia el puesto de refrescos.

La magia no está mal, pero ojalá yo conociera la naturaleza humana tan bien como Zeena. Ella posee el tipo de magia que debería llevar a cualquiera a la cima. Sabe convencer... en eso consiste su número. Sin embargo nadie puede hacerlo, no sin entreno. Se tarda años en tener esa labia, y siempre sabe qué contestar. Tengo que intentar sonsacarle cómo lo hace, que me enseñe. Zeena es una señora inteligente. Una pena que esté unida a un borracho como Pete al que ni siquiera se le levanta; o eso dicen todos. No está mal esa Zeena, aun cuando sea un poco vieja.

Un momento, un momento. A lo mejor es aquí donde empezamos a ascender.

NAIPE III



LA PAPISA

*Reina de la luz reflejada que protege una urna
entre los pilares de la Noche y el Día.*

Más allá del parabrisas, la luz trasera de la furgoneta de delante era un tembloroso color rojo rubí en la oscuridad. El toc-toc-toc del limpiaparabrisas era hipnótico. Sentado entre las dos mujeres, Stan se acordó del desván de su casa en los días de lluvia: privado, lejos de ojos escrutadores, cerrado, húmedo, íntimo.

Molly estaba sentada junto a él a la derecha, y apoyaba la cabeza contra el cristal. Su impermeable susurraba cada vez que cruzaba las piernas. Zeena, en el asiento del conductor, iba inclinada hacia delante, escrutando entre los barridos del limpiaparabrisas, siguiendo a ciegas el camión que llevaba la caja de las serpientes y la parafernalia para el espectáculo del monstruo de feria, las pesas de Bruno, y la maleta de Martin con el instrumental para hacer tatuajes. El monstruo, con su botella, se había metido en una pequeña caverna que componían las cajas amontonadas y las lonas plegadas.

Cuando la procesión se detuvo en un cruce, Zeena, a la luz de sus propios faros, pudo ver la silueta fornida de Bruno cubierta por un impermeable salir de la cabina y caminar pesadamente hasta la parte de atrás para ver los bártulos y asegurarse de que las pesas estaban bien sujetas. A continuación se acercó y se subió al estribo del vehículo. Zeena bajó la ventanilla de su lado.

—Qué tal, teutón. ¿Llueve lo bastante para ti?

—Justito —dijo en voz baja—. ¿Cómo va todo por aquí? ¿Cómo está Pete?

—Ahí detrás, echando una cabezadita encima de las cortinas. ¿Crees que con este tiempo vamos a montar las tiendas?

Bruno negó con la cabeza. Su atención pasó de largo por Zeena y Stan, y por un momento sus ojos se demoraron tristemente en Molly, que ahora había vuelto la cabeza.

—Solo quería asegurarme de que todo iba bien. —Volvió a la lluvia y cruzó los haces chorreantes de los faros y desapareció en la oscuridad. El camión que había delante comenzó a moverse; Zeena puso la primera.

—Es un buen chico —dijo por fin—. Molly, deberías darle una oportunidad a Bruno.

—No, gracias. Me va bien así. No, gracias —dijo Molly.

—Vamos, ahora ya eres mayor. Te ha llegado el momento de divertirse un poco. Bruno te trataría bien, o al menos eso parece. Cuando era jovencita tuve un novio que era leñador. Tenía más o menos la pinta de Bruno. ¡Y vaya, chico!

Como si de repente se hubiera dado cuenta de que con el muslo apretaba el de Stan, Molly se apretó aún más contra el rincón.

—No, gracias. Ahora ya me estoy divirtiendo.

Zeena suspiró enérgicamente.

—Tómame tu tiempo, niña. A lo mejor es que aún no has conocido al hombre adecuado. Y Stan, aquí presente, debería avergonzarse. En fin, cuando Pete y yo nos casamos, yo tenía diecisiete años. Pete no era mucho mayor que Stan. ¿Cuántos años tienes, Stan?

—Veintiuno —dijo Stan, sin levantar la voz.

Al acercarse una curva, Zeena se puso en tensión. Stan podía sentir cómo se le tensaban los músculos del muslo mientras manejaba el volante.

—Qué tiempos aquellos. Pete hacía un número con una bola de cristal en un vodevil. Dios mío, qué guapo era. Cuando iba peripuesto parecía dos palmos más alto que con las ropas de calle. Llevaba una barba negra y un turbante. Yo trabajaba en el hotel cuando él se registró, y era tan inocente que le pregunté si cuando le llevara las toallas me leería la fortuna. Al mal nunca me la leyó. Me miró la mano y me dijo que me iba a ocurrir algo muy emocionante y que intervendría un hombre alto y de pelo negro. Me entró la risita. Era solo porque era tan guapo. Yo no me cortaba con los hombres. Nunca me corté. No podría haber seguido trabajando en el hotel si me hubiera cortado. Para mí lo mejor era pescar a un jugador o a alguien que se dedicara a las carreras de caballos, con la esperanza de que me ayudaran a entrar en el teatro.

De repente Molly dijo:

—Mi padre trabajaba en las carreras de caballos. Sabía mudo de caballos. No murió arruinado.

—Vaya —dijo Zeena, apartando los ojos del punto de luz color rubí que tenía delante lo suficiente como para mandarle a Molly un gesto afectuoso en la oscuridad—. Qué sabrás tú. Oh, en mi época los jugadores eran los reyes. Cualquier chica que pudiera ligarse a un jugador se consideraba afortunada. Comenzábamos cuando teníamos catorce o quince años.

¡Dios mío, eso fue hace quince! A veces parece que fue ayer, y otras que han pasado un millón de años. Pero los jugadores se las llevaban a todas de

calle. Dime, encanto, apuesto a que tu papá era guapo, ¿eh? Las chicas generalmente salen a su padre.

—Puedes apostar a que era guapo. Papá era el hombre más guapo que he visto. Yo siempre decía que no me casaría hasta que no encontrara a un hombre tan guapo como papá... y tan dulce. Era estupendo.

—Mmm. Alto, moreno y guapo. Me parece que esto te elimina, Stan. No lo digo por lo de alto. Eres bastante alto. Pero a Molly le gustan morenos.

—Siempre puedo teñirme el pelo —dijo Stan.

—No. Eso nunca es una buena idea. Podrías engañar al público, Ricitos de Oro, pero nunca podrías engañar a una esposa. A no ser que te tiñeras de arriba abajo. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Stan también estaba riendo, e incluso Molly se les unió.

—No —prosiguió Zeena—. Pete era moreno de pies a cabeza; y chico, conocía el amor. Nos casamos la segunda temporada que viajé con él. Al principio me puso a hacer la cosa de los sobres en la parte de atrás, con un uniforme de acomodador. Luego ideamos un número de dos personas. Él actuaba en escena, con su bola de cristal, y yo me trabajaba al público. Al principio utilizábamos unas palabras clave y él iba contestando las preguntas mientras otra chica las copiaba entre bastidores. Yo salía y pedía a la gente que me diera algún objeto y Pete miraba en su bola de cristal y los describía. Cuando comenzamos solo utilizábamos diez cosas distintas y era sencillo, pero la mitad de las veces yo me confundía y entonces Pete tenía que improvisar como podía. Pero aprendí. Deberías haber visto nuestro número cuando trabajábamos con el circuito de Keith. Dios mío, prácticamente podíamos mandar un telegrama palabra por palabra, y nadie se daba cuenta de lo natural que parecía lo que decíamos.

—¿Por qué no te quedaste en el vodevil? —preguntó Stan siguiendo su historia con atención. De repente se dio cuenta de que no debería haberlo dicho; pero no había manera de borrar las palabras, así que se quedó callado.

Durante un momento Zeena prestó mucha atención a la carretera y luego prosiguió.

—A Pete comenzaron a traicionarle los nervios. —Se dio la vuelta y miró la parte de atrás de la furgoneta, donde estaba aquella figura enroscada y dormida, cubierta con un impermeable. Cuando prosiguió, bajó la voz—. Comenzó a equivocarse con las palabras clave, y siempre necesitaba unas cuantas copas antes de empezar. La bebida y el mentalismo no hacen buena pareja. Pero nos va bien en la feria ambulante, cuando sacamos cuentas al final del año. Y tampoco nos hace falta ser el centro de todas las miradas, ni ir

a hoteles de primera y todo eso. Los horóscopos son fáciles de hacer, y te salen a unos veinticinco dólares los mil. Y en invierno nos lo tomamos con calma. Pete no bebe mucho entonces. Tenemos una casita en Florida, y a él le gusta mucho ir allí. Yo leo un poco las hojas del té y un invierno trabajé en un centro de quiromancia de Miami. La quiromancia siempre va bien en una ciudad como Miami.

—Me gusta Miami —dijo Molly en voz baja—. Papá y yo solíamos ir para las carreras de Hialeah y Tropical Park. Es un lugar estupendo.

—Cualquier lugar es estupendo siempre y cuando tengas la bolsa llena —dijo Zeena—. Mira, debe de ser ahí. Están girando. Te aseguro que esta noche no pienso dormir en la furgoneta. La pequeña Zeena piensa buscarse una habitación con una bañera, si es que hay alguna en este poblacho. ¿Qué dices, niña?

—A mí todo me está bien —dijo Molly—. Me encantaría tomar un baño caliente.

Stan se imaginó cómo estaría Molly en la bañera. Su cuerpo sería blanco como la leche, las piernas y los brazos largos y un triángulo negro de sombra y los pechos con los pezones rosados. Él se la quedaría mirando y a continuación se agacharía, y entonces ella extendería sus brazos enjabonados, pero tendría que ser otra persona, y él tendría que ser otra persona, pensó brutalmente, porque todavía no había conseguido hacerlo, y siempre había algo que se lo impedía o la chica parecía quedarse paralizada o de repente él ya no la deseaba cuando la tenía a su alcance y además nunca era el momento o no era un buen lugar y hacía falta mucha pasta y un coche y todo tipo de cosas y luego todas esperarían que te casaras enseguida y probablemente tendrían un crío a la primera...

—Ya hemos llegado, chicos —dijo Zeena.

La lluvia había amainado y solo lloviznaba. A la luz de los faros, los peones quitaban las lonas de los camiones. Stan se echó el impermeable sobre los hombros y rodeó el vehículo para abrir las puertas traseras. Se metió dentro y suavemente sacudió a Pete por el tobillo.

—Pete, despierta. Ya hemos llegado. Tenemos que montar las tiendas.

—Va, déjame dormir cinco minutos más.

—Vamos, Pete. Zeena dice que nos eches una mano.

De repente apartó el impermeable que lo cubría y se incorporó temblando.

—Solo un minuto, chico. Enseguida estoy contigo.

Entumecido, salió reptando de la furgoneta y se quedó de pie temblando, alto y encorvado, en medio del aire frío de la noche. Sacó una botella de un

bolsillo y la ofreció a Stan, que negó con la cabeza. Pete echó un trago, luego otro, y tapó la botella. A continuación sacó el tapón, la acabó y la arrojó a la noche.

—Una menos.

Encendieron los focos y el jefe de la feria había indicado la ubicación de la avenida central con las estacas de señalización. Stan se echó al hombro las planchas que encajaban para montar el escenario de Zeena y sacó un brazo de la furgoneta.

La parte superior de la Diez-en-Uno estaba levantada. Stan echó una mano con el cabrestante, mientras el alba acuosa aparecía sobre los árboles, y en las casas que quedaban en la linde del terreno de la feria las luces comenzaban a encenderse en los dormitorios y luego en las cocinas.

En el color lavanda cada vez más intenso del amanecer la feria ambulante iba tomando forma. Se alzaban las barracas, la cocina llenaba con su perfume de café el aire lleno de gotas. Stan hizo una pausa, la camisa se le pegaba de sudor, en los músculos de los brazos y la espalda sentía un agradable calor. ¡Y su viejo había querido meterle en el mundo inmobiliario!

Dentro de la tienda del Diez-en-Uno, Stan y Pete montaron el escenario para el número de mentalismo. A continuación colgaron las cortinas, colocaron la mesa de *bridge* y una silla bajo el escenario y guardaron los cartones con los horóscopos.

Zeena regresó. A la acuosa luz dorada de la mañana se le veían las patas de gallo, pero se mantenía tan tiesa como el poste de una tienda de campaña.

—Me han dado una maldita suite nupcial: dos habitaciones y baño. Venga, vosotros dos, estáis empapados.

Pete necesitaba un afeitado, y su cara demacrada y angulosa parecía más estirada todavía sobre los huesos.

—Me encantaría, cariño. Pero primero tengo que hacer un par de encargos en el pueblo. Te veré luego.

—Es el 28 de Locust Lane. ¿Tienes bastante pasta?

—Podrías darme un par de dólares del tesoro.

—Muy bien, cariño. Pero tómate antes un café. Prométele a Zeena que desayunarás.

Pete cogió el dinero y lo colocó cuidadosamente en una billetera.

—Probablemente tomaré un vaso pequeño de zumo de naranja helado, dos huevos pasados por agua, un biscote y un café —dijo, y de repente su voz se tornó vibrante. Enseguida pareció desvanecerse. Sacó la billetera y miró en su interior—. Primero debo asegurarme de que llevo dinero —dijo en un tono

desafinado, extrañamente infantil. Comenzó a cruzar el descampado hacia una cabaña que había en la linde del pueblo. Zeena contempló cómo se alejaba.

—Apuesto a que ese tugurio es un bar ilegal —le dijo a Stan—. Te aseguro que Pete es un auténtico clarividente en lo que se refiere a localizar un tesoro escondido... siempre y cuando borbotee al sacudirlo. Bueno, ¿vienes a lavarte? ¡Mírate! ¡Tienes la camisa pegada de sudor!

Mientras caminaban, Stan respiró el aire de la mañana. Una neblina flotaba sobre las colinas que había más allá del pueblo, y de una ladera que se alzaba al otro lado de la carretera llegaba el suave «tolón» de un cencerro. Stan se detuvo y estiró los brazos.

Zeena también se detuvo.

—Cuando hacía dos funciones al día nunca veía el campo. Sabes, Stan, te lo digo de verdad, en cuanto oigo mugir una vaca me entra nostalgia.

Apareció el sol y centelleó en las rodadas de la caravana, aún inundadas de lluvia. Stan le cogió el brazo para ayudarla a cruzar los charcos. Bajo la goma tersa y cálida, el impermeable apretó el suave bulto de su pecho. Stan sentía el calor avahándole la cara allí donde le rozaba el viento frío.

—Es estupendo que estés con nosotros, Stan. ¿Lo sabías?

Stan dejó de caminar. Nadie podía verlos desde los terrenos de la feria. Zeena le sonreía a algo que había en su interior. Stan la rodeó torpemente con el brazo y la besó. Nada que ver con besar a las chicas del instituto. La búsqueda cálida e íntima de la boca de Zeena lo dejó aturdido y mareado. Se separaron y Stan dijo:

—Uau.

Por un momento Zeena dejó su mano apretada contra la mejilla de Stan; a continuación se dio media vuelta y siguieron caminando, dándose la mano.

—¿Dónde está Molly? —preguntó Stan al cabo de unos momentos.

—Planchando la oreja. He convencido a la propietaria de la casa de que nos alquilara dos habitaciones por el precio de una. Mientras esperaba a que preparara el almuerzo de su marido le he echado un rápido vistazo a la Biblia familiar y me he aprendido sus fechas de nacimiento. Le he dicho enseguida que era Aries: 29 de marzo. A continuación le he leído las cartas y se ha quedado de pasta de boniato. Tenemos una habitación realmente bonita. Siempre vale la pena tener los ojos abiertos, lo digo siempre. La chica se ha dado un buen baño y se ha metido en la piltra. Estará planchando la oreja. Es una chica estupenda, ojalá creciera un poco y dejara de hablar de su papi cada vez que le pasa cualquier tontería. Imagino que lo superará. Ya verás lo grandes que son las habitaciones.

La habitación le recordó a Stan la casa donde se había criado. La vieja casa de Linden Street y la gran cama de latón del dormitorio de sus padres, donde todo estaba revuelto y olía a perfume en el almohadón de su madre y a regenerador del cabello en el lado de su padre.

Zeena se quitó el impermeable, enrolló un periódico hasta que quedó duro, lo ató con una cuerda en el medio y colgó el impermeable en un gancho del armario. Se quitó los zapatos y se estiró en la cama, abriendo bien los brazos. A continuación se quitó las horquillas y su pelo dorado, que hasta ese momento había formado un perfecto moño doble, le cayó formando dos trenzas. Rápidamente las deshizo y dejó que el pelo se esparciera sobre el almohadón.

Stan dijo: «Será mejor que vaya a bañarme. Veré si queda agua caliente».

Colgó el impermeable y el chaleco en el respaldo de una silla. Cuando levantó la mirada vio que Zeena tenía los ojos clavados en él, los párpados entrecerrados. Sonreía con un brazo doblado bajo la cabeza, una sonrisa dulce, posesiva.

Él se le acercó y se sentó junto a ella al borde de la cama. Zeena cubrió la mano de Stan con la suya y de repente él se inclinó y la besó. Ahora no tenían ningún motivo para interrumpirse y no lo hicieron. Zeena deslizó la mano por dentro de la camisa de él y palpó delicadamente el terso calor de su espalda.

—Espera, cariño. Todavía no. Bésame un poco más.

—¿Y si Molly se despierta?

—No se despertará. Es joven. No la despertarías ni aunque quisieras. No te preocupes por nada, cariño. Tómalo con calma y ve despacio.

Todo lo que Stan había imaginado que diría y haría en ese momento parecía fuera de lugar. Había emoción y peligro, y el corazón le latió tan fuerte que pensó que se asfixiaría.

—Quítate la ropa, cariño, y cuélgala en la silla, bien plegada.

Stan se sorprendió al no sentir la menor vergüenza ahora que había llegado el momento. Zeena se quitó las medias, se desabrochó el vestido y se lo sacó lentamente por la cabeza. Después se quitó la combinación.

Por fin volvió a recostarse, el brazo doblado bajo la cabeza, y le hizo seña de que se acercara.

—Y ahora, Stan, cariño, déjate llevar.

—Se está haciendo tarde.

—Y que lo digas. Date un baño y vuelve. Los chicos pensarán que Zeena te ha seducido.

—Y acertarán.

—Ya lo creo que acertarán. —Se incorporó sobre los codos, dejó que el pelo le cayera por los dos lados de la cara y besó a Stan suavemente—. Vete. Ahora, cariño.

—No puedo. Me tienes sujeto.

—Intenta marcharte.

—No puedo. Pesas demasiado.

—A ver si puedes soltarte.

Llamaron a la puerta, un golpe suave y tímido. Zeena se apartó el pelo de los ojos. Stan hizo ademán de ir a la puerta pero ella le colocó un dedo en los labios. Salió de la cama garbosamente y arrastró a Stan de una mano. A continuación le dio los pantalones, la ropa interior y los calcetines y de un empujón lo metió en el cuarto de baño.

Stan se acurrucó detrás de la puerta del cuarto de baño, con el oído pegado a la madera y el corazón percutiéndole alarmado. Oyó cómo Zeena sacaba el albornoz de una maleta y se demoraba a la hora de abrir la puerta. Cuando la abrió se oyó la voz de Pete.

—Siento despertarte, querida. Es que... —La voz le sonó más pastosa—. Es que tengo que comprar un par de cosas. No sé cómo, pero se me ha olvidado desayunar.

Se oyó el chasquido de una billetera al abrirse.

—Aquí tienes un dólar, cariño. Y ahora procura desayunar.

—Te lo juro por lo que más quieras.

Stan oyó los pies descalzos de Zeena acercarse al cuarto de baño.

—Stan —dijo—, date prisa. Quiero dormir un poco. Sal de la bañera y ponte los pantalones. —A Pete le dijo—: El chico ha tenido una noche muy dura, descargando y montando bajo la lluvia. Supongo que se ha quedado dormido en la bañera. Casi que más vale que no lo esperes.

La puerta se cerró. Stan se incorporó. Ni le había temblado la voz al mentirle a Pete diciéndole que estaba en la bañera. Se dijo que para las mujeres era algo natural. Así es como son cuando tienen lo que hay que tener. Así es como les gustaría ser a todas. Se dio cuenta de que estaba temblando. En silencio abrió el grifo de agua caliente.

Cuando la bañera estuvo medio llena se metió dentro y cerró los ojos. Bueno, ahora lo sabía. Por eso se cometían todos los asesinatos pasionales y por eso se casaba la gente. Por eso los hombres abandonaban su hogar y por eso las mujeres adquirirían mala reputación. Ese era el gran secreto. Ahora lo sé. Pero saberlo no es nada decepcionante. Está bien.

Pasó las manos por la superficie del agua caliente y formó pequeñas ondas sobre el pecho. Abrió los ojos. Sacó una mano del calor humeante y se la quedó mirando un momento, y a continuación, lentamente, se quitó del dorso un pelo color dorado y reluciente, que parecía un alambre diminuto y arrugado. Zeena era rubia natural.

Pasaron las semanas. El Espectáculo de Monstruos de Ackerman-Zorbaugh fue de pueblo en pueblo, el perfil del cielo que rodeaba el terreno de la feria iba cambiando, pero el mar de caras vueltas hacia arriba siempre era igual.

Para una feria ambulante, la primera temporada es siempre la mejor y la peor. Los músculos de Stan se endurecieron, sus dedos adquirieron una gran seguridad y su voz más volumen. En su actuación introdujo un par de números con monedas que anteriormente no había tenido el valor de intentar en público.

Zeena le enseñó muchas cosas, algunas de ellas sobre magia.

—Hacer que miren a otra parte es todo el secreto, cariño. No hace falta un gran decorado, ni cajas, ni trampillas, ni mesas trucadas. Siempre he dicho que un hombre que aprende el secreto de hacer que la gente mire a otra parte puede meterse la mano en el bolsillo y ponerse algo en el sombrero, y luego ir y volver a sacarlo, y todo el mundo se quedará estupefacto y boquiabierto, preguntándose de dónde lo ha sacado.

—¿Alguna vez has practicado? —le preguntó Stan.

Zeena se rio.

—No en esta vida. Hay muy pocas chicas a las que se les da bien la magia. Y hay una razón. Las chicas pasan toda su vida aprendiendo a llamar la atención. Y en la magia tienen que desaprender todo eso y aprender a conseguir que el público mire a otra parte. Es un esfuerzo demasiado grande. Y normalmente no lo consiguen. Yo no pude. Siempre me he limitado al mentalismo. No hace daño a nadie, y haces muchos amigos allí donde vas. A la gente siempre la enloquece que le digan el futuro, y qué demonios. Los animas, alientas sus deseos, les das esperanzas. Es lo que hace el predicador cada domingo. Tal como yo lo veo, no hay mucha diferencia entre un adivino y un predicador. Todo el mundo espera lo mejor y teme lo peor, y lo que ocurre generalmente es lo peor, pero eso no nos impide tener esperanza. Cuando dejas de tener esperanza, entonces estás en las últimas.

Stan asintió.

—¿Pete ha dejado de tener esperanzas?

Zeena se quedó callada, y sus ojos azules infantiles se iluminaron.

—A veces creo que sí. Pete tiene miedo de algo. Creo que hace mucho tiempo que tiene mucho miedo de sí mismo. Eso es lo que le hizo ser un hacha leyendo la bola de cristal... durante unos años. Como todo el mundo, se moría de ganas de leer el futuro en la bola de cristal. Y cuando estaba delante de todo el mundo, realmente creía que lo estaba haciendo. Y de repente comenzó a ver que no existía ninguna magia en la que confiar, y que al final solo podía confiar en sí mismo. No en mí, ni en sus amigos, ni en la buena suerte... solo en sí mismo. Y le daba miedo acabar desilusionado.

—¿Y así fue como acabó?

—Sí. Así fue como acabó.

—¿Y qué le ocurrirá?

Zeena se puso a la defensiva.

—No le ocurrirá nada. En el fondo es un buen hombre. Y estaré con él hasta el final. De no haber sido por Pete, probablemente yo habría acabado en un prostíbulo. Ahora tengo un buen oficio que siempre tendrá demanda, siempre que exista un alma en el mundo preocupada por saber de dónde sacar el alquiler del mes que viene. Siempre podré salir adelante. Y siempre llevaré a Pete conmigo.

Al otro lado de la carpa, el presentador, Clem Hoately, había montado la plataforma del Comandante Mosquito y había comenzado su alocución. El Comandante echó para atrás uno de sus diminutos pies y lanzó una patada tremendamente certera a la espinilla de Hoately. El presentador tartamudeó por un momento. El enano le enseñaba los dientes como un gatito furioso.

—El Comandante es un hombrecillo desagradable —dijo Stan.

—Y que lo digas. ¿Qué te parecería vivir encerrado así en el cuerpo de un niño? Y todo el público gritándote. En nuestro oficio es diferente. Estamos muy por encima del público. Somos mejores que ellos y ellos lo saben. Pero el Comandante ya nació anormal.

—¿Y qué me dices del Marinero Martin? A él lo convirtieron en un monstruo.

Zeena soltó un bufido.

—No es más que una polla acompañada de un hombre. Comenzó tatuándose muchas anclas y mujeres desnudas en los brazos para demostrarles a las chicas lo duro que era o algo parecido. Luego se tatuó ese navío de guerra en el pecho y se convirtió en un monstruo. Cuando se quitaba la camisa era como la tira cómica de un periódico, y se imaginó que a lo mejor

podría ganarse la vida exhibiendo la piel. Si él ha estado en la marina, yo nací en un convento.

—No parece que le tire los tejos a tu amiga de la Silla Eléctrica.

En los ojos de Zeena apareció un destello.

—Más le vale. La chica no irá con nadie hasta que no encuentre algún tipo que la trate bien. Yo me encargaré de ello. Le mediré las costillas a palos a cualquiera que ande tonteando con Molly.

—¿Tú y quién más?

—Yo y Bruno.

Evansburg, Morristown, Linklater, Cooley Mills, Ochetawney, Bale City, Boeotia, Sanders Falls, Newbridge.

En breve: El Espectáculo de Monstruos de Ackerman-Zorbaugh. Patrocinado por los Altos Cedros de Sión, los Fondos de Beneficencia de Caldwell, las Hijas de los Pioneros de Clay County, los Bomberos Voluntarios de Kallakie, y la Leal Orden del Bisonte.

Polvo cuando el tiempo era seco. Barro cuando llovía. Maldiciendo, humeando, sudando, tramando, sobornando, bramando, engañando, la feria ambulante proseguía su camino. Llegaba por la noche como una columna de fuego, traía emociones y cosas nuevas a los pueblos amodorrados: luces y ruido y la oportunidad de ganar una manta india, de montar en la noria, de ver al salvaje que acaricia esos reptiles igual que una madre acariciaría a sus bebés. Luego desaparecían en la noche, dejando la hierba del campo pisoteada y cajas de palomitas de maíz y cucharillas de hojalata que se pudrían como vestigios de su presencia.

Stan estaba sorprendido y roído por la frustración. Había conseguido a Zeena, pero había pocas opciones de que eso volviera a ocurrir. Ella era la lista, la que conocía cómo funcionaba la feria ambulante y todo lo demás. Era la que sabía. Y sin embargo, en el estrecho mundo de la feria encontraba muy pocas oportunidades de hacer lo que, como sus ojos le decían a Stan una docena de veces al día, le encantaría hacer.

Pete estaba siempre de por medio, siempre rondando por ahí, disculpándose, alicaído, tembloroso, perfumado de alcohol, siempre un recordatorio de lo que había sido.

Zeena se citaba con Stan y no podía ir porque tenía que coser un botón de la camisa de Pete. Stan no lo comprendía; cuanto más pensaba en ello, más confuso y amargado se sentía. Zeena lo utilizaba para su satisfacción, no

dejaba de repetirse. Luego se ponía a pensar que a lo mejor Zeena solo fingía con él, y de hecho veía en él una sombra de lo que Pete había sido: un hombre guapo, abstemio, con su pequeña barba negra.

La idea se le ocurrió justo en mitad de su número, y su palabrería se convirtió en un gruñido.

Un día Clem Hoately lo estaba esperando junto a la plataforma cuando bajó después del último espectáculo.

—Sea lo que sea lo que te está reconcomiendo, chico, más vale que lo olvides cuando subes a actuar. Si no vas a actuar como un profesional, recoge tus trastos y lárgate. Los magos van a cinco centavos la pareja.

Stan había adquirido la suficiente habilidad como para coger medio dólar de la pechera de Hoately y hacerlo desaparecer con la otra mano antes de alejarse. Pero la llamada al orden del anciano le escocía. Ningún hombre ni ninguna mujer de su edad era capaz de amargarlo como Hoately. Hacía falta un cabrón así, sobre todo cuando la pelusa de la cara parecía plateada como el hongo que brota de un cadáver. Un cabrón así.

Aquella noche Stan se metió en su camastro de la tienda de la carpa del Diez-en-Uno animando fantasías en las que asaba lentamente a Hoately al fuego, a la manera de la inquisición.

Al día siguiente, cuando estaban a punto de abrir, Hoately se detuvo junto a su plataforma mientras Stan abría una caja de librillos para vender.

—Sigue haciendo los trucos del medio dólar en tu número, hijo. Son llamativos. A los panolis les encantan.

Stan sonrió y dijo:

—Ya me lo imagino. —Cuando apareció el primer grupo les hizo todo lo que sabía. Su venta de libros de magia casi se dobló. Todo el día estuvo que se salía. Pero llegó la noche.

Por la noche el cuerpo de Zeena atormentó sus sueños y se quedó echado debajo de la manta, agotado y con los ojos anhelando dormirse, recordando y poseyéndola una y otra vez en su recuerdo.

Una noche esperó hasta que cerraron. Se apartó de las cortinas de su escenario en miniatura. Zeena se había quitado la túnica de seda blanca y se estaba arreglando el pelo; enseñaba unos hombros blancos y redondeados y atractivos por encima de la combinación. Él la atrajo bruscamente hacia sí y la besó, y ella lo apartó.

—Lárgate de aquí. Tengo que vestirme.

—Muy bien. ¿Quieres decir que hemos terminado?

La cara de Zeena se ablandó y le colocó suavemente la palma de la mano en la cara.

—Tienes que aprender a controlarte, cariño. No estamos casados. Tenemos que ir con cuidado. Solo estoy casada con una persona, y es Pete. Tú eres un muchacho encantador y te tengo mucho cariño. Pero no podemos perder la cabeza. Y ahora sé bueno. Volveremos a estar juntos uno de estos días... o de estas noches. Y lo pasaremos bien. Te lo prometo. En cuanto podamos te lo haré saber.

—Me encantaría creerte.

Ella le rodeó el cuello con sus fríos brazos y le repitió la promesa entre sus labios, cálidos, dulces y escrutadores. El corazón de Stan comenzó a percutirle en el pecho.

—¿Esta noche?

—Ya veremos.

—Que sea esta noche.

Zeena negó con la cabeza.

—Tengo que conseguir que Pete escriba unas cartas. No puede si va demasiado bebido, y ha recibido algunas que hay que contestar. En el mundo del espectáculo no les puedes fallar a tus amigos. Es algo que descubres cuando estás con el culo al aire y tienes que pedirles un préstamo. A lo mejor mañana por la noche.

Stan se dio media vuelta, díscolo y feroz, y en aquel momento toda su mente la encontró repulsiva. Odiaba a Zeena y a su Pete.

Mientras se dirigía a la cocina para cenar se cruzó con Pete, que estaba sobrio, tembloroso y blasfemo. Como tenían que pasarse la velada escribiendo cartas, Zeena le había escondido la botella. Los ojos comenzaban a salirse de las órbitas.

—¿Puedes prestarme un dólar, chico? —susurró Pete.

Zeena apareció detrás de los dos.

—Vais a quedaros aquí y cenar —dijo, empujándolos hacia la cocina—. Tengo que encontrar una tienda en este pueblo que abra hasta tarde. Las mujeres tenemos que cuidar nuestra belleza. Volveré enseguida, cariño —le dijo a Pete, abrochándole un botón de la camisa—. Tenemos que ponernos al día con la correspondencia.

Stan comió deprisa, pero Pete apartó la comida, se secó la boca con el dorso de la mano y se limpió la mano concienzudamente con la servilleta.

Aplastó la servilleta hasta convertirla en una bola dura de papel y la lanzó contra la espalda del cocinero con una maldición.

—¿Puedes prestarme cinco dólares, chaval?

—No. Volvamos a la tienda. Puedes leer el nuevo *Billboard*. Zeena te lo ha dejado debajo del escenario.

Regresaron en silencio.

Stan montó su camastro y observó cómo la carpa del Diez-en-Uno se preparaba para pasar la noche. Bajo el escenario de astrología brillaba una sola luz, que parpadeaba a través de las grietas de los tablones. Dentro, Pete estaba sentado a la mesa, intentando leer el *Billboard* y volviendo una y otra vez sobre el mismo párrafo.

Stan se preguntó por qué Zeena no había dejado que la acompañara. Por el camino a lo mejor podían haberse calentado un poco, y ella se habría olvidado de Pete y de las cartas que tenía que escribir.

Zeena había escondido la botella debajo del asiento de la silla del Comandante Mosquito. Stan se bajó de la plataforma de un salto y cruzó la carpa sin hacer ruido. El diminuto camastro del Comandante quedaba justo encima de su cabeza; podía oír su rápida respiración con registro de soprano. Su mano encontró la botella y la cogió.

Solo quedaban dos dedos. Stan dio media vuelta y subió los peldaños del escenario de Zeena. Unos momentos después bajó y se introdujo en el compartimento que había debajo del escenario. Tenía la botella en la mano, ahora llena por encima de la mitad.

—¿Qué te parecería tomar un trago, Pete?

—¡Alabado sea Dios! —Casi le arrancó la botella de la mano. Pete quitó el tapón y se la ofreció a Stan de manera automática. Al momento siguiente ya la tenía en la boca y la nuez le subía y bajaba. La vació y se la devolvió a Stan—. Dios todopoderoso. Un amigo necesitado, como dice el dicho. Me temo que no te he dejado mucho, Stan.

—No importa. Ahora tampoco me apetece mucho.

Pete negó con la cabeza y pareció serenarse.

—Eres un buen chico, Stan. Tu número está muy bien. No dejes que nadie te impida triunfar. Si no te quedas estancado, puedes llegar a ser alguien. Deberías habernos visto cuando estábamos en lo alto. La gente hacía cola. Se tragaban los otros cuatro números solo para vernos a nosotros. Chico, me acuerdo de cuando nuestros nombres estaban en la marquesina con unas letras de un palmo de grandes. Allí donde íbamos nuestro nombre siempre estaba arriba. Y también nos divertíamos mucho.

»Pero tú... Bueno, chico, los nombres más grandes de este negocio empezaron justo donde estás tú. Eres el chico más afortunado del mundo.

Tienes buena planta. Tienes un aspecto de primera, y yo no te engañaría. Sabes hablar. Sabes hacer trucos de manos. Lo tienes todo. Algún día serás un gran mago. Pero no dejes que la feria... —Se le puso la mirada vidriosa. Dejó de hablar y se quedó sentado rígidamente.

—¿Por qué no apagas la luz y descansas hasta que Zeena vuelva? — sugirió Stan.

La única respuesta fue un gruñido. A continuación el hombre se incorporó y echó los hombros hacia atrás.

—¡Chico, deberías habernos visto cuando hacíamos el circuito de Keith!

Dios mío, ¿es que este idiota no piensa dormirse?, se dijo Stan. Al otro lado de las paredes de madera del compartimento de debajo del escenario y de la lona de la carpa, se oyó el sonido de un coche poniéndose en marcha. El ronroneo del motor de arranque cruzó la noche cuando el conductor anónimo apretó el acelerador. El motor arrancó y Stan oyó meter la marcha.

—Sabes, chico... —Pete se irguió hasta que su cabeza casi tocó las tablas del techo. El alcohol parecía enderezarle la espalda. Levantó la barbilla en un gesto de autoridad—. Stan, un tipo como tú debería ser un gran mentalista. ¡Estudia la naturaleza humana! —Echó un último y largo trago de la botella y la acabó. Tambaleándose ligeramente, puso unos ojos como platos y tragó saliva.

—Fíjate, un acorde de la orquesta, un foco color ámbar, y ahí estoy yo. Les suelto mi perorata, los hago reír, mucho misterio. A continuación empieza mi lectura. Aquí está mi bola de cristal. —Concentró los ojos en la botella de whisky vacía y Stan lo observó con cierta incomodidad. Pete parecía cobrar vida. Su mirada se iluminó, se volvió intensa.

A continuación su voz se transformó y adquirió gravedad y fuerza. Pasó la mano izquierda lentamente por encima de la superficie de la botella.

—Desde el alba de la historia —comenzó a decir, y sus palabras tronaron en aquel cuartucho de madera—, la humanidad ha querido ver más allá del velo que le oculta el mañana. Y a través de las épocas ciertos hombres han conseguido penetrar en el cristal pulido y ver. ¿Se trata de una propiedad del cristal? ¿O quizá el que mira simplemente vuelve los ojos hacia dentro? ¿Quién sabe? Pero las visiones acuden. Lentamente, cambiando de forma, las visiones acuden...

Stan se dio cuenta de que estaba mirando la botella vacía, dentro de la cual una sola gota pálida se inclinaba cruzando el fondo. Era incapaz de apartar los ojos, tan contagioso era el ensimismamiento del otro.

—¡Un momento! Las formas cambiantes comienzan a definirse. Veo campos de hierba y colinas onduladas. Y un muchacho... un muchacho que corre descalzo a través de los campos. Lo acompaña un perro.

Demasiado rápidas para que su cautelosa mente pudiera controlarlas, Stan susurró las palabras:

—Sí. Vaya timo.

El fuego de los ojos de Pete se adentraba en el cristal.

—Entonces era feliz... pero no duró. Ahora neblinas oscuras... pesar. Veo gente que se mueve... un hombre asoma... el mal... el chico le odia. La muerte y el deseo de la muerte.

Stan se movió como una explosión. Le arrancó la botella; resbaló y cayó al suelo. La mandó a un rincón de una patada, respiraba veloz y aceleradamente.

Pete se quedó allí un momento, mirando la mano vacía, y a continuación bajó el brazo. Se le desplomaron los hombros. Se dejó caer en una silla plegable y apoyó los codos sobre la mesa de *bridge*. Cuando levantó la cara hacia Stan tenía los ojos vidriosos, la mandíbula floja.

—No hablaba en serio, chico. No estás enfadado conmigo, ¿verdad? Solo bromeaba. Es un rollo típico... se lo puedes colocar a cualquiera. Solo que tienes que vestirlo un poco. —Volvía a tener la lengua pastosa y se calló. Dejó caer la cabeza, pero enseguida se recuperó—. Todo el mundo ha tenido problemas. Ha querido matar a alguien. Generalmente, en el caso de un chaval, se trata de su padre. ¿Qué es la infancia? Ahora eres feliz y ahora estás destrozado. Todos los chicos han tenido un perro. O el perro de un vecino...

Dejó caer la cabeza hacia delante, sobre los antebrazos.

—No soy más que un viejo borracho. Solo un beodo. Dios... Zeena se enfadará. No le digas que tú me has dado la botella. O también se enfadará contigo. —Se puso a llorar en voz baja.

A Stan se le revolvieron las tripas de asco. Se dio media vuelta sin decir una palabra y abandonó aquel cuartucho agobiante. En comparación, el aire de la carpa del Diez-en-Uno, a oscuras ahora y silencioso, era fresco.

Cuando Zeena regresó, a Stan le pareció que había transcurrido la mitad de la noche. Stan fue a su encuentro y le habló en susurros para no molestar a los que dormían en la carpa, y que ahora roncaban sonoramente en sus camastros.

—¿Dónde está Pete?

—Se quedó dormido.

—¿De dónde ha sacado la botella?

—Yo... no lo sé. Estuvo rondando el garito del monstruo.

—Maldita sea, Stan, te dije que lo vigilaras. Bueno, yo también estoy hecha polvo. Más me vale echar un sueñecito. Mañana será otro día.

—Zeena.

—Dime, cariño.

—Deja que te acompañe a casa.

—No está lejos, y no quiero que te hagas ilusiones. La patraña de ese antro parece una tortuga furiosa. No queremos tener problemas en este pueblo. Ya tuvimos bastantes problemas con la poli cuando casi nos cierran el negocio porque aquí se jugaba. Esto es terreno puritano.

Habían salido de la carpa y la oscura avenida central se extendía delante de ellos. Todavía salía luz de la cocina.

—Te acompañaré —dijo Stan. Algo le apretaba el pecho y quería arrojarlo. Entrelazó los dedos con los de Zeena y ella no apartó la mano.

A la sombra de los primeros árboles de la linde del descampado se detuvieron y se besaron, y Zeena le abrazó.

—Caramba, cariño, no sabes cuánto te he echado de menos. Supongo que necesito más amor del que pensaba. Pero no en la habitación. Esa vieja sargento siempre está vigilando.

Stan la cogió del brazo y siguieron la carretera. La luna había desaparecido. Cruzaron un prado situado sobre una pequeña elevación y a continuación la carretera descendió entre terraplenes de arcilla y los campos quedaron por encima de la carretera.

—Vamos ahí —susurró Stan.

Subieron el terraplén y desplegaron sus camastros sobre la hierba.

Stan llegó a la carpa del Diez-en-Uno justo antes del amanecer. Se metió en su camastro y se durmió en menos que canta un gallo. Entonces oyó algo gorjeando en su oreja y tirándole del hombro. Una voz que parecía la cuerda en mi de un violín cruzaba las capas de fatiga y el vacío en el que se encontraba después de haber vaciado sus energías.

—¡Chico, despierta! ¡Despierta, zoquete! —La voz estridente era cada vez más fuerte.

Stan soltó un gruñido y abrió los ojos. El sol teñía la carpa de un pardo rojizo. La fuerza que le atenazaba el hombro era el Comandante Mosquito, que llevaba el pelo cuidadosamente humedecido y cepillado sobre su abultada frente de niño.

—¡Stan, levántate! ¡Pete ha muerto!

—¿Qué?

Stan salió disparado del camastro y buscó los zapatos.

—¿Qué le ha pasado?

—Simplemente ha estirado la pata... ese asqueroso borracho. Le dio a la botella de alcohol de madera que Zeena guarda para quemar los sobres falsos. No quedaba nada, o casi nada. Y Pete está más muerto que un arenque. Tenía la boca más abierta que la Cueva Colosal de Kentucky. Vamos, ven a echar un vistazo. Le di una docena de patadas en las costillas y no se movió. Ven a echar un vistazo.

Sin decir una palabra, Stan se ató los cordones de los zapatos de una manera perfecta, meticulosa, dedicándoles una gran atención. Rechazaba una idea que se abría paso lentamente, hasta que irrumpió como una tormenta eléctrica: Me ahorcarán. Me ahorcarán. Me ahorcarán. Yo no quería. Solo quería que se durmiera. No sabía que era alcohol de madera. Me ahorcarán. Yo no quería. Me...

Saltó de la plataforma y atravesó el grupo de gente que rodeaba el escenario de la vidente. Zeena salió y se quedó mirándolos a todos, alta y erguida y con los ojos secos.

—Se ha ido. Era un buen hombre y un estupendo compañero. Le dije que el alcohol era malo. Ayer por la noche sin ir más lejos le escondí la botella...
—Se interrumpió y de repente desapareció tras las cortinas.

Stan se dio media vuelta y avanzó entre la gente. Salió de la carpa a la primera luz del sol y se quedó en la linde del solar, donde los postes telefónicos que había junto a la carretera extendían sus cables serpenteantes a lo lejos.

Sus pies pisaron algo brillante, y recogió una bombilla fundida que yacía entre las cenizas de un fuego apagado hacía mucho tiempo. Por dentro era iridiscente y ahumada, oscura como una bola de cristal sobre un tapete de terciopelo negro. Stan la retuvo en la mano, buscando una piedra o el poste de una cerca. El diafragma parecía apretarle los pulmones y le impedía respirar. En uno de los postes telefónicos había un cartel electoral con manchurriones que mostraba la cara demacrada del candidato, cuyo pelo blanco le caía húmedo sobre una ceja, y en torno a la boca tenía arrugas de astucia y rapacidad que el fotógrafo no había podido ocultar.

VOTE A MACKINSEN PARA SHERIFF. HONESTO. INCORRUPTIBLE. VALIENTE.

Stan echó el brazo hacia atrás y la bombilla salió volando.

—¡Putero hijo de puta!

Lentamente, como si mediante la mismísima intensidad de su atención hubiera frenado el tiempo, la bombilla golpeó la cara impresa y se hizo añicos, que centellearon y salieron volando y cayeron.

Como si le hubieran abierto un absceso en su interior, Stan pudo respirar otra vez y el nudo de miedo se aflojó. Nunca más volvería a sentir un miedo semejante. Su mente, clara como el aire que lo rodeaba, tomó el mando y comenzó a pensar.

NAIPE IV



EL MUNDO

Una muchacha baila dentro de una guirnalda que la rodea; las bestias del Apocalipsis la contemplan.

Desde la mañana, el cerebro de Stan había estado lleno de un zumbido de motor que giraba y engranaba todas las respuestas posibles. ¿Dónde estabas cuando Pete fue a ver al monstruo? En mi plataforma, instalando en el catre. ¿Qué hiciste luego? Practiqué un nuevo truco con las cartas. ¿Qué truco? Pasar una carta de la palma al dorso de la mano. ¿Dónde fue? Supongo que debajo del escenario. ¿Lo estabas vigilando? Solo vigilaba que no saliera. ¿Dónde estabas cuando Zeena regresó? En la entrada, esperándola...

La gente se iba marchando. Las estrellas estaban cubiertas de una neblina y se oyó un rayo detrás de los árboles. A las once Hoately puso fin a su perorata. Los últimos espectadores se marcharon y los habitantes del Diez-en-Uno fumaron mientras se vestían. Al final se reunieron con cara seria alrededor de Hoately. El único que no parecía afectado era el Comandante Mosquito. Se puso a silbar alegremente, hasta que alguien le dijo que se callara.

Cuando el último estuvo preparado, desfilaron hacia los coches. Stan iba con Hoately, el Comandante, Bruno y el Marinero Martin. Se dirigían hacia el centro del pueblo, donde estaba la funeraria.

—Ha sido una suerte que el funeral se celebrara en una noche de poco público —dijo el Marinero. Nadie le contestó.

A continuación el Comandante Mosquito se puso a recitar:

—Oh muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh tumba, ¿dónde está tu victoria? —Escupió—. ¿Por qué tienen que hacer toda esta mierda? ¿Por qué simplemente no lo entierran y dejan que comience a pudrirse?

—¡Cállate! —dijo Bruno con una voz ronca—. Hablas demasiado para ser tan enano.

—¿Por qué no te la machacas con una piedra?

—Es muy duro para Zeena —les dijo Bruno a los demás—. Es una mujer estupenda.

Clem Hoately, que conducía con una mano posada con descuido en el volante, dijo:

—Nadie va a echar de menos a ese beodo. Y dentro de poco, ni siquiera Zeena. Pero te da que pensar. Me acuerdo de ese tipo cuando era el número

uno. Hace un año que no pruebo una gota, y voy a seguir así. Ya he visto caer a demasiados.

—¿Quién hará el número con Zeena? —preguntó Stan al cabo de un rato —. ¿O va a cambiar el número? Podría encargarse ella de las preguntas e ir siempre una por delante.

Hoately se rascó la cabeza con la mano libre.

—Eso hoy en día no tiene mucho éxito. No tiene por qué cambiar el número. Podrías esconderte tú y decirle las preguntas. Yo me encargaré de atraer a la gente. Colocaremos a la Chica Eléctrica entre tu número y el de Zeena, así tendrás tiempo para entrar y prepararte.

—A mí me está bien.

Lo ha dicho él, no dejaba de repetirse Stan. No ha sido idea mía. El Comandante y Bruno lo han oído. Lo ha dicho él.

La calle estaba vacía, y la luz de la funeraria formaba una cuña dorada en la acera. Detrás de ellos aparcó el otro coche. El viejo Maguire, el taquillero y presentador del Diez-en-Uno, salió, y luego Molly; a continuación Joe Plasky se apeó del vehículo caminando sobre las manos y cruzó la acera. A Stan le recordaba una rana, y se movía con parsimonia.

Zeena los recibió en la puerta. Llevaba un vestido negro nuevo, un vestido con enormes flores bordadas de color azabache.

—Pasad, chicos. Yo... he ordenado que dejaran a Pete bien guapo. Acabo de llamar a un reverendo, y está en camino. He pensado que sería más propio traer a un reverendo si podíamos, aunque Pete no era hombre de iglesia.

Entraron. Joe Plasky hurgó en su bolsillo y sacó un sobre que entregó a Zeena.

—Los chicos han contribuido para pagar una lápida, Zeena. Sabían que no necesitabas el dinero, pero querían hacer algo de todos modos. Esta tarde he escrito al *Billboard*. Le pondrán una esquila. Simplemente dije: «Llorado por sus muchos amigos en el mundo del espectáculo».

Zeena se agachó y lo besó.

—Ha sido... ha sido muy amable por parte de todos. Creo que es mejor que entremos en la capilla. Parece que el reverendo está a punto de llegar.

Se sentaron en las sillas plegables. El clérigo era un anciano dócil y aburrido con cara de sueño. Stan se imaginó que también estaba un poco avergonzado. Como si los feriantes no fueran humanos, como si se les hubiera olvidado ponerse los pantalones y él fuera demasiado educado para decir que se había dado cuenta.

El clérigo se puso las gafas.

—... nada traemos a este mundo y nada nos llevamos. El Señor da y el Señor quita...

Stan, que estaba sentado junto a Zeena, intentó concentrarse en las palabras y adivinar lo que reverendo iba a decir a continuación. Lo que fuera con tal de no pensar. No es culpa mía que esté muerto. No pretendía matarlo. Lo maté. Ya empieza otra vez y en todo el día no he sentido nada y pensaba que se me había pasado.

—Señor, déjame conocer mi final, y el número de mis días; que pueda estar seguro de cuánto viviré...

Pete no se dio cuenta de su final. Pete murió feliz. Le hizo un favor. Llevaba años muriéndose. Le daba miedo vivir e intentaba abandonar esta vida lentamente, solo que fui yo quien lo mató. Yo no lo maté. Se mató él mismo. Tarde o temprano le habría dado un tiento a ese alcohol de madera. Solo lo ayudé un poco. Cristo, ¿me pasará lo que me queda de vida pensando en esto?

Stan volvió lentamente la cabeza y miró a los demás. Molly estaba sentada con el Comandante entre ella y Bruno. En la fila de atrás Clean Hoately tenía los ojos cerrados. En la cara de Joe Plasky se veía la sombra de una sonrisa demasiado marcada como para llegar a desaparecer del todo. Era la sonrisa que debió de poner Lázaro al abrir los ojos, se dijo Stan. El Marinero Martin tenía un ojo cerrado.

Ver al Marinero devolvió repentinamente a Stan a la normalidad. Era algo que había hecho cientos de veces, sentado junto a su padre en el duro banco, contemplando a su madre ataviada con un sobrepelliz blanco en el coro, con las demás mujeres. Hay un punto ciego en tu ojo, y si cierras un ojo y dejas que la mirada del otro vaya en línea recta hasta llegar a un lado de la cabeza del predicador, hay un punto en el que su cabeza da la impresión de que desaparece, y crees que está allí predicando sin cabeza.

Stan miró a Zeena. La mente de ella estaba muy lejos. El reverendo aceleró al sermón.

—Breve es la vida del hombre que nace de mujer, y llena de desdicha. Brota y lo cortan, como una flor; pasa como si fuera una sombra, y su tiempo acaba. En mitad de la vida estamos en la muerte...

Detrás de ellos el Comandante Mosquito emitió un fuerte suspiro y se estiró haciendo crujir la silla.

Bruno dijo: «¡Silencio!».

Cuando llegaron al Padre Nuestro, Stan se sintió aliviado al ver que era capaz de hablar. Zeena debía oír su voz. Si lo oía no sospecharía que había

tenido nada que ver con... Stan bajó la voz y las palabras salieron de manera automática. No debe sospecharlo nunca... y sin embargo lo había mirado con desconfianza cuando le dijo que había visto a Pete cerca del garito del monstruo. No debe sospechar. Pero él también debía ir con tacto. Maldita sea, este era el momento en que había que hacer que los demás miraran a otro lado... *«pues tuyo es el reino, el poder y la gloria por los siglos de los siglos»*.

—Amén.

El director de la funeraria se movía enérgicamente en silencio. Quitó la tapa del ataúd y sin hacer ruido la dejó detrás del féretro. Zeena se llevó el pañuelo a la cara y la apartó. Todos formaron una fila y pasaron junto a ella.

Clem Hoately fue el primero, y su cara arrugada no expresaba nada. A continuación Bruno, que llevaba al Comandante Mosquito en el antebrazo para que este también pudiera verlo. La siguiente fue Molly, y detrás de ella el Marinero Martin, muy cerca. A continuación el viejo Maguire, que arrugaba la gorra en la mano. Joe Plasky se desplazaba a saltitos, empujando una de las sillas plegables. Cuando le llegó el turno de ver los restos, colocó la silla junto a la cabeza del ataúd y se subió al asiento. Al mirar al difunto, aún tenía la sonrisa en las comisuras de los ojos, aunque su cara era seria. Sin pensarlo, se santiguó.

Stan tragó saliva con esfuerzo. Era su turno y no había manera de escaquearse. Joe había saltado al suelo y empujaba la silla contra la pared; Stan hundió las dos manos en los bolsillos y se acercó al féretro. Nunca había visto un cadáver; se le pusieron los pelos de punta solo de pensarlo.

Contuvo el aliento y se obligó a mirar.

Al principio le pareció una figura de cera vestida con traje. Una mano se apoyaba cómodamente sobre el chaleco blanco, la otra a su lado. Sujetaba una bola de cristal redonda y transparente. Tenía la cara sonrosada: el de la funeraria había rellenado sus mejillas chupadas y pintado la piel, que ahora relucía con una cérea imitación de la vida. Pero había algo más que impactó a Stan como un golpe en las costillas. Meticulosamente elaborada con pelo de crepé y pegada a la barbilla había una pequeña barba negra y perfectamente recortada que parecía real.

—En el último espectáculo, Mamuasel Electra llevará a cabo una proeza jamás intentada desde que Ben Franklin dominara el rayo con su cometa. Sujetará los dos filamentos de una luz de arco de carbón y permitirá que una corriente mortífera atraviese su cuerpo...

Stan se deslizó discretamente en el interior del compartimento que había debajo del escenario de Zeena, La Mujer que Sabe. Ya no olía a whisky. Stan había instalado una tela para no estar sobre el suelo y había abierto unas volutas de ventilación en los lados de aquel cuartucho. Por encima de la mesa de *bridge* y sobre tres de los lados había levantado un escudo de cartón para poder abrir los sobres y copiar las preguntas en el bloc a la luz de una linterna.

El susurro de los pies rodeando el escenario, a continuación la voz de Zeena en su parlamento inicial. Stan cogió un fajo de preguntas falsas —tarjetas en blanco en el interior de pequeños sobres— y se quedó junto a la ventana mientras Hoately pasaba por detrás de las cortinas.

Se separaron a un lado del escenario; apareció la mano de Hoately. Rápidamente Stan cogió las preguntas del público y colocó las falsas en aquella mano que desapareció hacia arriba. Stan oyó el crujido de los pies al pisar las tablas sobre su cabeza. Se sentó a la mesa, encendió la linterna tapada, cuadró los sobres y cortó las puntas con un movimiento de tijera. Actuando deprisa, sacó las tarjetas y las ordenó delante de él en la mesa.

Pregunta; «¿Dónde está mi hijo?». Una letra anticuada. Una mujer de más de sesenta años, calculó. Ideal para empezar. La firma era clara y en ella figuraba el nombre completo: señora Anna Briggs Sharpley. Stan buscó dos nombres completos más. En una había una pregunta de listillo que dejó a un lado. Cogió el lápiz negro y en el cuaderno escribió: «¿Dónde está hijo?». A continuación escribió con letra de imprenta el nombre rápida pero claramente, y llevó el bloc hasta el agujero del escenario que quedaba a los pies de Zeena.

—Me parece ver la inicial S. ¿Hay por aquí una señora Sharpley?

Stan se dio cuenta de que escuchaba las respuestas como si contuvieran una revelación.

—Piensa usted en su hijo como si fuera todavía un crío, tal como lo conoció cuando venía a usted pidiéndole un trozo de pan con azúcar...

¿De dónde sacaba Zeena todo ese rollo? Tenía tan poca telepatía como Molly resistencia a la electricidad. El número de la Silla Eléctrica era un timo, como todo lo demás de la feria. Pero Zeena...

—Mi querida señora, no debe olvidar que ahora es un hombre hecho y derecho y probablemente tiene hijos propios de los que preocuparse. Usted quiere que su hijo le escriba. ¿No es eso?

Era increíble cómo Zeena era capaz de averiguar cosas simplemente mirando la cara de la gente. Stan sintió un repentino escalofrío de temor. Daba la casualidad de que aquella persona capaz de leer la mente era la única en el mundo a la que tenía que ocultarle algo. Se rio a pesar de su

preocupación. Pero había algo en Zeena que lo atraía con una intensidad mayor que su miedo a que averiguara lo ocurrido y lo tachara de asesino. ¿Cómo consigues saber que eres capaz de decir a la gente lo que piensa tan solo mirándolos? A lo mejor había que nacer con ese don.

—¿Está aquí Clarissa? Clarissa, levanta la mano. Buena chica. Clarissa quiere saber si el joven con el que sale es lo bastante bueno como para casarse con él. Bueno, Clarissa, puede que esto te decepcione, pero debo decirte la verdad. No querrás que te cuente una bola. No creo que este chico te convenga como marido. Ojo, es posible que sea, y no lo dudo, un joven estupendo. Pero algo me dice que cuando conozcas al hombre adecuado no tendrás que preguntarme, no tendrás que preguntarle a nadie. Simplemente te casarás con él.

Ya le habían formulado aquella pregunta más de una vez, y Zeena siempre daba la misma respuesta. De pronto Stan pensó que después de todo no era ningún genio. Zeena conocía a la gente. Pero la gente era muy parecida. Lo que le decías a uno se lo podías decir a nueve de cada diez. Y uno de cada cinco se creería todo lo que dijeras y diría que sí a cualquier cosa cuando le preguntaras si era correcto porque era de esos que son incapaces de decir no. ¡Dios mío, lo que saca Zeena de esto es una miseria! ¡Este negocio podría convertirse en una mina de oro!

Stan cogió otra tarjeta y escribió en el cuaderno: «Consejo en una decisión doméstica importante, Emma». Dios mío, si es capaz de responder a esto es que sabe leer la mente. La acercó a la trampilla y escuchó.

Zeena estuvo perorando un minuto, pensando lo que tenía que decir, y a continuación levantó la voz y dio unos suaves golpes con el tacón. Stan apartó el bloc y supo que esta sería la pregunta con la que el número alcanzaría su clímax y que podía relajarse. Después de eso volvería a la cháchara habitual.

—Solo tenemos tiempo para otra pregunta. Y en el caso de esta pregunta, no voy a preguntar quién la ha escrito. Hay una señora cuyo nombre empieza por *E*. No puede dar su nombre completo porque es una pregunta muy personal. Pero voy a pedirle que piense mentalmente en lo que intenta decirme.

Stan apagó la linterna, salió del compartimento que había debajo del escenario y subió de puntillas las escaleras que había detrás de las cortinas laterales. Las separó con cuidado y colocó el ojo en la apertura. Debajo de él, las caras de los panolis eran una masa de círculos pálidos. Pero a la mención del nombre de «Emma» vio una cara: la de una mujer pálida y ojerosa que parecía tener cuarenta años, pero que a lo mejor solo contaba treinta.

Entreabrió los labios y los ojos contestaron durante un instante. A continuación apretó los labios de una manera resignada.

Zeena bajó la voz.

—Emma, tu problema es serio. Y tiene que ver con alguien que te es muy próximo y querido. O con alguien que te era muy próximo y querido. ¿Es así?

Stan vio que la mujer asentía de manera involuntaria.

—Estás considerando una decisión importante... si dejar a esta persona. Y creo que es tu marido. —La mujer se mordió el labio inferior. Los ojos se le humedecieron rápidamente. Esta es de las que lloran por nada, se dijo Stan. Ojalá esta Emma tuviera un millón de dólares en lugar de unos mugrientos veinticinco centavos.

—En este problema percibo dos líneas de liberación. Una de ellas afecta a otra mujer. —La tensión abandonó la cara de la mujer, y apareció un sombrío ceño de decepción. Zeena cambió de táctica—. Pero ahora que las impresiones me llegan con más fuerza, veo que puede que hubiera una mujer en el pasado, pero que ahora el problema es otro. Veo naipes... naipes que caen sobre una mesa... pero no, no es tu marido el que juega. Ese lugar... ahora lo veo tan claro como si fuera de día. Es la trastienda de un salón.

La mujer emitió un sollozo, y la gente se volvió hacia ella; pero Emma contemplaba a la vidente sin atender a los demás.

—Mi querida amiga, la cruz que tienes que soportar es muy pesada. La conozco muy bien, no te creas que no. Pero la decisión a la que ahora te enfrentas es un problema muy complejo. Una cosa sería que tu marido fuera con otras mujeres y no te quisiera. Pero me llega una fuerte impresión de que él te quiere... a pesar de todo. Sí, ya sé que a veces se comporta de modo desagradable, pero tienes que preguntarte si la culpa no será en parte tuya. Porque hay una cosa que no debes olvidar nunca: un hombre bebe porque es infeliz. Lo que vuelve a un hombre malo no tiene que ver con él. Un hombre que es feliz puede tomarse un trago con sus amigos el sábado por la noche y volver a casa con toda la paga en el bolsillo. Pero cuando un hombre es desgraciado por algún motivo, se da a la bebida para olvidar, y una copa no es suficiente, y se toma otra, y pronto se ha gastado toda la paga semanal, y vuelve a casa y se le pasa la mona, pero luego su mujer empieza a darle la murga otra vez y el hombre se siente más desgraciado que antes, y entonces su primer pensamiento es volver a beber y todo se convierte en un círculo vicioso. —Zeena se había olvidado de los demás clientes, se había olvidado de su perorata habitual. Estaba hablando abiertamente de sí misma. El público lo sabía y escuchaba cada una de sus palabras, fascinado.

»Antes de dar ese paso —añadió, regresando de repente a su número—, tienes que estar segura de que has hecho todo lo que has podido para hacerlo feliz. A lo mejor es que no has conseguido saber lo que le preocupa. Quizá ni él mismo lo sabe. Pero intenta averiguarlo. Porque si lo abandonas tendrás que encontrar alguna manera de mantenerte a ti y a los chicos. Bueno, ¿por qué no empiezas esta noche? Si vuelve a casa borracho, lo metes en la cama. Intentas hablar con él de manera amistosa. Cuando un hombre está borracho, es como un crío. Trátalo como un hijo y no lo atosigues. Mañana por la mañana hazle saber que lo comprendes y mímallo un poco. Porque si ese hombre te quiere... —Zeena hizo una pausa para tomar aliento y continuó—. Si ese hombre te quiere, tanto da si se gana la vida o no. Si está sobrio o no. Si tienes a un hombre que realmente te quiere, afórrate a él como si fueras una lapa para lo mejor y para lo peor. —Hubo un temblor en su voz, y durante un prolongado instante, el silencio flotó sobre el público—. Afórrate a él, porque nunca lo lamentarás, y sí lamentarás haberle dicho que se marchara, y ahora, amigos, si realmente quieren saber cómo las estrellas influyen en su vida no tienen que pagar cinco dólares y ni siquiera uno, tengo aquí un juego de lecturas astrológicas para todos y cada uno de ustedes, háganme saber su fecha de nacimiento y obtendrán una predicción de sucesos futuros además de una lectura del carácter, una guía vocacional, números de la suerte...

Para los recorridos largos, el Espectáculo de Monstruos de Ackerman y Zorbaugh cogía el ferrocarril. Cargaban los camiones en vagones abiertos, los feriantes iban en viejos vagones, y el tren cruzaba la oscuridad, atravesando solitarios pueblos de mala muerte, vías muertas de oscuros trenes de carga vacíos, puentes donde los ríos serpenteaban su luminoso curso a través de una campiña iluminada por las estrellas.

En el vagón de equipajes, entre montones de lona y aparejos, una luz se iluminaba en lo alto de la pared. Una caja de embalaje grande, con agujeros taladrados en los lados para que entrara el aire, permanecía en mitad de un espacio despejado. De su interior salía el intermitente ruido de un roce. A un extremo del vagón el monstruo yacía sobre una montaña de lona, con las rodillas, cubiertas por un sobretodo, pegadas a la barbilla.

Alrededor de la caja de las serpientes, los hombres agrisaban el aire de humo.

—Voy. —La voz del Comandante Mosquito poseía la insistencia de un grillo.

El Marinero Martin puso una mueca en el lado izquierdo de la cara al recibir el humo de su cigarrillo y repartió.

—Voy —dijo Stan. Se guardaba una Jota. La carta más alta que había aparecido era un diez en las manos del Marinero.

—Voy —dijo Joe Plasky, con su inmutable sonrisa de Lázaro.

Detrás de Joe se sentaba el voluminoso Bruno, las espaldas redondeadas bajo su abrigo. Miraba fijamente, y se le iba quedando la boca abierta mientras se concentraba en la mano de Joe.

—Yo también voy —dijo Martin. Repartió. Stan se encontró con otra Jota y empujó tres fichas azules.

—Os va a costar verme las cartas —dijo con indiferencia.

Martin se había repartido otro diez.

—Yo las veré.

El Comandante Mosquito, con su cabeza de bebé cerca de lo alto de la caja, lanzó otra mirada a la carta que guardaba.

—¡Cojones!

—Creo que la cosa quedó entre ustedes, caballeros —dijo plácidamente Joe. Bruno, a su espalda, dijo:

—Ja. Que se lo disputen entre ellos. Esta vez vamos de mirones.

Martin repartió. Dos cartas bajas quedaron entre ellos. Stan apostó más fichas azules. Martin se las igualó y subió dos más.

—Lo veo.

El Marinero sacó la carta que tenía guardada. Un diez. Hizo ademán de coger las monedas.

Stan sonrió y contó sus fichas. A un sonido procedente del Comandante todos saltaron.

—¡Eh! —Fue como un prolongado chirrido de violín.

—¿Cuál es tu problema, Gritón? —preguntó Martin, sonriendo.

—¡Déjame ver tus dieces! —El Comandante avanzó hacia el centro de la caja de las serpientes su mano infantil y atrajo las cartas hacia él. Examinó los dorsos.

—¿Cuál es el problema, chicos? —dijo Martin.

—¡Yeso! —gimoteó el Comandante Mosquito, cogiendo un cigarrillo del borde de la caja y dando rápidas caladas—. Las cartas están marcadas con yeso. Están manchadas para poder identificarlas. Puedes verlo si sabes dónde mirar.

Martin cogió una y la examinó.

—¡Maldita sea! Tienes razón.

—Las cartas son tuyas —añadió el Comandante con su falsete acusador. Martin se puso a la defensiva.

—¿Qué quieres decir con que son mis cartas? Alguien las dejó tiradas por la cocina. Si no me hubiera acordado de traerlas, no habríamos podido jugar.

Stan cogió el mazo y se lo pasó bajo el pulgar. A continuación volvió a pasar las cartas, arrojándolas sobre la mesa boca abajo. Cuando les dio la vuelta todas eran cartas altas, figuras y dieces.

—Esto está marcado, desde luego —dijo—. Necesitamos una baraja nueva.

—Tú eres el que trabaja con cartas —dijo Martin de manera agresiva—. ¿Qué sabes de esto? El yeso es algo que pones en las cartas de los demás durante la partida.

—Sé lo bastante como para no utilizarlo —dijo Stan sin perder la calma—. Yo no reparto. Nunca reparto. Y si quisiera repartirme buenas cartas las iría amontonando al recogerlas hasta que hubiera conseguido la pareja que quiero encima del mazo, cortaría sin cambiar la carta de arriba, barajaría ocho, colocaría la otra que quiero y volvería a barajar. Luego volvería a cortar dejando encima...

—Necesitamos una nueva baraja —dijo Joe Plasky—. Ninguno de nosotros se hará rico discutiendo cómo se han marcado las cartas. ¿Quién tiene una baraja?

Todos permanecieron en silencio, las juntas de expansión chasquearon debajo de ellos. Entonces Stan dijo:

—Zeena tiene un mazo de cartas para decir la buena ventura. Iré a buscarlas.

Martin tomó el mazo marcado, se dirigió hacia la puerta parcialmente abierta y fue arrojando las cartas al viento.

—A lo mejor una nueva baraja cambiará mi suerte —dijo—. Todas las manos han sido desastrosas excepto la última.

El vagón traqueteaba a través de la oscuridad. Detrás de la puerta abierta pudieron ver las oscuras colinas y una franja de luna detrás, acompañada de algunas estrellas.

Stan volvió acompañado de Zeena. Su vestido negro quedaba realzado por un corpiño de imitación de gardenias, y llevaba el pelo recogido en lo alto de la cabeza con una azarosa colección de horquillas doradas.

—Cómo están, caballeros. He pensado que me gustaría jugar una mano si no les molesta. Me estaba muriendo de aburrimiento en el vagón. Creo que ya me he leído todas las revistas de cine que llevamos. —Abrió el bolso y colocó

un mazo de cartas sobre la caja—. Y ahora, muchachos, enseñadme las manos. ¿Están todas limpias? Porque no quiero que me manoseéis estas cartas y me las ensuciéis. Son bastante difíciles de conseguir.

Stan cogió los naipes y los extendió en abanico. Las caras eran un extraño conglomerado de imágenes. Una mostraba a un muerto, con la espalda atravesada por diez espadas. En otras se veía a tres mujeres con túnicas de otra época, cada una con una copa en la mano. En otra, aparecía una mano de una nube y sostenía un palo del que brotaban hojas verdes.

—¿Cómo llamas a esto, Zeena? —preguntó.

—Es el Tarot —dijo ella, impresionándolos—. Son las cartas más antiguas del mundo. Hay quien dice que se remontan al antiguo Egipto. Y os aseguro que son una maravilla para hacer lecturas privadas. Cada vez que tengo algo que decir o no sé qué camino tomar, las echo para mí. Siempre tengo una respuesta que me resulta comprensible. Pero se puede jugar al poker con ellas. Tienen cuatro palos: los bastos son rombos, las copas son corazones, las espadas son tréboles y los oros son picas. Estas imágenes de aquí... esto son los arcanos mayores. Solo sirven para predecir la fortuna. Pero hay uno de ellos... si puedo encontrarlo... que podemos utilizar de comodín... aquí está. —Los sacó y volvió a colocar los otros en su bolso.

Stan recogió el comodín. Al principio no supo muy bien cuál era la parte de arriba o la de abajo. Mostraba a un joven colgado por un pie de una cruz en forma de T, boca abajo, pero la cruz estaba hecha de madera viva, pues de ella salían brotes verdes. El joven tenía las manos atadas a la espalda. Una aureola de luz dorada brillaba sobre su cabeza, y al dar la vuelta al naipe Stan vio que su expresión era de paz, como la de un hombre resucitado de entre los muertos. Igual que la sonrisa de Joe Plasky. El nombre de la carta estaba impreso con letras antiguas al pie. *El Ahorcado*.

—Cristo bendito, si estas malditas cosas no me cambian la suerte, no creo que lo consiga nada —dijo el Marinero.

Zeena cogió un montón de fichas de Joe Plasky, puso la apuesta inicial y barajó y repartió las cartas boca abajo. Levantó las suyas un poco y puso ceño. Se reanudó la partida. Stan tenía un ocho de copas y abandonó. Nunca vayas a no ser que tengas una Jota o más, y vete cuando en las cartas descubiertas haya algo más alto que una Jota. A no ser que tú tengas otra carta igual.

El ceño de Zeena se hizo más pronunciado. La batalla era entre ella, el Marinero Martin y el Comandante. Entonces el Marinero se fue. La mano del

Comandante mostró tres Kas. Había que enseñar. Zeena tenía escalera de color.

—Menuda farolera —exclamó furioso el Comandante—. Fruncías el ceño como si no tuvieras nada y mira esa escalera.

Zeena negó con la cabeza.

—No tenía intención de hacer ningún farol. Fruncía el ceño por la carta que tenía en la mano, el as de oros, lo que ellos llaman pentáculos. Siempre la he leído como: «Perjudicado por un amigo de confianza».

Stan descruzó las piernas y dijo:

—A lo mejor las serpientes tienen algo que ver con esto. Están moviéndose bajo la tapa como si se sintieran incómodas.

El Comandante Mosquito escupió en el suelo, y a continuación metió el dedo en uno de los agujeros de la caja. Lo retiró con un chillido. Del agujero asomó una extensión bifurcada color rosa. El Comandante apartó los labios de sus diminutos dientes y rápidamente llevó el ascua encendida de su cigarrillo a la lengua de la serpiente. El animal se echó bruscamente para atrás y enseguida se oyó un frenético roce de cuerpos que se retorcían y daban golpes.

—¡Jesús! —dijo Martin—. No deberías hacer eso, enano cabrón. Esos animales se volverán locos.

El Comandante echó la cabeza hacia atrás.

—¡Ja, ja, ja, ja! La próxima vez te lo haré a ti. Dibujaremos un impacto en el barco de guerra *Maine*.

Stan se puso en pie.

—Ya he tenido suficiente, caballeros. De todos modos, no interrumpan la partida.

Haciendo equilibrios a causa del balanceo del tren, se abrió paso entre las lonas amontonadas hasta la plataforma del siguiente vagón. Deslizó la mano izquierda bajo el chaleco y sacó una diminuta caja metálica del tamaño y la forma de una moneda de cinco centavos. Dejó caer la mano y el recipiente cayó entre los vagones. Le había dejado una mancha oscura en el dedo. ¿Por qué tengo que ir por ahí con toda esta mierda? No quería sus moneditas. Quería ver si podía engañarlos. ¡Jesús, de lo único que te puedes fiar es de tu inteligencia!

En el vagón, bajo las luces atenuadas, los feriantes se sentaban de cualquier manera, apiñados unos contra otros, apoyando la cabeza en el hombro del otro; en los pasillos, algunos se habían tendido sobre periódicos.

En un rincón dormía Molly, los labios un tanto entreabiertos y la cabeza contra el cristal de la ventanilla negra.

Qué desamparados se veían todos en la frialdad del sueño. Un tercio de la vida lo pasas inconsciente, como un cadáver. Y algunos, la gran mayoría, cuando no dormían tampoco estaban mucho más despiertos, igual de desamparados ante el destino. Recorrían un callejón oscuro hacia la muerte. Enviaban sus antenas exploradoras a la luz y se topaban con el fuego, y reculaban hacia la oscuridad tanteando a ciegas.

Al notar una mano en el hombro, Stan se volvió bruscamente. Era Zeena. Estaba con los pies separados, en frágil equilibrio contra el ritmo del tren.

—Stan, cariño, no queremos que lo que ha ocurrido nos deprima. Dios sabe que sentí mucho lo de Pete. Y supongo que tú también. Todo el mundo lo sintió mucho. Pero eso no ha de impedirnos seguir viviendo. Me estaba preguntando... todavía te gusto, ¿verdad, Stan?

—Claro... claro que me gustas, Zeena. Solo que pensaba que...

—Tienes razón, cariño. El funeral y todo eso. Pero no puedo seguir estando de luto por Pete toda la vida. Mi madre... bueno, ella habría estado un año de luto, pero lo que yo digo es que pronto estaremos todos criando malvas. Y antes hay que pasarlo bien. Te diré lo que haremos. Cuando llegemos al siguiente pueblo, nos escapamos de los demás y lo pasamos bien.

Stan la rodeó con el brazo y la besó. Con el cabeceo y el vaivén del tren sus dientes entrechocaron y los dos se separaron, riéndose un poco. Zeena le pasó la mano por la mejilla a Stan.

—No sabes cuánto te he echado de menos, cariño. —Enterró la cara entre su cuello.

Por encima del hombro de Zeena, Stan miró hacia el vagón de los que dormían. Sus caras habían cambiado, habían perdido su aspecto repugnante. Molly había despertado y comía una chocolatina. Tenía una mancha de chocolate en la barbilla. Zeena no sospechaba nada.

Stan levantó la mano izquierda y la examinó. En el pulpejo del dedo anular había una mancha oscura. Yeso. Le pasó la lengua y a continuación apretó el hombro de Zeena, limpiando la mancha en su vestido negro.

Se separaron y bajaron por el pasillo hasta unas maletas amontonadas, donde consiguieron sentarse. Stan le dijo al oído:

—Zeena, ¿cómo funciona el código entre dos personas? Me refiero a... bueno... al que utilizabais Pete y tú. —Un público en traje de noche. En lo alto del reparto. Las estrellas de la función.

Zeena se inclinó hacia él, y su voz sonó repentinamente ronca.

—Espera a que lleguemos al pueblo. Ahora no puedo pensar en nada más que en ti, cariño. Ya te lo contaré. Te contaré todo lo que quieras saber. Pero ahora quiero pensar en lo que va a ocurrir entre las sábanas. —Cogió uno de los dedos de Stan y lo apretó.

En el vagón de equipajes el Comandante Mosquito volvió el naipe tapado.

—Tres doses a la vista y un comodín que he destapado hacen cuatro iguales. Ja, ja, ja, ja. ¡*El Ahorcado!*

Cuando Stan se despertó, todavía era de noche. El cartel eléctrico que había estado parpadeando con cegadora regularidad, y en el que se leía el nombre de Almacenes Ayres, se apagó por fin y el cristal sucio quedó a oscuras. Algo lo había despertado. El colchón era duro y estaba combado; en su espalda sintió el calor del cuerpo de Zeena.

La cama tembló en silencio, y Stan sintió un nudo en la garganta que era miedo a lo desconocido y a la oscuridad hasta que volvió a sentir el temblor y a continuación un sollozo ahogado. Zeena estaba llorando.

Stan se dio la vuelta y la rodeó con el brazo y abarcó su pecho con la mano. Cuando se ponía así, había que mimarla.

—Stan, cariño...

—¿Qué ocurre, nena?

Zeena se volvió pesadamente y apretó una oscura mejilla contra su pecho desnudo.

—Es que me he puesto a pensar en Pete.

Nada podía contestar a eso, así que Stan la apretó aún más contra sí y se quedó callado.

—Sabes, hoy estaba mirando algunas cosas en ese pequeño baúl de hojalata... las cosas de Pete. Sus viejos recortes de prensa, cartas y cosas así. Y encontré un diario que llevaba. En él empezó a escribir nuestro código. Él mismo lo inventó, y éramos las únicas personas que lo conocíamos. Alá Kismet, es decir, Syl Rappolo, le ofreció mil dólares por el código. Era uno de los mejores del país leyendo la bola de cristal. Pero Pete se le rio en la cara. Ese viejo cuaderno era parte de Pete. Tenía una letra tan bonita en aquella época...

Stan no dijo nada, simplemente levantó la cara y comenzó a besarla. Ahora estaba totalmente despierta y sentía el palpito que se aceleraba en su garganta. No quería parecer demasiado impaciente. Mejor hacerle el amor primero, si es que podía volver a hacerlo.

Se dio cuenta de que sí.

Ahora era Zeena la que estaba callada. Finalmente Stan dijo:

—¿Qué vamos a hacer con tu número?

La voz de Zeena de repente sonó cortante.

—¿Qué pasa con el número?

—Pensaba que a lo mejor se te había ocurrido cambiarlo.

—¿Para qué? ¿No estamos ganando más dinero que nunca con la venta de libros? Mira, cariño, si te parece que deberías tener un porcentaje mayor, no te avergüence...

—No estaba hablando de eso —la interrumpió—. En este maldito estado nadie sabe escribir. Cada vez que acerco una tarjeta y un lápiz a alguno de esos panolis, me dice: «Escríbalo usted». Si pudiera recordar todo eso les diría que se guardaran las tarjetas en el bolsillo.

Zeena se estiró lentamente, y la cama crujió.

—No te preocupes por Zeena, cariño. Cuando no saben escribir su nombre, son más receptivos a las respuestas. Bueno, podría eliminar la parte de preguntas y respuestas del número y simplemente levantarme y soltarles el rollo, luego venderles los libros y sacarles el dinero.

Un escalofrío de alarma recorrió los nervios de Stan ante la idea de que Zeena pudiera pasar sin él antes de que él pudiera pasar sin ella.

—Lo que quiero decir es: ¿no podríamos hacer un número con el código? Tú todavía podrías hacerlo, ¿o no?

Ella se rio.

—Escucha, comesalchichas, puedo hacerlo con los ojos cerrados. Pero no sabes lo que cuesta aprenderse todas las listas y las cosas. Y estamos a más de mitad de temporada.

—Puedo aprendérmelo.

Zeena se lo pensó unos momentos y a continuación dijo:

—A mí ya me está bien, cariño. Está todo en el libro de Pete. Pero no pierdas el libro o Zeena te cortará las dos orejas.

—¿Lo tienes aquí?

—Un momento. ¿Qué prisas son estas? Claro que lo tengo aquí. Ya lo verás. Que no te queme la sangre.

Más silencio. Al final Stan se incorporó y bajó los dos pies al suelo.

—Será mejor que vuelva a la despensa que me han alquilado por habitación. No queremos que los pueblerinos de aquí piensen cosas más raras de las que ya piensan. —Encendió la luz y comenzó a ponerse la ropa. A la áspera luz de la bombilla, Zeena se veía demacrada y estropeada como una

muñeca de cera raboseada. Se había tapado con la sábana hasta la cintura, pero los pechos le colgaban. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas doradas, y las puntas eran desiguales y rotas. Stan se puso la camisa y se hizo el nudo de la corbata. Se colocó la americana.

—Eres un tipo curioso.

—¿Por qué?

—Por lo bien que te vistes para recorrer diez metros por el pasillo de un hotel de mala muerte como este a las cuatro de la mañana.

De algún modo Stan consideró que ese comentario equivalía a tacharle de cobarde. Se le encendió la cara.

—Siempre es mejor hacer las cosas bien.

Zeena bostezó de manera cavernosa.

—Supongo que tienes razón, chico. Te veo por la mañana. Y gracias por este rato.

Stan no hizo ademán de apagar la luz.

—Zeena, ese cuaderno... ¿Podría verlo?

Zeena apartó la sábana, se levantó y se acuclilló para abrir la maleta. Stan se preguntó si una mujer siempre parecía más desnuda cuando la habías poseído. Zeena rebuscó en la maleta y sacó un cuaderno con tapas de tela, en las que se leían las palabras «Libro mayor».

—Y ahora vete, cariño. O vuelve a la cama. Pero decídetete.

Stan se metió el libro bajo el brazo y apagó la luz. Fue tanteando hasta la puerta y con cautela quitó el pasador. Cuando abrió la puerta, la luz amarilla del pasillo se dibujó sobre los restos de papel pintado que quedaban en la pared.

Se oyó un susurro procedente de la cama.

—Stan...

—¿Qué?

—Ven a darle a tu compañera un beso de buenas noches.

Stan se acercó, la besó en la mejilla y se fue sin decir nada más, cerrando la puerta suavemente.

El cerrojo de la puerta de su habitación sonó como el disparo de un rifle.

Miró a los dos lados del pasillo, pero no hubo ningún movimiento.

Una vez dentro se quitó la ropa, se dirigió al lavabo y se limpió, y a continuación se echó sobre la cama, apoyando el libro sobre la barriga.

Las primeras páginas estaban llenas de cifras y anotaciones:

«Evansport. 20 de julio. Libros: 33\$ ingresados. Pagados: compinches a 2-6\$. Compinches: señora Jerome Hotchkins. Leonard Kelly, Josiah Boos.

Todo bien. Antiguos ayudantes de fantasmas. Boos parece un diácono. Sabe actuar un poco. Hizo el número del anillo encontrado en el forro del abrigo...».

«Ayudantes de fantasmas» debía de referirse a los cómplices del pueblo que ayudaban a los médiums itinerantes. Stan pasó las páginas rápidamente. Más gastos: «Acusación por d. b. v. saldada. Jefe Pellett. 50\$». Eso debió de ser un arresto por decir la buena ventura.

Stan se sentía como Alí Babá en la cueva de los Cuarenta Ladrones.

Impaciente, fue pasando páginas hasta el final del cuaderno. En la última página había un encabezamiento: «Preguntas habituales». Debajo había una lista con cifras:

«¿Mi marido me es fiel? 56, 29, 18, 42.

»¿Mi madre se pondrá bien? 18, 3, 7, 12.

»¿Quién envenenó a nuestro perro? 3, 2, 3, 0, 3». Al lado de esto había la anotación: «No es un gran tema, pero sí recurrente. En todos los públicos. Se puede introducir como lectura sin preparación durante la parte de la cabina».

Así pues, las cifras eran un registro del número de preguntas parecidas obtenidas del mismo público. La pregunta «¿Mi mujer me es fiel?» solo tenía una tercera parte del número de entradas que la referente a si el marido era fiel.

—Los muy idiotas —susurró Stan—. O demasiado vergonzosos para preguntar o demasiado estúpidos para sospechar. Apuesto a que estaban ansiosos por averiguarlo, todos ellos. Como si echar un polvo no fuera lo que quieren todos, malditos hipócritas. Todos lo querían. Solo que nadie más debía echarlo. —Giró la página.

«Las preguntas formuladas siguen una pauta recurrente. Por cada pregunta insólita habrá cincuenta que habrás oído antes. La naturaleza humana es siempre la misma. Todos tienen los mismos problemas. Están preocupados. Se puede controlar a cualquiera averiguando de qué tiene miedo. Funciona con el número de las preguntas y respuestas. Imagina las cosas que le dan miedo a casi todo el mundo y acertarás de pleno. Salud, Riqueza, Amor. Y Viajar y Tener Éxito. Todos temen la enfermedad, la pobreza, el aburrimiento y el fracaso. El miedo es la clave de la naturaleza humana. Tienen miedo...».

Stan apartó la mirada de las páginas y la dirigió al chillón papel pintado, y a través de este al mundo. El monstruo estaba hecho de miedo. Tenía miedo de estar sobrio y de que le entrara la tiritona. Pero ¿qué lo había convertido en un borracho? El miedo. Averigua de qué tienen miedo y haz que paguen por

ello. Esa es la clave. ¡La clave! Lo supo cuando Cleam Hoately le dijo de qué estaban hechos los monstruos. Y ahí estaba Pete diciendo lo mismo.

Salud. Riqueza. Amor. Viajes. Éxito. «Algunas preguntas tienen que ver con problemas domésticos, la parentela política, los niños, animales domésticos. Etc. Siempre hay unos cuantos listillos, pero los puedes esquivar fácilmente. Idea: combinar el número de preguntas y respuestas con el número del código. Hacer listas de preguntas, y asignarles números del código. Una respuesta vaga al principio, trabajarla hasta algo concreto. Si puedo ver la cara del espectador y decidir cuándo atacar».

En las páginas siguientes había una lista de preguntas perfectamente numeradas. Había exactamente cien. La número uno era: «¿Mi marido me es fiel?». La número dos era: «¿Conseguiré pronto un empleo?».

Delante, la fachada del Almacén Ayres había adquirido un color rosáceo con el sol del amanecer. Stan no prestó atención. El sol salió lentamente, el sonido de los neumáticos sobre el asfalto le dijo que la ciudad estaba despertando. A las diez llamaron a la puerta. Stan se desperezó.

—¿Sí?

La voz de Zeena.

—Despierta, dormilón. Vamos, arriba.

Stan quitó el pestillo y la dejó entrar.

—¿Para qué tienes la luz encendida? —La apagó y entonces vio el libro —. Por amor de Dios, chico, ¿es que no has dormido nada?

Stan se frotó los ojos y se incorporó.

—Pregúntame un número. Cualquier número hasta cien.

—Cincuenta y cinco.

—¿Mi suegra siempre vivirá con nosotros?

Zeena se sentó a su lado y le pasó los dedos por el pelo.

—¿Sabes qué creo, chico? Creo que sabes leer la mente.

La feria ambulante puso rumbo al sur y los pinos comenzaron a flanquear carreteras arenosas. Las cigarras emitían su percusión en medio del aire de final de verano, y las caras de los blancos eran más descarnadas, llenas de desolación, y los labios a menudo estaban manchados de tabaco de mascar.

Por todas partes, las caras relucientes y oscuras del otro país del Sur brillaban al sol. Se quedaban callados y asombrados, y contemplaban cómo se instalaba la feria a la humeante luz de la mañana. En el Diez-en-Uno siempre se quedaban en la parte de atrás del público, un cordón invisible los inmovilizaba. Cuando uno de los blancos se daba la vuelta bruscamente y los

empujaba, la palabra «Perdone» caía de ellos como un penique en equilibrio sobre los hombros.

Stan nunca había estado tan al sur, y en el ambiente había algo que lo incomodaba. Era una tierra oscura y ensangrentada donde una guerra oculta viajaba como millones de gusanos bajo la tierra.

Su manera de hablar lo fascinaba. Su oído captaba el ritmo de aquellas palabras y se fijaba en sus expresiones, e introducía algunas de ellas en su perorata. Descubrió por qué los viejos feriantes arrastraban las palabras de aquel modo: era una combinación de todas las regiones del país. Un idioma que sonaba sureño a los sureños, del Oeste a los del Oeste. Era el habla de la tierra, y su deje arrastrado disimulaba la escasa agilidad mental del que lo pronunciaba. Era un lenguaje relajante, iletrado, terrenal.

La feria cambiaba su tempo. Los que no pertenecían a ella hablaban más lentamente.

Zeena rebajó el precio de sus horóscopos a diez centavos, pero vendía con ellos «Raíz de Juan el Conquistador» a quince centavos. Era una masa seca de raíces retorcidas que supuestamente atraía la buena suerte cuando se llevaban en una bolsa al cuello. Zeena las compraba al por mayor a una empresa de venta por correo de objetos de ocultismo de Chicago.

La venta de libros mágicos de Stan sufrió una repentina caída y Zeena conocía la respuesta.

—Esta gente de por aquí no sabe nada de juegos de manos, cariño. La mitad se imaginan que lo tuyo es magia de verdad. Bueno, tienes que hacer algo supersticioso para vender.

Stan hizo un pedido de libros de bolsillo: «Mil y un sueños interpretados». Como regalo añadía una moneda de la suerte de latón que llevaba estampada el Sello del Amor del Séptimo Libro de Moisés, y que se creía que atraía el amor de los demás y confundía a los enemigos. Aprendió a vender con estilo. Hacía rodar tres monedas de la suerte sobre sus dedos al mismo tiempo. Aquella reluciente cascada de metal parecía fascinar a los panolis, y los libros de interpretación de los sueños se acabaron rápidamente.

Había aprendido el código verbal de preguntas a tiempo, pues aquella gente no sabía escribir o era demasiado tímida para intentarlo.

—¿Tendrías la *amabilidad* de responder la pregunta de esta señora *enseguida*? —Stan acababa de indicarle que la pregunta era: «¿Mi hija se encuentra bien?».

La voz de Zeena fue adquiriendo un deje del sur más pronunciado.

—Bueno, tengo la impresión de que esta señora está preocupada por alguien que le es próximo y querido, alguien de quien no ha tenido noticias en mucho tiempo, ¿me equivoco? Me parece que es una joven. ¿Está pensando en su hija, verdad? Naturalmente. Y quiere saber si se encuentra bien y es feliz y si volverá a verla pronto. Bueno, creo que antes de que acabe este mes tendrá noticias tuyas a través de una tercera persona.

Había una pregunta que aparecía tan menudo que Stan ideó una señal silenciosa para indicarla. Simplemente sacudía la mano en dirección a Zeena. La primera vez que utilizó esa señal, la pregunta la formuló un hombre robusto y ágil con unos ojos claros y encendidos en una hermosa cara color ébano.

—¿Alguna vez viajaré?

Zeena captó la señal:

—Este hombre se pregunta por algo que va a ocurrir, y yo quiero decir aquí y ahora que creo que va a cumplir su deseo. Y creo que cumplirá su deseo de viajar. Usted quiere hacer un viaje a alguna parte. ¿No es eso? Bueno, veo algunos problemas por el camino y veo una multitud de gente... son hombres y hacen muchas preguntas. Pero veo que acabará completando el viaje, no tan pronto como le gustaría, pero sí dentro de un tiempo. Y al final le espera un trabajo. Un trabajo con una buena paga. Queda un poco al norte de aquí; estoy segura de eso.

Segurísimo. Todos quieren ir al norte, se dijo Stan. Era el callejón oscuro, una y otra vez. Y una luz al final. Desde que era niño, Stan había tenido ese sueño. Corría por un callejón oscuro, a cada lado había edificios vacíos, negros y amenazantes. Muy a lo lejos se veía la luz; pero había algo detrás de él, justo detrás de él, cada vez más cerca, hasta que se despertaba temblando y nunca alcanzaba la luz. Ellos también lo tenían: un callejón de pesadilla. El norte no es el final. La luz seguirá alejándose. Y el miedo estará justo a tu espalda. Blancos y negros, qué más da. El monstruo y su botella, esquivando las garras de la cosa que los persigue.

Al caluroso sol del mediodía, el frío aliento podía rozarte la nuca. Tener a una mujer en brazos era una barrera. En cuanto se quedaba dormida las paredes del callejón se iban cerniendo sobre tu sueño y seguían las pisadas.

Ahora toda aquella región bullía de violencia, y Stan contemplaba con envidia los músculos esculpidos de Bruno Hertz. No valía la pena agotarse para llegar a ser así. Debía de haber un camino más fácil. Una especie de sistema tipo jiu-jitsu en el que un hombre pudiera utilizar su inteligencia y su agilidad. Desde que Stan estaba con ellos, en el Espectáculo de Monstruos de

Ackerman-Zorbaugh no se había desatado ninguna pelea con el público, pero la idea de que ocurriera alguna reconcomía su paz espiritual como un gusano. ¿Qué haría él si se declaraba una riña? ¿Qué le harían a él?

Y un día, el Marinero Martin casi precipitó una.

Era un caluroso día de final de verano. Allí estaban todos aquellos sureños: mujeres de ojos hundidos que llevaban niños en brazos y aferrados a la falda, hombres de cara larga, mudos como tumbas.

Clem Hoately se había subido a la plataforma en la que Bruno estaba sentado tranquilamente abanicándose con una hoja de palma.

—Si vienen por aquí, amigos, quiero llamar su atención a uno de los hombres milagro de todos los tiempos: Hérculo, el hombre más fuerte de la tierra.

Stan se volvió hacia la parte de atrás de la carpa. En el rincón donde estaba el recinto del monstruo, el Marinero Martin tenía a un par de jóvenes del pueblo enfrascados en la correa del barril. Cogía una correa de cuero, la doblaba por la mitad y a continuación la enroscaba en lo alto de un barrilete de clavos. Colocaba el dedo en una de las dos lazadas del centro y tiraba de la correa. Su dedo había elegido la lazada auténtica de la correa. A continuación apostó con uno de los panolis a que no podía elegir la lazada verdadera. El primo jugó y ganó y el Marinero le entregó un dólar de plata.

Zeena descorrió las cortinas del pequeño escenario y salió al lateral. Se sacó un pañuelo del pecho y se secó las sienes.

—Uau, hoy hace un día achicharrante. —Siguió la mirada de Stan hasta la parte posterior de la carpa—. Más le vale al Marinero andarse con ojo. A Hoately no le gusta que se desplume a los panolis en esta región tan del sur. Y tiene razón. Es muy probable que esto acabe en alboroto. Y lo que yo digo es que si no puedes ganarte la vida con tu negocio, tu sitio no está en ningún Diez-en-Uno decente. Podría ganar muchos dólares honestamente si quisiera hacer lecturas privadas y eliminar el mal de ojo y todo eso. Pero estas cosas siempre acaban en follón.

Dejó de hablar y su mano apretó el brazo de Stan.

—Stan, cariño, más vale que te acerques y veas qué está pasando.

Stan no hizo el menor ademán de moverse. En la plataforma era el rey; el público, en su masa anónima, quedaba a un nivel inferior, y su voz lo controlaba, pero cuando se encontraba a su nivel, metido entre el peso colectivo de aquel remolino de gente, se sentía asfixiado. De repente uno de los jóvenes echó el pie para atrás y dio una patada al barrilete de clavos en el que Martin había atado la correa con la lazada esquivada. El Marinero levantó la

voz solo un poco por encima del volumen de la conversación, y parecía estar hablando con ese primo cuando dijo, clara y fríamente:

—¡Eh, bronca!

—Vamos, Stan. Date prisa. No dejes que empiecen.

Como si le hubieran puesto una pistola en la espalda, Stan cruzó la carpa hasta el lugar donde se estaba gestando el alboroto. Por el rabillo del ojo vio a Joe Plasky saltando sobre las manos y bajando los escalones que había detrás de su plataforma antes de dirigirse al rincón. Al menos no estaría solo.

Plasky llegó allí primero.

—Hola, caballeros. Soy uno de los propietarios del espectáculo. ¿Hay algún problema?

—Ya lo creo que lo hay —bramó uno de los panolis. Un joven granjero, calculó Stan—. Este hijo de puta tatuado me ha sacado cinco dólares haciendo trampas. Ya he visto antes el timo de la correa. Quiero que me devuelva el dinero.

—Si tiene alguna duda acerca de la limpieza de cualquier juego de azar del espectáculo, estoy seguro de que el Marinero le devolverá su apuesta original. Aquí todos tenemos que pasarlo bien, señor, y no queremos que haya rencores.

Habló otro de los panolis. Era un campesino alto y huesudo que se quedaba crónicamente boquiabierto y mostraba unos dientes amarillos.

—Ya he visto este truco antes, señor. No puede engañarme. Nadie puede distinguir esa lazada de la manera en que las hace este tipo. Un sujeto me enseñó una vez cómo funciona. Es un condenado truco.

La sonrisa de Joe Plasky era más ancha que nunca. Se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó un fajo de billetes, de los que extrajo cinco. Se los entregó al granjero.

—Te devuelvo el dinero de mi bolsillo —dijo—. Si no puedes permitirte perder, entonces no apuestes. Te devuelvo la apuesta porque queremos que todo el mundo lo pase bien y no haya rencores. Y ahora, chicos, será mejor que os marchéis.

El joven se metió los cinco dólares en el bolsillo de los pantalones y ambos se alejaron lentamente. Plasky se volvió hacia el Marinero. La sonrisa no lo había abandonado, pero una luz dura e inflexible le brillaba en los ojos.

—¡Eres un cabrón y un imbécil! Esta es una ciudad dura. Todo este estado es un sitio duro. Y lo único que se te ocurre es empezar una bronca. ¡Por el amor de Dios, a ver si vigilas lo que haces! Y ahora devuélveme mis cinco pavos.

El Marinero Martin escupió entre los dientes.

—Yo me he ganado esos cinco y podría haber manejado a esos dos paletos. ¿Quién te ha mandado venir a hacerte el gallito?

Plasky se llevó los dedos a la boca y dio un silbido. El público que rodeaba la última plataforma ya estaba saliendo y Hoately se volvió. Joe dibujó un arco con la mano y Hoately le devolvió la señal y dejó caer la lona para que cerrara la entrada principal. Fuera, el viejo Maguire comenzó a atraer al público, intentando reunir un grupo y mantenerlos allí hasta que el espectáculo volviera a comenzar.

Bruno se dejó caer ágilmente de su plataforma y se acercó en un par de zancadas. Stan sintió a Zeena a su lado. El Comandante Mosquito corría sobre sus piernas infantiles, chillando algo incoherente.

Sin perder la calma, Joe Plasky dijo:

—Marinero, estás dejando un rastro de corazones rotos y virginidades rotas allí donde vamos. Y ahora vas a entregarme esos cinco dólares y a recoger tus cosas. Abandonas el espectáculo. Hoately me apoyará.

A Stan se le aflojaron las rodillas. La mano de Zeena le rodeaba el brazo, y sus dedos le apretaban. ¿Esperaban que se enfrentara al Marinero? Joe era un minusválido, y Bruno un superhombre. Stan era más ancho y corpulento que el Marinero, pero la idea de una pelea lo ponía enfermo. Nunca le había parecido que los puños fueran suficientes. Habría llevado pistola, solo que eso era mucho lío y le daba miedo matar a alguien.

Martin escrutó al grupo. Bruno permanecía callado en un segundo plano.

—No peleo con lisiados, polaco. Y no te debo nada. —El Marinero tenía los labios pálidos, la mirada encendida.

El medio hombre acróbata extendió los brazos y le cogió la mano, agarrándole los dedos y doblándoselos de tal manera que el hombre tatuado enseguida cayó de rodillas.

—¡Eh, suéltame, cabrón!

En silencio y con la cara inexpresiva, Plasky cruzó los antebrazos. Soltó la mano de Martin y le agarró el cuello del albornoz con las dos manos. A continuación hizo palanca juntando las muñecas, y el dorso de las dos manos se hundió en el cuello del Marinero. Martin estaba atrapado en un torno humano. Abrió la boca. Intentó agarrar frenéticamente los brazos cruzados del medio hombre, pero cuanto más tiraba, más le apretaba el otro. Los ojos comenzaron a salirse de las órbitas y los cabellos los cubrieron.

El Comandante Mosquito saltaba arriba y abajo, haciendo movimientos de lucha y gestos de boxeo.

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Ahógalo hasta que se muera! ¡Mata a ese mono! —Se acercó a los dos y comenzó a golpear la cara del marinero con sus puñitos. Bruno lo agarró, y mientras el Comandante se retorció, el otro lo mantuvo alejado por el cuello de la chaqueta.

Joe comenzó a zarandear al artista del tatuaje, suavemente al principio, luego más fuerte. El carácter calmado y letal de esa llave ingeniosa e implacable llenó a Stan de terror y de una desaforada alegría.

Clem Hoately se acercó corriendo.

—Muy bien, Joe. Creo que ya lo ha entendido. Separaos. Hay público esperando.

Joe puso su clásica sonrisa de alguien que acaba de resucitar. Soltó al Marinero, que se incorporó frotándose la garganta y respirando con dificultad. Plasky le metió la mano en el bolsillo del albornoz y encontró un fajo de billetes, cogió cinco y dejó el resto.

Hoately levantó al Marinero y lo sostuvo en pie.

—Lárgate, Martin. Te pagaré el mes completo. Recoge tus cosas y vete donde quieras.

Cuando Martin fue capaz de hablar, su voz era un susurro ronco.

—Muy bien. Me marchó. Puedo llevar mis agujas a cualquier barbería y ganar más pasta que en este roñoso antro. Pero andaos con ojo. Todos vosotros.

Media tarde y bastante público. Al otro lado de la carpa y de las banderolas de colores chillones, la voz de Hoately era rasposa.

—¡Pasen y vean! ¡Pasen y vean! Por aquí podrán observar la monstruosa agregación de los errores de la naturaleza, novedosas atracciones y el mundialmente famoso museo de los monstruos, maravillas y curiosidades. Y presentamos a Mamuasel Electra, la mujer que desafía al rayo.

Stan observó a Molly Cahill. Cada vez que sostenía las puntas del arco chisporroteante ponía un gesto de dolor; los últimos dos días, al verlo, un escalofrío recorría la espalda de Stan. Ahora estaba inclinada, y colocó su polvera detrás de la silla eléctrica. Al inclinarse, sus pantalones cortos con lentejuelas se tensaron sobre sus nalgas.

Es curioso cómo durante meses ves cada día a una chica y sin embargo no la ves, se dijo Stan. Entonces ocurre algo, como por ejemplo la manera en que Molly aprieta la boca cuando sujeta las puntas del arco y aparece el fuego, la ves de manera diferente.

Apartó la mirada de la chica. Al otro lado de la carpa el impresionante pecho de Bruno Hertz brillaba sonrosado por el sudor mientras flexionaba los bíceps, que se tensaban bajo la piel rosácea, y el público se volvía hacia él.

Molly estaba sentada con aire recatado en una silla de madera curvada junto a aquella amenaza pesada y cuadrada de la que salían cables enrollados, correas y la escalofriante insinuación de la muerte, falsa como todo lo que había en la feria. Molly estudiaba un impreso de color verde de apuestas para las carreras. Ensimismada, se agachó y se rascó un tobillo, y Stan sintió la oleada que volvía a subirle por la espalda.

Molly aún tenía la mirada puesta en el impreso para las carreras, pero había dejado de mirarlo, y tenía la mente en el sueño que no dejaba de repetirse.

En el sueño había un hombre cuya cara permanecía siempre en la sombra. Era más alto que ella, y tenía una voz susurrante e intensa, y las manos oscuras y poderosas. Caminaban lentamente, absorbiendo el verano que se reflejaba en cada brizna de hierba, en cada guijarro de los campos que cantaban con el verano. Una vieja cerca, y al otro lado un campo que se alzaba como una ola, unos pastos en los que los ojos de las margaritas contemplaban un cielo tan azul que dolía mirarlo.

La cara del hombre todavía estaba en sombras cuando la rodeaba con sus brazos. Molly apretaba las manos contra la dureza de su pecho, pero la boca de él encontraba la suya. Ella intentaba volver la cabeza; pero ahora los dedos del hombre le acariciaban el pelo, y sus besos caían sobre el hueco de su cuello mientras la otra mano encontraba sus pechos...

—Por aquí, amigos, por aquí. En esta plataforma tenemos a una señorita que es una de las maravillas y misterios de nuestra época: ¡Mamuasel Electra!

Stan subió los peldaños de la parte de atrás de la plataforma de Joe Plasky y se sentó en el borde.

—¿Cómo va todo?

Joe sonrió y siguió metiendo chucherías en sus libros de chistes, deslizando los regalos entre las páginas.

—No puedo quejarme. Esta noche hay público, ¿verdad?

Stan se revolvió en su asiento.

—Me pregunto si el Marinero intentará jugarnos una mala pasada.

Joe se le acercó un poco más apoyándose en sus nudillos callosos y dijo:

—No sé decirte. Pero no lo creo. Después de todo, es un feriante. También es un asqueroso. Pero tenemos que mantener los ojos abiertos. No creo que venga a visitarme mucho, no después de haber experimentado el *namijuji*.

Stan puso ceño.

—¿Experimentado el qué?

—El *nami juji*. Es como se llama en japonés esa llave que le hice cruzando las manos. Eso les quita la chulería.

La cabeza rubia puso los cinco sentidos.

—Joe, eso que hiciste fue tremendo. ¿Cómo demonios lo aprendiste?

—Me lo enseñó un japo. Teníamos un malabarista japonés cuando estaba con los Espectáculos Keyhoe. Es fácil de hacer. Me enseñó un montón de jiu-jitsu, solo que esta llave es la mejor.

Stan se le acercó más.

—Enséñame cómo se hace.

Plasky deslizó la mano derecha en la parte de arriba de la solapa derecha de la americana de Stan hasta que agarró el cuello por la parte de dentro. Cruzó el brazo izquierdo sobre el derecho y agarró el lado izquierdo del cuello. Stan sintió de pronto que su garganta estaba atrapada en un puño de hierro. Plasky lo aflojó de inmediato; dejó caer las manos y sonrió. A Stan le temblaban las rodillas.

—A ver si yo sé hacerlo. —Agarró el jersey negro de cuello cisne de Plasky con una mano.

—Más arriba, Stan. Tienes que agarrarlo delante de la gran arteria del cuello... aquí. —Movi6 ligeramente la mano del joven—. Ahora cruza los antebrazos y agarra el otro lado. Así. Y ahora, dobla las muñecas y une el dorso de las dos manos en mi cuello. Eso impide que la sangre llegue al cerebro.

Stan sintió una oleada de poder recorriéndole los brazos. No se dio cuenta de la mueca de rabia que ponía. Plasky le dio una palmada en el brazo rápidamente y se soltó.

—¡Dios todopoderoso, chico, esto no es para jugar! Solo con que te pases un segundo tendrás un cadáver entre manos. Y tienes que practicar para hacerla deprisa. Es un poco difícil colocar las manos, pero una vez las tienes en su sitio, el otro tipo no puede hacer nada... a no ser que conozca este rollo japonés.

Los dos hombres levantaron la vista cuando Maguire, el taquillero, se acercó corriendo hacia ellos.

—¡Polizontes! ¡Polizontes! —Pasó junto a ellos de camino hasta donde estaba Hoately, de pie en la plataforma de la Chica Eléctrica.

La sonrisa de Plasky se ensanchó, como ocurría siempre que había problemas.

—Polizontes, muchacho. La poli. Tranquilo y no pasará nada. Ahora es cuando Hoately tendrá que utilizar toda su labia. Y el sobornador tendrá que ganarse el sueldo. Ya me esperaba que nos cerraran el negocio uno de estos días.

—¿Y qué pasa con nosotros? —A Stan se le había quedado la boca seca.

—Nada, chico, si nadie pierde la cabeza. Nunca discutas con un policía. Para eso pagas a un picapleitos. Trátalos educadamente, diles que sí a todo y mándales un picapleitos. Demonios, Stan, tienes mucho que aprender acerca de las ferias ambulantes.

Sonó un silbido en la entrada. Stan volvió la cabeza en esa dirección.

Había un hombre grandote de pelo blanco con una placa clavada en su camisa vaquera. Llevaba sombrero echado hacia atrás y los pulgares enganchados en el cinturón. De un cinturón suelto que le formaba un ángulo colgaba una pistolera en la que había un pesado revólver. Hoately levantó la voz, sonriéndoles a los panolis que estaban debajo de la plataforma de Molly.

—Y así concluye nuestra actuación por el momento, amigos. Ahora creo que todos ustedes deben de estar secos y les apetecerá tomarse una bebida fría, así que les recomiendo que se dirijan al puesto al otro lado de la avenida central, donde pueden encontrar todos los refrescos fríos que quieran. Y eso es todo por ahora, amigos. Vuelvan mañana y les tendremos preparadas unas cuantas sorpresas, cosas que no han visto esta noche.

El público, obediente, comenzó a salir de la carpa y Hoately se acercó al representante de la ley.

—¿Qué puedo hacer por usted, jefe? Me llamo Hoately y soy el propietario de esta atracción. Puede usted inspeccionar cada pulgada y yo cooperaré con usted en todo lo que quiera. No tenemos espectáculos de chicas ni juegos de habilidad ni de azar.

Los ojillos duros e incoloros del anciano se posaron en Hoately, igual que lo harían en una araña de un rincón del retrete.

—Quédese aquí.

—Usted es el jefe.

La mirada del anciano parpadeó por la carpa del Diez-en-Uno. Señaló el recinto del monstruo.

—¿Qué tiene ahí?

—Un encantador de serpientes —dijo Hoately con indiferencia—. ¿Quiere verlo?

—Eso no es lo que he oído. He oído que tiene una actuación obscena e ilegal en la que se practica la crueldad con animales. Esta tarde se ha presentado una denuncia.

El feriante sacó una bolsa de tabaco y papel y comenzó a liarse un cigarrillo. Su mano izquierda describió un giro rápido, y el cigarrillo cobró forma. Pasó la lengua por el papel y encendió una cerilla.

—¿Por qué no se queda como invitado y ve todo el espectáculo, jefe? Nos encantaría...

La boca ancha se tensó.

—He recibido órdenes del *marshal* de cerrarles el espectáculo. Y arrestar a quien me parezca. Le arresto a usted y... —Paseó la mirada por los artistas: Bruno, plácido en su albornoz azul; Joe Plasky, que reunió sus cosas para vender; Stan, que hacía aparecer y desaparecer medio dólar; Molly, aún sentada en la silla eléctrica, con las lentejuelas de su escaso corpiño parpadeando a medida que sus pechos subían y bajaban. Ponía una sonrisa tensa—. Y me llevo a esta mujer... por exhibirse de manera indecente. En este pueblo hay mujeres decentes. Y también tenemos hijas, chicas que están creciendo. No permitimos que ninguna mujer desnuda se pasee por ahí ni se exhiba. El resto de ustedes se quedan aquí en caso de que los necesitemos. Muy bien, ustedes dos vengan conmigo. Y primero póngale algo encima a esa chica. Así no puede venir al calabozo.

Stan se fijó en que la pelusa que había en la barbilla del ayudante del *marshal* era blanca, como los hongos blancos que brotan sobre un cadáver, pensó despiadadamente. Molly ponía unos ojos enormes.

Hoately se aclaró la garganta y aspiró profundamente.

—Mire, jefe, nunca ha habido ninguna queja contra esta chica. Tiene que llevar un vestido como ese por culpa de los cables eléctricos que maneja, y la ropa normal se incendiaría...

El agente alargó un brazo y agarró a Hoately por la camisa.

—Cállese. Y tampoco intente sobornarme. No soy ninguno de sus chorizos policías del norte, que el domingo besan los pies del cura y los otros seis días de la semana se los pasan con sus chanchullos para que vuelvan a reelegirlos. Yo soy diácono de la iglesia y mi objetivo es mantener este pueblo limpio aunque tenga que echar a todas las Jezabeles.

Clavaba los ojillos en los muslos desnudos de Molly. Levantó un poco la mirada para verle los hombros y el canalillo. Se le encendió la mirada y la

boca floja formó un arco hacia arriba en las comisuras. Al lado de la plataforma de la Chica Eléctrica observó a un pulcro joven de pelo amarillo maíz que decía algo a la chica, la cual asintió y volvió su atención al agente.

El agente de la ley avanzó pesadamente y arrastró con él a Hoately.

—Señorita, bájese de ese artilugio. —Le tendió a Molly una mano de nudillos enrojecidos. Stan estaba al otro lado de la plataforma buscando a tientas el interruptor. Hubo un zumbido y un chisporroteo de mal agüero: el pelo de Molly se puso de punta como un halo alrededor de la cabeza. Juntó las puntas de los dedos. Un fuego azul fluyó entre ellos. El policía se detuvo, estupefacto. La chica extendió los brazos, y las chispas saltaron en un fogonazo que fue de sus dedos al agente, que retrocedió con un grito, soltando a Hoately. El zumbido del generador de electricidad estática se detuvo, y una voz llamó su atención; era el joven rubio.

—Ya ve por qué, *marshal*, esta joven se ve obligada a llevar un vestido metálico. La electricidad incendiaría la tela ordinaria, y solo llevando la menor ropa posible puede evitar ser pasto de las llamas. Miles de voltios de electricidad cubren su cuerpo como una vaina. Perdóneme, *marshal*, pero me parece que hay varios billetes de dólar que asoman de su bolsillo.

A su pesar, el agente siguió el dedo de Stan. No vio nada. Stan extendió el brazo y, uno tras otro, cinco dólares doblados brotaron del bolsillo de la camisa vaquera. Stan los enrolló y los apretó en la mano del anciano.

—Un minuto más y los habría perdido, *marshal*.

Los ojos del policía estaban medio cerrados de incredulidad y hostil suspicacia; pero se metió el dinero en el bolsillo de la camisa.

Stan añadió:

—Y veo que le ha comprado a su esposa unos cuantos pañuelos de seda de regalo. —De la cartuchera, Stan sacó lentamente un pañuelo verde vivo, y luego otro púrpura—. Son muy bonitos. Estoy seguro de que a su esposa le encantarán. Y aquí tiene uno totalmente blanco... para su hija. Tiene unos diecinueve años, ¿no es así, *marshal*?

—¿Cómo sabe que tengo una hija?

Stan formó una bola con los pañuelos y desaparecieron. Su cara estaba muy seria, y sus ojos azules circunspectos.

—Sé muchas cosas, *marshal*. No sé exactamente cómo, pero las sé, y estoy seguro de que no hay nada sobrenatural en ello. Mi familia era escocesa, y los escoceses a veces poseen esa facultad que los ancianos llamaban «clarividencia».

Aquella cabeza canosa, con su cara áspera y enrojecida, asintió de manera involuntaria.

—Por ejemplo —prosiguió Stan—, puedo ver que ha llevado usted una moneda de la suerte o algo parecido durante casi veinte años. Probablemente una moneda extranjera.

Una manaza se movió hacia el bolsillo de los pantalones. Stan sintió cómo el pulso se le aceleraba con el triunfo. Si adivinaba dos cosas más, lo tendría.

—Ha perdido esta moneda de la suerte varias veces, pero siempre ha vuelto a encontrarla; y para usted significa mucho, y no sabe exactamente por qué. Yo diría que siempre la lleva.

Los ojos del agente habían perdido parte de su dureza.

Por el rabillo del ojo, Stan vio que la Silla Eléctrica que había sobre ellos estaba vacía; Molly había desaparecido. Y también todos los demás a excepción de Hoately, que estaba situado un poco por detrás del agente, asintiendo atentamente a cada palabra del mago.

—Esto no es de mi incumbencia, *marshal*, porque sé que es usted un hombre totalmente capaz de manejar sus asuntos y de tirar para adelante como cualquier otro. Pero justo en estos momentos mi sangre escocesa me dice que hay algo en su vida que le preocupa, un problema difícil de abordar. Porque toda su fuerza, su valor y su autoridad en el pueblo no parecen servir de nada. Es algo que se le escurre de las manos como agua.

—Espere un momento, joven. ¿De qué está hablando?

—Como ya le he dicho, no es cosa mía. Y usted es un hombre que está en lo mejor de la vida, y tiene edad para ser mi padre, y por derecho le correspondería a usted darme un buen consejo, y no al revés. Pero en este caso a lo mejor soy capaz de hacerle un favor. Percibo que lo rodean influencias antagónicas. Alguien cercano le tiene celos, de su persona y su competencia. Y mientras parte de estos celos se refieren a su trabajo como agente de la ley y a sus deberes a la hora de hacerla respetar, hay otra parte que tiene que ver con su iglesia...

La cara había cambiado. Las feroces arrugas se habían alisado, y ahora no era más que la cara de un anciano, fatigada y perpleja. Stan siguió hablando deprisa, cercado por el pánico de que el tenue hechizo se rompiera, pero excitado por su propio poder. Si no soy capaz de leer a un hipócrita diácono de la iglesia, de esos que siempre citan la Biblia, putaño y con manazas de paleta, se dijo, soy un mentecato. Menudo hijo de puta.

Los ojos de Stan se empañaron como si los volviera hacia dentro. Su voz adquirió un deje de intimidad.

—Hay alguien a quien usted quiere mucho. Y sin embargo hay un obstáculo en su amor. Se siente rodeado y obstaculizado por él. Y a través de todo eso me parece oír la voz de una mujer, una voz dulce, cantarina. Está cantando un hermoso himno. Espere un momento. Se trata de: «Jesús, Salvador, Guíame».

El agente tenía la boca abierta, y su amplio pecho subía y bajaba con la respiración.

—Veo una mañana de domingo en una pequeña iglesia pacífica y hermosa. Una iglesia en la que usted ha depositado su energía y su trabajo. Ha trabajado con ahínco en la viña del Señor, y su trabajo ha dado fruto en el amor de una mujer. Pero veo que sus ojos están llenos de lágrimas, y que de algún modo su corazón está conmovido por ellas...

Cristo, ¿hasta dónde me atrevo a llegar con esto?, se dijo Stan por debajo de aquella cháchara imparables.

—Pero creo que todo le acabará saliendo bien. Porque posee usted fuerza. Y tendrá más. El Señor le dará fuerza. A su alrededor hay lenguas maliciosas, dispuestas a perjudicar. Y a perjudicar a esta excelente mujer si pueden. Porque son como sepulcros blanqueados que parecen hermosos por fuera, pero están llenos de los huesos de los muertos y de toda la impureza y...

Los ojos del diácono volvían a estar encendidos otra vez, aunque ahora no en contra de Stan. Había en ellos una expresión atormentada mientras el joven remachaba el clavo:

—Y el espíritu de nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, ha brillado sobre ellos en vano, porque ven a través de un cristal, turbiamente, y esa turbiedad no es más que un reflejo de su propia negrura y pecado, de su hipocresía y envidia. Pero en lo más profundo de usted encontrará el valor para combatirlos. Y derrotarlos. Y lo hará con ayuda del Dios en el que cree y al que adora.

»Y mientras siento el espíritu que me habla, como un padre a su hijo, debo decirle que habrá un asunto de dinero que le provocará cierta decepción y demora, pero que acabará consiguiéndolo. Veo que la gente de este pueblo ha estado bastante ciega en el pasado, pero en el futuro ocurrirá algo que los despertará y hará que se den cuenta de que es usted un hombre más valioso de lo que nunca han admitido. Hay una sorpresa para usted... más o menos en esta época, el año próximo, o un poco después, digamos en noviembre. Algo que ha deseado durante mucho tiempo pero que se hará realidad si sigue sus corazonadas y no deja que nadie le impida obedecer a su buen juicio, que

hasta ahora nunca le ha decepcionado... cada vez que le ha dado rienda suelta.

Hoately se había evaporado. Stan se volvió y comenzó a desplazarse lentamente hacia la verja de entrada. En la avenida central se oía el murmullo de gente que hablaba. Toda la feria ambulante estaba abandonada, y los agentes habían echado a los del pueblo del solar. Stan caminó lentamente, hablando con su voz suave interior. El anciano no se separó de él, tenía la vista fija al frente.

—Me alegro mucho de haberlo conocido, *marshal*. Porque espero volver aquí algún día y me gustaría ver si mi sangre escocesa me ha dicho la verdad, como estoy seguro de que así ha sido. Estoy seguro de que no le importa que un joven como yo se atreva a decirle estas cosas, porque, después de todo, no pretendo aconsejar. Sé que usted ha vivido mucho más que yo y que sabe mucho más del mundo de lo que yo sabré nunca. Pero la primera vez que lo vi, me dije: «He aquí un hombre y un servidor de la ley al que agita una zozobra», y luego vi que no tenía razón para preocuparse, porque las cosas van a salir tal como a usted le gustaría, solo que quizá se retrasen un poco...

Cómo demonios voy a acabar esto, se preguntó Stan. Si no me callo de una vez voy a acabar metiendo el remo.

Llegaron a la entrada y Stan se detuvo. La cara dura y enrojecida del agente se volvió hacia él; el silencio pareció derramarse encima de Stan y cubrirlo. Ese era el final, y el corazón se le encogió. Ahora ya no había nada más que decir. Aquí era donde empezaba la acción. Stan se sentía fuera de su elemento. Y de repente supo que la cosa funcionaría. Apartó la cara del anciano. Poniendo un gesto lo más espiritual posible, alzó una mano y la posó suavemente sobre la lona de la carpa en un gesto de paz y seguridad en sí mismo. Era el punto del final de la frase.

El agente soltó el aire lentamente, sibilante, enganchó los pulgares en el cinturón, y se quedó mirando la avenida central al crepúsculo. A continuación se volvió hacia Stan y su voz fue la de un anciano cualquiera:

—Joven, ojalá lo hubiera conocido hace mucho tiempo. Dígale a los demás que se anden con ojo en este pueblo, porque queremos mantenerlo limpio. Pero por Dios, cuando... bueno, si alguna vez me eligen *marshal*, no tienen de qué preocuparse, siempre que su espectáculo sea bueno y limpio. Buenas noches, hijo.

Se alejó lentamente, los hombros erguidos contra la oscuridad, mientras su autoridad, enfundada en un cinturón lleno de cartuchos, le rebotaba contra el muslo.

A Stan la sangre le corría a tal velocidad que el cuello de la camisa le apretaba. La cabeza le daba vueltas como si tuviera fiebre.

¡El mundo es mío, maldita sea! ¡El mundo es mío! Los tengo en mis manos y puedo hacer que me den lo que yo quiera. El monstruo tiene su whisky. Los demás beben otra cosa: beben promesas. Beben esperanza. Y yo tengo que entregársela. Y yo puedo dársela. Puedo conseguir lo que quiera. ¡Si he podido manejar a este viejo bobo improvisando una lectura y salirme con la mía, podría llegar a senador! ¡Podría llegar a gobernador!

A continuación recordó que le había dicho a Molly que se escondiera.

En el espacio oscuro que había entre los camiones aparcados, la furgoneta de Zeena quedaba detrás de las otras, oscura y silenciosa. Suavemente abrió la portezuela del conductor y entró, la sangre aún le corría veloz.

—¡Molly!

—Sí, Stan. —El susurro procedía de la gruta oscura que había detrás del asiento.

—No pasa nada, chica. Me he librado de él. Se ha ido.

—Oh, Stan, caramba, eres estupendo. Eres grande.

Stan reptó sobre el asiento y su mano tocó una espalda blanda y caliente. Temblaba. La rodeó con el brazo.

—¡Molly!

Los labios de ella encontraron los suyos. La aplastó sobre una pila de mantas.

—Stan, no dejarás que me pase nada, ¿verdad?

—Desde luego que no. Mientras yo esté cerca, no te pasará nada.

—Oh, Stan, te pareces tanto a mi papá.

Los ganchos que sujetaban el corpiño con lentejuelas se abrieron en los dedos temblorosos de Stan. Los pechos altos y puntiagudos de la muchacha resultaron tersos al tacto, y con la lengua le entró en los labios.

—No me hagas daño, Stan, cariño. No. —A Stan lo asfixiaba el cuello de la camisa, la sangre que seguía agolpándose en el cuello—. Oh, Stan. Hazme daño, hazme daño, hazme daño...

NAIPE V



LA EMPERATRIZ

*está sentada en el sofá de Venus entre el trigo que madura
y los ríos de la tierra.*

Por fin había silencio en la noche, solo se oían los saltamontes. La noria se alzaba tan demacrada como un esqueleto contra las estrellas; las luces de la cocina eran las únicas de la noche.

Stan pisó la hierba que había junto a la furgoneta y le tendió la mano a Molly para ayudarla a bajar. Molly tenía la palma caliente y mojada. Cuando estuvo a su lado, se abrazó a él durante un momento y apretó la frente contra su mejilla. Eran casi de la misma estatura. El pelo de Molly tenía un olor dulce y le cosquilleaba los labios. Stan sacudió la cabeza impaciente.

—Stan, cariño, ¿me quieres, verdad?

—Claro que te quiero, nena.

—Y no se lo dirás a nadie. Prométeme que no se lo dirás a nadie. Porque nunca había dejado que ningún hombre me hiciera esto, de verdad.

—¿Estás segura? —Stan se regodeaba en el poder que tenía sobre ella. Quería oír la voz de Molly, el miedo que había en ella.

—Sí, cariño. Sí. De verdad. Al principio me has hecho mucho daño. Sabes...

—Sí.

—Cariño, si lo hubiera hecho antes, no me habrías hecho daño. Solo que me alegro de que me hicieras daño, cariño, me alegro. Porque eso significa que has sido el primero.

El aire era gélido; Molly se puso a temblar. Stan se quitó la americana y se la puso sobre los hombros.

—Caramba, qué bueno eres conmigo, Stan.

—Siempre lo seré.

—¿Siempre? —Molly se detuvo y se volvió hacia él, colocándole las dos manos en la frente—. ¿A qué te refieres, Stan?

—A siempre.

—¿Quieres decir hasta que acabe la temporada y nos separemos? —En su voz había una pregunta más profunda.

Stan estaba decidido. En su mente veía el brillo de las candilejas, y él estaba allí en medio, erguido. Al mando. Molly estaba entre el público y llevaba un vestido de noche, y caminaba lentamente por el pasillo. Los

panolis —el público— estiraban el cuello para mirarla. Y es que estaba para comerse. Los carteles que había a cada lado del escenario simplemente decían STANTON. Estaban en la cima.

—Molly, te gusta el mundo del espectáculo, ¿verdad?

—Claro que sí, Stan. Papá siempre quiso verme en el mundo del espectáculo.

—Bueno, pues a eso me refería. Vamos a llegar a la cima. Juntos.

Le rodeó la cintura con el brazo y siguieron caminando lentamente.

—Cariño, eso es maravilloso. Esperaba que me lo dijeras.

—Hablo en serio. Juntos podemos llegar a lo más alto. Tú tienes clase y una buena figura. Quiero decir que eres guapa y podemos hacer un número de dos personas con el código y dejarlos turulatos.

El brazo de Molly se apretó en torno a él.

—Stan, eso es lo que siempre he querido. Papá estaría orgulloso de los dos. Sé que lo estaría. Le habrías encantado, Stan. Cómo sabes salir de cualquier aprieto con tu desparpajo. Era lo que más admiraba. Eso y no traicionar nunca a los tuyos. Papá decía que quería poner en su tumba: «Aquí yace Denny Cahill. Jamás traicionó a un amigo».

—¿Y lo pone?

—No. Mi abuelo no quiso ni oír hablar de eso. La lápida solo dice: «Dennis Cahill», y debajo la fecha de nacimiento y la de su muerte. Solo que una noche, justo antes de irme de Louisville, fui al cementerio y lo escribí debajo de las fechas con tiza. Apuesto a que todavía no se ha borrado del todo.

Habían llegado al Diez-en-Uno. Dentro brillaba una bombilla solitaria. Stan se asomó.

—Todo despejado, chica. Vístete. Me pregunto dónde estarán los demás.

Mientras Molly se vestía detrás de las cortinas del escenario de Zeena, Stan se acercó a la cocina y encontró al cocinero limpiando cafeteras.

—¿Dónde está la gente?

—Por ahí. La policía arrestó a un par de tipos en la ruleta y jugando. Incluso han empapelado a los del tiro al blanco. El abogado los sacará mañana. Y tendré que preparar una tina de agua hirviendo para que puedan quitarse los piojos de la ropa. ¿Quieres una taza de café?

—No, gracias. Quiero encontrar a los míos. ¿Tienes idea de dónde han ido?

El cocinero se secó las manos y encendió un cigarrillo.

—Hoately se ha ido carretera arriba a buscar una cafetería o algo. Un local que está junto a la carretera. No tiene pérdida. Ha dicho que esta noche no quería quedarse por aquí. Le comprendo. Parece que alguien ha denunciado a los polis el espectáculo del monstruo que tenéis. Y que se juega a la ruleta. Por lo que he oído, aquel tipo de los tatuajes que antes estaba en el Diez-en-Uno y tuvo aquella bronca con Plasky estaba en el pueblo yéndose de la lengua.

—¿El Marinero Martin?

—Ese mismo hijo de puta. Por lo que he oído, estuvo hablando con los del pueblo y los convenció de que os denunciaran a la policía. ¿Te imaginas a un feriante haciendo eso? Alguien debería meterle un cuchillo de carnicero por el culo y romper el mango de una patada.

Stan oyó un flojo silbido procedente del exterior y le dio las buenas noches al cocinero. Molly estaba a la sombra del Diez-en-Uno, vestida muy formal y elegante con un traje oscuro y una blusa de seda blanca. Él la cogió del brazo y se fueron carretera arriba.

Era una choza donde servían comida; del interior llegaban voces y risas. Stan abrió la puerta mosquitera.

Todos estaban reunidos en una mesa cubierta por un mantel de cuadros rojos. Entre los platos de huesos del pollo había vasos de whisky. Hoately estaba hablando:

—... y en cuanto vi que el chaval comenzaba con ese rollo de Jesús supe que todo estaba solucionado. Tengo que deciros que fue algo digno de verse. La boca de ese viejo buitro se le quedó abierta hasta el suelo, y se tragó todo lo que le dijo el muchacho.

Hizo una pausa y soltó un grito al ver a Stan y a Molly.

Los otros los saludaron; Zeena se levantó y rodeó con los brazos a Molly y la besó.

—Qué sorpresa, cariño, me alegro de verte. Ven y siéntate aquí al lado de Zeena. ¿Dónde demonios te habías metido? Sabíamos que no te habían cogido ni tampoco a Stan, porque Clem estaba cerca y lo vio. Pero te he estado buscando por todas partes.

—Me escondí en la furgoneta —dijo Molly. Bajó la mirada hacia su bolso y pasó el dedo por el cierre.

—¡Y Stan! —Zeena lo rodeó en un abrazo y lo besó cálidamente en la boca—. Stan, muchacho, hoy te has superado. Siempre supe que eras todo un mentalista. Imagínate. ¡Hacerle una lectura a palo seco a un policía y conseguir dársela con queso! Oh, te quiero.

La voz fina y rasposa del Comandante Mosquito se abrió paso.

—Ven y toma una copa. Invita Hoately. Acércate. Me estoy emborrachando.

Se sentaron y un joven desgarrado con los pelos de punta trajo dos platos más de pollo.

—Ojo con las botellas, chicos. En este pueblo se hace cumplir la ley.

Stan y Molly se sentaron juntos. De repente les entró un hambre voraz y atacaron el pollo.

Joe Plasky dijo:

—Lo has hecho muy bien, chico. No has perdido la cabeza. Eres un feriante de verdad, ya lo creo.

Bruno no dijo nada. Había estado a punto de ponerse con su cuarto plato de pollo, pero ahora lo tenía delante, olvidado. Molly cogió la mano de Stan y la apretó debajo del mantel. Intercambiaron una rápida mirada.

Zeena se sirvió un trago y lo apuró en dos sorbos.

—Este licor es espantoso, Clem. Es tan malo que casi dejo un poco... como decía aquel escocés.

Clem Hoately utilizaba una cerilla afilada a modo de mondadientes.

—He tenido que improvisar. Le pregunté a uno de los agentes, uno que era joven y parecía de fiar, dónde podía comprar una botella. Me mandó a su cuñado. Este pueblo no está mal si te andas con ojo. Después de esta noche no tendremos problemas. El hijo de puta que esta noche quería arrestarnos era el más duro que tienen. Mañana por la noche abriremos y llenaremos. La mejor publicidad del mundo.

Molly pareció sobresaltada.

—A mí no me parece tan seguro.

Hoately sonrió.

—Puedes ponerte botas y pantalones de montar. Con eso será suficiente. Con la figura que tienes estarás estupenda. No te preocupes.

Zeena se sacó un hueso de pollo de la boca y dijo:

—Creo que todos deberíamos felicitar a Stan. De no haber sido por él nos habríamos visto en un aprieto. Siempre digo que no hay nada como la clarividencia. Cualquiera que sea capaz de hacer una buena lectura nunca pasará hambre. Solo que, caramba —se volvió hacia Stan—, no tenía ni idea de que sabías citar la Biblia, tal como Clem nos estaba contando. —Hizo una pausa, masticó y añadió—: Stan, confiésalo. ¿Antes eras predicador?

Stan negó con la cabeza, y en las comisuras de la boca se formaron unas duras arrugas.

—Eso fue idea de mi viejo... una época quería que lo fuera. Solo que yo no estaba por la labor. Luego quiso meterme en el mundo inmobiliario. Pero eso era demasiado aburrido. Yo quería magia. El viejo sabía citar las escrituras de verdad. Supongo que se me pegó.

El Comandante Mosquito, que sujetaba un vaso con las dos manos, lo levantó.

—¡Por el Gran Stanton, que nos proporciona diversión, magia, misterio y gilipolleces! Porque es un muchacho excelente, porque es un muchacho...

Bruno Hertz dijo:

—Cállate. Hablas demasiado para ser tan pequeño. —Sus ojos de novillo triste se posaron en Molly. De repente soltó—: Molly, ¿tú y Stan vais a casaros?

La sala quedó tan en silencio como si acabaran de levantar la aguja de un tocadiscos. Molly se atragantó y Zeena le dio una palmada en la espalda. Molly tenía la cara encarnada cuando contestó:

—¿Qué... qué te hace pensar eso?

Bruno, descarado y desesperado, prosiguió.

—¡Tú y Stan habéis estado juntos! ¿Vais a casaros?

Stan levantó la vista y clavó la mirada fríamente en el forzado.

—De hecho, Molly y yo vamos a dedicarnos al vodevil. Lo tenemos todo estudiado. Cuando estemos en el teatro nadie va a detenerla por ir ligera de ropa.

Zeena dejó su vaso sobre la mesa.

—Vaya, vaya... creo que eso es estupendo. Clem, ¿lo has oído? Van a probar en el mundo del vodevil. Creo que es estupendo. Sí, creo que está muy bien. —Estrujó a Molly con otro abrazo. A continuación acercó una mano a Stan y le revolvió el pelo—. Stan, ¡serás... serás zorro! Y todo este tiempo fingías que ni te habías dado cuenta de que existía esta niña. —Se sirvió más whisky en el vaso y dijo—: Muy bien, chicos, brindemos por el novio y la novia. Larga vida y que todo os vaya muy bien... ¿eh, Molly?

Hoately levantó su taza de café. El comandante mosquito exclamó: «¡Hurra! La primera noche dejad que me esconda debajo de la cama. Me estaré calladito. Solo dejad...».

Bruno Hertz se sirvió un poco de whisky y se quedó mirando a Molly por encima del vaso.

—*Prosit, Liebchen.* —Bajo la barba murmuró—: Os deseo buena suerte. Vais a necesitarla. A lo mejor algún día la necesitaréis.

La sonrisa de Lázaro de Joe Plasky era como una lámpara.

—Os deseo lo mejor, hijos. Me encantará verlo. Os daré una carta de recomendación para un par de agentes artísticos de Nueva York.

Zeena apartó los platos y los vasos que tenía delante con un vacilante barrido. Cogió el bolso y sacó un mazo de cartas.

—Aquí estáis, chicos. Creo que es un buen momento para ver lo que dice el Tarot de vosotros. El Tarot siempre tiene una respuesta. —Barajó—. Adelante, cariño. Corta. Vamos a ver lo que cortas.

Molly cortó las cartas y Zeena las cogió y les fue dando la vuelta.

—¡Vaya, mira que tenemos aquí, la Emperatriz! Esa es ella, cariño. Mira, está sentada en un sofá y tiene el signo de Venus encima. Y tiene estrellas en el pelo. Eso representa todas las cosas buenas que tu marido va a darte.

El Comandante Mosquito soltó un chillido que fue una carcajada, y Bruno le siseó para que se callara.

—La Emperatriz es una carta de buena suerte en el amor, cariño. No podría ser mejor, porque significa que conseguirás lo que más deseas. —Volvió a barajar y le acercó el mazo a Stan, que se había puesto en pie y se había colocado detrás de la silla de Molly. Esta le había cogido la mano y la mantenía cerca de su mejilla.

—Adelante, Stan. Corta, a ver qué sale.

Stan soltó la mano de Molly. En la baraja, el borde de un naipe asomaba más oscuro que los demás por el roce, y Stan cortó por esa carta sin pensar, volviendo la mitad del mazo boca arriba.

El Comandante Mosquito soltó un chillido. Zeena derribó la botella y Hoately la cogió antes de que borboteara. La cara impávida de Bruno estaba iluminada por una expresión parecida a la del triunfo. Molly parecía perpleja, y Stan soltó una carcajada. El enano que estaba al otro lado de la mesa golpeaba el mantel con una cuchara y gritaba en un éxtasis de ebria alegría:

—¡Ja, ja, ja, ja! ¡*El Ahorcado!*

NAIPE VI



LA RESURRECCIÓN DE LOS MUERTOS

*A la llamada de un ángel de alas en llamas,
las tumbas se abren, los ataúdes se rompen
y los muertos están desnudos.*

—... Veo, señora, que hay muchas personas que la rodean que sienten envidia de su felicidad, su cultura, su buena suerte y... sí, debo ser franco, su belleza. Yo le aconsejaría, señora, que siga su propio camino, que haga todo aquello que en lo más profundo de su corazón sabe que es lo correcto. Y estoy seguro de que su marido, que en este momento está sentado a su lado, coincidirá conmigo. No existe ningún arma que se pueda utilizar contra la envidia maliciosa, excepto la confianza en que su manera de vivir es moral y recta, digan lo que digan los envidiosos. Y creo que es una de esas personas, señora, y creo que sabe de quién estoy hablando, la que ha envenenado a su perro.

Al principio el aplauso no fue sonoro. Estaban desconcertados; estaban sobrecogidos. Entonces comenzó desde el fondo de la sala y avanzó, y las personas que habían susurrado sus preguntas a Molly, y que él había contestado, aplaudieron las últimas. Una tormenta de sonido. Y Stan, que lo oyó a través del grueso telón, lo aspiró como si fuera el aire de la montaña.

El telón se abrió para que saludara por segunda vez. Se inclinó lentamente desde la cintura y extendió la mano, y Molly se acercó desde los bastidores, adonde había llegado por la puerta que quedaba detrás de los palcos. Saludaron juntos, de la mano, y a continuación el telón volvió a caer y salieron a través de los bastidores y subieron las escaleras de cemento que conducían a los camerinos.

Stan abrió la puerta del camerino, se hizo a un lado para dejar entrar a Molly, y a continuación la siguió y cerró la puerta. Se sentó un momento en el sofá de mimbre, a continuación se quitó la corbata blanca y se desabrochó la tirilla de su rígida camisa; encendió un cigarrillo.

Molly se sacó el ajustado vestido de noche que llevaba y lo colgó de una percha. Por un momento quedó completamente desnuda, y se rascó las costillas bajo los brazos. A continuación se puso un albornoz, se recogió el pelo en un moño y comenzó a aplicarse crema limpiadora en la cara.

Finalmente Stan habló: «Dos noches seguidas es demasiado».

La mano de Molly quedó inmóvil, apretada contra la barbilla. Le daba la espalda.

—Lo siento, Stan. Supongo que estaba cansada.

Stan se levantó y se le acercó, mirándola desde su altura.

—Después de cinco años sigues metiendo la pata. Dios mío, ¿para qué utilizas el cerebro? ¿Qué es ochenta y ocho?

Los ojos grandes de color gris humo de Molly tenían lágrimas y brillaban.

—Stan, yo... tendré que pensar un poco. Cuando me preguntas tan de repente, tengo que pensarlo. Yo... tengo que pensarlo —remató de manera poco convincente.

Stan prosiguió con una voz fría.

—¡Ochenta y ocho!

—¡Organización! —dijo, sonriendo rápidamente—. ¿Debo apuntarme a algún club, fraternidad u organización? Naturalmente. No lo había olvidado, Stan. De verdad, cariño.

Stan regresó al sofá y se recostó.

—Esta noche, antes de irte a dormir, lo dirás cien veces del derecho y del revés. ¿Entendido?

—Claro, Stan.

Molly se animó un poco, aliviada de que la tensión hubiera pasado. Cuando apartó la toalla de la cara, estaba rosada por el maquillaje. Molly se aplicó polvos en la frente y comenzó a ponerse carmín para salir. Stan se quitó la camisa y se echó un albornoz por encima de los hombros. Con unos estudiados gestos se aplicó crema limpiadora en la cara, y puso ceño ante su reflejo. Sus ojos azules habían perdido lustre. Tenía leves arrugas en las comisuras de la boca. Siempre habían estado allí cuando sonreía, pero ahora por primera vez comprobó que también se marcaban cuando tenía la cara relajada. El tiempo estaba dejando su huella.

Molly se estaba abrochando los cierres de la falda.

—Hay que ver, qué cansada estoy. Al único sitio que quiero ir esta noche es a la cama. Podría pasarme una semana durmiendo.

Stan se quedó mirando su imagen en el espejo, más endurecida por las luces que brillaban en torno. No se reconocía. Se preguntó qué ocurría tras aquella cara familiar, la mandíbula cuadrada, el pelo amarillento. Era un misterio, incluso para sí. Por primera vez en meses se acordó de Gyp y lo vio claramente a través de la neblina de los años, saltando por los campos exuberantes de las malas hierbas de final de verano.

—Buen chico —farfulló—. Buen chico.

—¿Qué dices, cariño? —Molly estaba sentada en el sofá de mimbre leyendo una revista de cine mientras esperaba a que él se vistiera.

—Nada, pequeña —dijo mirando la espalda—. Tan solo murmuraba.

¿Quién envenenó a nuestro perro? La gente que le rodea la envidia. Número catorce. Uno: Podrías. Cuatro: Decirle. ¿Podrías decirle a esta señora en qué está pensando?

Stan negó con la cabeza y se frotó la cara metódicamente con la toalla. Colgó su frac y se puso sus pantalones de *tweed*. Se pasó un peine por el pelo y se anudó la corbata.

Fuera la nieve caía lentamente, demorándose en la oscura superficie de la sucia ventana del camerino.

En la entrada de artistas el invierno los recibió con su gélido aliento. Encontraron un taxi y se subieron, y Molly entrelazó su brazo con el de Stan y apoyó la mejilla contra su espalda; se quedó así.

—Ya hemos llegado, amigo. Hotel Plymouth.

Stan le entregó un dólar al taxista y ayudó a salir a Molly.

Cruzaron las puertas giratorias y se adentraron en el amodorrante calor del vestíbulo, y Stan se detuvo en el estanco a por cigarrillos. Levantó la mirada hacia la recepción y se quedó clavado, y Molly, dándose la vuelta para ver si venía, se le acercó a buen paso. Le puso una mano en el brazo.

—Stan, cariño, ¿qué te pasa? Dios mío, tienes un aspecto terrible. ¿Estás enfermo? Contéstame. ¿Estás enfermo? ¿No estás enfadado conmigo, verdad, Stan?

Bruscamente, Stan dio media vuelta y salió del vestíbulo al viento y a la noche invernal. Recibió con agrado el aire frío, y la cara y el cuello necesitaban ese frío. Se volvió hacia la chica.

—Molly, no hagas preguntas. Acabo de ver a alguien a quien quiero evitar. Sube y haz las maletas. Nos vamos. ¿Tienes algo de pasta? Vale, paga la cuenta y que el botones baje las maletas.

Sin hacer más preguntas, Molly asintió y entró.

Cuando se acercó a la mujer de la recepción, la conserje de noche, esta levantó la mirada de la novela policíaca que estaba leyendo y le sonrió.

—¿Le importaría prepararme la cuenta, por favor? Señor Stanton Carlisle y señora.

La mujer volvió a sonreír. Tenía el pelo blanco y Molly se preguntó por qué tantas mujeres canosas insistían en ponerse carmín de color vivo. Tienen pinta de cuervos, se dijo. Si alguna vez se me queda el pelo blanco, nunca me pondré nada más oscuro que *Passion Flower*. No obstante, esta mujer fue bastante guapa de joven, decidió Molly. Se notaba que había vivido. Había algo en ella que te hacía pensar que había estado en el mundo del espectáculo.

Pero había mucha gente guapa que lo había estado de joven, y la verdad es que eso no significaba gran cosa. Lo que contaba era permanecer en el mundo del espectáculo y mantenerse en la cima. No ser una persona acabada, un recuerdo del pasado. Eso era lo peor, estar acabado. Lo que había que hacer era ahorrar mucho dinero cuando lo ganabas a espuertas. Y entre alojarte en los mejores sitios, e invitar a cenar y a beber a los representantes, los periodistas y demás, nunca parecía quedarles gran cosa al final de una temporada de gira. Es decir, cuanto mejor era el número, parecía que costaba más venderlo.

—Serán dieciocho dólares y ochenta y cinco centavos —dijo la mujer. Le lanzó a Molly una mirada escrutadora—. ¿Su marido... va a volver al hotel?

Molly pensó deprisa.

—No. De hecho, me está esperando en el centro. Tenemos que coger el tren.

La cara de la mujer ya no sonreía. Poseía una expresión atormentada y esperanzada que era, al mismo tiempo, extrañamente ansiosa. A Molly no le gustaba nada. Pagó y se marchó.

Stan caminaba arriba y abajo frenéticamente. Junto a la acera había un taxi con el taxímetro en marcha. Metieron las maletas y se marcharon.

Todos los hoteles son el mismo lugar, se dijo posteriormente Molly, echada al lado de Stan en la penumbra. ¿Por qué siempre tienen farolas delante de la ventana y coches aparcados en la calle y un ascensor en la pared justo al lado de tu cabeza y gente arriba que da golpes? De todos modos, era mejor que no ir a ninguna parte ni ver nada.

Ver desvestirse a Stan la había excitado y le había hecho recordar muchos momentos buenos y había tenido la esperanza de que a él le apeteciera aun cuando estuvieran cansados como perros. Últimamente Stan casi siempre estaba enfadado, y cuando se iba a la cama parecía cansado. Con un asomo de pánico, se preguntó si estaría perdiendo su belleza o algo parecido. Stan podía ser tan maravilloso. Pensar en ello la inquietaba, le daba miedo. Dios, valía la pena esperar... cuando él quería pasarlo bien. Pero entonces se acordó de otra cosa y comenzó a repetirse: «Ochenta y ocho: organización. ¿Debería unirme a algún club, asociación, fraternidad u organización?». Lo repitió tres veces antes de dormirse con los labios entreabiertos y la mejilla sobre la palma de la mano, el pelo negro derramado sobre el almohadón.

Stan alargó un brazo y palpó la mesita de noche en busca de cigarrillos. Encontró uno y encendió una cerilla. Debajo de ellos un coche gimió a lo

lejos, y los raíles de acero transportaron el sonido. Pero no lo albergó en la mente.

Estaba recordando algo. Un día de cuando tenía once años.

Era como cualquier otro día de principios de verano. Comenzó con un susurro de langostas en los árboles que había frente a la ventana de su dormitorio. Stan Carlisle abrió los ojos y el sol brillaba con todo su calor.

Gyp estaba sentado en la silla que había junto a la cama, gañendo suavemente en el fondo de su garganta y rozando el brazo del chico con una pata.

Stan alargó un brazo con desgana y frotó la cabeza del chuchito mientras este se retorció de placer. Al momento había saltado sobre la cama alegremente y meneaba todo el cuerpo. Ahora Stan estaba completamente despierto y se acordó. Empujó a Gyp y comenzó a despolvorear violentamente el barro seco que habían dejado las patas del perro en la cama. Su madre se ponía furiosa cuando Gyp se subía a la cama.

Stan se acercó a la puerta, pero la de la habitación de sus padres, que estaba al otro lado del pasillo, seguía cerrada. Regresó de puntillas y despreocupadamente se puso la ropa interior y los pantalones de pana. Se metió un libro de bolsillo dentro de la camisa y se ató los cordones de los zapatos.

En el patio pudo ver que las puertas del garaje estaban abiertas. Su padre se había ido a la oficina.

Stan bajó las escaleras. Procurando no hacer ruido, sacó una botella de leche de la nevera, una hogaza de pan y un tarro de jalea. Le puso a Gyp pan y leche en un platillo en el suelo.

Mientras Stan permanecía sentado en el silencio de primera hora de la mañana de la cocina vacía, cortando rodajas de pan y untándolas de jalea, leyó el catálogo:

«... un equipo totalmente profesional, apto para teatros, clubs o reuniones sociales. Una hora de actuación completa. Con un hermoso libro de instrucciones encuadernado en él. Recíballo directamente de nosotros o en su juguetería o en su tienda de artículos de broma. 15\$»

Después de su octava rebanada de pan con jalea, apartó los restos del desayuno y salió al porche trasero con el catálogo. El sol picaba cada vez más. La luminosidad de la mañana de verano lo llenó de una agradable tristeza, como si pensara en algo noble y mágico que había ocurrido mucho tiempo atrás, en la época de los caballeros andantes y las torres solitarias.

Arriba oyó el ruido de unos tacones en el suelo, y luego el agua derramándose en la bañera. Su madre se había levantado temprano.

Stan subió corriendo. Por encima del ruido del agua pudo distinguir la voz de su madre, que cantaba con un fuerte y vibrante tono de soprano. «Oh, mi amor, mi amor, adoro tu cayado. Adoro tu sombrero con esa hebilla de plata...».

La canción lo incomodó y lo irritó. Generalmente la cantaba después de mandarlo a la cama, cuando la sala estaba llena de gente y Mark Humphries, el hombre grande y moreno que le enseñaba a cantar, tocaba el acompañamiento mientras papá estaba sentado en el comedor, fumando un puro y hablando bajito de negocios con alguno de sus amigos. Era parte del mundo adulto, con sus secretos, sus desconcertantes e imprevisibles cambios de humor. Stan lo odiaba.

Entró en el dormitorio que siempre olía a perfume. La reluciente cama de latón se veía grande e importante a la franja de sol que entraba por la persiana. La cama estaba revuelta.

Stan se acercó y enterró la cara en el almohadón que olía levemente a perfume, aspirándolo una y otra vez. El otro almohadón olía a tónico capilar.

Se arrodilló junto a la cama, acordándose de Elaine y Lancelot, cómo ella se acercaba flotando en una barca y él estaba junto a la orilla mirándola y lamentando que estuviera muerta.

El ruido del agua del cuarto de baño había dado lugar a un chapoteo y a fragmentos de canto. A continuación se oyó el sonido del tapón y el agua gorgoteando en el desagüe.

Al otro lado de la ventana, tras las persianas que mantenían la habitación fresca y en penumbra, se oyó cantar a una cigarra, flojo al principio y luego cada vez más fuerte, hasta que se apagó, señal de que iba a hacer calor.

Stan aspiró una vez más el almohadón, frotándose por toda la cara para apagar el sonido y todo lo que no fuera su amollante blandura y dulzura.

Se oyó un brusco chasquido procedente del pestillo de la puerta del baño. El muchacho alisó frenéticamente el almohadón; rodeó la gran cama de latón, salió al pasillo y regresó a su dormitorio.

Abajo oyó las lentas pisadas de Jennie en el porche de atrás y el crujido de la silla de la cocina cuando esta desplomó su peso en ella para descansar antes de quitarse el sombrero y su vestido bueno. Era el día en que Jennie tenía que hacer la colada.

Stan oyó a su madre salir del cuarto de baño; a continuación oyó cerrarse la puerta del dormitorio. Salió al pasillo sigilosamente y se quedó junto a la

puerta.

Dentro se oían las pisadas de unos pies descalzos en el suelo y el pasador de la puerta al correrse suavemente. Los adultos siempre se estaban encerrando. Stan experimentó un repentino temblor de misterio y euforia. Comenzó en su zona lumbar y fue ascendiendo entre sus omóplatos.

A través de la puerta cerrada le llegó el suave tintineo de un frasco de perfume al ser colocado sobre el tocador, y luego se oyó el roce de las patas de una silla. La silla crujió un poco; volvió a oírse el mismo roce de antes; más tintineo del frasco cuando volvieron a taparlo.

Cuando su madre saliera, estaría vestida y arreglada para ir al centro y tendría mil trabajillos que encargarle mientras ella estaba fuera, como ordenar el armario de su habitación o cortar la hierba del patio.

Stan avanzó furtivamente por el pasillo y abrió la puerta de las escaleras del desván, la cerró lentamente tras él y subió. Sabía qué peldaños crujían y los evitó. En el desván hacía calor y había un intenso olor a madera y seda vieja.

Stan se tendió sobre una cama de hierro cubierta por una colcha de retazos de seda. Estaba hecha de tiras de seda cosidas en cuadrados, de diferentes colores a cada lado, y un solo cuadrado de seda negra en el centro de cada uno. La hizo la abuela Stanton el invierno antes de morir.

El muchacho se tendió boca abajo. Los sonidos de la casa le llegaban desde muy lejos. El roce gimoteante de Gyp, exiliado al porche de atrás. Jennie en el sótano y el ruido de la lavadora nueva. El roce de madera de la puerta del cuarto de su madre al abrirse y el golpeteo de sus tacones altos en la escalera. Su madre lo llamó una vez, en tono severo, y a continuación le gritó algo a Jennie.

La voz de Jennie llegó desde la ventana del sótano, triste y sonora.

—Sí, señora Carlisle. Si lo veo, se lo diré.

Por un momento, Stan temió que su madre saliera por la puerta de atrás y Gyp le saltara al regazo y la hiciera enfadar, y que de nuevo comenzara a hablar de librarse de él. Pero salió por la puerta delantera. Stan oyó el breve traqueo del buzón. A continuación su madre bajó las escaleras del porche.

Stan se puso en pie de un salto y corrió hasta la ventana del desván, desde donde pudo ver el césped delantero a través de las copas de los arces.

Mamá caminaba rápidamente hacia los coches aparcados.

Iría al centro, a su clase de canto con el señor Humphries. Y tardaría mucho tiempo en regresar. Se detuvo delante del cartel de cristal que había en el jardín de la iglesia. Explicaba de qué iría el sermón del doctor Parkman del

domingo siguiente, pero entre lo negro que era y el cristal que tenía delante, parecía un espejo. Su madre se detuvo, como si fuera a leer de qué iría el sermón del domingo; movió la cabeza primero hacia un lado, luego hacia el otro, se echó el sombrero un poco más adelante y se tocó el pelo.

Siguió caminando, más lento ahora. El muchacho la observó hasta que desapareció.

Stan se volvía en cada cima y elevación y miraba en dirección al pueblo. Divisaba el tejado de su casa alzándose entre el verde vivo de los arces.

El sol era implacable.

El olor de las hierbas de verano endulzaba el aire. Gyp brincaba a través de los montículos, desapareciendo de su vista y enseguida regresando con sus saltitos.

Stan trepó por una verja, cruzó un pastizal y a continuación trepó por un muro de piedra, pasando a Gyp por encima. Al otro lado del muro los campos eran más tupidos de maleza y robledales y pinares, y más allá comenzaban los bosques.

Cuando se adentró en el oscuro frescor, de nuevo le subió por los omóplatos ese estremecimiento involuntario, que era en parte placer y en parte aprehensión. El bosque era un lugar donde matar enemigos. Los combatías con un hacha y tú estabas desnudo. Y nadie se atrevía a decir nada porque tenías el hacha siempre colgando de la muñeca, sujeta por una tira de cuero. En lo más profundo del bosque había un castillo. Entre las grietas de la mampostería asomaba musgo de color verde, y lo rodeaba un foso lleno de aguas profundas y quietas como la muerte, y del castillo jamás llegaba ningún sonido ni ningún signo de vida.

Stan ahora pisaba sigilosamente y contenía el aliento, atento al silencio verdoso. Las hojas eran suaves bajo sus pies. Sorteó un árbol caído y levantó la mirada a través de las ramas hasta donde el sol las hacía brillar.

Comenzó a soñar. Él y lady Cynthia cabalgaban a través del bosque. Cynthia era el nombre de su madre, solo que lady Cynthia no era su madre, a pesar de que se le parecía. No era más que una hermosa dama sobre un palafrén blanco y la brida estaba engastada de gemas y joyas que parpadeaban a la luz moteada que formaban las ramas. Stan se cubría con una armadura y llevaba el pelo largo con un corte que le enmarcaba la cara, y estaba bronceado y no tenía pecas. Su caballo era un poderoso corcel negro como la medianoche. Ese era su nombre: Medianoche. Él y lady Cynthia habían ido al bosque en busca de aventura, pues en ese bosque se escondía un poderoso mago.

Stan apareció en un camino maderero que hacía mucho que no se utilizaba, donde salió de su ensueño; recordó que habían estado allí de picnic. Aquella vez que salieron con el señor y la señora Morris, y Mark Humphries llevó a su madre y a su padre y a Stan en el coche con la capota baja. Llevaban la comida en unos cestos.

Una furia repentina surgió en su interior cuando se acordó de cómo su padre había echado a perder aquel día discutiendo con su madre por no recordaba qué motivo. No había levantado la voz, pero entonces su madre dijo: «Stan y yo vamos a dar un paseo solos, ¿verdad, Stan?». A los demás les lanzó esa sonrisa que ponía cuando algo iba mal. Stan sintió el delicioso recorrido de ese estremecimiento entre sus omóplatos.

Fue la vez que encontraron el Calvero.

Era una profunda hendidura en una cresta, y resultaba imposible descubrirla a no ser que dieras con ella por casualidad. Desde entonces había vuelto alguna vez, pero aquel día su madre había estado allí, y de repente, como si ella hubiera experimentado la magia del lugar, se arrodilló y besó a su hijo. Stan se acordaba del perfume que llevaba. Ella lo había mantenido a la longitud del brazo, y dibujaba una sonrisa sentida, como dirigida a algo muy profundo en su interior, y dijo: «No se lo cuentes a nadie. Este lugar es un secreto entre nosotros».

Había sido feliz todo el camino de regreso.

Aquella noche, cuando ya estaban en casa y él se había metido en la cama, el sonido de la voz de su padre, áspera y tronante a través de las paredes, le despertó un brutal sentimiento de rebeldía. ¿Por qué siempre tenía que estar discutiendo con mamá? Entonces se acordó del Calvero, y de la expresión de su madre al besarlo, y eso le hizo retorcerse de placer.

Pero al día siguiente todo se había esfumado, y ella le habló con severidad no recordaba por qué y le encargó algunos trabajillos.

Stan siguió el camino maderero. Se detuvo en una zona húmeda y se arrodilló como un rastreador examinando una pista. Al lugar llegaba el chorrillo de una fuente. Al otro lado había rastros de neumáticos, unas huellas claras y sacrílegas que comenzaban a llenarse de agua.

Stan los odiaba: los adultos estaban en todas partes. Y sobre todo odiaba sus voces.

Cruzó cautamente el camino y llamó a Gyp para que fuera a su lado y no corriera por la maleza. Agarró el collar del perro y siguió andando, procurando no pisar ninguna ramilla seca. Había que acercarse al Calvero con

la reverencia del silencio. Trepó el último terraplén a cuatro patas y a continuación, al mirar por encima de la cumbre, se quedó helado.

Llegaban voces del Calvero.

Escrutó un poco más allá. Sobre una manta india estaban acostadas dos personas, y con un repentino sonrojo Stan supo que eran un hombre y una mujer, y que eso era lo que hacían los hombres y las mujeres en secreto cuando estaban juntos, algo de lo que todo el mundo dejaba de hablar cuando él se acercaba, algo de lo que algunos adultos no hablaban jamás. Sintió la curiosidad de espiarlos sin que se dieran cuenta de que él estaba allí. Estaba viendo todo, todo: lo que hacía que los bebés crecieran en el vientre de las mujeres. Apenas podía respirar.

La cara de la mujer quedaba oculta por la espalda del hombre, y solo se veían sus manos, que se apretaban contra sus hombros. Al cabo de un rato se quedaron quietos. Stan se preguntó si no estarían muertos: si no se habrían muerto haciéndolo, y si les dolía, pero tenían que hacerlo de todos modos.

Al final se movieron y el hombre rodó y se quedó boca arriba. La mujer se incorporó y se llevó las dos manos al pelo. Su risa resonó por el lateral del Calvero, un poco áspera pero argentina.

Los dedos de Stan apretaron la hierba que había bajo sus manos. A continuación se dio media vuelta, arrastrando a Gyp por el collar, y bajó trastabillando, resbalando y chocando por la pendiente hasta el camino. Corrió con el aliento quemándole la garganta, los ojos le ardían por culpa de las lágrimas. Corrió todo el camino de vuelta y al llegar subió al desván y se echó en la cama de hierro e intentó llorar, pero no pudo.

Al cabo de un rato oyó llegar a su madre. Fuera comenzaba a oscurecer y las sombras se alargaban.

Luego oyó llegar el coche de papá. Papá salió. Por la manera en que cerró el coche de un portazo, Stan supo que estaba enfadado. Abajo oyó la voz de su padre, áspera a través del suelo, y cómo su madre también levantaba la voz, con el tono que utilizaba cuando estaba irritada.

Stan bajó las escaleras, peldaño a peldaño, escuchando atentamente.

La voz de su padre llegaba de la sala.

—... no quiero saber nada más de tus mentiras. Te digo que la señora Carpenter os vio por la carretera del bosque de Mills. Os reconoció, y vio a Mark y reconoció el coche.

Su madre habló con una voz crispada.

—Charles, creía que tenías un poco más de... *¿orgullo*, podríamos llamarlo?... y que no te ibas a creer a una persona tan maliciosa y vulgar

como tu *amiga*, la señora Carpenter.

Papá daba golpes con el puño sobre la repisa de la chimenea; Stan podía oír el golpeteo de aquella cosa metálica que cubría la repisa.

—¡Sombreros de Nueva York! ¡Una negra que te limpia la casa! ¡Lavadoras! ¡Clases de música! Después de todo lo que te he dado, vas y me haces esto. ¡Tú! ¡Debería azotar a ese Judas hasta que solo le quedara un soplo de vida!

Mamá habló lentamente.

—Yo diría que Mark Humphries sabe cuidar de sí mismo. De hecho, me encantaría que te toparas con él por la calle y le dijeras lo que acabas de decirme. Porque te contestaría que eres un mentiroso. Y te daría tu merecido; ni más ni menos de lo que mereces. Y además, Charles, tienes una mente repugnante. Cree el ladrón que todos son de su condición. Después de todo, es perfectamente posible que una persona bien educada disfrute paseando una hora en coche con un amigo, y nada más. Pero comprendo que si tú y... ¿Clara Carpenter, no?

Papá dejó escapar un ruido que osciló entre rugido y sollozo.

—Por Dios todopoderoso, he jurado que nunca tomaría el nombre del Señor en vano, pero consigues poner a prueba la paciencia de un santo. ¡Dios te *maldiga!*. ¿Me has oído? *Dios te maldiga a ti y a todos...*

Stan había llegado a la planta baja y sus dedos subían y bajaban por el poste de arranque de la escalera, mientras contemplaba el interior de la sala a través de las anchas puertas dobles. Su madre estaba sentada muy erguida en el sofá. Su padre estaba de pie junto a la repisa de la chimenea, con una mano en el bolsillo y la otra golpeando la madera. Cuando levantó la vista y vio a Stan, calló en seco.

Stan sintió deseos de dar media vuelta y salir corriendo por la puerta principal, pero la mirada de su padre lo mantuvo clavado en el suelo. Su madre giró la cabeza, lo vio y sonrió.

Entonces sonó el teléfono.

Su padre se encaminó impetuoso por el pasillo para contestar, y su brutal «¡Diga!» estalló como un petardo en el estrecho pasillo.

Stan se movió con mucha dificultad, como si caminara entre melaza. Cruzó la sala y se acercó a su madre, cuya sonrisa se había endurecido y ahora era una mueca de asco. Susurró:

—Stan, papá está enfadado porque fui a dar una vuelta con el señor Humphries. Queríamos llevarte con nosotros, pero Jennie dijo que no estabas.

Pero... Stan... finjamos que viniste con nosotros. Vendrás la próxima vez. Creo que tu padre se sentiría mejor si creyera que has venido con nosotros.

Desde el pasillo tronó la voz de su padre.

—Por Dios todopoderoso, para empezar, ¿por qué tuvisteis que decírselo a ese idiota? Yo estaba en contra de decírselo. Era cosa del Consejo votar la recomendación del comité. Lo teníamos en el bote, a punto de caramelo. Y ahora cualquier idiota del pueblo sabrá qué calles va a atravesar y mañana por la mañana el precio de las parcelas estarán por las nubes...

Cuando la madre de Stan se inclinó hacia él, le llegó el perfume de su pelo. Su madre siempre se lo ponía cuando iba al centro a tomar clases de canto. En su interior, Stan sintió frío, y un vacío. Incluso cuando su madre lo besó.

—¿A quién quieres más, Stan? A mamá, ¿verdad, cariño?

Stan asintió y caminó torpemente hacia las puertas dobles. Su padre regresaba. Cogió a Stan por el hombro con malos modos y lo empujó hacia la puerta principal.

—Y ahora, lárgate. Tu madre y yo estamos hablando.

Su madre estaba junto a ellos.

—Deja que se quede, Charles. ¿Por qué no le preguntas a Stanton qué... qué ha hecho esta tarde?

Su padre se quedó mirándola con la boca muy apretada. Aún agarraba a Stan por el hombro. Lentamente volvió la cabeza.

—Stan, ¿de qué habla tu madre?

Stan tragó saliva. Detestaba aquella boca flácida y la pelusa pajiza que le recorría la barbilla cuando llevaba varias horas sin afeitarse. Mark Humphries sabía hacer un truco con cuatro pequeños fajos de papel de periódico y un sombrero y le había enseñado a Stan cómo hacerlo. Y solía ponerle acertijos.

Stan dijo: «Fuimos a dar una vuelta en coche con el señor Humphries. — Por encima del brazo de su padre, que todavía lo tenía agarrado, Stan vio cómo la cara de su madre le hacía un pequeño gesto, como si besara el aire».

Su padre siguió hablando, con una voz fría y amenazante:

—¿Y dónde fuiste con el señor Humphries, hijo?

Stan sintió la lengua pastosa. Su madre se había quedado pálida, hasta en la boca.

—Fuimos... fuimos hasta aquel sitio donde una vez estuvimos de picnic.

Los dedos de su padre se aflojaron y Stan se dio media vuelta y salió corriendo hacia el crepúsculo. Oyó la puerta delantera cerrarse a su espalda.

Alguien encendió la lámpara de la sala. Al cabo de un rato su padre salió, se metió en el coche y fue al centro. Su madre había dejado fiambres, pan y mantequilla en la mesa de la cocina, y Stan comió solo mientras leía el catálogo. Solo que este había perdido su atractivo y había algo terriblemente triste en el plato azul decorado con un sauce y en el cuchillo y el tenedor de siempre. Gyp gemía bajo la mesa, y Stan le entregó todo el fiambre y cogió un poco de jalea y se la comió con el pan. Su madre estaba arriba, en la habitación de invitados con la puerta cerrada con pestillo.

Al día siguiente su madre le preparó el desayuno. Él no dijo nada y ella tampoco. Pero ella ya no era un adulto. O él ya no era un niño. Ya no había adultos. Mentían y se asustaban, igual que todo el mundo. Todos eran iguales, solo que unos eran más grandes. Comió muy poco, se limpió la boca y dijo cortésmente: «Perdona». Su madre no le pidió que hiciera ningún trabajillo. No dijo absolutamente nada.

Ató a Gyp en la caseta del perro y puso rumbo al bosque, hasta donde nacía el antiguo camino maderero. Avanzaba como en un sueño, y el resplandor del sol parecía no dar calor. Se detuvo en lo alto del Calvero, y a continuación se deslizó huraño por la pendiente. A su alrededor los árboles se alzaban erguidos e inocentes al sol, y a través de ellos le llegó el sonido de un pájaro carpintero. En cierto lugar la hierba estaba aplastada; cerca de ella Stan encontró un pañuelo con una «C» bordada en una esquina.

Se lo quedó mirando mientras una especie de fascinación se apoderaba de él, y a continuación excavó un hoyo en la tierra y lo enterró.

Mientras regresaba, se dio cuenta de que pensaba en las cosas de siempre, como si nada hubiera ocurrido, pero de pronto se paró y una oleada de desolación se abalanzó sobre él.

Cuando subió a su cuarto, su madre estaba en su habitación.

Pero en su cama encontró algo grande y cuadrado. Entró a toda prisa.

Ahí estaba. El juego «Número 3»: Marvello Magic. Toda una hora de entretenimiento, ideal para actuaciones, clubs o reuniones sociales, 15\$. La tapa era gris y llevaba una foto que mostraba a Mefistófeles haciendo levitar unos naipes sobre una copa de cristal. A un lado de la caja había una pegatina que decía: «Juguetes y Novedades Myers», y la dirección del centro. Las esquinas de la caja eran brillantes, e imitaban un ribete metálico impreso sobre el papel.

Stan se arrodilló junto a la cama y se quedó contemplando la caja. A continuación la cogió y golpeó la frente contra una de las esquinas afiladas hasta que salió sangre.

En la calle, el tranvía había pasado bajo la ventana del hotel, gruñendo en su camino solitario a través de la noche. Stan temblaba. Apartó la cubierta de la cama, encendió la lamparita y entró en el baño. Del armarito empotrado sacó un frasco y lo sacudió hasta que tuvo en la mano una tableta blanca. Encontró el vaso de lavarse los dientes y se tragó la tableta con un poco de agua tibia.

Cuando se metió en la cama pasaron varios minutos antes de que el sedante hiciera efecto, y pudo sentir cómo la paz de la modorra se infiltraba en su cerebro.

—Cristo, ¿por qué he tenido que pensar en esto? —dijo en voz alta—. Después de todos estos años, ¿por qué he tenido que verla? Y solo falta una semana para Navidad.

NAIPE VII



EL EMPERADOR

*Grabado en su trono está el nombre del poder,
y en su cetro el signo del poder.*

—Stan, cariño, estoy asustada.

Stan aminoró la velocidad del coche y se puso a mirar los carteles de la carretera. Sherwood Park: 8 millas.

—Ya casi hemos llegado. ¿De qué tienes miedo? ¿Es porque esta gente tiene mucha pasta? Silba los ocho compases de nuestra melodía inicial y se te pasará.

—Lo he intentado, Stan. Es solo lo que... caramba, es una tontería. ¿Pero cómo sabré que tenedor he de coger? En estas cenas elegantes ponen una mesa que parece el escaparate de Tiffany's.

El Gran Stanton salió de la carretera. La última luz de la tarde de verano se apagaba en el cielo; los faros apartaban los pálidos enveses de las hojas a medida que el dos plazas aceleraba por el camino. A ambos lados los olmos se erguían en columnas de nobleza.

—No te preocupes. Fíjate en la señora que ocupe la cabecera de la mesa. Simplemente espera que ella coja el cubierto, y ya sabrás cuál es. Hubo una época en que los amigos de mi madre tenían dinero a carretadas. Mi vieja sí que era una mujer de mundo. Eso es lo que me decía mi padre siempre que iban a alguna parte.

La casa se alzaba en el crepúsculo tras un césped tan grande como un campo de golf. En la puerta, un mayordomo negro con botones de latón dijo:

—Déjeme su abrigo y su sombrero, señor.

—Me llamo Stanton. Stanton, el Mentalista.

—Oh. La Señora Harrington dice que les haga subir de inmediato. Dice que querrán ustedes cenar arriba, señor.

Stan y Molly lo siguieron. A través de un arco de entrada vieron a mujeres con vestidos de noche. Un hombre de esmoquin estaba de espaldas a una chimenea oscura y enorme. Llevaba en la mano una copa de cóctel, que agarraba por la base en lugar de por el pie.

Su habitación estaba en el piso de arriba, en la parte de atrás; techo inclinado.

—La cena se servirá enseguida, señor. Cualquier cosa que quiera, solo tiene que coger el teléfono y apretar el botón número ocho. Es el número de la

antecocina.

Cuando hubo cerrado la puerta, Stan echó el pestillo.

—Relájate, muchacha —dijo irónicamente—, cenaremos en privado. Antes preparémonos y probemos las pilas.

Abrió sus bolsas de viaje; Molly se sacó el vestido por la cabeza y lo colocó en el armario. De una de las maletas sacó un vestido de noche de malla negro recorrido de lentejuelas.

—Sujétame los cables, cariño, no quiero que se me enreden en el pelo.

De manera experta, Stan le pasó el vestido por la cabeza. Por la parte de atrás le llegaba hasta el cuello y se adornaba con una gorguera. Stan cogió una tira de metal curvada que iba adosada a un audífono aplanado y se lo deslizó sobre la cabeza mientras la chica se sujetaba el pelo hacia delante. Cuando se lo volvió a dejar caer hacia atrás, el pelo le cubrió las orejas, y los pequeños auriculares quedaron completamente ocultos. Stan introdujo la mano en la escotada «V» del cuello, encontró un enchufe y conectó el audífono. De su maleta sacó el frac y comenzó a ponerse una camisa de etiqueta.

—No exageres con el maquillaje, nena. Recuerda que no vamos a actuar detrás de unas candilejas. Y no te menees cuando se supone que estás hipnotizada.

De pie en ropa interior, Stan se puso un chaleco de lino con bolsillos como los de una chaqueta de cazador. Los abultaban unas pilas planas de linterna. Colgaba un cable; lo sujetó a la pierna por tres sitios, lo bajó y se colocó encima un calcetín de seda negra, introduciendo el cable a través de un diminuto agujerito. A continuación se puso el zapato, y metió el cable por un orificio del lateral del zapato. Finalmente se puso la camisa. Tras humedecerse los dedos los frotó con un pañuelo, de un sobre de papel de seda sacó una corbata inmaculadamente blanca y se la anudó, frunciendo el ceño delante del espejo del tocador. En el forro de la chaqueta había cosida una telaraña de fino cable que servía de antena; otro enchufe la conectaba con el chaleco oculto, donde estaba el transmisor.

El Gran Stanton se ajustó los tirantes, a continuación se abotonó el chaleco; se arregló el pelo con los cepillos y le entregó a Molly un cepillo para la ropa y esta le quitó el polvo de los hombros.

—Vaya, cariño, estás muy guapo.

—Considérate apasionadamente besada. No quiero mancharme. Por amor de Dios, quítate un poco de carmín.

Bajo los dedos del pie izquierdo, estaba la tranquilizadora protuberancia de la llave de contacto. Stan metió la mano bajo el chaleco blanco y conectó

un interruptor invisible. Dio unos pasos.

—¿Oyes algún zumbido?

—Todavía no.

—Ahora. —Apretó con fuerza los dedos de los pies dentro del zapato, pero Molly no hizo ninguna señal—. ¡Maldita sea! Si hubiera sabido quién iba a estar en esta jarana me habría limitado al número de la bola de cristal. En este maldito trasto inalámbrico hay demasiadas cosas que se pueden soltar. —Pasó los dedos por el pelo de la muchacha, comprobando. A continuación dijo—: Levántate el pelo. —El enchufe del audífono se había soltado. Stan separó los diminutos bornes con la punta de una lima de uñas y los rascó con gestos de irritación. Lo conectó y Molly volvió a arreglarse el pelo.

Al otro lado de la habitación volvió a apretar los dedos del pie izquierdo.

—Lo tengo, cariño. Alto y claro. Ahora camina a ver si se oye algún zumbido.

Stan se puso a caminar arriba y abajo, procurando no dejar caer el peso en las puntas de los pies, y Molly dijo que no oía nada, solo cuando movía los dedos y hacía contacto.

—Muy bien. Ahora estoy en otra habitación. ¿Cuáles son las pruebas?

—Una carta, un color y un estado.

—Muy bien. ¿Qué es esto?

Molly cerró los ojos. Por un auricular llegó un débil zumbido tres veces: picas. A continuación un zumbido largo y tres cortos: cinco más tres, ocho.

—Ocho de picas.

—Muy bien.

Se oyó un golpe en la puerta y Stan le siseó que se callara.

—La cena está servida, señor. La señora Harrington le manda sus respetos. Lo llamará por teléfono cuando llegue el momento de bajar. Será mejor que le abra la botella ahora, señor; abajo estamos muy ocupados. —Extrajo el corcho, sus lustrosos dedos oscuros contrastaban con la servilleta.

Stan buscó en sus bolsillos una moneda de veinticinco centavos, pero se contuvo a tiempo. El mayordomo se retiró.

—¡Caramba, mira, Stan! ¡Champán!

—Solo una copa, Cahill. Estamos trabajando. Si te emborrachas con esto acabarás llamando «querida» a la señora.

—Venga, Stan.

Stan sirvió. Puso unas gotas en su copa, y a continuación llevó la botella al cuarto de baño y vació el resto, que cayó por la taza burbujeando alegremente.

Por detrás, la señora Bradburn Harrington parecía una niña pequeña, pero, Cristo, menuda pájara cuando la tenías de frente, se dijo Stan. Hizo sonar un gong de latón hasta que todo el mundo se calló.

—Y ahora tengo algo especial para nosotros. El señor Stanton, al que estoy seguro de que muchos de vosotros habéis visto en el teatro, nos enseñará cosas maravillosas. No sé qué van a hacer, así que dejaré que sea el señor Stanton el que nos lo diga.

Stan estaba en el pasillo al lado de Molly. Aspiró profundamente y se alisó el pelo con las dos manos. El mayordomo apareció de repente a su lado con una bandeja de plata en la mano. En ella había un trozo de papel doblado.

—La señora Harrington me ha dicho que le entregue esto, señor.

Stan cogió el papel, lo desdobló hábilmente con una mano y lo leyó de un vistazo. Lo arrugó y se lo metió en el bolsillo; se le había ensombrecido la cara. Molly susurró:

—¿Qué ocurre, cariño? ¿Qué ha pasado?

—¡Nada! —fue la brutal respuesta—. Los tenemos en el bote.

Desde la sala de estar, la voz de la señora Harrington seguía hablando:

—... y todo será muy emocionante, estoy segura. Permítanme que les presente al señor Stanton.

Stan respiró y entró. Le hizo una reverencia a la anfitriona, y otra a los invitados.

—Señoras y señores, lo que vamos a hacer puede que tenga muchas explicaciones. Yo no daré ninguna. En el ámbito de la mente humana, la ciencia apenas ha arañado la superficie. Casi todos sus misterios están aún fuera de nuestro alcance. Pero a lo largo del tiempo han aparecido personas que tienen dones extraordinarios. Yo no le atribuyo al mío ningún mérito. —Esta vez su reverencia se limitó apenas a bajar la vista. Aquel público era de lo más selecto. Eso sí era clase. Con una momentánea sorpresa, Stan reconoció a un famoso novelista, alto, un tanto encorvado, medio calvo. Una de las debutantes de la temporada, que ya había salido en los periódicos por culpa de un asunto con un exiliado perteneciente a la nobleza, estaba sentada muy modosa con un vaso de whisky sobre las rodillas, y con un vestido blanco tan escotado que Stan se imaginó que podía ver la aureola de sus pezones.

»Mi familia era de origen escocés, y se dice que los escoceses poseen extrañas facultades. —Un viejo juez de pelo gris y rostro severo asintió—. Mis antepasados solían denominarlo “clarividencia”. Yo lo llamaré

simplemente mentalismo. Es bien sabido que las mentes de dos personas pueden establecer una comunicación más estrecha que las palabras. Una *compenetración*. Hace años descubrí a una persona así. Damas y caballeros, permítanme que les presente a mi ayudante, la señorita Cahill.

Molly apareció sonriendo, con su larga zancada, y posó una mano suavemente sobre el antebrazo doblado de Stan. La debutante se volvió hacia un joven sentado en el brazo de su butaca.

—¿Amiga tuya, Diggie?

El joven le cerró los labios con su mano, y se quedó mirando fascinado a Molly, que tenía los ojos entrecerrados, los labios entreabiertos. El viejo juez se quitó lentamente las gafas de leer.

—Si me permiten la molestia, me gustaría que la señorita Cahill se recostara en ese sofá.

Hubo un correteo de gente en busca de otro asiento, y un hombre se rio por lo bajo. Stan condujo a Molly hasta el sofá y le colocó un cojín debajo. Molly levantó los pies y recogió los pliegues de su vestido con lentejuelas del suelo. Stan llevó la mano al bolsillo de su chaleco y sacó una bola de cristal de roca del tamaño de una canica y la colocó al nivel de los ojos de Molly.

—Concéntrate.

Por fin la sala estaba en silencio.

—Te pesan los párpados. Te pesan. Cada vez más. No puedes levantarlos. Te estás quedando dormida. Dormida. Dormida...

Molly exhaló en un largo suspiro y el dibujo de su boca se relajó. Stan le cogió la mano y se la colocó sobre el regazo, estaba yerta. Stan se volvió hacia la concurrencia.

—La he dejado en un estado de hipnosis profunda. Es la única manera que conozco de asegurar la telepatía. Ahora pasaré entre ustedes y les pediré que me enseñen algunos objetos, como joyas, entradas para el teatro, lo que quieran.

Se volvió hacia la chica que estaba recostada.

—Señorita Cahill, tocaré algunos objetos de esta habitación. Cuando los toque, usted debe describirlos. ¿Está claro?

Molly asintió como en un sueño. Su voz fue un susurro.

—Sí. Objetos. Describir...

Stan cruzó la sala y el viejo juez sacó una estilográfica de oro. Stan la cogió, concentró su atención en ella, y sus ojos se ensancharon. Le daba la espalda a Molly, y esta tenía la cabeza vuelta hacia la parte de atrás del sofá.

No podía ver nada. Pero su voz llegó como de lejos, lo bastante clara como para que la oyeran si la escuchaban con atención.

—Una pluma. Una pluma estilográfica. De oro. Lleva algo... grabado. A... G... K.

Se oyó un fuerte aplauso, que Stan cortó levantando una mano.

La anfitriona señaló el ramillete de pequeñas orquídeas marrones que llevaba como prendido.

—Flores... hermosas flores... son... son... or... orquídeas, creo.

El público contuvo el aliento.

La debutante de labios escarlata y vestido escotado le hizo seña a Stan. Cuando se hubo acercado introdujo la mano en el bolsillo del joven que estaba junto a ella y sacó un neceser dorado de rejilla. Lo abrió y lo sostuvo de manera que solo Stan pudiera saber lo que contenía. Él frunció el entrecejo y ella soltó una risita.

—Adelante, señor Leementes, lea mi mente.

Stan se quedó inmóvil. Aspiró profundamente y contuvo el aliento hasta que se ruborizó.

—Fijaos. Él también se sonroja —dijo la chica.

El Gran Stanton no se movió, pero volvió a oírse la voz de Molly.

—Algo... algo... ¿tengo que decir lo que es?

Stan dijo en voz baja dirigiéndose a su espalda.

—No, no te preocupes.

La chica cerró el neceser de un golpe y lo devolvió al bolsillo del hombre.

—Tú ganas, hermano. Tú ganas. —Apuró el resto de la bebida.

El Gran Stanton hizo una reverencia.

—Para que no me acusen de utilizar triquiñuelas y hacerle señas a la señorita Cahill, les pediría a algunos de ustedes que me siguieran fuera de esta habitación durante unos momentos. Con cinco o seis personas será suficiente. Y también le pediré a alguien que coja un trocito de papel y anote lo que dice la señorita Cahill mientras yo estoy fuera de esta sala.

La anfitriona se ofreció voluntaria, y tres parejas siguieron a Stan a la biblioteca que había al otro lado del pasillo. Cuando estuvieron dentro, cerraron la puerta. Algo le tocó la mano; estaba frío y le hizo pegar un bote. Los invitados se rieron. Junto a él había un gran danés con manchas que le clavaba unos ojos que mostraban autoridad en su fijeza y también una extraña soledad. El perro rozó la pierna de Stan con la pata y el mentalista comenzó a rascarle detrás de las orejas mientras hablaba con los demás.

—Me gustaría que uno de ustedes eligiera una carta de un mazo de cincuenta y dos.

—El dos de trébol.

—Muy bien. Recuérdela. ¿Alguien querría ahora elegir un color?

—*Chartreuse*.

—Ese es un poco difícil de visualizar, pero lo intentaremos. Y ahora, que una de las señoras piense en un estado... cualquier estado de la unión.

—Eso es fácil —dijo la chica arrastrando las palabras—. Solo hay un estado en el que vale la pena pensar: Alabama.

—Alabama. Excelente. Pero ¿no querría cambiar de opinión?

—No, claro que no. Es Alabama.

Stanton asintió.

—¿Regresamos con los demás?

Sujetó la puerta para que todos pasaran uno tras otro. Stan se arrodilló y colocó la mejilla contra la del gran danés.

—Hola, precioso. ¿A que te gustaría ser mi perro?

El gran danés soltó un suave gañido.

—No dejes que te depriman, chico. Muerde su culo gordo.

Se puso en pie, se despolvoreó la solapa y se encaminó de vuelta a las luces y las voces.

Molly seguía echada en el sofá, y parecía la bella durmiente a la espera del beso que la devolviera a la vida. En la sala se oía barullo.

—¡El dos de trébol! Y el color... eligieron el *chartreuse*, ¡y la mujer no sabía decidirse si era amarillo o verde! ¿No es asombroso? ¡Y Alabama!

—¿Cómo es que le gusta tenerlo por marido, querida? Alguien que conozco tendría que volver pitando a Cannes.

—Milagroso. Ni más ni menos que milagroso.

Stan se sentó al lado de Molly, le cogió una mano y le dijo:

—¡Despierta! ¡Vamos, despierta!

Molly se incorporó y se pasó el dorso de la mano por encima de los ojos.

—¿Qué... qué ha pasado? ¡Oh! ¿He estado bien?

—Has estado espléndida —dijo Stan mirándola a los ojos—. Todas las respuestas han sido perfectas.

—Oh, me alegro tanto.

Sin soltarle la mano, la ayudó a ponerse en pie. Se dirigieron hacia la puerta, se volvieron, hicieron una leve reverencia y salieron, dejando una estela de aplausos tras ellos.

—Stan, ¿no nos quedamos en la fiesta? Quiero decir, a lo que queda de fiesta.

—¡Cállate!

—Pero... Stan...

—¡Te he dicho que te calles! Te lo contaré luego. Sube corriendo. Yo voy enseguida y nos largamos de aquí pitando.

Molly subió obediente, apretando los labios y reprimiendo el impulso de llorar. Había sido como cualquier otra función, y ella tenía la esperanza de que luego habría una fiesta, y baile y más champán.

Stan se dirigió a la biblioteca, y el perro le recibió saltándole al regazo. Sin prestar atención a su pechera almidonada, Stan le dijo:

—Sabes reconocer a un amigo, ¿eh, muchacho?

—Señor Stanton.

Era el anciano que tenía pinta de juez.

—No podía permitir que se fuera sin expresarle lo milagroso que me ha parecido su trabajo.

—Gracias.

—Lo digo en serio, muchacho. Me temo que no se da cuenta de lo que tiene entre manos. Es algo más profundo de lo que alcanzo a comprender.

—No tengo explicación para ello —dijo bruscamente Stan, rascando aún al perro detrás de las orejas.

—Pero creo que conozco su secreto.

Silencio. Stan sintió la sangre agolpándosele en la cara. Cristo bendito. Otro mago aficionado, se dijo furioso. Tengo que librarme de él. Pero primero he de ponerlo de mi lado. Al final dijo, sonriendo:

—A lo mejor usted tiene la solución. Hay personas de singular inteligencia y conocimiento científico que podrían ser capaces de intuir el principio básico.

El anciano asintió con un gesto de sabiduría.

—Lo he adivinado, muchacho. Lo he adivinado. Este no es un número con un código cifrado.

Stan sonrió en su fuero interno, y en sus ojos hubo un brillo de camaradería. Dios, ahí viene. De todos modos, le daré un poco de carrete.

—Sí, muchacho. Lo sé. Y no le culpo por mantenerlo en secreto. Es la joven.

—¿Sí?

El juez bajó la voz.

—Sé que no es telepatía. ¡Usted cuenta con *ayuda espiritual!*

Stan sintió deseos de gritar. Pero cerró los ojos y la sombra de una sonrisa pasó sobre su boca.

—Ellos no lo entienden, muchacho. Sé por qué tiene que fingir que se trata de clarividencia. No están preparados para recibir la gloriosa verdad de la vida después de la muerte. Pero nuestro día llegará, muchacho. Llegará. Desarrolla tu don: la cualidad de médium de la muchacha. Cultívalo, pues es una flor frágil. ¡Pero qué cosa tan conmovedora! Oh, pensar en ello... en el preciado don del médium, este puente dorado entre nosotros y aquellos que han pasado a formar parte de las filas de los liberados, los que moran en los planos siempre ascendentes de la vida espiritual...

Se abrió la puerta y los dos hombres se volvieron. Era Molly.

—Oh, lo siento. No sabía que estabas ocupado. Dime, Stan...

—Señorita Cahill, permítame que le presente al juez Kimball. Es el juez Kimball, estoy seguro de ello, aunque no recuerdo haber visto nunca su foto.

El anciano asintió, sonriendo como si él y Stan compartieran un secreto. Dio unas palmaditas en la mano de Molly.

—Un gran don, mi querida niña, un gran don.

—Sí, ya lo creo que es un don, juez. Bueno, supongo que será mejor que volvamos arriba.

Stan cogió las dos manos de Molly y las sacudió.

—Esta noche has estado espléndida, querida. Espléndida. Y ahora vete, que yo subiré enseguida. Más vale que te echés un rato y descanses unos minutos.

Cuando soltó a Molly, está dijo:

—¡Uy! —y se miró la mano izquierda; pero Stan la empujó hacia la puerta, y la cerró suavemente tras ella. Regresó junto al juez.

—Lo confesaré, juez. Pero —inclinó la cabeza hacia la sala que había al otro lado del pasillo— ellos no lo entenderían. Por eso me he pasado un momento por aquí. Porque alguien aquí lo entiende. —Bajó la mirada hacia el gran danés—. ¿Verdad, muchacho?

El gran danés emitió un suave gañido y se le acercó.

—Sabe, juez, ellos pueden sentir cosas que están más allá de la percepción humana. Pueden ver y oír presencias que nosotros no podemos detectar. —Stan se había desplazado hacia una lámpara de lectura colocada junto a una butaca—. Por ejemplo, en este momento acabo de recibir una impresión muy débil pero clara de que alguien del Otro Lado se halla en esta habitación. Estoy seguro de que es una joven, y que intenta comunicarse con

nosotros. Pero no puedo decir nada más de ella; no puedo verla. Si nuestro hermoso amigo de aquí pudiera hablar, sería capaz de contárnoslo.

El perro miraba fijamente un rincón oscuro de la sala forrada de libros. Emitió un gruñido interrogador. A continuación, mientras el anciano observaba fascinado, el gran danés dio un salto y se lanzó hacia el rincón, permaneciendo allí alerta y callado, mirando hacia arriba.

El mentalista introdujo la mano disimuladamente en el bolsillo de sus pantalones.

—Lo saben, señor. Pueden ver. Y ahora, le deseo buenas noches.

Para el viejo juez, la casa se había llenado de presencias invisibles; al pensar en alguna que pudiera serle querida, sus ojos se humedecieron. Lentamente, con elegancia y los hombros erguidos, el Gran Stanton subió las escaleras con el porte de un emperador, y el juez observó cómo se alejaba. Un joven maravilloso.

En la habitación de techo inclinado, Molly estaba echada en la cama en sujetador y bragas, fumando un cigarrillo. Se incorporó y se abrazó las rodillas.

—¡Stan, por el amor de Dios, dime por qué te has enfadado tanto cuando te he dicho que quería quedarme a la fiesta! En otras funciones privadas siempre nos quedamos y lo pasamos bien, y yo no me emborracho con tres copas de champán, de verdad que no, cariño. ¿Crees que no sé comportarme?

Stan hundió las manos en los bolsillos, sacó un trocito de papel y lo arrugó; a continuación lo arrojó a un rincón de la habitación. Habló en un susurro feroz:

—Por Cristo bendito, no te pongas a llorar hasta que no hayamos salido de aquí. He dicho que *no* porque este no es el lugar. Ya les hemos dado suficiente. Déjalos siempre con ganas de más. Ya les hemos demostrado quiénes somos y no tiene ningún sentido repetir. ¡Por Cristo bendito! ¡Si les hemos dado un maldito milagro! Se pasarán el resto de la vida hablando de ello. Y cada vez que lo cuenten será mejor. ¿Y qué sacamos nosotros? Trescientos asquerosos pavos y que nos traten como un negrito más al que contrataron para servir copas. Estamos en lo alto, muy bien. Tienes tu nombre en letras luminosas de un palmo de grandes, y luego vienes a un sitio como este y mira lo que te dan: la cena en un plato como si fueras un vagabundo que pidiera en la puerta de atrás.

Respiraba pesadamente, estaba encarnado y le temblaba la garganta.

—Pero les voy a sacar hasta las entrañas. Cristo, ese viejo de abajo me ha dado la idea. Antes de retirarme les voy a sacar la pasta a carretadas. Me suplicarán que me quede una semana. Haré que se pregunten por qué como en mi habitación. Y será porque no son dignos de comer con... los desgraciados. Cómo es posible que no se me hubiera ocurrido antes. Pero ahora conozco el negocio. Les he dado mentalismo y me han tratado como a un perro que camina sobre dos patas. Muy bien. Ellos lo han querido. Ahora verán.

Se calló y volvió la vista hacia la muchacha, que lo observaba con unos ojos como platos, pálida en torno a los labios.

—Lo has hecho muy bien, niña. —Le sonrió con una comisura de la boca—. Aquí tienes tu anillo, nena. Lo necesitaba para un truco.

Todavía con el ceño fruncido, Molly volvió a colocarse el diamante en el dedo y contempló cómo las diminutas chispas de luz que emitía salpicaban el rincón oscuro del techo en pendiente.

Stan desconectó cuidadosamente los cables y se quitó la ropa. Entró en el baño y Molly oyó cómo echaba el pestillo con un fuerte golpe.

Nunca sabías por qué Stan hacía las cosas. Ahí estaba, más cabreado que un mono, y no decía por qué, y encima ella no había metido la pata; simplemente había sonreído, mantenido la voz baja y fingido que estaba cansada a causa del hipnotismo. No se había equivocado en ninguna señal. ¿Qué era lo que reconcomía a Stan?

Se levantó y recogió el papel arrugado del rincón. Con ese papel había comenzado todo, cuando el camarero de color se lo había entregado a Stan justo antes de empezar. Lo desarrugó con las manos temblorosas.

«Por favor, no alterne con los invitados».

NAIPE VIII



EL SOL

*Sobre un caballo blanco el niño sol,
con cabellos que son llamas,
lleva el estandarte de la vida.*

—No voy a encender la luz. Porque no vamos a volver a discutir en toda la noche. Ya te lo digo, no hay maldita diferencia entre esto y el mentalismo. No es más que nuestro número de siempre con unos retoques para dejarlos turulatos. Y de verdad.

—Cariño, no me gusta.

—Por amor de Dios, ¿qué tiene de malo?

—Bueno, ¿y si hay... y si viene alguien que ya nos ha visto? Quiero decir que, bueno, a lo mejor no les gusta. No sé cómo explicarlo. Tengo miedo.

—Escucha, nena. Ya te lo he dicho más de cien veces. Si viene alguien que ya nos ha visto no va a enfadarse porque finjamos un poco. Les haremos un favor a los panolis; los haremos muy felices. Después de todo, imagínate que creías que de verdad eras capaz de hablar con tu padre. ¿Eso no te haría feliz?

—Dios, ojalá pudiera. A lo mejor es porque he deseado tanto eso mismo y esperaba que algún día pudiera ocurrir.

—Lo sé, niña. Sé lo que es. A lo mejor hay algo de verdad en ello, después de todo. No lo sé. Pero este último año he conocido a media docena de espiritistas, y todos y cada uno de ellos son un fraude. Ya te lo he dicho, no es más que un espectáculo. La gente cree que podemos leer la mente. Pues muy bien. Me creen cuando les digo que «el pleito les va a salir bien». ¿No es mejor darles algo que mantenga su esperanza? ¿Qué hacen cada domingo los predicadores? Todo lo que hacen es prometer. Nosotros haremos algo más que prometer. ¡Les daremos pruebas!

—Yo... cariño, es que no puedo.

—¡Pero si no tienes que hacer nada! Yo manejaré todos los efectos. Todo lo que tienes que hacer es meterte en un armario y dormirte si quieres. Déjame a mí todo lo demás.

—Pero supón que nos pillan. No puedo evitarlo; creo que es algo malo. ¿Te acuerdas de lo que te conté una vez, la noche en que... en que me pediste que formáramos equipo, de cuando escribí con tiza en la lápida de papá: «Jamás traicionó a un amigo»? Aquella vez que fui al cementerio estaba muerta de miedo, y tuve miedo cada minuto hasta que toqué la lápida de papá,

y entonces me puse a llorar y repetí su nombre una y otra vez, como si pudiera oírme, y de algún modo me pareció que podía oírme. Estaba segura de que podía.

—Muy bien. Pensaba que eras hija suya. Pensaba que tenías las suficientes agallas para hacer un truco gracias al cual podrías llevar la vida que él siempre quiso para ti. Unos cuantos años con este chanchullo y un solo contrato de los buenos y podemos retirarnos. Dejaremos de menear el culo por todo el país y nos estableceremos. Nos... nos casaremos. Y tendremos una casa. Y un par de perros. Tendremos... un crío.

—No me cuentes trolas, cariño.

—Hablo en serio. ¿No crees que quiero un hijo? Pero para eso necesitas pasta. Un montón de pasta. Pasaremos el invierno en Florida y el chaval estará sentado entre nosotros en la tribuna cuando se levante la barrera y todos vayan corriendo a buscar un sitio de pie. Es esa la clase de vida que quiero y lo tengo todo calculado, hasta el más mínimo detalle. Hoy obtengo mi certificado de ordenación. Nena, estás en la cama con un predicador de pies a cabeza. ¡Apuesto a que nunca se te pasó por la cabeza estar en la cama con un reverendo! La semana pasada un sastre me hizo un traje: buen paño negro. Tengo un alzacuellos y todo. Puedo ponerme unos guantes negros y una capucha negra y trabajar con una luz roja como las de un cuarto oscuro de fotografía... y nadie puede ver nada. Incluso los botones son de tela para que no reflejen la luz. Te digo que es un montaje perfecto. ¿No sabes que a un espiritista nunca lo condenan? Si alguien te arresta, los bobalicones lo rodean y empiezan a poner excusas. ¿Crees que soy tan bobo como para ir mezclándome con comités científicos o cualquier otro listillo que me pueda desmontar el tinglado? Elige tu público y les venderás lo que quieras. Y todo lo que *tú* tienes que hacer es estarte sentada mientras las señoras te admiran y luego te dan las gracias por todo el consuelo que les has traído. Pero si tienes miedo puedo hacerlo solo. Puedes volver a la feria ambulante y buscarte otro número de variedades y empezar de nuevo.

—No, cariño. No lo decía en serio...

—Bueno, pues yo sí lo digo en serio. Y muy en serio. O bien eliges donde está la pasta y llevar una vida con clase y un crío y unas ropas distinguidas, o eliges la feria ambulante y meneas un poco el culito a un puñado de catetos unos cuantos años más. Y luego ¿qué? Ya sabes el qué. Decídetete.

—Deja que lo piense. Por favor, cariño.

—Ya lo has pensado. No me obligues a hacer algo que no quiero. Mira, nena, te quiero. Lo sabes. No, déjame hablar. He dicho que te quiero. Quiero

tener un hijo contigo. ¿Lo entiendes? Rodéame con el otro brazo. Como en los viejos tiempos, ¿eh, nena? Así. ¿Te gusta? Claro que sí. Esto es el cielo, niña. No lo estropeemos.

—Oh, cariño, cariño, cariño.

—Eso está mejor. ¿Lo harás? Di que sí. Di que sí, nena.

—Sí. Sí. Haré... haré lo que sea.

En la vieja casa de piedra gris cerca de Riverside Drive, Addie Peabody (la señora de Chisholm W.) abrió la puerta en persona. Le había dado a Pearl la noche libre, y esta se la había tomado de buena gana en vista de lo que se avecinaba.

Los primeros en llegar fueron el señor y la señora Simmons, y la señora Peabody los hizo pasar al salón.

—De verdad, me moría por poder hablar con alguien, pensaba que la tarde no se acabaría nunca, habría ido al matinal, pero sabía que no podría resistir una sesión entera, tan emocionada estaba por lo de esta noche, dicen que esta nueva médium es fabulosa... y tan joven. Dicen que no tiene ninguna experiencia, que es muy espontánea y natural, que antes era corista, tengo entendido, pero da igual, una de las cosas más extrañas es cómo este don va a parar a todo tipo de personas, y se da muy a menudo entre gente humilde. Estoy segura de que ninguno de nosotros desarrollará totalmente este poder, aunque todos dicen que el reverendo Carlisle es simplemente maravilloso en las sesiones de desarrollo espiritual. Tengo una amiga que ha estado desarrollándose con él durante casi un año y ha observado fenómenos asombrosos en su propia casa cuando estaba completamente sola. Está loca con este señor Carlisle, y él es tan sincero y simpático.

El resto de la compañía se congregó en grupos de dos y de tres. El señor Simmons hizo un par de chistes para animar un poco, pero fueron de buen gusto y nada ofensivos, pues, después de todo, hay que participar en una sesión de espiritismo con alegría en el corazón y todo el mundo debe estar en sintonía, ya que de lo contrario es probable que los fenómenos sean escasos y muy decepcionantes.

El timbre emitió una nota constante e insistente, absolutamente imperiosa. La señora Peabody salió corriendo y se echó una mirada rápida en el espejo del pasillo, estirándose la faja antes de abrir. Fuera, la luz que había sobre la puerta cayó sobre las cabezas de dos personas; la primera era una mujer alta y de aire teatral que rondaba los treinta, vestida de manera bastante llamativa. Pero la mirada de la señora Peabody pasó sobre ella y se posó en el hombre.

El reverendo Stanton Carlisle tenía unos treinta y cinco años. Llevaba en la mano su sombrero negro, y la lámpara hacía relucir su pelo dorado, casi igual que el sol, pensó la mujer. Le recordó a Apolo.

Nada más echarle un vistazo, la señora Peabody se dio cuenta de que el reverendo iba vestido con ropa clerical de calle, un chaleco negro y un alzacuellos. Era el primer ministro espiritualista que veía que iba vestido de clérigo, pero tenía un aspecto tan distinguido que no parecía nada ostentoso; cualquiera lo hubiera tomado por un episcopaliano.

—Oh, señor Carlisle, enseguida he sabido que era usted. He tenido esa clara impresión en cuanto ha llamado al timbre.

—Estaba seguro de que estableceríamos una excelente armonía vibracional, señora Peabody. Permítame que le presente a nuestra médium, Mary Margaret Cahill.

Una vez dentro, la señora Peabody les presentó a los demás. Les sirvió té, y todo le pareció tan inglés... igual que tener de visita al vicario, se dijo. La señorita Cahill era una muchacha de aspecto dulce, y después de todo, hay personas que no pueden evitar haber nacido donde la vida es menos halagüeña. Probablemente sacó el mejor provecho que pudo de sus orígenes. Aunque parecía un poco vulgar, era hermosa, y poseía una extraña y macilenta expresión en la boca que conmovió el corazón de la señora Peabody. El trabajo de médium es tan exigente... tenemos una deuda tan grande con ellos.

El señor Carlisle era encantador, y había algo en su voz que conmovía, como si te hablara solo a ti aun cuando se dirigiera a los demás. Era tan comprensivo.

Finalmente la señora Peabody se puso en pie.

—¿Puedo tocar algo? Siempre digo que no hay nada como tener un órgano que ha pasado de generación en generación. Tienen un tono tan dulce y son mucho más agradables que un piano. —Se sentó en la consola y pulsó un suave acorde. Tendría que engrasar las palancas de los pedales; el izquierdo chirrió un poco. La primera pieza que interpretó fue *Vieja y tosca cruz*, y uno a uno todos los presentes se le unieron, y el señor Simmons aportó una voz de barítono realmente espléndida.

El reverendo Carlisle se aclaró la garganta.

—Señora Peabody, me pregunto si recuerda ese espléndido himno: *Al otro lado del Jordán*. Era uno de los favoritos de mi santa madre, y me encantaría oírlo ahora.

—Naturalmente. Al menos está en el himnario.

El señor Simmons se presentó voluntario para llevar la voz cantante, de pie junto al órgano, mientras los demás canturreaban:

*Al otro lado del Jordán
en los dulces campos del Edén
donde florece el Árbol de la Vida
hallaré yo descanso.
Donde descansan los fatigados
donde descansan los fatigados,
al otro lado del Jordán
hallaré yo descanso.*

Cuando acabó el himno, los ojos de la señora Peabody estaban empapados, y se dio cuenta de que ese era el momento psicológico. Permaneció sentada en silencio en la banqueta, cerró los ojos y dejó que los dedos encontraran los acordes. Todo el mundo cantó en voz baja.

*Nos reuniremos en el río,
en ese río tan hermoso.
Sí, nos reuniremos en el río
que fluye junto al trono de Dios.*

Tocó suavemente los acordes del «Amén», prolongándolos, y a continuación se volvió hacia el reverendo Carlisle. Este tenía los ojos cerrados; estaba sentado erguido y severo, con las manos apoyadas en las rodillas de sus pantalones negros. No abrió los ojos al hablar.

—Nuestra anfitriona nos ha proporcionado un bonito gabinete. El hueco entre el órgano y la pared nos servirá estupendamente. Y creo que hay cortinas que pueden bajarse. Llevemos la paz a nuestros pensamientos con un corazón humilde, en silencio y en presencia de Dios, que ha ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las ha revelado a los niños.

»Invoco el Espíritu de la Luz Eterna, a quien algunos llaman Dios Padre, y otros Espíritu Santo; el cual, según creen algunos, vino a la tierra como Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo; que habló a Gautama bajo la higuera sagrada y le dio iluminación, y sus alabanzas fueron predicadas por el último de los grandes santos de la India, Sri Ramakrishna. No os asombre lo que vamos a intentar, pues llegará la hora en la que todos los que están en las tumbas oirán su voz y saldrán. Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra despertarán, pero algunos de los que obraron mal en sus días sobre la

tierra renacerán y tendrán que llevar entre los que habitan la tierra todavía otra existencia. Ningún espíritu de los que han regresado nos habla del fuego del infierno, sino de renacimiento y de tener otra oportunidad. Y cuando un hombre ha hecho mucho mal, no desciende a un pozo de tormentos eternos, sino que vaga entre los mundos, ni atado a la tierra ni liberado; pues el Señor, al estar lleno de compasión, perdona su iniquidad. Recuerda que no son más que carne, un viento que pasa y no vuelve hasta que las oraciones y la fe de los liberados y de los que siguen atados a la tierra provoca que sean absorbidos por el Alma Universal de Dios, que está en todas las cosas y de la que se crea todo lo que se ha creado. Pedimos que el Gran Dispensador de Amor entre en nuestros corazones y nos convierta en niños pequeños, pues sin inocencia no podemos admitir estas presencias que ahora se acercan a nosotros, ansiosas de hablarnos y de hacernos percibir su proximidad. Pues está escrito: «Él inclinó los cielos y bajó, un espeso nublado debajo de sus pies; cabalgó sobre un querube, emprendió el vuelo, sobre las alas de los vientos planeó». Amén.

Abrió los ojos y la señora Peabody se dijo que nunca había visto unos ojos tan azules ni una mirada tan parecida a la de un águila. El poder espiritual emanaba de él; era imposible no percibirlo.

El espiritualista continuó:

—Dejemos que la señora Simmons se siente al otro lado del gabinete. La señora Peabody en este lado, delante del órgano que tan bien toca. Yo me sentaré aquí, junto a ella. El señor Simmons junto a su esposa.

Acercaron una butaca al rincón para la señorita Cahill, que se sentó tensa, las rodillas muy apretadas y los puños cerrados. El reverendo Carlisle se colocó entre ellos.

—¿Estás segura de que te sientes capaz de hacerlo esta noche, querida?

La señorita Cahill le sonrió valerosamente y asintió.

—Muy bien. Estás entre amigos. Nadie romperá el círculo. No hay ningún escéptico que ponga en peligro tu vida inundándote repentinamente de luz. Nadie se moverá de su silla cuando sea peligroso para las líneas de vibración. Cualquier emanación ectoplásmica de tu cuerpo será atentamente observada, pero no se la tocará, así que no tienes nada que temer. ¿Estás totalmente cómoda?

—Sí. Cómoda. Bien.

—Perfecto. ¿Quieres música?

La señorita Cahill negó con la cabeza.

—No. Tengo... mucho sueño.

—Relájate, querida amiga.

La señorita Cahill cerró los ojos.

La señora Peabody iba de puntillas de una lámpara a otra para apagarlas, todas menos una.

—¿Corro las cortinas del gabinete?

Carlisle negó con la cabeza.

—Que primero esté con nosotros. Sin nada entre nosotros. Formemos el círculo.

Todos ocuparon sus lugares en silencio. Pasaron los minutos; crujó una silla y fuera se oyó pasar un coche. Detrás de las cortinas de terciopelo que impedían el paso de la luz de la calle el vehículo sonó desafinado e impertinente. El reverendo Carlisle parecía estar en trance.

¡Pam!

Todo el mundo ahogó un grito, y a continuación sonrió y asintió.

¡Pam!

Carlisle habló.

—¿Ramakrishna?

La respuesta fueron tres rápidos golpes.

—Nuestro querido maestro, nuestro amado gurú que nunca nos ha abandonado en espíritu, te saludamos en el amor de Dios, que impartiste de manera tan divina cuando estabas en la tierra. ¿Quieres hablarnos ahora a través de los labios de nuestra querida médium, Mary Cahill?

La señorita Cahill se agitó en su asiento y echó la cabeza para atrás. Se abrieron sus labios y su voz brotó en un hilo, como si llegara desde muy lejos:

—El cuerpo del hombre es una ciudad espiritual que contiene el palacio del corazón, que a su vez contiene el loto del alma. Dentro de su flor se contienen el cielo y la tierra, el agua y el fuego, el sol y la luna, y el rayo y las estrellas.

La voz era monótona, como si transmitiera las palabras de otro.

—Él, cuya visión está empañada por los dedos de maya, preguntará de esa ciudad: «¿Qué quedará de ella cuando la vejez la cubra y la disperse; cuando se haga pedazos?». A lo cual el iluminado replica: «En la vejez del cuerpo, el alma no envejece; la muerte del cuerpo no la aniquila». Hay un viento que sopla entre los mundos, desparramando los pétalos de loto hasta las estrellas.

La médium se interrumpió y exhaló un largo suspiro, apretando las manos contra los brazos de la butaca y dejándolas caer en el regazo.

—Nuestro guía ha hablado —dijo Carlisle en voz baja—. Estoy seguro de que esta noche podemos esperar muchas cosas.

La señorita Cahill abrió los ojos, a continuación se levantó de un salto de la butaca y comenzó a caminar por la sala, tocando los muebles y las paredes con la punta de los dedos. Se volvió hacia el reverendo Carlisle.

—¿Le importa si me pongo algo más cómoda?

El reverendo asintió.

—Amigos míos, siempre ha sido mi objetivo presentar estas sesiones en unas condiciones tales que la menor sospecha de fraude sea imposible. Hemos de afrontar el hecho de que hay médiums fraudulentos, que se aprovechan de las emociones más nobles y puras que el hombre conoce. E insisto en que los dones de Mary Cahill nada tienen que ver con la categoría de los médiums corrientes. Ella es capaz, cierto que con merma de sus fuerzas, de trabajar con poca luz. Me gustaría que algunas de las señoras aquí presentes esta noche la acompañaran cuando se cambie de ropa y se aseguren de que no hay ningún fraude ni truco, de que no oculta nada. Sé que ni por un momento han albergado ustedes ese pensamiento, pero para propagar el evangelio del espiritismo debemos ser capaces de decirle al mundo, a nuestros críticos más hostiles: *yo lo vi*. Y en unas condiciones en las que no pueda haber trampa.

La señora Peabody y la señora Simmons se pusieron en pie, y la señorita Cahill les sonrió y esperó. Carlisle abrió un pequeño maletín y extrajo una túnica de seda blanca adamsada y unas zapatillas blancas. Se las entregó a la médium y las señoras salieron.

La señora Peabody las guio hasta su dormitorio.

—Ya hemos llegado, querida. Cámbiate. Nosotras te esperaremos abajo.

La señorita Cahill negó con la cabeza.

—El señor Carlisle quiere que se queden. A mí no me importa.

Las señoras se sentaron, calladas por el azoro. Lentamente, la médium se quitó el vestido y la combinación. Se bajó las medias y las colocó junto a sus zapatos. Cuando acabó de desnudarse ante ellas y sacudió lentamente la túnica, una tristeza se apoderó de la señora Peabody, profunda e indescriptible. Vio a la muchacha desnuda, sin la menor vergüenza en el recargado dormitorio de su celibato, y se le formó un nudo en la garganta. La señorita Cahill era tan hermosa y todo era tan inocente, el que estuviera allí con ellas mientras su mente, o al menos parte de su mente, se hallaba en esa misteriosa y lejana tierra por la que viajaba. Con cierto pesar, y con una sensación que había experimentado de niña cuando el telón caía al final de una obra de teatro, observó cómo la señorita Cahill acababa de ponerse la túnica y se anudaba el cordón sin ceñirlo. Introdujo los pies en las zapatillas y

sonrió a las señoras; y la señora Peabody se puso en pie, arreglándose el vestido.

—Querida, has sido tan amable al venir a vernos. No sabes cómo te lo agradecemos.

Encabezó la comitiva cuando bajaron.

En la sala de estar todas las luces estaban apagadas, a excepción de una lámpara de aceite con una pantalla de vidrio color rubí que se había traído el clérigo. Daba la suficiente luz para que cada uno viera la cara de los demás.

El reverendo Carlisle tomó de la mano a la médium y la condujo hasta la butaca que había en el gabinete.

—Primero intentémoslo sin cerrar las cortinas.

Formaron el círculo, y esperaron con paciencia y devoción. Mary Cahill tenía los ojos cerrados. Gimió y se desplomó ligeramente en la silla, retorciéndose hasta que la cabeza quedó apoyada en el respaldo. Un tenue lamento llegó de lo más profundo de su ser, y de nuevo se retorció y comenzó a respirar pesadamente. Se le aflojó el cordón de la túnica blanca, y las puntas con flecos cayeron a la alfombra. A continuación su cuerpo se arqueó de repente y la túnica se abrió.

Con una veloz aspiración de aire, los asistentes se inclinaron hacia delante.

—Señora Peabody, ¿le importa? —La voz del reverendo fue como una bendición.

La señora Peabody acudió presurosa, sintiendo el rubor en la cara, y cerró la túnica, atando firmemente el cordón. No pudo resistir la tentación de darle un afectuoso golpecito a la mano de la chica, pero esta parecía inconsciente.

Cuando hubo regresado a su silla, le lanzó una mirada al reverendo Carlisle, que ahora estaba sentado muy erguido, los ojos cerrados, las manos inmóviles en las rodillas. En el tenue resplandor rojizo de la lámpara, su cara, por encima del severo alzacuellos, parecía levitar; sus manos flotaban tan inmóviles como si estuvieran hechas de papel maché. Exceptuando el borroso círculo de caras, lo único visible en la habitación era la médium con su túnica blanca. Su pelo formaba parte de la oscuridad.

Lenta y suavemente comenzaron los sonidos de los espíritus. Golpes flojos, a continuación más fuertes. Algo hizo tintinear los prismas de cristal de la araña de luces, y sus voces musicales prosiguieron durante varios minutos, como si una mano espectral jugara con ellos, igual que jugaría con ellos un niño si pudiera flotar hasta el techo.

El señor Simmons fue el primero en hablar, en una voz apagada y sobrecogida.

—Veo una luz.

Allí estaba. Una chiribita tenue y verdosa rozó el suelo junto a la señora Peabody y enseguida desapareció. La señora Peabody sintió una brisa... la brisa psíquica acerca de la cual Sir Oliver Lodge había escrito. A continuación, cruzando la habitación no lejos del techo, apareció otra. La señora Peabody inclinó un poco las gafas como para enfocar mejor. Era una mano con el índice levantado como apuntando al cielo. Desapareció.

Las sombras parecían ahora surcadas de luces, pero la señora Peabody sabía que algunas estaban causadas por sus propios ojos. La vez siguiente, sin embargo, todos lo vieron. Flotando cerca del suelo, delante de la médium, había una masa reluciente que parecía nacer de la nada. Tomó forma y se alzó delante de ella y por un momento oscureció su cara.

Se fue haciendo más brillante, y la señora Peabody distinguió los rasgos de una joven.

—¡Caroline! *Carol*, querida... ¿eres tú?

El susurro era suave y acariciador.

—Madre. Madre. Madre.

Desapareció. La señora Peabody se quitó las gafas y se secó los ojos. Por fin Caroline había vuelto a ella. ¡La imagen perfecta de la niña! Parecía tener la misma edad que cuando falleció. Con lo que Caroline tendría todavía dieciséis años, bendita ella.

—¡Carol... no te vayas! ¡No te marches, querida! ¡Vuelve!

Oscuridad. La lámpara de aceite chisporroteó, la llama se apagó y una completa oscuridad los abrazó. Pero la señora Peabody ni se dio cuenta. Apretaba los ojos para contener las lágrimas.

El reverendo Carlisle habló.

—¿Le importaría a alguien encender las luces?

Un resplandor naranja los iluminó súbitamente, y se vio al reverendo todavía sentado con las manos en las rodillas. Se levantó y se dirigió a la médium; con un pañuelo le limpió las comisuras de los ojos y los labios. La médium abrió los ojos y se puso en pie tambaleándose, sin decir nada.

El espiritualista la tomó del brazo, y entonces ella les sonrió a los presentes.

—Permítanme ir arriba —dijo sin aliento.

Cuando hubo salido de la sala, todos se congregaron alrededor del reverendo Stanton Carlisle, apretándole la mano y hablando todos a la vez

después de tanta tensión.

—Mis queridos amigos, esta no es nuestra última velada. Vislumbro muchas más en el futuro. Exploraremos el Otro Lado juntos. Ahora debo irme en cuanto la señorita Cahill esté lista. Debemos cuidar de nuestra médium. Subiré a verla, y les pido a todos que se queden aquí y no se despidan de ella. Ha sufrido una tensión tremenda. Dejémosla tranquila.

Les sonrió una bendición y cerró la puerta lentamente a su espalda. Sobre la mesa había un sobre azul. «A nuestra querida médium en señal de agradecimiento». Dentro había un cheque de la señora Peabody de setenta dólares.

—Diez pavos por cabeza —dijo Stan en voz baja, y arrugó el sobre entre los dedos—. Agárrese, señora; todavía no ha visto nada.

En el piso de arriba entró en la habitación de la señora Peabody y cerró la puerta. Molly estaba vestida y se peinaba.

—Bueno, niña, los hemos dejado con la boca abierta. Y esa luz cada minuto y el médium visible. Lo de la túnica ha sido tremendo. ¡Jesús, que manera de desviar su atención! No habrían apartado sus ojos de ti ni aun cuando hubieran sabido lo que estaba haciendo.

De debajo de su chaleco clerical extrajo dos manos de hombre fabricadas en papel maché y dos mitones negros. De un gran bolsillo plano del interior de su americana extrajo un trozo de cartón negro sobre el que había pegado la foto de una actriz cinematográfica recortada de la portada de una revista y retocada con pintura luminosa. De la manga se sacó un alargabrazos de acero azul. Envolvió todos los accesorios en la túnica blanca y los metió en el maletín, que había subido con él. A continuación levantó el zapato, extrajo una tachuela de cabeza luminosa del empeine, la arrojó dentro y cerró el maletín.

—¿Estás preparada, niña? Será mejor que endoses este cheque antes de que se me olvide. Son solo setenta machacantes, pero, nena, esto no ha hecho más que empezar. He hablado con ellos para que podamos bajar y salir sin felicitaciones ni toda esa mierda. Nena, la próxima vez le apretaremos las tuercas a esa vieja chocha.

A Molly le temblaban los labios.

—Stan, la señora Peabody es tan encantadora. Yo... yo no puedo seguir con esto. De verdad que no puedo. La mujer se muere de ganas de hablar con su hija, y todo lo que has hecho ha sido susurrar un poco.

El reverendo Stanton Carlisle era un ministro espiritualista ordenado. Había comenzado enviando dos dólares y una declaración jurada a la Liga

Espiritual Unida en la que afirmaba que había producido mensajes espirituales, y había recibido un certificado de médium. Para obtener su certificado de pastor había enviado cinco dólares y había sido entrevistado por un pastor ordenado que le cedió la tribuna al candidato Carlisle durante unos minutos un jueves por la noche. No faltaron los mensajes, y el nuevo ministro del evangelio espiritualista prestó juramento. Ahora tenía derecho a celebrar matrimonios, a conducir servicios religiosos y a enterrar a los muertos. Echó la cabeza para atrás y soltó una carcajada silenciosa.

—No te preocupes, niña. Tendrá noticias de su hija. Y no será solo un susurro. Y también la verá. Este sistema de las luces y el médium siempre a la vista es de lo más convincente. La próxima vez que trabajemos con esta pandilla lo haremos en una sesión normal a oscuras o con una cortina tapando el gabinete. ¿Y sabes quién va a proporcionarle a la señora Peabody la tremenda emoción de hablar con su hija? A ver si lo adivinas.

—No. Yo no, Stan. No podría.

De repente, A Stan se le endureció la expresión.

—¿No querrás que les confiese a todos esos simpáticos ancianos de ahí abajo que he sido engañado por una médium fraudulenta, verdad, preciosa? Los tienes comiendo de tu palma, mi bomboncito. Y cuando llegue el momento, serás un fantasma que habla. Vamos, nena. Larguémonos de aquí. En cuanto deje esta bolsa con los accesorios, la vida volverá a ser de color de rosa. ¿Crees que eres la única en este espectáculo a quien se le encoge el ombligo?

Los invitados se quedaron hasta tarde y comieron un buffet. La señora Peabody se había recuperado de la conmoción de reconocer a su hija, y no dejaba de cantar las alabanzas de la nueva médium y de su mentor, el reverendo Stanton Carlisle.

—Sabéis, tuve un fogonazo psíquico clarísimo en cuanto el hombre apretó el timbre, en ese mismo instante. Y cuando abrí la puerta, lo vi con la luz brillando sobre su pelo, igual que un halo en el sol, un efecto halo perfecto. Es como Apolo, me dije. Esas fueron mis palabras.

Cuando los demás asistentes se marcharon, Addie Peabody estaba demasiado excitada para dormir. Al final se echó una bata por encima y bajó a la sala, sintiendo constantemente la presencia invisible de Caroline a su lado. Cuando estuvo delante del órgano, sus manos formaron dos acordes sobre el teclado y sonaron espirituales e inspirados. Su manera de tocar tenía sin duda un timbre nuevo. Y entonces, debajo de sus dedos una melodía tomó forma y ella tocó con los ojos cerrados, de memoria:

*Al otro lado del Jordán
en los dulces campos del Edén
donde florece el Árbol de la Vida
hallaré yo descanso.*

NAIPE IX



EL HIEROFANTE

*Se arrodillan delante del sumo sacerdote,
portador de la triple corona y de las llaves.*

La cara flotaba en el aire, sobrenatural en su resplandor verde, pero era la cara de una niña, y cuando habló, Addie pudo ver cómo se movían los labios. En una ocasión se abrieron los ojos, desgarradoramente oscuros y vacíos. A continuación los párpados refulgentes volvieron a cerrarse; se oyó la voz:

—Madre... te quiero. Deseo que lo sepas.

Addie tragó saliva con dificultad e intentó controlar la garganta.

—Lo sé, cariño. Carol, nena...

—Podrías llamarme Caroline... ahora. Fue el nombre que me pusiste. En algún momento debió de gustarte. Fui tan necia al querer un nombre diferente. Ahora entiendo muchas cosas.

La voz se fue debilitando y la cara se hundió en la oscuridad. Entonces el resplandor se transformó y disminuyó hasta que no fue más que un charco de luz cerca del suelo. Desapareció.

La voz volvió a susurrar, esta vez amplificada por el megáfono metálico que había sido colocado en el gabinete con la médium.

—Madre... tengo que volver. Cuídate... aquí también hay fuerzas malas. No todos nosotros somos buenos. Algunos son malos. Los percibo a mi alrededor. Fuerzas malvadas... madre... adiós.

El megáfono chocó contra el atril del órgano y cayó al suelo. Rodó hasta la pata de la silla de Addie y allí se detuvo. Buscándolo a tientas, Addie lo recogió rápidamente, pero estaba silencioso y helado, a excepción del extremo más estrecho, donde estaba cálido como si acabara de tocar los labios de Caroline.

Los golpes que los habían molestado durante las dos últimas veladas comenzaron en ese momento, y venían de las paredes, el órgano, el respaldo de la silla, el suelo, de todas partes. Formaban las burlonas cadencias y los ridículos ritmos con los que los niños malvados atormentan a sus maestros.

Un jarrón cayó de la repisa de la chimenea y se hizo añicos sobre las baldosas del hogar. Addie soltó un chillido.

La voz del reverendo Carlisle procedía de la oscuridad que había al lado de Addie.

—Tengamos paciencia. Invocaré la presencia que ha venido aquí sin ser invitada para que me escuche. No te somos hostiles. No te deseamos ningún mal. Estamos aquí para ayudarte a conseguir la liberación mediante el rezo, si eres capaz de escucharnos.

Le contestó un golpeteo burlón procedente del respaldo de su silla.

La señora Peabody sintió que le arrebataban el megáfono de las manos. Sonó en el techo, justo encima de ella, y luego le llegó una voz y los golpeteos y los susurros se detuvieron. La voz hablaba a volumen bajo, era vibrante y con un marcado acento.

—El camino que lleva a Dios pasa por el Yoga del Amor. —Era el espíritu controlador, Ramakrishna—. Vosotros, criaturas manifiestas de los planos inferiores, escuchad estas palabras de amor y creced en espíritu. No nos atormentéis, ni a nuestro médium ni al dulce espíritu de la chica que ha visitado a su madre y a la que habéis echado. Escuchad el amor de nuestros corazones, que son como arroyos de la montaña que derraman su amor al mar lejano, que es el gran corazón de Dios. *¡Hari Aum!*

Cuando el megáfono cayó al suelo, la sala quedó silenciosa.

En la puerta, mientras les daba las buenas noches, el reverendo Carlisle apretó fuertemente la mano de Addie entre la suya.

—Debemos tener fe, señora Peabody. Las perturbaciones *poltergeist* no son fenómenos infrecuentes. A veces nosotros, y nuestros seres queridos liberados, podemos superarlas mediante la oración. Yo rezaré. Su pequeña Caroline puede que no sea capaz de ayudarnos demasiado, pero estoy seguro de que lo intentará... desde su lado del río. Y ahora, tenga valor. Estaré cerca de usted aunque me haya ido. No lo olvide.

Addie cerró la puerta delantera atemorizada por la casa inmensa y vacía que la rodeaba. Ojalá pudiera encontrar una chica que viviera con ella. Pero Pearl se había marchado, y luego la pareja noruega, y después de ellos la anciana señora Riordan. Era imposible. Y el señor Carlisle había dicho que no sería buena idea ir a un hotel; los elementales se pegaban a la gente y no las casas, y eso sería horrible. En un hotel, delante de las camareras, los botones y todo el mundo.

Además, esa había sido la casa de Caroline cuando todos estaban vivos... *en la vida terrenal*, se corrigió. Habían comprado esa casa cuando Caroline tenía tres años. Justo antes de Navidad. Y ella había colocado su árbol de Navidad en el gabinete en el que la señorita Cahill siempre se sentaba durante las sesiones de espiritismo. Addie cogió un pañuelo de gasa del cinturón y se

sonó. Era horrible que todo esto se iniciara justo cuando Caroline había comenzado a manifestarse de una manera tan maravillosa.

La butaca todavía estaba en el gabinete, y Addie se sentó en ella con cautela. Ahora aquel era el rincón de la señorita Cahill; lo había santificado mediante sus sacrificios y su sufrimiento, y todo para permitir que Caroline les hablara y se manifestara plenamente. Addie se hundió más en la butaca, intentando apartar de sí mediante razones la sensación de que en cierto modo aquel ya no era su hogar. Intentó recordar la tercera Navidad de Caroline y los regalos. Se acordó de que había un pequeño teléfono de madera, y de que Caroline se pasó el día de Navidad «llamando» a todo el mundo.

Ahora aquella casa ya no era un hogar, pues pertenecía a un aterrador desconocido. Un espíritu zafio, estúpido y celoso que rompía cosas y daba golpes en las ventanas hasta que Addie creía que estaba a punto de perder la razón. Estaba por todas partes, no había manera de huir de él. Incluso cuando iba de compras o miraba una película parecía sentir cosas que se arrastraban por debajo de su piel. Había intentado decirse a sí misma que eran solo nervios, el señor Carlisle había mencionado enseguida un caso que había ayudado a exorcizar, en el que el *poltergeist* de hecho rondaba la piel de un hombre. Y ahora Addie estaba segura. Se puso a sollozar tan fuerte que le dolieron los costados. Pero fue un alivio. Era imposible sentirse más desgraciada, y en cierto modo eso era un alivio.

La casa estaba en silencio, pero durante el largo trayecto al piso de arriba se sintió observada. No por nada que tuviera ojos, tan solo por una inteligencia pérfida que *veta* sin ojos.

Addie Peabody se hizo unas trenzas apresuradamente y se echó un poco de agua en la cara, frotándosela un par de veces con una toalla.

En la cama, intentó leer uno de los libros que el reverendo Carlisle le había dado sobre Ramakrishna y el Yoga del Amor, pero las palabras se mezclaban unas con otras, y se dio cuenta de que leía la misma frase una y otra vez, con la esperanza de que no volvieran a oírse los golpes. No eran más que tientos en el cristal de la ventana, y la primera vez fue corriendo hacia la ventana y la abrió, pensando que unos niños arrojaban piedras. Pero no había nadie; las pensiones del otro lado de la calle estaban a oscuras y dormidas, con las ventanas negras como cavernas y las deslucidas cortinas de encaje agitándose al viento de la noche. Eso fue hace casi una semana.

¡Pam!

Addie pegó un bote y miró el reloj de la mesita de noche. La una y diez. Apagó la luz de leer y dejó encendida la lámpara de noche con su pantalla

opaca, en la que la luz brillaba a través de unas letras delicadamente recortadas: «Dios es Amor».

¡Pam!

Addie encendió la luz y miró el reloj. La una y veinte. Agarró el despertador de viaje de cuero con las manos, apretando los ojos hasta que fue capaz de ver el movimiento del minutero, lento e inexorable, como la vida que pasa. Dejó el reloj sobre la mesa y apretó fuertemente la colcha con las dos manos y esperó. Era la una y media. A lo mejor no volvería. Por favor, Dios, tengo fe; de verdad que sí. No dejes que...

¡Pam!

Se echó encima la bata y bajó a toda prisa, encendiendo todas las luces a su paso. La vacuidad de la casa iluminada le puso la piel de gallina. Apagó las luces de arriba con el interruptor del pasillo, y la negrura que había en lo alto de las escaleras pareció asfixiarla.

Fue a la cocina y llenó el hervidor, derramándose agua sobre la manga, y lo colocó al fuego para prepararse un té. Al oír un estrépito procedente de la despensa se recogió el albornoz en el cuello.

—Querido... —Se dirigía al aire, con la esperanza y el deseo de que la oyera—. No sé quién eres, querido, pero debes de ser un niño. Un niño travieso. Yo... yo no querría castigarte, querido. Dios... Dios es amor.

Un estruendo procedente del sótano estremeció el suelo bajo sus pies. Estaba demasiado asustada para bajar a ver qué era, pero sabía que se había caído la pala grande que había junto a la caldera. Entonces, a través de la casa en silencio, con todas las luces encendidas en medio de la ciudad que dormía, oyó otro sonido procedente de abajo, un sonido que hizo que se tapara los oídos y subiera corriendo, dejando el hervidor zumbando sobre el fogón.

Del sótano le había llegado el roce metálico de la pala del carbón, arrastrándose a saltitos sobre el cemento, como si le hubieran brotado unas patas de cangrejo. De pulgada en pulgada. Un roce. Otro roce.

Esta vez cogió el teléfono y consiguió marcar un número. La voz que le respondió era apagada y poco clara, pero fue como si le echaran un cálido chal sobre los hombros.

—Lamento oírlo, señora Peabody. Comenzaré una meditación intensiva enseguida, y pasaré la noche en oración mental, sin perder la concentración. No creo que este monstruo siga molestándola. O al menos, no esta noche.

Addie se quedó dormida en cuanto tocó la cama. Se había preparado una taza de té, y en una ocasión le pareció oír un sonido procedente del sótano, pero aunque así hubiera sido, no habría tenido miedo, pues ahora el reverendo

Carlisle estaba con ella en espíritu. Ojalá pudiera convencerlo de que se quedara unos días en casa. Tenía que volver a preguntárselo.

La vieja casa de piedra gris estaba oscura y silenciosa como las de sus vecinos. El lechero, que hacía su ruta en solitario, vio cómo un hombre con un abrigo oscuro extraía lo que parecía un trozo de grueso hilo de pescar de una ventana del sótano. Se preguntó si no debería decírselo a la policía, pero aquel tipo probablemente era un chiflado. Había muchos en su zona.

Clareaba en la ventana cuando Molly Cahill se dio la vuelta y descubrió a Stan metiéndose en la cama a su lado. Hundió la cara en el hueco de su cuello durante un momento, y a continuación le dio la espalda y se quedó dormida. Cuando un hombre ha estado con otra mujer, siempre se le queda el perfume pegado. Eso era lo que la gente decía.

Addie Peabody se levantó tarde y telefoneó al reverendo Carlisle, pero no le contestó nadie. Tuvo la extrañísima sensación de que el pitido de su teléfono se oía también en una de las pensiones que había al otro lado del calle, pero lo achacó a los nervios. De todos modos, no contestó nadie.

Un poco más tarde, cuando abrió el armarito de las medicinas para sacar la pasta de dientes, una de esas grandes cucarachas marrones, de unos ocho centímetros de largo, salió volando hacia ella. Estaba segura de que el *poltergeist* la había puesto allí solo para hacer una maldad.

Y durante el desayuno la leche le supo a ajo, y no tuvo la menor duda de que era el *poltergeist*, pues siempre agria la leche o hacen que la leche de vaca tenga sabor a ajo. Y era una leche certificada de la mejor marca. Se vistió apresuradamente y salió. En el salón de belleza, la cháchara de la señorita Greenspan y el calor del secador la tranquilizaron y relajaron. Addie se dio el lujo de un tratamiento facial y una manicura, y se sintió mejor. Luego se fue de compras y se metió en un cine, pero a la mitad le entró un desasosiego y se marchó.

Era ya bien entrada la tarde cuando regresó. Apenas había dejado todo lo que llevaba cuando olió a humo. Por un momento se quedó paralizada, sin saber si ir a averiguar lo que estaba ardiendo o si llamar a los bomberos, y permaneció indecisa durante varios segundos mientras el olor era cada vez más fuerte. A continuación vio algo que ardía en el paragüero del vestíbulo, hediondo y humeante. No causaba ningún daño, tan solo humeaba, y Addie sacó el paragüero de latón al patio trasero. Olía como esas cerillas de fósforo de antaño. Por eso los antiguos siempre decían que el maligno aparecía en medio de fuego y azufre: los fuegos de los espíritus olían a azufre.

Caía la noche minuto a minuto. El fuego había vuelto a ponerle todos los nervios de punta; siempre había sentido un temor cervical por los incendios. Y entonces comenzaron los golpes en la ventana e incluso en el tragaluz que había encima de la puerta principal.

Menudo alivio cuando oyó el timbre de la puerta y supo que eran el señor Carlisle y la señorita Cahill. Aquella noche no vendrían los Simmons, y Addie lo pensó con cierto sentimiento de culpa, y se dijo eufórica que tendría al señor Carlisle solo para ella. Así siempre se obtenían los mejores resultados, y no era fácil conseguirlos con tantas vibraciones distintas, aun cuando los Simmons fueran tan apreciados y devotos como cualquier otro espiritualista que hubiera conocido.

La señorita Cahill se veía más cansada y alicaída que nunca, y Addie insistió en que se tomara un Ovaltine caliente antes de la sesión, pero eso tampoco pareció fortalecerla. Las arrugas de las comisuras de la boca parecieron hacerse más profundas.

Después de que Addie interpretara *Al otro lado del Jordán*, el señor Carlisle le preguntó si Caroline tenía un himno favorito. Addie tuvo que responder con sinceridad que Caroline no era una chica religiosa. Cantaba himnos en la escuela dominical, desde luego, pero nunca cantó ninguno estando en casa.

—Señora Peabody, ¿cantaba algo cuando estaba en casa? Es decir, ¿qué canciones serias cantaba? ¿Alguna canción de amor, quizá?

Addie se lo pensó. Era asombroso lo que podía recordar cuando el señor Carlisle estaba presente; solo hablar con él le hacía sentirse más cerca de Caroline. Entonces lo recordó. «¡Escucha, escucha, canta la alondra a las puertas del cielo!». Se encaró al teclado y la interpretó, suavemente el principio, y luego con más brío, hasta que el sonido llenó la habitación y un plato metálico vibró para acompañarla. La tocó una vez y otra y otra, y oyó la joven voz de Caroline, débil pero bien afinada, a través del fragor del órgano. Le dolían las piernas de tanto apretar los pedales y se detuvo.

El señor Carlisle ya había apagado todas las luces y corrido la cortina que había delante del gabinete. Addie ocupó su lugar en la silla de respaldo recto, a su lado, y él apagó la última luz y dejó que la oscuridad los rodeara.

Addie se sobresaltó al oír el tintineo del megáfono mientras levitaba. Entonces, desde una gran distancia, les llegó un canturreo agudo y dulce, como un pastor tocando una sola. «... Y Febo sale de nuevo, sus corceles abrevan en esos manantiales...».

Una fresca brisa acarició la cara de Addie, y entonces algo físico le rozó el pelo. De la oscuridad, donde sabía que estaba el gabinete, surgió una mota de luz verdosa. Tembló y saltó como una pelota sobre una fuente, creciendo en tamaño hasta un cierto punto y desplegándose como una flor que se abre. A continuación se hizo más grande y tomó forma, y pareció apartarse un velo de la cara. Era Caroline, que estaba suspendida en el aire, a unos centímetros del suelo.

La luz verde que era su cara cobró fulgor hasta que Addie distinguió sus cejas, su boca y sus párpados. Se abrieron los ojos, y su vacuidad oscura y cavernosa le desgarró el corazón.

—Caroline... nena, háblame. ¿Eres feliz? ¿Estás bien, pequeña?

Los labios se separaron.

—Madre... yo... debo confesarte algo.

—Cariño, no hay nada que confesar. A veces te reprendía, pero yo no... Por favor, perdóname.

—No... he de confesarte algo. Yo... no estoy del todo liberada. He tenido pensamientos egoístas. He tenido malos pensamientos. Sobre ti. Sobre otras personas. Me mantienen en un plano inferior... donde las influencias inferiores pueden alcanzarme y causarme problemas. Madre... ayúdame.

Addie se había levantado de la silla. Trastabilló hacia la forma materializada, pero la mano del reverendo Carlisle la agarró rápidamente por la muñeca. Ella casi ni se dio cuenta.

—¡Caroline, pequeña! Haré lo que sea. ¡Dime qué tengo que hacer!

—En esta casa... han entrado cosas malas. Nos la han arrebatado. Sácame de aquí.

—Cariño, pero ¿cómo?

—Vete lejos. Ve donde haga calor. A California.

—Sí. Sí, cariño. Díselo a mamá.

—Esta casa... pídele al señor Carlisle que se la quede para su iglesia. No vivamos aquí nunca más. Llévame a California. Pues si tú vas, yo iré contigo. Vendré a ti cuando estés en California. Y seremos felices. Solo cuando esta casa sea una iglesia podré ser feliz. Por favor, madre.

—Oh, nena, naturalmente. Lo que sea. ¿Por qué no me lo pediste antes?

La forma se fue desdibujando. Se apagó, vacilante, y la luz desapareció.

La pareja del taxi era lo de siempre: bla, bla, bla. Jesús, qué risa —«vivieron felices para siempre»—. El taxista se deslizó entre un autobús y un sedán, rozando el coche y levantando el murmullo alarmado del conductor.

—Venga, hijo de puta —le chilló.

La pareja volvió a su cháchara, y él los escuchó, solo para reírse.

—Te lo dije, ya tenemos un pie y medio en la puerta. ¿No lo ves nena? Aquí es donde empieza todo. Puedo trucar esta casa desde el sótano hasta el desván. Puedo ofrecerles el segundo advenimiento de Cristo, si quiero. Y tú has estado estupenda, nena, estupenda de verdad.

—Stan, quítame las manos encima.

—¿Pero qué te pasa? Contrólate, niña. ¿Qué te parece una copa antes de ir a la piltra?

—¡Te he dicho que me quites las manos de encima! ¡No lo soporto! ¡No lo soporto! ¡Déjame salir de este taxi! Iré andando. ¿Me oyes? ¡Déjame salir!

—Nena, será mejor que te calmes.

—No quiero calmarme. No subiré ahí contigo. No me toques.

—Eh, conductor, vamos a bajarnos. Déjenos en la esquina. Ahí mismo.

El taxista echó un vistazo rápido por el retrovisor. Antes de poder controlar el volante casi estrella el coche contra una farola. ¡Por todos los santos, la cara de la mujer emitía un resplandor verde dentro de su propio taxi!

De la columna de Ed Wolfhope, *La arteria endurecida*:

... La mujer es una viuda que poseía una hermosa mansión en la calle Setenta y pico, cerca de Riverside Drive. Su hija única murió hace años y ella siguió viviendo en la casa por los recuerdos. Hace poco una pareja de espiritistas «materializó» a la hija, y esta le dijo a su madre que tenía que regalarles la casa y trasladarse a la Costa Oeste. Nadie sabe cuánto dinero le sacaron en efectivo a la viuda. Pero ella emprendió el viaje radiante y feliz, y besó a los dos sinvergüenzas en la puerta del tren. ¡Y meten a gente en la cárcel por no pagar la pensión de su ex mujer!

De *Alto y claro*:

Señor director:

Hace poco un amigo mío me envió la columna de un periodista de Broadway que es una mentira de principio a fin acerca de mí y del reverendo Stanton Carlisle. Quiero decir que es imposible que fuera un bromista el que daba golpecitos en mi ventana con una pistola de aire comprimido. Todo el tiempo mantuve los ojos bien abiertos. Y cualquiera

que sepa algo sobre Fenómenos Psíquicos sabe lo que son los fuegos de *poltergeist*.

De todas las personas que he tenido el privilegio de conocer, la señorita Cahill y el reverendo Carlisle son dos de las que más aprecio, y puedo dar fe de que todas las sesiones de espiritismo que llevaron a cabo tuvieron lugar bajo las condiciones científicas más estrictas, y a ninguna persona decente se le podía haber ocurrido pensar que había fraude. Ya en la primera sesión reconocí a mi hija Caroline, que «murió» cuando tenía dieciséis años, unos días antes de comenzar la secundaria. Regresó en otras sesiones, y estuve a punto de tocar su hermoso pelo dorado, que llevaba peinado exactamente igual que cuando falleció. Poseo una fotografía de ella que le sacamos para el anuario del Instituto y que la muestra peinada así, y ese era un detalle que tan solo yo podía conocer.

El reverendo Carlisle jamás dijo una palabra referente a pedirme la casa. Fue Caroline la que me pidió que se la regalara, y de hecho me costó muchísimo convencerlo de que se la quedara, y Caroline tuvo que volver y suplicarle que la aceptara. Y me hace muy feliz afirmar que aquí, en California, bajo la guía del reverendo Hallie Gwyne, Caroline me acompaña casi cada día. No es tan joven como en Nueva York, y sé que eso significa que en ella se refleja mi propio crecimiento espiritual...

El sol golpeaba los toldos a rayas mientras seis plantas más abajo las calles de Manhattan se retorcían al creciente calor del asfalto. Molly salió de la cocina con tres latas de cerveza fría, y Joe Plasky, sentado en un sofá demasiado mullido con las piernas anudadas delante de él, extendió su mano callosa hacia la cerveza y sonrió.

—Claro que parece raro... nosotros holgazaneando en plena temporada. Pero eso es Hobart... demasiados timoneles para un solo barco. Nos han embargado el espectáculo a mitad de temporada.

Zeena ocupaba una butaca junto a la ventana, y se abanicaba lentamente con un ejemplar del *Variety*. Se había aflojado el cinturón y llevaba un viejo kimono de Molly, que apenas se podía ceñir en la cintura.

—¡Buf! ¿No hace un calor achicharrante? Sabes, este es el primer verano que paso en Nueva York. Y no te envidio. Se está mucho mejor en Indiana. Dime una cosa, Molly —apuró el último trago de cerveza y se limpió la boca con el dorso de la mano—, si alguna vez se arregla todo este lío, ¿por qué no te vienes con nosotros y acabas la temporada? ¿No dices que Stan hace su nuevo número en solitario?

Molly se sentó al lado de Joe y estiró sus largas piernas; a continuación las plegó bajo las nalgas y encendió un cigarrillo con un ligero temblor de la cerilla. Llevaba unos viejos peles que utilizaba para ensayar; con ellos parecía una niña, observó Zeena con cierta tristeza.

Molly dijo: «Stan está ocupadísimo en la iglesia. La gente está loca con él. Cada noche hace lecturas. Yo antes lo ayudaba, pero dice que con una persona es suficiente. Luego tiene clase de desarrollo cada tarde. Yo... yo me tomo las cosas con calma».

Zeena colocó la lata vacía en el suelo y cogió la llena, que Molly había colocado en el alféizar de la ventana.

—Jovencita, tienes que pasártelo bien. ¿Por qué no te emperifollas un poco y vienes con nosotros? Te buscaremos a alguien. Mira, conozco a un chaval estupendo que esta temporada viene con los Espectáculos Hobart, uno de los presentadores. Alquilamos un coche, vamos a buscarlo y luego cenamos en alguna parte. Es un bailarín de primera, y a Joe no le importará ver cómo bailamos un rato, ¿verdad, encanto?

La sonrisa de Joe Plasky, dirigida a Zeena, se ensanchó; su mirada se suavizó.

—Buena idea. Lo llamaré ahora.

Molly dijo enseguida:

—No, por favor, no te molestes. Estoy bien, de verdad. No me apetece ir a ninguna parte con este calor. De verdad, estoy bien. —Miró el pequeño despertador de viaje de cuero que había sobre la repisa de la chimenea, un regalo de Addie Peabody. A continuación encendió la radio. Mientras las válvulas se calentaban, la voz iba sonando más clara. Era una voz familiar, pero más sonora y grave de lo que Zeena la había oído nunca.

«... por tanto, mis queridos amigos, pueden comprobar que cuando alegamos que existen pruebas de la vida después de la muerte, estas se han verificado y se basan en hechos. Hombres del calibre de Sir Oliver Lodge, Sir Arthur Conan Doyle, Camille Flammarion y Sir William Crookes no dedicaron sus vidas a un sueño, una quimera o una idea descabellada. No, amigos invisibles de la radio, las gloriosas pruebas de la vida después de la muerte nos rodean por todas partes.

»Nosotros, los miembros de la Iglesia del Mensaje Celestial estamos satisfechos y seguros de nuestra fe. Y es con la más profunda gratitud que nuestro mi reconocimiento a todos los magníficos hombres y mujeres de nuestra congregación, por su generosidad, que me ha permitido traerles este mensaje el domingo por la tarde durante muchas semanas.

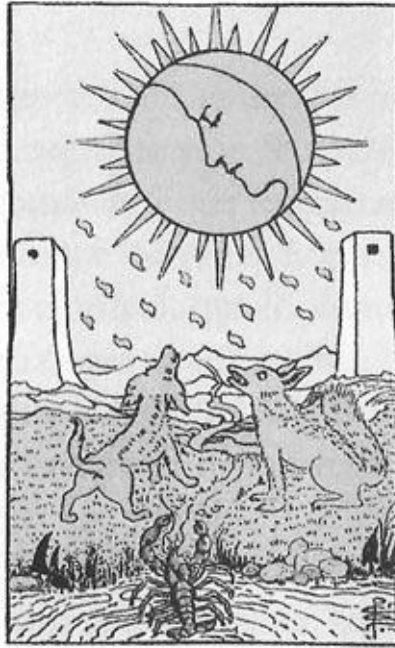
»Algunas personas consideran que esta nueva religión del Esplritualismo es una secta cerrada. Me preguntan: “¿Puedo creer en que mis seres queridos tienen la capacidad de regresar y no ser infiel a la fe de mis padres?”. Mis queridos amigos, las puertas de la Verdad Espiritual están abiertas para todos... es una creencia que puedes cultivar cerca de tu corazón *dentro* de la iglesia de tu propia fe. Sea cual sea tu credo, simplemente servirá para reforzarlo, tanto da que suelas adorar a Dios en el templo, en la catedral o en la sinagoga. O si eres uno de los muchos que dicen “No lo sé”, y a continuación adoran inconscientemente bajo los arcos de hojas verdes de la Gran Iglesia al Aire Libre del Creador, en la que el único coro son las notas dulces y claras del gorrión, el chirrido de la langosta entre las ramas.

»No, mis queridos amigos, la verdad de la vida después de la muerte está abierta a todos. Es un agua pura y fresca que brota de las adustas rocas de la realidad al tocarlas con una vara, pues solo tienes que creer lo que demuestran tus ojos, los sentidos que Dios te ha dado. Somos nosotros, los que tenemos fe en la vida después de la muerte, los que decimos con alegría y *certeza*, en nuestro fuero más profundo: “Oh, muerte, ¿dónde está tu aguijón? Oh, tumba, ¿dónde está tu victoria?”».

La sonrisa de Joe Plasky era ahora una leve huella muscular en su cara; nada más. Se inclinó hacia Molly y lentamente apagó la radio.

—¿Tienes cartas, chica? —le preguntó, y la cara se le volvió a iluminar—. Me refiero a un mazo de cartas de las tuyas... de las que utilizaba tu padre para jugar. De las que se leen solo por un lado.

NAIPE X



LA LUNA

*Bajo su fría luz aúllan el perro y el lobo.
Y del cieno surgen animales que reptan.*

En el callejón, donde brillaba una luz al fondo, seguían las pisadas, acercándose; seguían, y luego apareció el pánico que le paraba el corazón, como algo que le agarrara del hombro.

—... dentro de quince minutos. Me ha pedido que lo despertara, señor. — Era el mozo, que lo zarandeaba.

Stan se incorporó como si una cuerda le hubiera dado una sacudida, el pulso aún acelerado. A la primera luz se sentó y contempló cómo los campos pasaban velozmente, y se esforzó por recobrar el aliento, sacudirse la pesadilla.

La población se veía más pequeña, las calles más estrechas y mugrientas, los edificios más sórdidos. Había nuevos carteles eléctricos, apagados ahora al alba, pero los castaños de indias de la plaza estaban igual que siempre. La tierra no envejece tan deprisa como las cosas que hace el hombre. La cúpula del juzgado había verdeado con el tiempo, y las paredes eran de un gris más oscuro.

Stanton Carlisle cruzó lentamente la plaza y se adentró en Mansión House, donde el anciano Woods dormía en el sofá de cuero que había detrás de las llaves. Unos golpecitos en el mostrador lo despertaron, y parpadeó. El anciano Woods no reconoció a aquel hombre de espalda arrogante, ojos fríos y azules; cuando el reverendo Carlisle firmó en el registro se preguntó si alguien lo reconocería. Habían pasado casi diecisiete años.

Desde la mejor habitación, que daba a la Plaza de los Juzgados, Stan observó el despertar de la población. Ordenó que el botones le subiera una bandeja de huevos con bacon, y comió lentamente, sin dejar de observar la plaza.

El Drugstore de Marston estaba abierto; de él salió un muchacho y vació un cubo de agua gris en la alcantarilla. Stan se preguntó si después de todos esos años era el mismo cubo: aquel había sido su primer trabajo, durante las vacaciones del instituto. Por entonces, aquel chaval aún no había nacido.

Había regresado, después de todo. Podía pasarse el día holgazaneando por el pueblo, contemplar los sitios de siempre, y coger el tren nocturno y

marcharse y jamás volver a acercarse a su viejo.

El reverendo Carlisle se sirvió una segunda taza de café y observó su cara reflejada en la superficie lustrosa del recipiente plateado. El pelo le raleaba en la sienes, y le formaba una V que todo el mundo decía que le daba un aspecto distinguido. También tenía la cara un poco más llena. Los hombros más anchos, cubiertos de *tweed* de importación. Una camisa rosa, con los gemelos hechos de unos viejos pendientes de ópalo. Una corbata negra de punto. Todo lo que recordaban de él era un chaval vestido con pantalones caqui y chaqueta de cuero que esperaba detrás de un depósito de agua a que pasara un vagón de mercancías con la puerta abierta.

Diecisiete años. Stan había recorrido un largo camino sin mirar atrás.

¿Qué más le daba si su viejo vivía o no, si estaba casado o sufría o se le había reventado un vaso sanguíneo? ¿Para qué había ido?

—Le echo un vistazo rápido y esta misma noche me largo —dijo poniéndose el abrigo. Recogió el sombrero y los guantes y se encaminó hacia las escaleras, de madera vieja y negra, donde el desgaste mostraba más de una oquedad. Hizo una pausa en el porche para sacar un cigarrillo de la pitillera, y con la mano ahuecada protegió la llama de su mechero del viento de octubre.

Las hojas de los castaños de indias eran una lluvia dorada al sol matinal, y caían sobre el césped del parque, donde habían cerrado la fuente por el invierno. En el centro había un muchacho de bronce lleno de manchas que le sonreía bajo su paraguas de bronce al chaparrón que no caía.

Stan siguió la parte sur del parque y apareció en la calle Mayor. Juguetes y Novedades Myers había ocupado la tienda de al lado y se había ampliado. En el escaparate había juegos de construcción de aviones con motores que llevaban gomas elásticas. Tractores mecánicos. Un traje que parecía un pijama de una pieza de color rojo, con una pistola espacial de juguete. Una nueva generación de juguetes.

La tienda de Golosinas Leffert estaba cerrada, pero los caramelos masticables seguían igual de dorados en las bandejas metálicas del escaparate, en la que con almendras habían dibujado unos pétalos florales. La Navidad era la época de los caramelos masticables de Leffert, no el otoño. Excepto el otoño en el que derrotaron a la escuela de Childers; se había llevado una bolsa al partido.

El viento se arremolinaba calle abajo, y encima de Stan crujían los carteles de las tiendas. El otoño era más frío que antes, pero la nieve en invierno no era tan profunda.

En la linde del pueblo Stan se quedó contemplando el paisaje ondulado. En una época había habido una granja sobre la colina. Debía de haberse quemado, o la habían derribado. Recortándose oscuro contra el cielo, el bosque de Mills se alzaba sobre una elevación, demasiado lejos para ir andando; y de qué servía pasar por todo eso otra vez. Probablemente ella ya había muerto. Ya no importaba. Y el viejo se estaba muriendo.

Stan se preguntó si podría coger un autobús y salir del pueblo antes de que pasara el tren nocturno. O a lo mejor podía comprarse un montón de revistas e irse al hotel a leer. Era bastante más de mediodía, pero aún quedaba un buen trecho de día.

Una calle secundaria lo condujo por caminos familiares; algún solar vacío, con el agujero del sótano donde había habido una casa.

No se dio cuenta de que había caminado tanto hasta que de pronto se topó con la escuela. En una zona de cajas cuadradas de ladrillo, algún genio fallecido mucho tiempo atrás de la junta escolar había construido esa escuela secundaria de manera totalmente distinta: en piedra gris y ventanas de dos hojas, como una escuela privada o un *college* inglés. El césped aún era verde, y la hiedra del arco de entrada aún estaba escarlata del año anterior.

Era una fría tarde de junio, y Stan llevaba una chaqueta azul y pantalones blancos; un clavel blanco en la solapa. Sentado en la tarima observaba al público mientras el presentador peroraba. Su padre estaba ahí, unas diez filas más atrás. Y solo. Por todas partes había parejas, y al parecer solo su padre estaba solo.

—... ya Stanton Carlisle, la medalla conmemorativa Edwin Booth a la excelencia en la lectura dramática.

Estaba delante de aquel público, pero no llegaban los aplausos; no podía oírlos. La excitación que sentía bajo las costillas era agradable. El poder de los ojos que lo miraban lo sacaron de aquel negro vacío en el que había estado sumido toda la tarde. Entonces, al volverse, de repente oyó los aplausos y vio a su padre, radiante, las palmas de las manos le echaban humo, lanzaba rápidas miradas a derecha e izquierda, disfrutando del aplauso de los demás.

—¡Taxi! —Stan vio la vieja limusina avanzando lentamente hacia él y le hizo señal. El conductor era Abe Younghusband, que no lo reconoció hasta que no le dio la dirección.

—Vaya, tú debes de ser el chico de Charlie Carlisle, ¿verdad? Hace tiempo que no te veo.

—Dieciséis... casi diecisiete años.

—¿En serio? Bueno, pues supongo que ha habido muchas mejoras desde que te fuiste. Dime, he oído que ahora eres predicador. No me digas que es verdad.

—Más o menos. Soy más bien conferenciante.

Abandonaron la carretera y cogieron la calle familiar con los arcos escarlata donde daba el sol de la tarde.

—Siempre supuse que te dedicarías al teatro. Todavía me acuerdo de aquel espectáculo que montaste en la sala Odd Fellows, aquella vez que le pediste prestado el reloj al jefe Donegan y le hiciste creer que lo estabas haciendo pedazos. Te aseguro que puso una cara digna de verse. Aunque me imagino que con el tiempo te cansaste de todo eso. A mi chico se le dan muy bien los trucos. Siempre hace desaparecer cosas. Bueno, ya hemos llegado. He oído que Charlie no levanta cabeza últimamente. Me han dicho que la semana pasada empeoró.

La casa parecía diminuta y abandonada. A un lado habían construido una escalera de madera, y en el desván habían abierto una puerta. El patio estaba lleno de malezas, con trechos pelados; habían talado los arcos que antaño daban sombra a la casa. Donde antes estaba la caseta de Gyp seguía habiendo un rectángulo en el suelo. La tierra olvida lentamente.

La mujer que abrió la puerta tenía el pelo blanco y era recia, con unas irascibles arrugas en torno a la boca. Era Clara Carpenter; ¡pero qué gorda estaba!

—¿Cómo le va, señora Carpenter?

—Señora *Carlisle*. Oh. —Su cara perdió toda precaución—. Tú debes de ser Stan Carlisle. Entra. Durante la última hora, tu padre ha estado preguntando una docena de veces cuándo venías. —Bajó la voz—. No se encuentra muy bien, y no hay manera de hacer que se quede en la cama. A lo mejor tú podrías convencerlo de que se tome las cosas con un poco de calma. Es el corazón, sabes. —Gritó en dirección al piso de arriba—. Charlie, alguien ha venido a verte. —A Stan le dijo—: Supongo que conoces el camino. El dormitorio grande. Yo subiré enseguida.

Las escaleras, el poste de arranque, los dos ridículos jarrones con pitorro sobre la repisa de la chimenea, visible a través de las puertas dobles. La pantalla metálica de la chimenea. El papel pintado era diferente, y el pasillo de arriba también parecía diferente, pero no se detuvo a averiguar por qué.

El viejo estaba sentado en una silla junto a la ventana, con una manta de punto sobre las rodillas; la cara marcada por el dolor, el cuello descarnado. La mirada parecía asustada y sombría.

—¿Stanton? —Charlie Carlisle se movía con dificultad, y las manos agarraban los brazos de la butaca—. Stanton, acércate y deja que te vea. Caramba, no... no pareces muy distinto, hijo. Solo has aumentado unos kilos. Tienes... tienes buen aspecto, hijo.

Stan intentó echar los hombros hacia atrás, pero un peso los aplastaba, un peso brutal que le hacía temblar las rodillas. Era como si le estuvieran extrayendo la vida y esta se derramara sobre la alfombra que tenía bajo los pies. Cogió una silla que estaba al otro lado de la ventana y se reclinó en ella, aspirando, procurando rechazar el agotamiento que lo aplastaba.

—No sabía que te habías casado con Clara —dijo finalmente Stan, sacando un cigarrillo y encendiéndolo. Le ofreció una su padre, que negó con la cabeza.

—El doctor solo me permite fumar uno al día. Sí, cuando te fuiste seguí soltero una temporada. Siempre... siempre pensé que tendría noticias tuyas, chico, y entonces te lo diría. Clara es una buena chica. ¿Has tenido noticias de tu madre?

Las palabras tardaron en salir, de cansados que estaban sus labios.

—No. Nunca.

—No me sorprende. Supongo que no nos encontraba lo bastante interesantes. ¿Cómo lo llaman ahora... *glamour*? Eso es lo que quería Cynthia. *Glamour*. Bueno, si lo encontró, no creo que ahora le quede mucho. —La boca se curvó hacia abajo en arrugas de amargura—. Pero cuéntame qué has estado haciendo, Stan. Le dije a Clara que seguro que venías. Le dije: tuvimos nuestras diferencias, y supongo que está ocupado, sigue su propio camino. Le dije: sé que vendrá si le digo que no me encuentro muy bien. De todos modos, hoy me siento mucho mejor. Le he dicho al médico que volvería a la oficina en un mes. Me siento mucho mejor. ¿Qué es eso que he oído que eres pastor del evangelio, Stan? Clara me dijo que te oyó un día por la radio. Así fue como supimos dónde mandarte el telegrama.

El reverendo Carlisle descruzó las piernas y lanzó las cenizas de su cigarrillo a una jardinera en la que había un helecho.

—Soy más bien conferenciante. Pero tengo un certificado de ministro de la Iglesia.

La cara del anciano Carlisle se iluminó.

—Hijo, no sabes cuánto me alegra que me digas eso, y créeme, me alegra mucho más que cualquier otra noticia que haya oído el último mes. ¿Fuiste al seminario? Bueno, hijo, yo quería que fueras. Estaba dispuesto a aflojar la mosca para pagártelo. Lo sabes. Solo que en aquella época tú no querías saber

nada. Siempre estabas enredando con esas tonterías de la magia. Me alegro de que al final te olvidaras de todo eso. Fue tu madre quien te metió esas ideas en la cabeza, Stan, la que te compró ese juego de magia. No lo he olvidado. Pero ni siquiera sé cómo se llama tu iglesia.

El reverendo Carlisle cerró los ojos. Su voz sonó sin inflexiones, sin tono.

—No es una iglesia importante ni rica, papá. La Liga Espiritual Unida. Se dedica a predicar el evangelio de que el alma sobrevive a la muerte terrenal, y que aquellos que todavía están en la tierra pueden tener noticias... de aquellos que han pasado a las esferas superiores.

—¿Quieres decir que eres un espiritista? ¿Crees que los muertos vuelven?

Stan forzó una sonrisa, y sus ojos vagaron hasta el techo, donde las grietas habían dibujado el contorno de la cara de un anciano. El sol entraba inclinado por la ventana, y caía la noche, aunque no deprisa. Regresó a la conversación con un sobresalto.

—No intento convertirte, papá. Estoy seguro de mi fe. Hay muchos otros que comparten mis ideas, pero no soy ningún proselitista.

Su padre permaneció unos momentos en silencio, tragó saliva incómodo. Asintió con la cabeza apenas unos centímetros, un asentimiento veloz, rítmico e involuntario de debilidad.

—Bueno, todo el mundo tiene su propia fe. Yo no soy muy partidario del espiritualismo. Pero si tú estás convencido, eso es todo lo que importa. En este pueblo, hijo, el negocio inmobiliario está por los suelos. Si fuera más joven, me largaría. Este pueblo se muere. He intentado conseguir que el Comité de Mejora Cívica emprendiera una pequeña campaña, para crear un buen pueblo con empresas en las que los trabajadores no tengan que afiliarse al sindicato, sin chorradas. Para atraer a la industria. Pero no me hacen caso. La propia inmobiliaria está de capa caída... Oh, aquí esta Clara. Supongo que es hora de cenar. Hemos hablado mucho.

—Me lavaré y bajaré enseguida —dijo Stan. El peso de la fatiga. Había un lugar donde podría abandonarla, donde podría dejarla como un peso que se arranca del cuello.

En el pasillo se volvió hacia la izquierda y su mano estaba a punto de agarrar un pomo cuando, de buenas a primeras, se dio cuenta de que estaba delante de una pared lisa y empapelada. ¡La puerta del desván había desaparecido! Bajó la vista y vio un solo peldaño al pie de la pared. Así que la escalera de fuera era eso. Ahora era un apartamento, separado del resto de la casa. Allí vivían desconocidos, bajo el techo inclinado, en torno a la chimenea de ladrillo. La cama de hierro, la colcha de seda, el olor a alcanfor, a seda, a

madera, la densa maraña de las hojas de arce de abajo, vistas a través de las estrechas ventanas desde donde podía distinguir el cartel del césped de la iglesia. La casa también se estaba muriendo.

Cerró la puerta del cuarto de baño y echó el pestillo. Allí estaban los mismos grifos del lavabo, aun cuando las paredes estuvieran pintadas de otro color. Y la extraña mezcla de baldosas en el suelo, donde antes solía encontrar medias baldosas e intentabas contarlas. La bañera pasada de moda sobre sus altas patas; la cómoda de mármol con sus cajones anticuados de ébano; y el sitio donde se afeitaba su padre, con su armarito circular y su espejo giratorio, en el que su padre guardaba su brocha, su jabonera y su jabón, sus suavizadores.

Stan se preguntó si el agua aún produciría ese gorgoteo agudo al perderse por el desagüe de la bañera cuando se sacaba el tapón, como ocurría cuando su madre dejaba de chapotear y de canturrear. Recordó el día en que se cayó del árbol y su madre lo cogió en brazos y lo subió arriba mientras le manchaba de sangre la pechera del vestido. A ella no le importó que se le arruinara el vestido. Él se había hecho unas polainas de cartón corrugado, como las que llevan los exploradores en la jungla. Una de ellas estaba ensangrentada. Después de que el médico le diera unos puntos en la frente, su madre lo desvistió, le quitó con mucho cuidado las polainas de cartón, y a continuación las colocó sobre el mármol de la cómoda. Estuvieron allí mucho tiempo, hasta que las manchas de sangre se volvieron negras. Jeannie al final consiguió sacarlas, decía que le ponían los pelos de punta.

Solo con que hubieran podido permanecer juntos unos años más. Si a mamá no la hubiera molestado tanto vivir en el pueblo. Si papá hubiera sido tan débil y tan amigable como era ahora que se moría. Solo con que se hubiera pasado veinte años muriéndose, Stan lo habría querido. Ahora solo quedaban las cosas viejas, y estas se iban sedimentando en el pasado y pronto desaparecerían.

Aspiró y de nuevo intentó echar los hombros hacia atrás. No se me ha de olvidar preguntarle al viejo por la iglesia y cómo hacer para venderla cuando llegue el momento de largarse. En aquel momento la Iglesia del Mensaje Celestial parecía demasiado lejana. El viejo se estaba deslizando por ese agujero oscuro en el que caes y caes para siempre porque no tiene fondo. Todos nos arrastramos hacia el borde, algunos lentamente, algunos, como el viejo, hacen equilibrios en el filo. Y luego ¿qué? Igual que el susurro del viento que deja una bala, probablemente, por los siglos de los siglos. Gyp llevaba todos estos años muerto. Incluso los recuerdos de él estaban muertos y

olvidados excepto en una mente. Y cuando esta desapareciera, Gyp quedaría completamente olvidado. Cuando el viejo estuviera muerto y bajo tierra, Stan podría perdonarlo.

Gyp nunca supo qué le ocurrió. Le contaron que el veterinario simplemente puso cloroformo en un trapo y lo arrojó a la caja.

Pero ese extremo de la cuerda, atada a la pata del banco de trabajo del garaje... la habían cortado cuando Stan regresó a casa de la escuela. ¿Por qué ataron a Gyp allí si querían librarse de él? No era la manera de obrar de su madre. Sí la de él. Gyp tenía una cadena para atarlo a la caseta. ¿Por qué la cuerda?

Cristo, por favor, déjame salir de aquí. Pero la voz que le había llamado «hijo» lo retenía. La casa lo engullía. Y habían sellado la puerta del desván; no había salida. Aquellos años habían desaparecido, y se habían llevado su aplomo, tan concienzudamente construido, paso a paso. Se habían llevado su inteligencia, su sonrisa, su mirada hipnótica, lo habían dejado impotente y atrapado dentro de las familiares paredes de antaño.

Había regresado porque su padre se estaba muriendo, y su madre se había marchado, y habían talado los arces, la plaza seguía siendo visible desde donde había estado la caseta de Gyp, y el sitio donde se afeitaba su padre, sobre la lisa columna de madera, seguía en el mismo lugar y era igual de liso al tacto, con aquel olor dulzón a jabón de afeitar.

El suavizador.

Colgaba del gancho de latón donde había colgado siempre. Era de cuero, suave, de mango negro y reluciente de aceite.

De noche, en el garaje se formaban franjas de plata en el suelo por la luz de la luna, el banco de trabajo se teñía de plata, y la luna centelleaba sobre la barra del torno del banco y sobre las latas de café sin tapa llenas de clavos y pernos. Sobre el suelo de mármol había un brillo frío y azul. Y las sombras ocultaban el temor y la vergüenza.

—Bájate los pantalones.

Algo que añadir a la vergüenza: la desnudez.

Stan jugueteó con el cinturón de sus pantalones, demorándolo una fracción de segundo.

—Date prisa. He dicho abajo.

Ahora los pantalones le rodeaban los tobillos. No podía correr. Tenía que afrontarlo.

—Ahora agáchate.

Una mano en el hombro lo empujó hacia la luz de la luna, donde su desnudez fuera visible. Stan vio cómo se alzaba la sombra del suavizador y se preparó para recibir el golpe. El dolor le llegó hasta el cerebro en oleadas y se mordió el labio, mientras el aliento le quedaba atrapado en el fondo de los pulmones. Se llevó los nudillos a la boca para que no lo oyeran los vecinos de al lado. La luz de la luna era una borrosa confusión de lágrimas; y el suavizador, cuando golpeaba la redondez de su carne desnuda, emitía un sonido que le llegaba al cerebro antes de la punzada de dolor... y el extremo de la cuerda, atado a la pata del banco de trabajo, en medio del olor a aceite y gasolina el día en que el sol se apagó.

En el piso de abajo de la casa, Charlie Carlisle jugueteaba con su servilleta, y se apartó de la mesa agarrando con las manos los brazos relucientes de la silla.

—Maldita sea, Clara, ¿qué crees que está haciendo el chico allí arriba? Oh, aquí estas, hijo. Siéntate.

Cuando Charlie levantó la vista hacia el hombre que entró en el comedor, contuvo su aliento viejo y acelerado ante lo que vio. Era Stan, tal como había aparecido unos minutos antes. Quizá con la cara recién lavada y el pelo un tanto repeinado. Pero en la posición de los hombros había algo extraño. Y cuando el viejo Charlie se topó con los ojos de su hijo estos eran del azul más intenso que había visto nunca; duros como un estanque helado.

El Gran Stanton echó la silla para atrás y se sentó con rapidez y elegancia, abriendo la servilleta de un solo golpe. La señora Carlisle le acercó un plato de pollo. Cuando llegaron el arroz y la salsa, Charlie dijo:

—Siéntate, Clara. Deja de ir de un lado para otro. Stan bendecirá la mesa.

El reverendo Carlisle se pasó las manos por el pelo una vez y aspiró profundamente. Su voz resonó por el comedor:

—Dios todopoderoso, padre celestial, te damos gracias desde el fondo de nuestros corazones por lo que vamos a recibir. Nos acercamos a ti empapados de pecado y corrupción, con el corazón negro de culpa, sabiendo que en el río de tu perdón quedará lavado y blanco como la nieve.

Su padre había colocado una de sus manos de gruesas venas ante los ojos.

—El que vigila la caída del gorrión nos recoge en el hueco de su mano al final de nuestros días, en la tierra y más allá.

Clara fruncía el ceño de perplejidad o preocupación porque el pollo se estaba enfriando.

—... en el nombre de tu hijo, nuestro Señor y Salvador, Jesucristo, te lo pedimos. Amén.

El anciano dijo «Amén» y a continuación le sonrió débilmente a su mujer.

—Tanto da el nombre de la iglesia, Clara, es motivo de orgullo tener a un hijo que bendice la mesa y que es predicador. Pásale el arroz a Stan.

Clara no era una mujer que comiera en silencio. Comenzó a relatar la breve historia de la comunidad durante los últimos dieciséis años, llenos de veranos calurosos, inviernos duros, muertes, nacimientos, bodas y desastres.

Stan comió rápidamente y repitió de todo. Finalmente apartó su plato y encendió un cigarrillo. Contempló a Clara Carpenter Carlisle durante un largo minuto; su mirada azul y penetrante hizo que a Clara llegara a incomodarla el viejo delantal que llevaba sobre su vestido bueno.

—Mi querida amiga, ¿alguna vez te has parado a pensar que estas personas a las que has llorado como difuntas nunca morirán?

Bajo aquella luminosa mirada, Clara se puso a sonreír tontamente y se dio cuenta de que no podía controlar las manos.

—Bueno, Stan, yo... yo siempre he *creído*. Pero pienso que es una de esas cosas que hay que sentir las. Nunca he prestado mucha atención. Eso del cielo siempre lo he dado por supuesto.

El reverendo Carlisle se limpió los labios con la servilleta y dio un trago de agua.

—He presenciado espléndidas pruebas de que el espíritu no quiere permanecer en barbecho hasta el Día del Juicio. Los espíritus de los liberados nos rodean en todo momento. Cuántas veces hemos dicho, angustiados: «Ojalá pudiera volver a hablarle. Y sentir el tacto de su mano».

Los dos Carlisle de más edad parecían abochornados, se miraron el uno al otro y dieron un sorbo de café.

La melodiosa voz de Stan siguió hablando:

—Sí. Y la gloriosa verdad es que puede hacerse. Los espíritus de los liberados nos rodean incluso en este momento, mientras hablamos. —Aún tenía los ojos fijos en Clara; bajó la voz—. Ahora siento una presencia a mi lado. Muy clara. Insistente. Intenta manifestarse.

En la cara de su padre se insinuó una sonrisa maliciosa.

—Es alguien que me amó en esta existencia terrena. Pero no es humana.

Los dos se lo quedaron mirando.

—Un espíritu pequeño, una presencia humilde. Pero que rebosa devoción y lealtad. Creo que es el espíritu de mi perro, Gyp. —Charles Carlisle se había dejado caer un poco hacia delante, los brazos derrumbados sobre el mantel, pero permanecía muy erguido, y las amargas arrugas que le circundaban la boca eran más profundas y dolorosas.

—¡Hijo, no puedes creer eso! ¡Eso es blasfemo! No lo dices en serio...
Un perro no puede tener alma como un hombre.

Stan sonrió.

—Como ya he dicho antes, no intentaré convertirte, papá. Solo los que han pasado a la vida espiritual pueden hacer eso. Pero me he comunicado con Gyp. No en palabras, naturalmente, puesto que Gyp no habla en palabras. Sin embargo, esta casa está llena de su presencia. Me ha hablado, intenta decirme algo. —Stan, que observaba fijamente a su padre, distinguió un atisbo de alarma en aquella cara destruida. Se tapó los ojos con los dedos y observó las manos de su padre sobre el mantel antes de volver a la carga:

—Algo sobre su último día en la tierra. Me acuerdo que cuando volví a casa del colegio me contaste que habías hecho que un veterinario le aplicara cloroformo a Gyp. Pero aquí hay una contradicción. Mi impresión es diferente...

En aquella muñeca consumida la sangre comenzaba a latir con fuerza.

—Gyp ha intentado decirme algo... un momento... ¡el garaje!

Las manos de su padre formaron dos puños y a continuación soltaron el mantel, que habían estado agarrando.

—Eso es... ahora lo veo claramente. Gyp está atado a la pata del banco de trabajo del garaje. Veo algo que sube y baja... furioso... cada vez más rápido.

El impacto de un tenedor en el suelo hizo que Stan levantara la vista. El viejo tenía la cara cenicienta; negaba con la cabeza e intentaba hablar.

—No. No, hijo. No lo hagas.

—Ese fue el día... el día en que mamá se fue. Con Mark Humphries. Llegaste a casa y encontraste la nota. Te topaste con Gyp... tenías que desfogarte con alguien. De haber estado yo en casa me habrías dado una paliza. Pero quien la recibió fue Gyp. Y murió.

El viejo Carlisle se había puesto en pie, y con una mano se agarraba el cuello de la camisa. Stan se dio media vuelta, tambaleándose un poco, y tras cruzar con paso rígido las puertas de la sala llegó al vestíbulo. Cuando cogió el sombrero y el abrigo tenía las manos insensibles y pesadas. Lo último que vio fue a Clara sacando unas cápsulas de un frasco y sujetando un vaso de agua; el viejo tragaba con esfuerzo.

La luna iluminó los peldaños de cemento que bajaban al patio donde la hierba crecía irregular. Stan sintió las piernas rígidas al descender a la calle, donde los arcos arqueados se cernían sobre él, y la luna se derramaba través de sus hojas, ahora negras de la noche. Le llegó un sonido de la casa que acababa de abandonar, el de un viejo llorando en voz baja.

El reverendo Carlisle se detuvo en un charco plateado, levantó la cara hacia la luna llena y la vio desolada, luctuosamente brillante: algo muerto que contemplaba la agonía de la tierra.

NAIPE XI



LOS AMANTES

*Están entre los árboles del Edén; el Amor, alado,
flota sobre ellos, mientras el Conocimiento es una serpiente
que se enrosca en el suelo.*

Cuando Molly se despertó por tercera vez, Stan se estaba vistiendo. Miró el reloj: las cuatro y media.

—¿Dónde vas?

—Salgo.

Ella no le preguntó nada más, pero se quedó despierta mirándolo. Ultimamente sus movimientos eran tan nerviosos que no se atrevía a hablarle por temor a que le contestara con una piedra en cada mano. Cada vez dormía peor, y a Molly le preocupaba que tomara somníferos constantemente. Al parecer ya no le hacían ningún efecto, su humor empeoraba, y tenía un aspecto lamentable. Molly comenzó a llorar en voz baja, y Stan se interrumpió mientras se abrochaba la camisa y se le acercó.

—¿Y ahora qué te pasa?

—Nada. Nada. Estoy bien.

—¿Qué te preocupa, nena?

—Stan... —Molly se incorporó, abrazándose con la cubierta para mantener el calor—. Stan, dejemos esto y volvamos al número que hacíamos antes.

Stan siguió abotonándose.

—¿Y dónde vamos a hacerlo? ¿Por las esquinas? El vodevil ya ha pasado a la historia. Sé muy bien lo que hago. Un panoli más y se ha terminado.

Molly se acercó aún más el tapamiento.

—Cariño, tienes un aspecto de pena. ¿Por qué no vas al médico? Que te dé algo para los nervios, o no sé. De verdad, me preocupa mucho que tengas un colapso nervioso o algo parecido.

Stan se frotó los ojos.

—Voy a dar un paseo.

—Está nevando.

—Tengo que salir, ¿me has oído? Voy a la iglesia a echarle un vistazo al *atrezzo*. He tenido una idea y quiero probarla. Vuelve a dormirte.

Daba igual lo que dijera. Stan seguiría despierto hasta que se derrumbara, y Molly rezó para que no ocurriera en mitad de una lectura... ni en mitad de una sesión de espiritismo, pues entonces todo se iría al garete. Si alguien

levantaba la liebre, la policía la trincaría a ella junto con Stan, y en el estado en que este se encontraba ahora, sería incapaz de utilizar su labia para salir del atolladero, por grave que fuera este. Molly estaba muy preocupada, y se tomó medio somnífero cuando él se marchó.

Era demasiado temprano para salir y comprarse un impreso para apostar en las carreras, y todas las revistas eran viejas, y en la radio no había nada más que programas de música enlatada, y eso la hacía sentirse muy sola, pues los discos iban dedicados a los chicos de la cafetería de Ed, en la autopista. Se dijo que ojalá estuviera en la cafetería con los camioneros, echando un par de risas.

Stan se adentró en la casa de la señora Peabody. Se alegró de haber amontonado carbón en la caldera la noche anterior; en el sótano echó más carbón. Pronto rugió el fuego y el calor le dio la cara. Contempló cómo las llamas azules devoraban el carbón negro.

Al cabo de un momento suspiró, sacudió el cuerpo y abrió un viejo armarito metálico que alguna vez había estado pintando y barnizando. Dentro había un tocadiscos que conectó, colocando el brazo en posición encima del disco de aluminio. A continuación subió.

La inmensa sala que había sido salón y comedor antes de que derribara el tabique todavía estaba helada. Stan encendió las lámparas. Las sillas plegables formaban hileras vacías, a la espera de que algo le ocurriera, de que algo le fuera mal. Se acercó a una lámpara que tenía la bombilla fundida, le dio al interruptor, les concedió a las válvulas amplificadoras un momento para calentarse y se acercó al escritorio, donde se encontraba generalmente el megáfono en las clases de desarrollo y en las sesiones de espiritismo con megáfono.

Cerca del órgano, uno de sus pies, por costumbre, encontró la tabla suelta que había debajo de la alfombra, y colocó el pie encima. Espectral a causa del tubo metálico a través del cual salía la voz, llegó la grave voz de Ramakrishna, su guía espiritual. «*Hari Aum*. Saludos, mis queridos *chelas*, mis discípulos de la vida terrenal. Vosotros que estáis aquí reunidos esta noche». La voz se interrumpió; Stan sintió el miedo subiéndole por el cráneo. Algún cable se había vuelto a desconectar. No había tiempo de arreglarlo. ¿O era el altavoz? ¿Quizá el motor? Bajó al sótano, pero el disco seguía girando. Debía de ser un problema con el amplificador. No había tiempo de repararlo. La sesión estaba programada para aquella noche. Siempre podía echar la culpa a las condiciones; una sesión de espiritismo sin que ocurriera ningún

fenómeno era algo bastante corriente entre todos los médiums. Pero la señora Prescott iba a traer a dos amigos de confianza, personajes importantes ambos. Había buscado toda la información sobre ellos y la grabación estaba a punto. A lo mejor no regresaban. A lo mejor eran ellos quienes le traían al panoli que había estado esperando.

Stan se quitó el abrigo y se puso una vieja bata; comprobó las válvulas, los cables. A continuación subió al piso de arriba y comenzó a levantar la madera suelta. Las conexiones del altavoz estaban bien. ¿Dónde se encontraba la avería? No había tiempo, no había tiempo. Pensó en una docena de excusas que contar si llamaba a alguien para repararlo, y las descartó todas. En cuanto alguien se enterara del montaje que había en la casa, estaba hundido. Se le ocurrió traer a un técnico de Newark o de cualquier otra parte. Pero no podía confiar en nadie.

La soledad se apoderó de él, como una avalancha de nieve. Estaba solo. Donde siempre había querido estar. Solo puedes confiar en ti mismo. Hay un delator en lo más profundo de cada uno de nosotros, y cualquiera te delatará si lo presionan lo suficiente. Cada cara nueva que aparecía en las sesiones de espiritismo parecía imbuida de suspicacia y malicia, de un ladino saber. ¿Había surgido una conspiración contra él en la iglesia?

Frenéticamente volvió a conectar el fonógrafo y pisó la tabla. «*Hari Aum*, saludos mis queridos *chelas*, mis discípulos en la vida terrenal...». ¡No estaba roto! Antes debía de haber apartado el peso de la tabla suelta que cerraba el circuito sin darse cuenta. Lo detuvo con un miedo cerval a que las siguientes palabras que dijera la voz, su propia voz, no fueran las que había grabado en aluminio, de que el disco se volviera contra él con una malévolamente propia vida propia.

En medio del silencio, la casa se cernía en torno a él. Las paredes no se habían movido, ni el techo; ni cuando las miraba directamente. Se pasó las manos por el pelo y aspiró profundamente. Canturreó los ocho primeros compases de nuestra melodía inicial. Pero no sirvió de nada.

Fuera, al otro lado del patio trasero, ladró un perro.

—¡Gyp!

Su propia voz lo sobresaltó. Se echó a reír.

Se rio al entrar en el pasillo, se rio mientras subía las escaleras y entraba y salía de los dormitorios, ahora sobriamente desnudos. En la sala de las sesiones a oscuras encendió la luz. Paredes blancas y desnudas. Todavía riendo ora a carcajadas ora entre dientes, apagó la luz y buscó a tientas la madera del zócalo donde guardaba el proyector.

Lo dirigió hacia la pared; y ahí estaba, subiendo y bajando enloquecida a medida que su mano temblaba de risa: la imagen neblinosa de una anciana. Giró un botón y desapareció. Con otro giro surgió un bebé rodeado de una aureola de neblina dorada, que también saltó enloquecido mientras su mano seguía temblando de risa.

—Baila, cabroncete —tronó su voz contra las paredes que lo rodeaban.

Giró el proyector de mano hasta que el bebé quedó flotando boca abajo, y entonces las carcajadas fueron estruendosas. Cayó al suelo y se retorció de risa, y dirigió la luz al techo, y vio volar al bebé por el ángulo de la pared, hasta que quedó inmóvil sobre su cabeza, aún con su sonrisa neblinosa. Riendo y ahogándose, Stan comenzó a golpear el proyector contra el suelo; se oyó un chasquido y la luz se apagó.

Se puso en pie, y al no poder encontrar la puerta dejó de reír, recorriendo el cuarto a tientas. Contó nueve esquinas. Comenzó a gritar y a continuación encontró la puerta y salió, goteando sudor.

En su despacho, el día amanecía gris a través de las persianas venecianas. La luz del escritorio no se encendía, y agarró la lámpara, la arrancó del enchufe de la pared y la arrojó a un rincón. Las persianas se enredaron con el cable; las recogió con los brazos y las arrancó; se le cayeron encima y luchó por desembarazarse de ellas. Por fin encontró el fichero.

R. R. R. Maldita sea. ¿Quién había robado la R? Raphelson, Randolph, Regan... ahí estaba. *Psicóloga, mencionada por la señora Tallentyre. Dijo que le interesaba el ocultismo. Ha recomendado que sus pacientes hagan yoga.* Pero, Cristo bendito, el teléfono no estaba. Solo su nombre: doctora Lilith Ritter. Prueba en la guía. R. R. R.

La voz que respondió el teléfono era estoica, grave y competente.

—¿Sí?

—Me llamo Carlisle. Tengo problemas para dormir...

La voz lo interrumpió.

—¿Por qué no consulta a su médico? Yo no soy doctora en medicina, señor Carlisle.

—Ya he tomado pastillas, pero no me ayudan. Me dicen que trabajo demasiado. Quiero visitarla.

Hubo un silencio que se prolongó; a continuación aquella voz estoica dijo:

—Puedo verlo pasado mañana a las once de la mañana.

—¿No podría ser antes?

—No, antes no.

Stan volvió el puño contra el escritorio y apretó los ojos. A continuación dijo:

—Muy bien, doctora Ritter. El martes... a las once.

Fuera cual fuera su aspecto, la mujer tenía una voz maravillosa. Y debía de haberla despertado de un sueño profundo. Pero el martes... ¿Y qué se suponía que tenía que hacer hasta entonces, refunfuñar?

La casa se iba calentando. Stan se dirigió a la ventana y apretó la frente contra el cristal helado. En la calle, una muchacha con abrigo de pieles y sin medias paseaba a un setter irlandés. Los ojos de Stan siguieron la curva de sus piernas desnudas, y se preguntó si llevaba algo debajo del abrigo de pieles. Había mujeres que salían así —desnudas bajo el abrigo de pieles— a comprar cigarrillos, soda o un irrigador vaginal.

En su apartamento, Molly estaría despatarrada en la cama, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza con una sola horquilla. Llevaría el negligé de seda negra, aunque quizá también el salto de cama. No tenía a nadie que la mirara.

La chica del setter irlandés se volvió, tiró de la correa, y el abrigo de pieles se abrió revelando unas bragas color rosa. Con un gruñido de frustración, Stan se apartó de la ventana. Se sentó al escritorio y sacó su agenda de citas. Tenía servicio de su iglesia aquella noche a las ocho y media. El lunes por la mañana, clase de desarrollo de trance de médiums y la Ciencia del Aliento Cósmico. Dios, menuda pandilla de hipopótamos. La Ciencia del Aliento Cósmico: que entre el aire por el orificio izquierdo hasta que cuente cuatro. Contener el aliento hasta que acabe de contar hasta dieciséis. Exhalar a través del orificio derecho hasta que acabe de contar hasta ocho. Contar repitiendo *Hari Aum, Hari Aum*.

Lunes por la tarde, conferencia sobre el Significado Esotérico de los Símbolos del Tarot.

Stan cogió la baraja del Tarot del cajón lateral y lentamente sus dedos comenzaron a recordar; la palma de la mano adelante y atrás, haciendo desaparecer las cartas en el aire y sacándolas de debajo de la rodilla. Se demoró con una carta y la colocó delante de él, apoyando la cabeza en las manos, estudiándola. Los Amantes. Estaban desnudos en el jardín del Edén, con la serpiente en el suelo, a punto de proporcionarles la sabiduría. Sobre sus cabezas estaba la forma de un ángel, con las alas extendidas por encima del árbol de la Vida y el árbol del Conocimiento. *Donde el Arbol de la Vida florece, yo hallaré descanso.*

Los amantes estaban desnudos. Un cosquilleo le subió por el cráneo, como salido de la nada, y, mientras los miraba, las caderas y el vientre redondeados de la mujer parecieron ponerse a girar. ¡Jesús, si esto es lo que quería podía haberme quedado con el Diez-en-Uno y seguir de presentador en el espectáculo de variedades! Ese siempre se las lleva de calle.

Tiró las cartas al suelo barriéndolas con el brazo, se acercó el teléfono y marcó un número. Esta vez la voz dijo:

—Sí, señor. Veré si la señora Tallentyre está en casa.

Estaba para el reverendo Carlisle.

—Señora Tallentyre, he pasado casi toda la noche meditando. Y mi meditación ha dado lugar a un pensamiento. Voy a necesitar tres días de silencio. Por desgracia no puedo ir al Himalaya, pero creo que los Catskills servirán. Estoy segura de que me comprende. Le agradecería que esta noche dirigiera el servicio e informara a los miembros de la clase que he recibido una llamada y he tenido que ausentarme. Simplemente dígales que he ido en busca del Silencio. Regresaré sin falta al tercer día.

Eso era todo. Ahora cierra con llave. Cierra la puerta de la oficina, ya limpiarás luego todo este desastre. Deja la agenda de citas abajo, en la mesa del vestíbulo. La señora Tallentyre tenía llave de la puerta de fuera. No cierras con llave la puerta de dentro.

Se puso el abrigo y dos minutos después caminaba a buen paso sobre la blanda nieve.

—Caramba, cariño. ¡Me alegro de que hayas vuelto! ¿Te encuentras bien?

—Sí. Naturalmente. ¿Cuántas veces tengo que decirte que soy capaz de cuidar de mí mismo?

—¿Te preparo un par de huevos? Estoy muerta de hambre. Deja que te los prepare. El café está hecho.

Stan la observaba desde la puerta de la cocina. Molly se cubría con el negligé de seda negra; a contraluz, en el amanecer invernal que entraba por la ventana, parecía que no llevara nada. La gente que ideaba las ropas de mujer sabía lo que se hacía. ¿Por qué Molly parecía tan distante y remota? La única mujer que no lo traicionaría. Y todavía tenía un tipo que generalmente solo veías entre candilejas o en las revistas.

Stan se pasó las manos por el pelo una vez y dijo: «Acércate». Se quedaron mirándose un momento, y Stan vio cómo ella aspiraba profundamente. A continuación apagó el fogón que había debajo de la sartén, y corrió hacia él y le echó los brazos en torno al cuello.

Fue como besar el dorso de su propia mano, pero la cogió en brazos y la llevó al dormitorio. Ella se aferró a él y le deslizó la mano bajo la camisa, y él abrió la gasa y comenzó a besarle el hombro, pero no sirvió de nada.

Y ahora ella lloraba, lo miraba con una expresión de reproche mientras él se echaba la chaqueta por encima.

—Lo siento, nena. Tengo que irme. Volveré el martes. Tengo... tengo que respirar.

Metió algo de ropa en una maleta, la cerró y se marchó a toda prisa. Molly se cubrió con el tapamiento, aún llorando, y levantó las rodillas. Al cabo de un rato salió de la cama, se puso un albornoz y se frió un huevo. Parecía que nunca acababa de estar del todo salado, y en mitad del desayuno de repente cogió el plato y lo estampó contra el suelo de la cocina.

—Dios mío, ¿pero qué le ocurre? ¿Cómo voy a satisfacerlo si no sé lo que le ocurre?

Al cabo de un rato se vistió y se fue a la peluquería a que le lavaran y arreglaran el pelo. Primero se pasó por la barbería a ver a Mickey, y este le entregó dieciséis dólares. El caballo se había pagado siete a uno.

Con las ruedas chasqueando debajo de él, Stan se sintió un poco mejor. Las Palisades tenían lenguas de nieve que resbalaban por las laderas, y sobre el río flotaba hielo roto en el que se posaban las gaviotas. Leía por encima *Un nuevo modelo del universo* de Ouspensky, buscando algunas líneas que pudiera utilizar de coletilla, tomando notas al margen para alguna posible clase de inmortalidad en la cuarta dimensión. La inmortalidad era lo que el público quería. Si creían que podían encontrarla en la cuarta dimensión, él les enseñaría cómo. De todos modos, ¿quién diablos sabía lo que era la cuarta dimensión? Botarates. Panolis.

Una chica tenía problemas a la hora de bajar la maleta del portaequipajes, y Stan se levantó de un salto para ayudarla. Se apeaba en Poughkeepsie. La mano de Stan tocó la de la muchacha en el asa de la maleta, y sintió cómo la sangre le inundaba la cara. La muchacha estaba estupenda; los ojos de Stan la siguieron mientras bajaba recatadamente del vagón, la maleta delante de ella. Stan cruzó el tren y la observó mientras ella permanecía en el andén.

Al llegar a Albany cogió un taxi hasta el hotel y se detuvo a comprar una botella de whisky a escondidas en una taberna.

La habitación era grande y más limpia que la mayoría.

—Hace mucho que no viene por aquí, señor Charles. ¿Le han cambiado de zona?

Stan asintió, arrojó el sombrero sobre la cama y se quitó el abrigo.

—Tráeme un poco de soda. Y mucho hielo.

El botones cogió el billete de cinco dólares y le guiñó el ojo.

—¿Quiere compañía? Por aquí hay unas chicas de bandera... que no estaban la última vez que vino. Conozco una rubia a la que no le falta de nada. Y quiero decir de nada.

Stan se echó en la cama y encendió un cigarrillo, doblando las manos detrás de la cabeza.

—Morena.

—Usted manda.

Siguió fumando cuando el muchacho se fue. En las grietas del techo distinguió la silueta de un anciano. Más tarde llamaron a la puerta: la soda y el hielo. El muchacho arrancó el precinto de colodión de la botella de whisky.

Otra vez silencio. En el páramo vacío e impersonal del hotel, Stan escuchó los ruidos que subían de la calle. El ronroneo del ascensor al detenerse en su planta; suaves pisadas en el pasillo. Se levantó de la cama.

La muchacha era bajita y morena. Llevaba puesto un abrigo de pelo de camello color tabaco y la cabeza descubierta; sobre una oreja se adornaba el pelo con una gardenia artificial.

Entró con la nariz y las mejillas encarnadas por el frío, y dijo:

—¡Qué tal, amigo! Me ha enviado Annie. Eh, ¿cómo sabe que me gusta el whisky?

—Leo la mente.

—Ya lo creo. —Se sirvió dos dedos en un vaso y se lo ofreció a Stan, que negó con la cabeza.

—He dejado de beber. Pero no deje que eso sea un obstáculo.

—Muy bien, amigo. Esto le dará fuerza en la estaca. —Cuando se acabó el vaso, se sirvió otro y dijo—: Será mejor que me dé los cinco pavos antes de que se me olvide.

Stan le entregó un billete de diez y la chica dijo:

—Caramba, gracias. Dígame, ¿no tendría dos de cinco?

Silencio. Ella lo rompió.

—¡Fíjate... hay radio en todas las habitaciones! ¡Esto es algo nuevo en este antro! Escuchemos a Charlie McCarthy. ¿Le importa?

Stan observaba sus piernas delgadas. Cuando la chica colgó el abrigo del armario con mucho esmero, Stan vio que tenía los pechos diminutos. Llevaba un suéter largo y holgado y una falda. Antes tenían pinta de putas. Ahora parecían universitarias. Todas querían parecer universitarias. ¿Por qué no se

iban a la universidad, entonces? Eso no las haría diferentes de las otras. Ni te darías cuenta. Cristo, qué manera de llevar el mundo.

La chica se lo pasaba bien escuchando los chistes de la radio, y el whisky la había hecho entrar en calor. Se quitó los zapatos, y se sentó doblando las piernas bajo las nalgas. Le hizo seña a Stan de que le lanzara un cigarrillo. Se quitó las medias y se calentó los pies con las manos, lanzándole una mirada a Stan al mismo tiempo.

Cuando se acabó el programa, la chica bajó un poco el volumen de la radio y se puso en pie, estirándose. Se quitó el suéter con cuidado, como para no desarreglarse la gardenia, y lo extendió sobre el respaldo de la silla. Era delgada, de hombros estrechos; le sobresalían los omóplatos. Cuando se quitó la falda, mejoró un poco, pero no mucho. En el muslo se veían cuatro moretones con la misma separación uno de otro, del tamaño de la mano de un hombre grande.

Se quedó de pie fumando, desnuda a excepción de la gardenia falsa, y Stan devolvió la mirada a la cara del anciano que se dibujaba en el techo.

Te largas a toda leche de la ciudad, estás horas de viaje, vas a un hotel, compras bebida, y para esto. Suspiró, se puso en pie y se quitó la americana y el chaleco.

La muchacha canturreaba para sí, y en aquel momento bailó unos pasos de claqué, con las manos delante de la cara, dio una vuelta y a continuación acompañó el estribillo de la canción que salía del altavoz. Tenía la voz ronca, agradable y con volumen, que sabía controlar.

—¿También cantas? —preguntó secamente Stan.

—Claro. Solo hago esto para llegar a fin de mes. A veces canto con una banda. Voy a clases de canto. —Echó la cabeza para atrás y vocalizó cinco notas—. Ah... ah... AH... ah... ah.

El Gran Stanton se quedó con la camisa a medio quitar, mirándola fijamente. A continuación agarró a la chica y la arrojó sobre la cama.

—¡Eh, cuidado, cariño, no tan deprisa! ¡Por Cristo bendito, ten cuidado!

Le retorció el pelo con la mano. La cara pálida y cérea de la muchacha se lo quedó mirando, asustada y exageradamente borracha.

—Tranquilo, cariño. No. Escucha, Ed McLaren, el detective del hotel, es amigo mío. Y ahora tranquilo... Ed le daría una paliza de muerte a cualquiera que hiciera eso.

La radio no callaba.

—... les trae la música de Phil Requete y sus Swingstars directamente desde la Sala Zodiac del Hotel Tenerife. Y ahora nuestra deliciosa vocalista,

Jessica Fortune, se acerca al micrófono con esa mirada en los ojos que tan bien conocemos, mientras canta (y baila) esa maravillosa canción del siempre popular Bobbie Burns: *Oh, Whistle and I'll Come to You, My Lad*.

Hielo en el río, amontonado contra los embarcaderos de los clubs náuticos, un oscuro canal en el medio. Y siempre el chasquido de los empalmes de los rieles debajo. Norte sur este oeste-frío primavera calor otoño-amor lujuria cansancio abandono-boda riña abandono odio-dormir despertarse comer dormir-niño joven hombre cadáver-roce beso lengua pecho-desnudar agarrar apretar expulsar-lavar vestirse pagar marcharse-norte sur este oeste...

Stan volvía a sentir el mismo cosquilleo por el cráneo. La vieja casa lo esperaba, y aquellas gordas con los quevedos y los dientes postizos; probablemente la psicóloga era una de ellas, a pesar de la música de su voz y de su manera de hablar estoica y susurrante. ¿Qué podía hacer por él? ¿Y qué podía hacer nadie por él? ¿Por nadie? Todos estaban atrapados, todos corrían por el callejón hacia la luz.

La placa decía: «Doctora Lilith Ritter, asesora psicológica. Entre».

La sala de espera era pequeña, y estaba decorada con un gris y un rosa pálidos. Al otro lado de la ventana de dos hojas la nieve caía lentamente en gruesos copos. En el alféizar había un cactus dentro de una maceta de color rosa, un cactus con pelos largos y blancos como los de un anciano. Aquella visión recorrió los nervios de Stan como si fueran miles de hormigas. Se quitó el abrigo y el sombrero y rápidamente miró detrás de un cuadro de conchas marinas dibujado al pastel. No había ningún dictáfono. ¿De qué tenía miedo? Ese habría sido un estupendo lugar en el que colocar un micrófono si querías saber lo que se hablaba en la sala de espera cuando entraba la secretaria de la doctora.

¿Tenía secretaria aquella doctora? Si la conociera podría obtener información sobre ella o lo que fuera, averiguar hasta dónde estaba metida en el tema del ocultismo. Podría intercambiar clases de desarrollo por lo que ella impartiera a sus pacientes... alguna clase de consejo. ¿O a lo mejor les interpretaba los sueños? Encendió un cigarrillo y se quemó el dedo al quitar la ceniza. Al agacharse para recogerla derribó un cenicero. Se puso a cuatro patas para recoger las colillas, y fue entonces cuando la voz estoica dijo:

—Entre.

Stan levantó la mirada. La tipa no era gorda, no era alta, no era vieja. Tenía el pelo claro y lacio, y lo llevaba recogido en un moño perfecto que le

sobresalía del codo. Brillaba con un color dorado verdoso. Una mujer delgada, de edad indeterminada pero joven, con unos ojos grises, enormes y un tanto rasgados.

Stan recogió el cenicero y lo colocó al borde de la mesa. Volvió a caerse, pero ni se fijó. No apartaba los ojos de la mujer, que ahora mantenía abierta la puerta que conducía a otra habitación. Se puso en pie tambaleándose, y se le acercó casi dando bandazos. Entonces le llegó una vaharada de perfume. Aquellos ojos grises parecían grandes como platillos, como los ojos de un gatito cuando su nariz toca la tuya. Miró aquella boca pequeña, el carnoso labio inferior, con un poco de color, pero no pintado. Ella no dijo nada. Cuando pasó a su lado Stan pareció caerse; la rodeó con el brazo y la sujetó sabiendo que era un estúpido, sabiendo que algo terrible lo mataría, sabiendo que quería llorar, vaciar la vejiga, chillar, irse a dormir, maravillándose mientras apretaba el brazo en torno a su cintura...

Stan estaba despatarrado en el suelo. La mujer le había hecho girar los hombros, dándole la vuelta hasta que había quedado de espaldas a ella, y a continuación le había colocado un pie en la parte de atrás de la rodilla. Ahora estaba arrodillada junto a él en la alfombra, y le agarraba la mano derecha con las dos manos, retorciéndole la muñeca y manteniéndolo echado por el dolor que amenazaba sus tensos tendones. La expresión de la mujer no había cambiado.

Dijo:

—El reverendo Stanton Carlisle, creo. Pastor de la Iglesia del Mensaje Celestial, conferenciante sobre el simbolismo del tarot y la respiración yogui, creador de fantasmas con estopilla... o a lo mejor utiliza una linterna mágica. Si le dejas que se levante, ¿me prometes que colaborará?

Stan se cubrió los ojos con un brazo y sintió cómo las lágrimas le resbalaban por la cara y le entraban en los oídos. Consiguió decir:

—Lo prometo.

Las diestras manos lo liberaron y él se incorporó, ocultando la cara con las palmas, pensando en un almohadón sobre el que alguien había dormido y perfumado, recorrido por la vergüenza, la luz demasiado intensa para sus ojos, y las lágrimas que no dejaban de brotar. En la garganta, algo lo estrangulaba desde dentro.

—Tome... beba esto.

—¿Qué... qué es?

—No es más que un poco de *brandy*.

—Nunca bebo *brandy*.

—Le digo que se lo beba. Rápido.

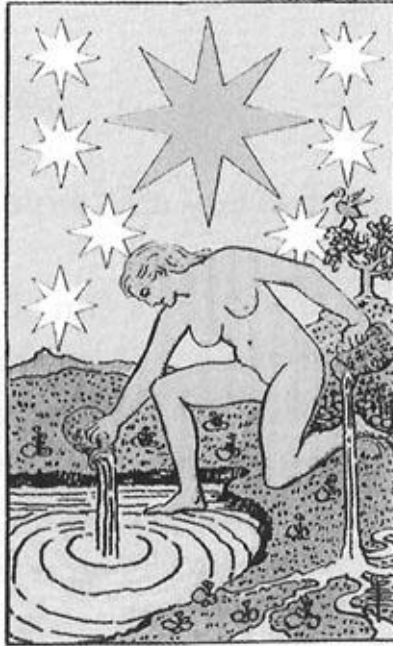
El vaso lo cegaba, contuvo el aliento y bebió, tosiendo al pasarle por la garganta.

—Y ahora levántese y siéntese en esa butaca. Abra los ojos y míreme.

La doctora Lilith Ritter lo observaba al otro lado de un ancho escritorio de ébano. Dijo:

—Supuse que tendría noticias suyas, Carlisle. Usted no está hecho para llevar un negocio de espiritismo en solitario.

NAIPE XII



LA ESTRELLA

*brilla sobre una muchacha desnuda que,
entre el cielo y la tierra, derrama unas aguas misteriosas
de unas jarras que lleva en la mano.*

—Échese en el sofá.

—No sé de qué hablar.

—Eso lo dice siempre. ¿En qué está pensando?

—En usted.

—¿Y qué piensa de mí?

—Que me gustaría que estuviera sentada donde pudiera verla. Quiero mirarla.

—Cuando se echa en el sofá, justo antes de recostarse, se pasa las manos por el pelo. ¿Por qué lo hace?

—Es mi tic de antes de empezar.

—¿Por qué lo hace?

—Siempre lo he hecho. Cuando era niño se me formaba un remolino en el pelo, y mi madre siempre me decía que me lo aplanara.

—¿Ese es el único motivo?

—¿Qué más da?

—Piense en ello. ¿Alguna vez ha conocido a alguien que lo hiciera... alguien que trabajara en el vodevil?

—No. Hablemos de otra cosa.

—¿En qué está pensando ahora?

—En pianos.

—Siga.

—Pianos. Gente que toca el piano. Para que otros canten. Mi madre cantaba. Cuando cantaba, mi viejo entraba en el comedor y todo el rato susurraba a uno de sus amigotes. Los demás se quedaban en la sala escuchando a mi madre.

—¿Ella también tocaba el piano?

—No. Lo tocaba Mark. Mark Humphries. Se sentaba y la miraba como si estuviera viendo a través de la ropa de mi madre. Se pasaba las manos por el pelo una vez...

—¿Ah sí?

—¡Pero esto es una locura! ¿Por qué iba yo a querer imitar lo que hacía ese tipo? Después de que mi madre se largara con él y yo pasara tantas noches

despierto imaginando infinitas maneras de matarlo.

—Creo que usted lo admiraba.

—Eran las señoras las que lo admiraban. Era un tipo corpulento con un vozarrón. Las mujeres estaban locas por él.

—¿Bebía, este tal Humphries?

—Claro. De vez en cuando.

—¿Su padre bebía?

—Diablos, no. Llevaba la cinta blanca de los abstemios.

—El primer día que vino aquí le ofrecí un vaso de *brandy* para que se recuperara. Dijo que nunca bebía.

—Maldita sea, no tergiversar todo lo que digo para que parezca que yo quería ser como mi viejo. Ni como Humphries. Los odiaba... a los dos.

—Pero no aceptó una copa.

—Eso era otra cosa.

—¿El qué?

—No es asunto... Es... es algo que no puedo decirle.

—Me paga para que lo escuche. Tómese su tiempo. Me lo dirá.

—Para mí aquello olía igual que el alcohol de madera. Ya no, pero sí la primera vez.

—¿Alguna vez ha bebido alcohol de madera?

—Cristo, no, ese fue Pete.

—¿Pete qué más?

—Jamás supe su apellido. Ocurrió en Burleigh, Mississippi. En la feria teníamos un tipo que se llamaba Pete. Un borrachín. Una noche empinó el codo con alcohol de madera y la palmó.

—¿Tenía la voz grave?

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—No se preocupe. ¿Qué era él para usted?

—Nada. Es decir...

—¿En qué está pensando?

—Maldita sea, deje de atosigarme.

—Tómese su tiempo.

—Estaba... estaba casado con Zeena, que hacía el número del horóscopo. Yo... yo... me la follaba y además quería averiguar cómo ella y Pete habían hecho su número de mentalismo cuando trabajaban en el vodevil, y quería una mujer e intenté ligármela y Pete siempre andaba de por medio y le di alcohol para que se durmiera y no sabía que era de madera o se me olvidó y se murió

y tuve miedo de que me echaran la culpa pero al final se olvidó todo. Eso es todo. ¿Satisfecha?

—Siga.

—Eso es todo. Durante un tiempo tuve miedo de que me acusaran de asesinato, pero luego se olvidó todo. Zeena nunca sospechó nada. Y luego Molly y yo nos juntamos y dejamos la feria y todo aquello pareció poco más que un mal sueño. Solo que nunca lo he olvidado.

—Pero se sentía tan culpable que nunca bebía.

—¡Por amor de Dios, no se puede practicar el mentalismo y beber! Tienes que estar siempre con los cinco sentidos.

—Volvamos a Humphries. Antes de que se escapara con su madre, ¿lo prefería usted a su padre?

—¿Otra vez tenemos que volver a eso? Claro. ¿Y quién no? Pero no después de que...

—Siga.

—Lo pillara.

—¿Lo pilló haciendo el amor con su madre? ¿Es eso?

—En el Calvero. Lo encontramos los dos, juntos. Y luego un día fui allí. Y lo vi. Ya se lo digo, lo vi. Todo. Todo lo que hicieron. Quería matar a mi viejo. Yo pensaba que él la había empujado en brazos de Humphries. Quería... quería...

—Sí.

—¡Quería que me llevaran con ellos! Pero ella me dejó, maldita sea, me dejó con el viejo hijo de puta para que me pudriera en ese condenado pueblucho de gañanes. Quería irme con ella y ver algo diferente y quizá entrar en el mundo del espectáculo. Humphries había estado en el mundo del espectáculo. Pero me dejaron para que me pudriera con ese cabrón que siempre citaba la Biblia.

—¿Por eso se hizo pastor espiritualista?

—Soy un estafador, maldita sea. ¿Lo entiende, zorra de cara impasible? Me aprovecho de la gente. En este maldito mundo de chalados lo único que importa es la pasta. Cuando la consigues, eres el amo. Y si no la tienes eres el que folla cuando el coño ya está lleno de leche. Voy a conseguirlo aunque tenga que abrirme todos los huesos de la cabeza. Voy a sacarles a estos pazguatos hasta el último centavo y a arrancarles el oro de la dentadura. Y no se atreva a denunciarme, porque si dice algo de mí todos sus otros panolis se asustarán y no sacará más de veinticinco pavos al día. Tiene suficiente en ese maldito archivador como para dejarlos en bragas a todos. Sé lo que tiene ahí

dentro: señoras de la buena sociedad con gonorrea, banqueros a los que les dan por culo, actrices que toman opio, gente que tiene hijos idiotas. Lo tiene todo anotado. Si yo tuviera todo ese material les haría unas lecturas improvisadas que se arrodillarían delante de mí. Y usted se queda aquí sentada, fuera del mundo, y escucha sin pestañear a esos panolis que vacían toda su mierda un día tras otro pagándole cuatro chavos. Si yo supiera todo eso no pararía hasta ganar un millón de dólares, y ni un minuto antes. Es usted una inocentona, rubita. Son todos unos pazguatos. Se lo tienen bien merecido. Y yo se lo voy a dar. Y si alguien abre su boca y le va con el cuento a los polis, se lo contaré a unos tipos que conozco. No creo que con ellos pueda utilizar sus truquitos de jiu-jitsu.

—Otras veces me han gritado, señor Carlisle. Pero usted no conoce a ningún gángster. Le darían miedo. Igual que tiene miedo de mí. Está usted lleno de rabia, ¿verdad? Cree que me odia, ¿no es así? Le gustaría levantarse de su sofá y darme un puñetazo, ¿me equivoco? Pero es incapaz. Se ve impotente conmigo. A mí no puede engañarme. No puede tomarme el pelo con sus fantasmas de estopilla, no puede impresionarme con su yoga de pacotilla. Conmigo está tan impotente como cuando su madre se fue con otro hombre y usted quería ir con ella. Creo que usted se fue con ella. Se escapó, ¿verdad? Se metió en el mundo del espectáculo, ¿verdad? Y cuando empieza su actuación se pasa las manos por el pelo, exactamente igual que Humphries. Ese tal Humphries era un hombre grandote, fuerte, atractivo. Creo que usted se ha convertido en Humphries... en su imaginación.

—Pero él... él...

—Igual que él. Creo que deseaba a su madre igual que la deseaba él.

—Maldita sea su alma.

—Échese en el sofá.

—Podría matarla...

—Échese en el sofá.

—Podría... Madre. Madre. Madre.

Estaba de rodillas, y con una mano se golpeaba los ojos. Se arrastró hasta ella y le puso la cabeza en el regazo, empujando. La doctora Lilith Ritter bajó la mirada hacia aquel pelo color maíz totalmente revuelto y esbozó una sonrisa. Le puso una mano en la cabeza, pasándole los dedos suavemente por el pelo, dándole unos golpecitos tranquilizadores mientras él sollozaba y jadeaba, hozando con los labios en su regazo. A continuación, con la otra mano, la doctora cogió su bloc que estaba sobre el escritorio y escribió en taquigrafía: «Burleigh, Mississippi».

En la oscuridad primaveral, el obelisco se recortaba negro contra el cielo. No había nubes y solo una estrella. No, un planeta; Venus, titilando como si mandara señales a la Tierra en un código cósmico que los mundos utilizaran entre ellos. Movi6 la cabeza un cent6metro, hasta que el planeta fr6o y refulgente pareci6 posarse sobre la punta de bronce de la saeta de piedra. Los faros de un coche, serpenteando a trav6s del parque, cayeron un momento sobre la piedra y los jerogl6ficos saltaron de las sombras. Pergaminos con sus nombres, la vanagloria de los muertos, invocaciones a dioses muertos, oraciones al reluciente y aciago r6o que nac6a en el misterio y desembocaba en el mar a trav6s de muchas bocas, que flu6a hacia el norte a trav6s de aquella tierra antigua. ¿Era misteriosa cuando a6n exist6a?, se pregunt6 Stan. Antes de que los 6rabes lo ocuparan y los panolis comenzaran a medir los t6neles de la Gran Pir6mide en pulgadas para ver qu6 ocurrir6a en el mundo.

El viento primaveral le agit6 el pelo y le llev6 un mech6n a la cara. Apret6 la mejilla de ella contra la suya y con la otra mano se6al6 el planeta, que lanzaba sus rayos a la afilada punta de la piedra. Ella asinti6 y guard6 silencio; y Stan sinti6 c6mo el desamparo volv6a a apoderarse de 6l, la impotencia de tocarla, la s6plica. Dos veces hab6a hecho el amor con 6l. Y las dos veces lo hab6a hecho como si le entregara un vaso de *brandy*, observando su reacci6n. Detr6s de aquella cara menuda y delicada, de sus ojos imperturbables, hab6a algo que respiraba, algo que se alimentaba de sangre procedente de un diminuto coraz6n que lat6a bajo unos pechos puntiagudos. Pero al tacto era una telara6a. Una telara6a como las de los bosques, que te tocan la cara y desaparecen bajo los dedos.

El sabor c6ldo del deseo apareci6 en su boca, y se convirti6 6cido con un torbellino interior y la vibraci6n de un recuerdo intimidador. Se alej6 de ella y se convirti6 para mirarla a la cara. Mientras el viento cobraba fuerza vio c6mo a ella le temblaban las fosas nasales, perfectamente moldeadas, oliendo la primavera igual que un animal olfatea el viento. ¿Era un animal? ¿Acaso era ese todo el misterio? ¿No era m6s que una gatita delgada y dorada que sacaba las u6as cuando ya hab6a jugado suficiente y deseaba soledad? Pero su cerebro siempre estaba en marcha, siempre se o6a su mecanismo detr6s de los ojos: los animales no ten6an ese 6rgano; ¿o quiz6a estaba en presencia de un s6per animal, una nueva especie, algo que se ver6a en la tierra dentro de un par de siglos? ¿Quiz6a la naturaleza hab6a enviado un tent6culo del pasado, que tanteaba a ciegas en el presente con un solo esp6cimen de lo que ser6a la humanidad dentro de mil a6os?

El cerebro lo controlaba; le proporcionaba dosis de dicha desaforada, medida en miligramos de palabras, el giro de la comisura de la boca de ella, un solitario y curioso destello de los ojos grises antes de que las escamas del secreto volvieran a cubrirlos de nuevo. El cerebro parecía siempre presente, siempre conectado al suyo mediante un cable dorado invisible, más fino que la seda de una araña. Enviaba descargas a su mente y lo castigaba con una gélida oleada de fría reprobación. Lo dejaba retorciéndose en el desamparo y el sufrimiento y luego, cuando se acercaba al punto de la desesperación, enviaba una cálida corriente que lo devolvía a la vida y lo arrastraba, trastabillando a través del espacio, a las alturas de una montaña nevada desde donde podía ver ante él todas las planicies de la tierra, y toda la fuerza de las ciudades y de la manera de ser de los hombres. Todo esto era suyo, podía ser suyo, sería suyo, a no ser que el hilo dorado se rompiera y lo mandara violentamente de nuevo al oscuro abismo del miedo.

El viento ahora era frío; se levantaron. Él encendió dos cigarrillos y le dio uno a ella, y siguieron caminando, rodeando el obelisco, pasando lentamente junto al muro helado y sin acabar de la parte posterior del Museo, por el borde del parque, donde los autobuses arrastraban sus luces solitarias mientras se alejaban del centro.

Él le cogió la mano y la introdujo en el bolsillo de su abrigo, y por un momento, mientras caminaban, la notó cálida y un poco húmeda, casi sumisa, casi, a la lengua de su imaginación, dulce y salada, sumisa, almizclada; pero en un instante todo cambió, la mano se congeló, se convirtió en la mano de una muerta en su bolsillo, tan fría como la que una vez había moldeado con caucho y estirado en el extremo de su alargabrazos, helada gracias a la bolsa de goma llena de hielo picado que llevaba en el bolsillo, delante de la cara del marido escéptico de una creyente.

Ahora crecía la soledad en su interior, como un cáncer, como un gusano de mil bifurcaciones, extendiéndose por sus nervios, reptando bajo su cuero cabelludo, atándole los brazos y estrujando su cerebro en un nudo corredizo, clavándose en sus costados y retorciéndolos hasta que le dolían de necesidad y de no tener, de querer y no atreverse, de extender la mano al vacío, de una futilidad que le agarrotaba las manos: orgasmo y una vergüenza que lo inundaba de prisa, hostil por derecho propio, avergonzada de la vergüenza.

Dejaron de andar y se desplazaron hacia un banco sin respaldo que había bajo unos árboles de los que salían los primeros brotes verdes, visibles a la luz del farol, delicados, conmovedoramente nuevos, la primavera de siempre, que traería ese verde suave, amablemente, como una joven, al aire de la tierra

mucho después de que ellos y esa fatal y condenada ciudad se hubieran extinguido. Desaparecerían para siempre, se dijo, mirando la cara de ella, que ahora estaba tan vacía como una bola de cristal y reflejaba tan solo la luz de la ventana.

La celeridad, la veloz caída de los años hacia la muerte, se apoderó de él, y apretó con fuerza a la mujer, la atrajo hacia sí en un feroz intento de agarrarse a la vida. Ella le permitió que la abrazara, y él se oyó gimotear en voz baja mientras frotaba sus mejillas contra aquellos cabellos lisos. Entonces ella se apartó, acercó la cara a la de él, le rozó los labios con los suyos y echó a andar otra vez. Él se quedó rezagado unos pasos, a continuación la alcanzó y una vez más le cogió la mano, y ahora era firme, musculosa, definida. Se cerró sobre los dedos de él en un único instante tranquilizador; a continuación la soltó y metió las manos en los bolsillos de su abrigo y siguió caminando, dejando una espiral de humo de cigarrillo a su paso, como una bufanda de aroma dulzón al viento.

Al caminar, ella movía los pies en paralelo, como si siguiera una grieta en la acera. A pesar de que llevaba tacones altos, los tobillos nunca vacilaban. Llevaba unas medias gris plomo, y los zapatos tenían hebillas de acero cortado.

Dos chavales harapientos, alegres de estar en la calle después de medianoche, se les acercaron dando saltos, persiguiéndose el uno al otro a través de la acera que quedaba junto al muro hacia el que se inclinaban los árboles. Uno de ellos empujó al otro y le chilló unas palabrotas, y el empujado salió despedido hacia Lilith. Esta se volvió como un gato al que hubieran soltado en el aire, se apartó del trayecto del chaval y este quedó despatarrado entre las cenizas, las manos resbalando y llenándose de ceniza las palmas. Se incorporó, y cuando Stan se volvió para mirar, de repente se abalanzó contra su compañero con los puños. Los chavales siempre juegan así. Arman jaleo hasta que uno se hace daño y entonces comienza una riña. Unos cuantos sopapos, ya no se ajuntan, y al cabo de un momento vuelven a ser amigos. Cristo, ¿por qué tienes que crecer en una vida como esta? ¿Por qué tienes que querer mujeres, poder, dinero, hacer el amor, mantener el tipo, vender tu actuación, hacerle la pelota a tu representante, aguantar que te timen con el cheque...?

Era tarde y se veían pocas luces. A su alrededor, el fragor de la ciudad se había convertido en un murmullo. Y la primavera llegaba y los álamos se alzaban esbeltos e inocentes en torno a un calvero con montículos de hierba

bajo sus manos... ¿alguna vez conseguiré olvidarlo? Se le empañaron los ojos y se le tensó la boca.

Al momento siguiente la mano de Lilith le cogió del brazo, lo apretaba, lo hacía cruzar la avenida hacia la casa donde ella vivía, donde ella obraba su magia particular, donde guardaba con llave los archivos llenos de información. Donde le decía a la gente lo que tenía que hacer durante el día siguiente, cuando querían tomar una copa, cuando querían romper algo, cuando querían suicidarse con pastillas para dormir, cuando querían follarse a la sirvienta, o lo que quisieran hacer que les diera tanto miedo que estuvieran dispuestos a pagarle veinticinco dólares la hora para que les dijera por qué estaba bien hacerlo, o que lo hicieran, o que se lo pensaran antes de hacerlo, o cómo podían evitar hacerlo, o cómo dejar de querer hacerlo, o cómo dejar de pensar en hacerlo, o cómo hacer otra cosa que fuera casi tan buena o que fuera mala pero les hiciera sentir mejor, o simplemente conseguir hacer algo.

Se detuvieron en la puerta de la casa de la doctora y esta se volvió hacia él, sonriéndole serenamente, diciéndole con aquella sonrisa que aquella noche no iba subir, que no lo necesitaba, que no lo deseaba, que no quería su boca en la de ella, que no lo quería arrodillado junto a ella, besándola, que no quería nada de él excepto que supiera que cuando ella lo deseara en la noche, y deseara su boca en la de ella, y lo quisiera arrodillado a su lado, besándola, lo obligaría a hacer todas aquellas cosas cuando quisiera y solo cuando quisiera y como quisiera, porque ya tenía lo que quería de cualquiera y le había permitido hacerle aquellas cosas porque ella deseaba que se las hiciera y no porque él pudiera hacerlas mejor que cualquier otro aunque él no sabía si había algún otro y no quería saberlo y no le importaba y ella podía conseguir que le hicieran todas aquellas cosas cuando se le antojara porque ella era así y había que obedecerla en todo porque ella controlaba con su mano el hilo dorado que le transmitía la corriente de la vida y detrás de sus ojos guardaba el reóstato que dirigía la corriente y podía dejarlo morir de hambre y sacarlo y matarlo congelándolo si quería y ahí era donde él se había metido solo que no importaba porque siempre que un extremo del hilo dorado estuviera incrustado en su cerebro podría respirar y vivir y moverse y volverse tan grande como ella quisiera puesto que ella enviaba la corriente a través del cable para que él fuera todo lo grande que ella quisiera y viviera e incluso hiciera el amor con Molly cuando Molly le suplicaba que le dijera si ya no la deseaba para que pudiera conseguir algún hombre antes de que pareciera una vieja calentorra y sus entrañas fueran demasiado estrechas para poder tener un hijo.

Todas esas cosas las veía en el carnosos labio inferior de ella, en sus pómulos afilados y en su barbilla afilada, en los enormes ojos grises que ahora parecían tinta en la oscuridad del vestíbulo. Estaba a punto de preguntarle algo y se humedeció los labios con la lengua. Ella captó su pensamiento, asintió, y él se quedó allí de pie, tres peldaños por debajo de ella con la mano en el sombrero, mirándola desde abajo, necesitado, y ella le dio lo que él imploraba, dispuso sus labios para un momento cálido, suave, dulce y húmedo, y la pequeña lengua de ella entre la suya igual que las palabras «Buenas noches», formadas de una suave humedad. Y de repente ella había desaparecido y ahí estaba él esperando otro día, otra semana, otro mes, dispuesto a hacer lo que ella dijera, siempre y cuando ella no cortara el cable dorado que ella había sacado de la mente de él, y él se alejó presuroso para aprovecharse de ello antes de que ella cambiara de opinión y lo rechazara, lo congelara a través del cable invisible incrustado en su cerebro, que detendría su mano a quince centímetros de sus labios.

Tres puertas más abajo había una pequeña coctelería con un cartel de cristal encima. Estaba iluminado desde el interior y decía BAR. Stan entró caminando deprisa. En la pared de tres colores unos murales se dibujaban mal encajados y una radio sonaba a bajo volumen allí donde estaba el barman, que lo saludó con la cabeza a un extremo de la barra. Stan dejó un dólar sobre la madera lustrosa.

—*Brandy Hennessy y ron Tres Estrellas.*

—«Dentro, por encima del barullo y la bronca, oímos interpretar a los músicos el *Trenes Liebes Herz* de Strauss...».

—¿Qué es esto?

—Está basado en un poema de Oscar Wilde, *La casa de la ramera*. ¿Entramos?

Caminaban por una calle secundaria, al anochecer de principios de verano; delante de ellos la avenida Lexington sucumbía a los chabacanos neones. En el sótano de una vieja casa de piedra había una ventana pintada con azules y rojos primarios; encima un cartel: DOUBLE EAGLE KRETCHMA. Una música gitana salía del aire caldeado.

—A mí me parece un antro.

—Me gustan los antros... Me apetece un poco de mugre. Entremos.

Dentro estaba oscuro, y algunas parejas se deslizaban por la pequeña pista de baile. Un hombre triste y gordo de carrillos azulados, que vestía una

camisa rusa de seda verde oscura, grasienta en los puños, se les acercó y los acompañó hasta una mesa.

—¿Desean beber algo? ¿Un buen Manhattan? ¿Un buen Martini?

—¿Tiene vodka de verdad?

Lilith dio unos golpecitos a la punta del cigarrillo.

—Buen vodka. ¿Y usted, señor?

Stan dijo:

—Hennessy, Tres Estrellas, y agua.

Cuando llegaron las bebidas, le ofreció un billete al camarero, pero este lo rechazó.

—Luego. Luego. Primero disfruten. Luego ya pagarán... la dolorosa, ¿eh? Pásenlo bien. Al final siempre hay que pagar por todo. —Se inclinó sobre la mesa y susurró—: Este vodka... no vale lo que pagan por él. ¿Por qué han venido?, ¿quieren que les lean las cartas?

Lilith miró a Stan y se rieron.

—Venga.

Desde las sombras de la parte de atrás del bar apareció una mujer y se acercó a ellos. Llevaba una falda roja que emitía un frufrú con el movimiento de sus caderas. Se cubría la cabeza con un pañuelo verde y tenía la nariz ganchuda, unos labios finos y flojos y un canalillo profundo y grasiento entre unos pechos que parecían a punto de salirse de la blusa blanca y sucia. Cuando la mujer se colocó en la mesa junto a Stan, este le notó la cadera redonda y ardiente.

—Corte, señora; veamos lo que corta, por favor. ¡Ah, mire! ¡Buena señal! Esta carta se llama La Estrella. Fíjese en esta chica. Tiene un pie en la tierra y un pie en el agua; derrama vino sobre la tierra y el agua. Es una buena señal, será afortunada en el amor, señora. Veo que un hombre de pelo claro va a pedirle que se case con él. Al principio puede que haya algunos problemas, pero todo saldrá bien.

Volvió una carta.

—Esta es El Ermitaño. Un anciano con una estrella dentro de un farol. Busca algo, ¿no? Algo que ha perdido, ¿no es eso? ¿Un anillo? ¿Un papel en el que había escrito algo?

Las preguntas de la gitana rebotaban en la cara fría e impávida de Lilith. La gitana volvió otra carta.

—Es la Rueda de la Vida. Vivirá mucho tiempo y enfermará muy poco. Puede que tenga algún problema estomacal más adelante, o alguna enfermedad nerviosa, pero todo se le pasará.

Lilith dio una calada a su cigarrillo y miró a Stan. Este sacó dos billetes de la cartera y se los entregó a la gitana.

—Con esto es suficiente, hermana. Lárgate.

—Gracias, señor. Pero las cartas dicen más cosas. Dicen muchas cosas acerca de lo que va a ocurrir. Mala suerte, a lo mejor; ¿quiere saber cómo mantenerla a raya?

—Vamos, hermana. Lárgate.

La gitana se metió dos billetes en el bolsillo, y también la baraja del Tarot, y desapareció sin mirar atrás.

—Probablemente ahora nos echará mal de ojo —dijo Stan—. Cristo, menuda bobada. ¿Por qué demonios se me ocurrió abandonar la feria ambulante? Ahora sería el mejor adivino con las cartas y al final de cada temporada ahorraría diez de los grandes.

—Tú no quieres eso, cariño. —Lilith dio un sorbo a su vodka—. ¿Crees que estaría sentada aquí contigo si tu única ambición fuera ser el mejor adivino con las cartas?

Stan esbozó una sonrisa.

—Tienes razón, doctora. Además, probablemente habría hecho el cambiazo demasiado a menudo y habría acabado en chirona. —Ella puso ceño y él se lo explicó—. El cambiazo es lo que los gitanos llaman *okana borra*: el gran truco. Haces que el panoli meta un dólar dentro del pañuelo. Se lo pone debajo del almohadón para dormir y por la mañana tiene dos dólares, y viene corriendo con todos sus ahorros recién sacados de la hucha. Al día siguiente, cuando se despierta, en el pañuelo no hay nada más que un montón de papel y vuelve en busca del gitano.

—Conoces un folclore tan fascinante, señor Carlisle. ¿Y crees que podrías haber sido feliz utilizando esa aguda y astuta inteligencia que tienes para engañar a algún granjero ignorante? ¿Aun cuando ganaras diez mil al año y te pasaras el invierno holgazaneando?

Stan se acabó el *brandy* y le hizo seña al camarero de que le sirviera otro.

—Y cuando llueve y lees la buenaventura con los pies dentro de un charco y un diluvio que te cae por la nuca. Me quedaré en casa de la señora Peabody. El tejado es mejor.

Lilith apretó los ojos.

—Quería comentarte una cosa, Stan, cuando tuviéramos un momento. Hay dos mujeres que serán presentadas a tu congregación, no directamente a través de mí, por supuesto, pero las presentarán. Una de ellas es una tal señora Barker. Le interesa el yoga; quiere ir a la India pero le he dicho que en esta

fase de su vida no le conviene desplazarse. Necesita algo en qué ocupar su tiempo. Creo que tu Aliento Cósmico sería lo más adecuado en este momento.

Stan había sacado un papelito del bolsillo y estaba escribiendo:

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Dame el papel. —Lo colocó en el cenicero y le acercó el mechero encendido—. Stan, te he dicho que no escribas nada. No quiero tener que recordártelo otra vez. Mucho hablar de ganar un millón utilizando la inteligencia, y sin embargo sigues comportándote con la misma candidez que un timador de feria.

Stan apuró rápidamente su *brandy*. Encontró otro en su lugar y se lo acabó igual de rápidamente.

Lilith continuó.

—Se llama Lucinda Barker. No hace falta que sepas nada más.

Siguió un minuto de silencio, y Stan hizo tintinear el hielo del vaso de agua con aire mohíno.

—La otra mujer se llama Grace McCandles. Es soltera, y tiene cuarenta y cinco años. Estuvo cuidando a su padre hasta que murió hace tres años. Ha pasado por la teosofía y ha llegado al otro lado. Quiere pruebas de la vida después de la muerte.

—Dame... ¿podrías decirme algo del viejo?

—Se llamaba Culbert McCandles, y era artista. Puedes recabar información con los marchantes de arte.

—Mira, Lilith, dame solo un dato. Sé que tienes miedo de que lo estropee todo y lleguen hasta ti. Pero tienes que confiar en mí. Después de todo, señora, llevo en esto toda la vida.

—Bueno, deja de disculparte y escucha. McCandles se acostó con su hija... una vez. Ella tenía dieciséis años. Nunca lo volvieron a hacer, pero nunca se separaron. Eso es todo lo que voy a decirte. Soy la única persona del mundo que lo sabe, Stan. Y si metes la pata tendré que protegerme. Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. Sí, amiga mía. Vámonos de aquí. No soporto este ambiente de vagabundos.

Por encima de sus cabezas, las hojas de verano recortaban el resplandor de la ciudad sobre el cielo de la noche. Se detuvieron un momento junto al obelisco y Lilith se puso delante y siguieron caminando. La parte de atrás del museo parecía sonreírles lascivamente, lleno de amenazas tácitas, y la fatalidad tiraba de su correa en las sombras.

Cuando Lilith salió del cuarto de baño, las manos le relucieron de tan blancas en contraste con la bata de seda negra al atarse el cordón. Calzaba unas diminutas zapatillas negras. Se sentó al escritorio, situado junto a la ventana del dormitorio, y de un compartimento lateral sacó un estuche que contenía varios cajones de poca hondura, con las etiquetas «zafiros», «ojos de gato», «ópalos», «ágata musgosa».

Dijo, sin mirar a Stan:

—Las notas no te servirán absolutamente de nada, Stan. Están todas escritas en mi propia taquigrafía.

—¿A qué te refieres?

Lilith levantó la mirada por primera vez, y era serena y benévola.

—Mientras estaba en el cuarto de baño has estado en mi despacho y probado la llave que te has hecho de mi fichero. La vi en el tocador cuando te quitaste la ropa. Ahora no está. La has escondido. Pero reconocí el perfil. Sacaste un molde de mi llave la última vez que te acostaste conmigo, ¿no es verdad?

Él no dijo nada, pero fumó rápidamente; la ascua de su cigarrillo se hizo larga y puntiaguda y de un rojo furioso.

—Iba a mandarte a casa, Stan, pero creo que necesitas una pequeña lección de modales. Y necesito que me pinten las uñas de los pies. Puedes ayudarme con el esmalte. Está en el cajón de la mesita. Tráelo.

Sin ánimo, apagó el cigarrillo, derramando parte de las ascuas y rápidamente devolviéndolas al cenicero. Sacó el esmalte y se acercó a ella, sintiendo el aire frío y hostil contra su cara desnuda. Se echó la camisa por encima de los hombros y se sentó en la alfombra, a los pies de la doctora.

Lilith había sacado el cajón que contenía los zafiros de su pequeño estuche, y extraía las piedras con un par de pinzas de joyero, manteniéndolas a la luz de la lámpara del escritorio. Sin mirarlo, sacó un pie de la zapatilla y lo colocó sobre la rodilla desnuda de Stan.

—Eres muy amable, cariño. Terapia ocupacional.

El Gran Stanton colocó un algodón en el extremo de un palito naranja y lo mojó en el frasco de quitaesmalte. Mientras le frotaba uno de sus dedos y eliminaba perfectamente el esmalte, le llegaba un olor acre y tremendamente químico. En cierto momento hizo una pausa para besar el fino pie en el empeine, pero Lilith estaba ensimismada en su bandeja de gemas. A Stan le entró el atrevimiento y abrió un poco la seda negra y le besó el muslo. Esta vez ella se volvió y se cerró la bata recatadamente sobre las rodillas, lanzándole una mirada de irónica tolerancia.

—Esta noche ya has pecado bastante, señor Carlisle. Procura no derramar el esmalte en la alfombra. ¿No querrás que te lo haga frotar con la nariz y luego te eche por la puerta de atrás agarrándote por el cogote, verdad, cariño?

Abrazando con la mano el empeine curvado del pie, comenzó a pintar las uñas. El esmalte color rosa se esparcía uniformemente, y se acordó del banco de trabajo del garaje de sus padres y de sus latas de pintura. De cuando pintó un ciclomotor que había hecho con cajas y un viejo carrito de bebé. Su madre dijo: «Qué bonito, Stanton. Tengo varias sillas en la cocina que podrías pintarme». El viejo había estado guardando aquella pintura para algo. Eso significó otra paliza.

—¡Stan, por amor de Dios, ten más cuidado! Me estás haciendo daño con ese palito.

Había terminado el primer pie y comenzado el otro sin darse cuenta.

—¿Cómo te pintarías las uñas si no me tuvieras a mí? —A Stan lo sobresaltó la hostilidad de su propia voz.

Lilith dejó un zafiro y apretó los ojos.

—A lo mejor le pediría a otro amigo que lo hiciera. Probablemente alguien que pudiera llevarme al teatro, que no tuviera tanto miedo de que lo vean conmigo. Alguien que no tuviera que entrar y salir a escondidas.

Stan dejó el frasco de quitaesmalte en el suelo.

—Lilith, espera a que nos forremos. Un creyente que tenga pasta de verdad... —Pero no sonó muy convencido; su voz se apagó—. Yo... yo quiero que me vean contigo, Lilith. Yo... todo este montaje no se me ocurrió a mí. Fuiste tú la que me dijo que siguiera con Molly. Si regresara a la feria ambulante...

—Stanton Carlisle. Pastor de la Iglesia del Mensaje Celestial. No imaginaba que pudieras sentir celos. No imaginaba que tuvieras tanto corazón, Stan. Creía que todo lo que te importaba era el dinero. Y el poder. Y más dinero.

Stan se incorporó, se arrancó la camisa y sus manos formaron sendos puños.

—Sigue, muchacha. Háblame de los muchos hombres con los que has estado. Vamos a medias. No tengo celos si otro tipo te estrecha la mano. ¿Por qué es tan diferente de... lo otro?

Ella lo miró a través de unos ojos casi cerrados.

—No es tan diferente. No. No es en absoluto diferente. Le estrechaba la mano regularmente al viejo juez, el que me puso la consulta cuando yo era una psiquiatra del tribunal y cobraba del ayuntamiento. En la oscuridad todos

los gatos son pardos, ya lo sabes, Stan. Y recuerdo vagamente, cuando tenía dieciséis años, el día en que cinco chicos del barrio me esperaron una noche cuando volvía a casa de la escuela nocturna. Me llevaron a un solar vacío y me estrecharon la mano uno tras otro. Creo que cada uno dos veces.

Stan se había vuelto mientras ella hablaba, y la boca le colgaba como si fuera un idiota, y el pelo le caía delante de la cara. Se abalanzó hacia el tocador, con sus espejos laterales, se quedó mirando su imagen, los ojos desaforados. A continuación, en un arrebato de desesperación, agarró a tientas las tijeras de uñas y se las clavó en la frente.

La punzada de dolor fue seguida al instante por una sensación de desgarramiento en la muñeca derecha, y vio que Lilith estaba a su lado, retorciéndole la mano a la espalda hasta que dejó las tijeras. No se había olvidado de subirse la bata, que mantenía recogida bajo un brazo para evitar que rozara el esmalte fresco de las uñas de los pies.

—Ponte un poco de yodo, Stan —dijo lacónica—. Y no intentes beberte el frasco. Hay poco y solo conseguirás vomitar.

Stan dejó correr el agua fría junto a su cara y a continuación se separó el pelo con una toalla suave y mullida. La frente ya no le sangraba.

—Stan, querido...

—Sí, ya voy.

—Nunca dejas las cosas a la mitad, ¿verdad, amor? Pocos hombres tienen el valor de hacer lo que realmente quieren. Si vienes aquí y me mimas un poco más (me encanta que me mimen, cariño), te contaré un cuento antes de acostarte, solo para adultos.

Stan se estaba vistiendo. Cuando terminó cogió un cojín para arrodillarse y dijo:

—Dame el pie.

Sonriendo, Lilith apartó las gemas y se recostó, extendiendo los brazos voluptuosamente, y mirando con una durísima sonrisa de posesión.

—Qué bien, cariño. Mucho mejor de lo que yo lo haría. Y ahora, acerca de ese cuento antes de acostarte... he decidido arriesgarme y pedirte que te quedes a pasar la noche conmigo. Puedes hacerlo, cariño. Solo esta vez. Bueno, conozco a un hombre... no seas tonto, cariño, es un paciente. Bueno, comenzó como paciente y luego se hizo amigo mío... pero no como tú, cariño. Es un hombre muy astuto y capaz, y podría irnos muy bien. Está interesado en los fenómenos psíquicos.

Stan se la quedó mirando, el pie en sus dos manos.

—¿Cómo anda de pasta?

—Le sale por las orejas, como dirías tú, cariño. Perdió a su enamorada cuando estaba en la universidad, y ha vivido con la culpa desde entonces. La chica murió en un aborto. Bueno, al principio pensé que tendrías que pasárselo a uno de mis insulsos freudianos... parecía que se me estaba yendo de las manos. Pero de pronto comenzó a interesarse por lo psíquico. Su empresa fabrica motores eléctricos. El nombre te sonará: Ezra Grindle.

NAIPE XIII



EL CARRO

*transporta a un conquistador. Dos esfinges tiran de él.
Se vuelven en direcciones opuestas para desgarrarlo.*

GRINDLE, EZRA, industrial, nacido en Bright's Falls, Nueva York, el 3 de enero de 1878, hijo de Matthias Z. y Charlotte (Banks). Academia Brewster y graduado en ingeniería en la Universidad de Columbia en 1900. Casado con Eileen Ernst en 1918 y divorciado en 1927. Entró en el departamento de ventas de Productos Químicos y Tintes Hobbes en 1901, jefe de la oficina de Chicago en 1905; instaló plantas en Rio de Janeiro, Manila, Melbourne entre 1908-10; director de exportaciones en 1912. Asesor del gobierno sin salario en Washington D. C., 1917-18. American Utilities, director general en 1919, vicepresidente en 1921. Fundó Refrigeración Grindle en 1924; Fundiciones y Moldes Manitou en 1926 (filial), en 1928 fusionó cinco empresas para formar Planchas y Estampados Grindle. Fundó la Compañía de Motores Eléctricos Grindle en 1929, presidente de la empresa y de la junta de accionistas. Autor de *El reto del trabajo organizado*, 1921; *Acelerar la producción: una guía científica*, 1928; *Psicología en la gestión industrial* (con R. W. Gilchrist), 1934. Clubs: Iroquois, Gotham Athletic, Club de Ingenieros de Westchester County. Aficiones: el billar y la pesca.

De *El anuario*, 1896, Brewster Academy:

EZRA GRINDLE («León»), Estudios principales: matemáticas. Actividades: club de ajedrez, club de matemáticas, entrenador del equipo de béisbol tres años, director comercial de *El anuario* dos años. Universidad: Columbia. Ambición: posee un yate. Cita: «Mediante los números mágicos y un sonido convincente», Congreve.

Cuando el chaval pelirrojo levantó la mirada vio a un hombre de pie junto al mostrador. El cuello de clérigo, el traje negro, el panamá con una cinta negra, lo devolvieron a la vida.

—Hijo mío, me pregunto si sería tan amable de ayudarme en una cosa. —
Se introdujo el breviarío en el bolsillo.

—Claro, padre. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Hijo mío, estoy preparando un sermón sobre el pecado de destruir la vida antes del nacimiento. Me pregunto si podías encontrarme algunas noticias aparecidas en tu periódico en las que se relate la muerte de alguna desdichada joven que se ha visto impulsada a arrancar la vida de su bebé no nacido. No las noticias más recientes, sabes... de estas ahora hay muchas. Quiero ver alguna antigua. Demostrar que este pecado abundaba ya incluso en la época de nuestros padres.

El muchacho arrugó la frente por el dolor de pensar.

—Caramba, padre, creo que no lo pillo.

El reverendo bajó un poco la voz.

—Abortos, hijo mío. Mira en la A-B.

El muchacho se sonrojó y se alejó con paso solemne. Regresó con un sobre viejo, ABORTOS, MUERTES 1900-10.

El hombre del cuello clerical fue hojeándolos rápidamente. 1900. MADRE DE DOS HIJOS MUERE EN UNA OPERACIÓN ILEGAL. CHICA DE LA SOCIEDAD... EL MARIDO LO ADMITE... PACTO MORTAL...

MUERTE DE UNA CHICA TRABAJADORA
POR ELIZABETH MCCORD

Ayer por la noche, en el Hospital Morningside, una joven delgada de trenzas negras que cubrían su almohadón volvió la cara hacia la pared cuando un joven se adentró en el pabellón donde ella se encontraba al borde de la muerte. No se dignó a mirarlo, ni le habló, aunque él le suplicó y le imploró perdón. Al final el joven se escabulló, eludiendo al agente Mulcahy, que había sido apostado en el hospital para que estuviera atento precisamente a la aparición del hombre responsable del estado y prematuro fallecimiento de la chica. Sin embargo, no escapó antes de que una enfermera que estaba de pruebas y tenía la vista muy aguda observara las iniciales E. G. en su reloj de bolsillo.

En algún lugar de nuestra gran ciudad, esta noche un cobarde está agazapado temblando, a la espera de que la pesada mano de la ley caiga sobre su hombro, con el alma desgarrada (esperemos) por el imperdonable gesto de la chica inocente cuya vida destruyó con su cruel egoísmo y su insistencia criminal.

Esta chica —morena, alta y encantadora, en la flor de la juventud— no es sino una de las muchas que...

El hombre de negro chasqueó la lengua.

—Sí... ya en la época de nuestros padres. Tal como yo pensaba. El pecado de destruir una vida antes de que nazca o reciba el Santo Bautismo.

Devolvió los recortes al sobre y le lanzó una radiante sonrisa de agradecimiento al chaval pelirrojo.

En la estación de Grand Central el bondadoso reverendo cogió una maleta en la consigna. En un cubículo se quitó la ropa y se puso un traje de lino, una camisa blanca y una corbata de rayas azules.

Se bajó en la avenida Madison, sonriendo y girando las páginas de un breviario gastado. Los bordes estaban arrugados por la lluvia; y en la guarda estaba escrito con una letra desvaída y caligráfica: «Padre Nikola Tosti» y una fecha. El hombre rubio lo arrojó a una papelería. En el bolsillo llevaba un recorte de periódico, escrito por la periodista sentimental treinta años atrás. *29 de mayo de 1900.*

La oficina del depósito de cadáveres del Hospital Morningside era una habitación del sótano habitada por Jerry, el guarda nocturno, un estanque de viejos libros de registro, y lo que quedaba de un escritorio totalmente rayado. Había dos sillas de cocina para los visitantes, una radio, un ventilador eléctrico para las noches calurosas y una estufa eléctrica para las frías. En aquel momento estaba conectado el ventilador.

Un visitante ataviado con unos sucios pantalones grises y una camisa *sport* levantó la vista cuando Jerry regresó a la sala.

—Le he pedido un par de vasos a la enfermera de noche del Ala Oeste, la pequeña de buenas piernas. Estos vasos tienen marcas, pero no permitiremos que esto nos frene. Llénalos. Digamos, hermano, que nos tomamos juntos un descanso en Julios y tú tenías esta botella. En toda la noche no he podido remojar el gaznate. Me moría por echarme un par de tragos.

Su nuevo amigo se echó para atrás el sombrero de paja y llenó los vasos de administrar medicamentos con aguardiente de manzana.

—Esto sí que reanima a un muerto, ¿eh? —Jerry apuró su bebida y le tendió el vaso.

El rubio volvió a llenarlo y dio un sorbo a su *brandy*.

—Las noches se hacen aburridas, ¿eh?

—Tampoco tanto. Escucho los programas de música. A veces ponen buenos discos. Y hago muchos crucigramas. Y hay noches en que no tienes ni un momento de tranquilidad: llegan fiambres cada diez minutos. Sobre todo en invierno y cuando hace mucho calor: suelen ser viejos. Procuramos hacernos el longuis cuando la cosa no es importante, pero no puedes dejarlos

fuera cuando el médico dice: «Ahí viene uno». Entonces registramos la muerte en nuestro registro y en el registro municipal. No es un plato de gusto. Gracias, me serviré otra.

—¿Y tienes que registrarlos a todos en esos libros? Eso me volvería loco. —El hombre rubio colocó los pies sobre el escritorio y miró el estante lleno de libros de registro.

—No. Solo en el libro del día... este de aquí, el del escritorio. Todos esos libros se remontan a la época en que fundaron el hospital. No sé ni por qué los guardan aquí. Solo de vez en cuando la oficina del forense viene a husmear por aquí, buscando algo ocurrido hace mucho tiempo, y les quito el polvo. No es un mal trabajo. Tienes mucho tiempo libre. Oye, es mejor que no tome más. La supervisora de noche es una sargenta. Podría aparecer y pegarme una bronca de aúpa. Podría decir que me he presentado borracho. Jamás me he presentado borracho al trabajo. Y nunca viene antes de las tres. No está mal.

Los fríos ojos azules del rubio habían distinguido un volumen marcado con el año 1900.

Jerry siguió perorando.

—Dime, ¿conoces a esa actriz, Doree Evarts, la que se suicidó hace dos noches en el hotel que hay al otro lado de la calle? No pudieron salvarla. Esta noche, a eso de las ocho, recibí una llamada para recoger a uno de la Oeste Cinco... eso es confidencial. Era ella. La metí en la nevera. ¿Quieres verla?

El desconocido dejó el vaso sobre la mesa. Tenía la cara pálida, pero dijo:

—Claro, nunca había visto a una *stripper* muerta. Pero chico, sí que la vi cuando estaba viva. Los volvía locos a todos.

El hombre del depósito le dijo:

—Ven. Te la presentaré.

En el pasillo había cámaras frigoríficas en tres alturas. Jerry recorrió el pestillo de una y sacó una bandeja en la que había una silueta cubierta por una sábana de algodón barato que retiró con una floritura.

Doree Evarts se había cortado las venas. Lo que yacía sobre la bandeja galvanizada era un muñeco con los ojos medio abiertos, y el pelo, rubio, mojado y apelmazado. Las fosas nasales y la boca estaban tapadas con algodón.

Ahí estaban los pechos que Doree había cogido por los pezones bajo los focos color ámbar, el vientre que había girado para aquella multitud de viejos rodeados de humo y chavales con la cara llena de granos, las piernas largas que había extendido al dar el último golpe de pelvis, antes de salir del

escenario. La pintura de las uñas estaba rota y desportillada; en el pulgar llevaba atada una etiqueta con su nombre; tenía las muñecas vendadas.

—Qué buena estaba... antes. —Jerry volvió a taparla con la sábana, empujó el cajón y cerró la puerta. Regresaron a la oficina y el visitante apuró rápidamente dos *brandys*.

Doree había llegado al final del callejón. ¿De qué había estado huyendo para acabar cortándose las venas? La pesadilla se cierne sobre ti. ¿Qué fuerza anidaba en su cabeza, bajo ese pelo color caramelo, que la había impulsado a eso?

La oficina fría y húmeda daba vueltas en el calor del *brandy* mientras la voz de Jerry seguía parlotando.

—Hay noches que te partes de risa. Una vez, el invierno pasado, tuvimos una noche movidita. Me refiero a una noche de las buenas. Los tíos caían como moscas, te lo digo. Un montón de viejos. Cada cinco o diez minutos sonaba el teléfono: «Jerry, sube, que tenemos otro». Ya te digo. No tuve un momento de paz en toda la noche. Al final llené la hilera inferior de cajas y luego la segunda. Ahora bien, no quería tener que meterlos en la fila de arriba. Tendría que conseguir dos escaleras y a otros dos tipos que me ayudaran a subirlos. Bueno, ¿qué hubieras hecho? Naturalmente. Hice que compartieran cama. Bueno, a eso de las cuatro de la mañana esa vieja sargenta me telefonea y me pide que dónde está tal y tal fiambre, y se lo digo... era una mujer. Entonces me pide por un tipo y lo busco en el registro y le digo dónde está. Bueno, los había metido en la misma nevera. ¡Qué demonios... eran muertos! Deberías haber oído cómo se puso.

Cristo bendito, ¿es que aquel tipo no iba a callarse ni a salir aunque fuera un minuto? Con un minuto tendría suficiente. En la estantería que estaba sobre la cabeza de Jerry. 1900.

—Menudo follón me montó. Me dice: «Jerry»... Deberías haberla oído, no te lo creerías... «Jerry, creo que deberías tener la decencia»... esas fueron sus palabras... «¡Creo que deberías tener la decencia de no poner hombres y mujeres juntos en el mismo compartimento refrigerador!». ¡La monda! Y yo le digo, le digo: «Señorita Leary, ¿pretende insinuar que debo alentar la homo-sex-ualidad entre cadáveres?». —Jerry se recostó en su silla giratoria, se dio una palmada en el muslo y su compañero rio hasta las lágrimas, eliminando la tensión de sus nervios.

—¡Oh, deberías haber oído la que me cayó entonces! Un momento... está sonando el teléfono. —Escuchó y a continuación dijo—: Enseguida, chaval

—y echó la silla para atrás—. Tengo un cliente. Volveré enseguida. Ponme un trago antes de irme.

Sus tacones resonaron en el pasillo. El ascensor se paró, se abrió la puerta, se cerró, y subió con un zumbido.

1900. 28 de mayo. Edad: 95, 80, 73, 19... 19... Doris Mae Cadle. Diagnóstico: septicemia. Ingresada: demonios, ¿de dónde era? No ponía su origen. Nombre, edad, diagnóstico. La única persona joven del día 28 y de las páginas anterior y posterior. El ascensor bajaba y metió el libro de registro en su sitio.

Jerry estaba en la puerta, tambaleándose un poco, la cara reluciente.

—¿Puedes echarme una mano? ¡Un gordo! ¡Jesús!

—No. No vivía aquí en mi época. Naturalmente, solo hace ocho años que ocupó la casa. La señora Meriwether era la que vivía antes aquí. Desde entonces está en la Residencia para Ciegos. Cataratas, sabe.

Una voz suave y de persona instruida:

—Señora Meriwether, lamento muchísimo molestarla con lo que, después de todo, para mí es solo una afición. Soy ginecólogo. Estoy investigando las ramas de la familia de mi madre: los Cadle. Y en una vieja guía telefónica de la ciudad observé que alguien con ese nombre vivió en la pensión que usted regentaba hace treinta y cinco años. Naturalmente, no espero que se acuerde.

—Joven, naturalmente que me acuerdo. Era una chica estupenda, Doris Cadle. Lo recuerdo como si fuera ayer. Sufrió una especie de envenenamiento de la sangre. La llevaron al hospital. Demasiado tarde. Murió. La enterraron en Potter's Field. No sabía dónde estaba su familia. Habría puesto el dinero para pagarle una tumba, solo que no lo tenía. Intenté recaudar dinero entre mis inquilinos, pero estos tampoco iban sobrados.

—¿Era de los Cadle de Nueva Jersey?

—Es posible. Solo que, por lo que yo recuerdo, procedía de Tewkesbury, Pennsylvania.

—Dígame, señora Meriwether, ¿está usted emparentada con los Meriwether de Massachussets?

—Ahora que lo dice, joven, esto es interesante. Mi abuela era de Massachussets. Mi abuela por parte de padre. Y ahora, si le interesan los Meriwether...

—Señora Cadle, creía tener todos los datos que necesitaba, pero hay unas cuantas preguntas que me gustaría formularle para los registros del gobierno.

—El traje oscuro, el portafolios, las gafas de montura de concha sobre una pajarita de lunares: todo revelaba que era un funcionario del gobierno.

—Entre. He estado intentando encontrar la foto de Dorrie. No la he vuelto a ver desde que se la enseñé hace un rato.

—Doris Mae. Creo que esa fue su hija segunda. Ha vuelto a poner la foto en la Biblia, señora Cadle.

En la lacónica voz del hombre había hastío. Debía de estar terriblemente cansado, si se dedicaba a dar la tabarra a la gente todo el día y cada día.

—Echémosle otro vistazo. Aquí... aquí esta. No ha tenido que buscar mucho. ¿Le he preguntado la fecha en que su hija se graduó en el instituto?

—No llegó a graduarse. Hizo un curso de comercio y se fue a Nueva York, y no volví a verla.

—Gracias. Ha dicho que su marido trabajó en las minas desde los trece años. ¿Cuántos accidentes tuvo en ese período? Es decir, ¿accidentes que le hicieron perder uno o más días de trabajo?

—¡Oh, Dios mío, se lo puedo decir con toda exactitud! Me acuerdo de una vez justo después de casarnos...

El funcionario del departamento de estadística caminaba lentamente hacia la única línea de tranvía de la ciudad. En su portafolios llevaba un rollo de película en el que había fotografiado los dos lados de una postal. En una se veía una fotografía barata de una joven tomada en Coney Island. Estaba sentada en un bote de *atrezzo* llamado *Brisa marina*, y empuñaba un remo. Detrás de ella había un faro pintado. En la parte de la postal donde iba el texto estaba escrito con una letra precisa y anodina:

Querida mamá y demás:

Os envío esto desde Coney Island. Es la feria más grande que he visto nunca. Me ha llevado un chico llamado León. ¿No os parece un apodo idiota? Como podéis ver me han sacado una foto. Di a papá y a todos que me encantaría veros y dale un abrazo de mi parte a la pequeña Jennie. Os escribiré pronto.

Con cariño,
DORRIE

La conversación pasó a ser un susurro impaciente cuando el reverendo Carlisle entró en la sala y se dirigió al atril que había en la parte acristalada, donde los helechos y las palmeras reflejaban el sol de verano en un tumulto

de verde. El resto de la sala era fresco y estaba en penumbra, y unas cortinas corridas cubrían las ventanas que daban a la calle.

El reverendo abrió la Biblia, cuyo cierre estaba bañado en oro, se pasó una vez las manos por el pelo, y a continuación miró en línea recta por encima de las cabezas de la congregación que se había reunido en la Iglesia del Mensaje Celestial.

—El texto de esta mañana procede de Efesios cinco, versículos ocho y nueve: «Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad...».

La señora Prescott llegaba tarde, maldita sea. ¿O era el panoli el que los hacía esperar? Debía de ser de esos cabrones que siempre llegan tarde, que creen que el mundo siempre tiene el telón levantado esperando que aparezcan.

Los ojos azules se alzaron de la página y sonrieron su bendición a las caras que tenían delante. Había veinte personas en la casa, y unos cuantos maridos que habían venido arrastrados; y un par de creyentes masculinos.

—Amados hermanos, en este día de verano en el que la gloriosa luz de Dios ilumina el mundo, descubrimos una lección en este resplandor...

¿Dónde estaba Tallentyre? Se suponía que tenía que traer a Prescott y al panoli.

—... pues todos nosotros, que antaño caminamos en la oscuridad del miedo y la ignorancia y la duda, vemos cómo nuestro camino por el plano terrenal se llena de luz y resplandor gracias a la certeza de nuestra fe.

Al otro extremo de la habitación en penumbra, la puerta delantera se abrió y se cerró. A la tenue luz, entraron dos mujeres recias con un vestido floreado: Tallentyre y Prescott. ¡Hijo de puta! ¿Es que el primo se había echado atrás en el último momento? Con una estocada de ansiedad, Stan se preguntó si no le había ido alguien con el cuento.

Pero enseguida apareció un hombre en la puerta, grande, con un traje de franela gris claro, y un panamá en la mano. Una silueta negra al tenue resplandor que proyectaba el tragaluz. El despliegue de los hombros delataba a un personaje arrogante, alguien que poseía muchas cosas: tierras, edificios, maquinaria. Y hombres. Dos platillos de luz redondos, como de búho, centellearon en la cabeza oscura: la luz de la galería se reflejó en sus gafas sin montura cuando volvió la cabeza, susurrándole a Prescott. A continuación se sentó en la última fila, apartando una de las sillas plegables para que le cupieran las piernas.

El reverendo Carlisle aspiró y clavó los ojos en la Biblia repujada en oro que tenía delante.

—Mis queridos amigos, dejadme que os cuente una historia. Hubo una vez un hombre que había estado en la Primera Guerra Mundial. Una noche oscura lo mandaron a explorar la tierra de nadie con uno de sus compañeros: una bengala surgió de las trincheras enemigas e iluminó el campo. En aquel momento hubieran hecho bien en rezar con David: «Escóndeme a la sombra de tus alas de esos enemigos ensañados que me cercan». El hombre del que hablo empujó a su compañero y se lanzó a un agujero de obús para protegerse, mientras las metralletas de los alemanes comenzaban a llenar el campo de muerte.

Ezra Grindle se abanicaba indolente con su panamá.

—El soldado que se había quedado sin sitio donde protegerse cayó herido de muerte. Y antes de que se apagara el siniestro resplandor de la bengala, el otro soldado, acurrucado en el cráter, vio cómo los ojos de su compañero se clavaban en él en una silenciosa expresión desdeñosa y acusatoria.

»Mis queridos amigos, han pasado los años. El que sobrevivió se convirtió en un pilar de la sociedad, en un hombre casado, en un padre respetado en su comunidad. Pero siempre, en lo más profundo de su alma, estuvo el recuerdo de la cara de ese muchacho agonizante, de aquellos ojos que lo acusaban.

El panamá se había quedado inmóvil.

—Este hombre hace poco se interesó por la Verdad Espiritual. Comenzó a asistir a la Iglesia de un médium que es un buen amigo mío y vive en una ciudad que queda al oeste. Descargó su conciencia con el médium. Y cuando finalmente estableció contacto con su «camarada» cuya vida terrenal se extinguió por culpa de su cobardía, ¿cuáles creéis que fueron las primeras palabras que su amigo en espíritu le dijo a aquel hombre angustiado por la culpa? Fueron: «Estás perdonado».

»Imaginaos, amigos, la increíble alegría que surgió en el corazón torturado de aquel hombre cuando se desembarazó del peso de la culpa que tanto le había pesado, y por primera vez en todos aquellos años fue un hombre libre: y se empapó del sol y del suave viento y del canto del pájaro al amanecer y a la anocheada.

Grindle se había inclinado hacia delante, y tenía una mano posada en el respaldo de la silla que había apartado. La señora Prescott le susurró algo al oído, pero él no lo oyó. Parecía absorto y concentrado en la voz del hombre que había detrás del atril, un hombre que llevaba un traje de lino blanco y un

chaleco negro clerical, cuyo pelo, bajo los rayos del sol de verano, era tan dorado como su voz.

—Mis queridos amigos, no necesitamos a *Dios* para que se nos perdone. ¿Cómo podemos pecar contra el viento que sopla por los campos de cereal maduro, cómo podemos ofender el suave aroma de las lilas en el crepúsculo de la primavera, el azul intenso del cielo de otoño o el eterno esplendor de las estrellas en el cielo invernal? No, no amigos míos. Solo podemos pecar contra el hombre. Y el hombre, en su siguiente mansión del alma, nos dice con ternura, con cariño: «Estás perdonado, amado mío. Cuando vengas con nosotros lo sabrás. Hasta entonces, ve con nuestro amor, regocíjate en nuestro perdón, y saca fuerzas de nosotros, que vivimos para siempre en la sombra de su mano».

Las lágrimas habían asomado a los ojos del clérigo, y ahora, a la luz de la galería, relucían tenues en sus mejillas cuando dejó de hablar y permaneció erecto con el porte de un emperador en su carruaje.

—Oremos.

En la parte de atrás de la sala, un hombre que se había pasado la vida arruinando competidores, sobornando congresistas, rompiendo huelgas, armando vigilantes, engañando a accionistas y dando fondos para madres solteras, se cubrió los ojos con la mano.

—Reverendo, dígame qué hace que los megáfonos hablen.

—Yo he oído voces salir de los megáfonos. Pero yo no los hago hablar. Las voces vienen solas. El médium o bien tiene un don natural o lo adquiere por la devoción, el estudio y la paciencia.

Los puros le habían costado a Stan veinte dólares, pero empujó la caja por encima del escritorio y él mismo cogió uno, dándole fuego al magnate. Las persianas venecianas estaban bajadas, las ventanas abiertas, y el ventilador zumbaba suavemente.

Grindle aspiró dos veces el humo del puro, lo dejó salir por la nariz, dio su aprobación, y se reclinó aún más en su butaca.

Como si de repente recordara una cita, el espiritualista dijo: «Excúseme» y anotó unas notas en una agenda. Dejó que Grindle siguiera fumando mientras él hacía una llamada telefónica, y a continuación se volvió hacia él, sonriendo, expectante.

—No me interesan los fenómenos de megafonía en su casa. Quiero verlos en *mi* casa.

El clérigo puso una cara severa.

—Señor Grindle, los fenómenos espirituales no son un número de circo. Son una experiencia religiosa. No podemos saber cuándo ni dónde aparecerán. Para ellos todas las casas son iguales. Los que han fallecido pueden manifestarse en la humilde cabaña de un campesino y hacer caso omiso de dónde viven los ricos, los cultos y los instruidos.

El hombretón asintió.

—Hasta aquí lo sigo, Carlisle. En uno de sus sermones mencionó que el Espiritualismo es la única fe que ofrece *pruebas* de la vida después de la muerte. Recuerdo que dijo que el mandamiento de «Enséñamelo» es la divisa del mundo de los negocios en Estados Unidos. Bueno, pues esa vez dio en el clavo. Le estoy pidiendo que me lo enseñe, eso es todo. Y me parece bastante justo.

La benévola sonrisa del pastor no era de este mundo.

—Estoy a su servicio si puedo reforzar su determinación de averiguar más por usted mismo.

Fumaron, Grindle observó al espiritualista, Carlisle parecía sumido en una profunda meditación.

A la izquierda de la butaca de Grindle había una mesita baja de teca, una reliquia del mobiliario de la señora Peabody. Sobre ella había un pequeño *gong* chino de latón. El silencio se hizo más profundo, y parecía que el industrial intentaba obligar al otro hombre a romperlo; pero ninguno de los dos dijo nada. De repente el pequeño *gong* habló: una nota clara y desafiante.

Grindle lo agarró bruscamente, lo levantó de la mesa, lo puso boca abajo y lo examinó. A continuación levantó la mesa y golpeó el tablero con los nudillos. Cuando volvió a levantar la mirada se encontró con que el reverendo Carlisle le sonreía.

—Puede coger el *gong*... y la mesa, señor Grindle. Nunca había sonado por una exudación de poder psíquico, lo que denominamos fuerza odílica, como ha ocurrido ahora. Alguien debe de intentar comunicarse con usted. Pero es difícil... su escepticismo innato es una barrera.

En la cara del hombretón Stan pudo leer el conflicto: el miedo a ser engañado y el deseo de ver prodigios y recibir el perdón de Doris Mae Cadle, 19 años, septicemia, 28 de mayo de 1900: *Pero te digo, Dorrie, que si nos casamos ahora todo, todo, se irá al garete.*

Grindle se inclinó hacia delante, saeteó el aire con los dos dedos que agarraban el puro.

—Reverendo, en mi fábrica de Jersey tengo una balanza de farmacia lo bastante sensible como para pesar un cabello... ¡un solo cabello humano! Está

cubierta por un cristal. ¡Haga que la balanza se mueva y le daré a su iglesia diez mil dólares!

El reverendo Carlisle negó con la cabeza.

—No me interesa el dinero, señor Grindle. Puede que usted sea rico. Yo también lo soy... de una manera diferente. —Se puso en pie, pero Grindle no se movió de su siso—. Si quiere usted organizar una sesión de espiritismo en su casa o donde sea, puedo intentar ayudarlo. Pero se lo advierto... el lugar no importa. *Lo que importa es el entorno espiritual.* —Había hablado lentamente, como si sopesara algo en su mente, pero la última frase salió como si hubiera alcanzado una decisión.

—¡Dios todopoderoso! Perdóneme, reverendo, pero todo esto ya lo sé. Tendrá toda la cooperación por mi parte. Soy un hombre de mente abierta, Carlisle. De mente abierta. Y los hombres que escoja para nuestro comité también tendrán la mente abierta... pues de lo contrario sabrán lo que es bueno. ¿Cuándo puede venir?

—Dentro de tres semanas tengo una noche libre.

—No me va bien. Dentro de tres semanas tendré que estar en Quebec. Y tengo este asunto entre ceja y ceja. Quiero averiguarlo enseguida y de una vez por todas, Carlisle. Enséñeme ni que sea una mínima prueba incontrovertible y escucharé cualquier cosa que tenga que decirme. ¿Puede considerar este caso una emergencia y venir a la fábrica esta noche?

Stan se había desplazado hacia la puerta y Grindle lo había seguido.

—Señor Grindle, creo que usted es sincero en su búsqueda.

Bajaron las escaleras alfombradas y se quedaron en la puerta principal.

—Entonces, ¿vendrá, reverendo? ¿Esta noche?

Carlisle asintió.

—Estupendo. Le enviaré un coche a las seis. ¿Le parece bien? ¿O quiere venir antes y cenar en la fábrica? Comeremos en la cafetería de allí, con los empleados. Muy democrático. Pero la comida es buena.

—No querré nada muy pesado, gracias. Tomaré un bocado antes de las seis.

—Muy bien. El coche lo recogerá aquí, en la iglesia. —Grindle sonrió por primera vez. Fue una sonrisa gélida, tensa en la mirada, pero probablemente no lo sabía hacer mejor. Stan miró atentamente al hombretón.

Pelo ralo y rubio rojizo. Frente abombada y salpicada de pecas. Una cara grande y rectangular con unos rasgos discretos e irascibles. Las arrugas habituales en torno a la boca, como si hubieran quedado grabadas por la protuberancia o por oler constantemente algo un tanto repugnante. Una voz

malhumorada, bravucona en la superficie, medrosa en el fondo. Temía que alguien le sacara diez centavos o le arrebatara poder por valor de diez centavos. Una buena figura gracias al golf y a su máquina de remar. Quizá un protector de hombros para mantenerlo erguido cuando los problemas tendían a encorvarlo, como ocurría con sus contables. Manos grandes, dedos cubiertos de vello rojizo. Un idiota grande, irritable, insatisfecho, asolado por la culpa, orgulloso de su fortuna e inflamado por la publicidad, rebosante de billetes de mil dólares.

La mano que el reverendo Carlisle levantó como gesto de despedida fue como una bendición, con el mejor gusto posible.

Cuando Stan regresó al apartamento eran las dos de la tarde. Molly seguía dormida. Apartó la sábana de un tirón y comenzó a hacerle cosquillas en las costillas. Molly se despertó enfadada y riendo.

—¡Stan, basta! ¡Oh, oh, cariño! ¡Debes de tener buenas noticias! ¿Qué ocurre?

—Es el Gran Panoli, niña. Por fin está picando. Esta noche es la sesión de espiritismo en su fábrica de Jersey. ¡Si funciona, estamos forrados! Si no, estamos en un lío. Y ahora vete a la calle y tráeme un gatito.

—¿Un qué? Stan, ¿te encuentras bien?

—Claro que sí. Vístete y búscame una buena tienda de animales que tengan un gato. Tráelo contigo. Me es igual que tengas que robarlo.

Cuando Molly se hubo marchado, sacó la goma del extremo de un lápiz, incrustó el lápiz en la jamba de la puerta y agujereó el cilindro con un berbiquí. A continuación volvió a colocar la goma y se metió el lápiz en el bolsillo.

El gatito era un pequeño tigre macho de unos tres meses.

—¡Maldita sea, podrías haber traído uno blanco!

—Pero, cariño, no sabía para qué lo querías.

—Da igual, niña. Lo has hecho bien. —Se encerró con el gato en el cuarto de baño durante media hora. Cuando salió le dijo a Molly—: Ya está. Ahora puedes devolverlo.

—¿Devolverlo? Pero si le prometí al hombre que le daría un buen hogar. Va, Stan, creía que nos lo podríamos quedar. —Parpadeaba para contener las lágrimas.

—Muy bien, muy bien, niña. Quédatelo. Haz lo que quieras con él. Si este asunto sale bien, te compraré una pantera con pedigrí.

Stan regresó a toda prisa a la Iglesia, y Molly colocó un platito con leche en el suelo y se quedó contemplando cómo el gatito la lamía. Decidió llamarlo Buster.

—Aquí es donde comienza la propiedad del señor Grindle —dijo el chófer. Habían atravesado Manhattan, pasado por debajo del río por el túnel de paredes relucientes, habían dejado atrás el humo del norte de Jersey y atravesado la desolación de las salinas. Delante de ellos, sobre una llana extensión de cenizas y de una porfiadora vegetación, la chimenea y los edificios alargados y de techos acristalados de la Compañía de Motores Eléctricos Grindle surgieron relucientes a la última luz del sol.

El coche aminoró la velocidad al llegar junto a la verja de una tapia con alambres de espinos sobre la cual discurría un cable sujeto por material aislante.

El guarda privado que había en la puerta le asintió con la cabeza al chófer y dijo:

—Adelante, señor Carlisle. Preséntese en la casa del guarda número cinco.

Siguieron una carretera de grava y llegaron a otra tapia con alambre de espino y a la casa del guarda número cinco.

—Tiene que entrar y registrarse, señor —dijo el chófer.

Dentro de una choza de cemento, un hombre ataviado con una camisa gris militar, un cinturón con correa oficial y una gorra azul oscuro estaba sentado a un escritorio. Leía un tabloide; cuando levantó la mirada Stan leyó la historia de su vida en la cara: expulsado del cuerpo de policía de alguna pequeña ciudad por su excesiva brutalidad; o quizá lo habían pescado en una estafa y lo habían enviado a prisión: la cara llevaba las marcas de la sala de reuniones de la comisaría y de la cárcel, una encima de otra.

—¿Carlisle? Lo esperan. Firme esta tarjeta. —La tarjeta salió de una máquina que parecía una caja registradora. Stan la firmó. A continuación el guarda dijo—: Saque la tarjeta. —Stan agarró su superficie encerada y la sacó—. Ojo... no la rompa. Mejor utilice las dos manos.

El reverendo Carlisle utilizó las dos manos. Pero ¿de qué iba todo aquello? Le entregó la tarjeta a Cuellogrueso, y entonces se dio cuenta de que había dejado sus huellas digitales en la superficie encerada.

—Ahora entre y le explicaré las normas.

Era un pequeño vestuario.

—Quítese la chaqueta y entréguemela.

—¿Puedo saber a qué viene todo esto?

—Órdenes del señor Anderson, jefe de seguridad de la fábrica.

—¿El señor Grindle sabe esto?

—Y yo que sé, reverendo, pregúntele a él. Y ahora deme su chaqueta. Ultimamente el señor Anderson se está volviendo más estricto con las normas.

—¿Pero qué están buscando?

Unos dedos regordetes le hurgaron en los bolsillos y en las costuras.

—Sabotaje, reverendo. No es nada personal. Aunque viniera un senador, tendríamos que cachearlo. —El registro incluyó los zapatos del reverendo Carlisle, la cinta de su sombrero y el contenido de su cartera. Cuando el guarda le estaba devolviendo el chaleco, cayó un lápiz; el guarda lo recogió y se lo entregó al clérigo, que se lo metió en el bolsillo. Al salir, Stan le regaló un puro al guarda. De inmediato quedó encerrado en el escritorio de metal verde, y el Gran Stanton se preguntó si no acabaría con la siguiente etiqueta: «Soborno ofrecido por el reverendo Stanton Carlisle. Prueba A».

En la puerta de la fábrica, un hombre enjuto y de movimientos nerviosos, de unos treinta y pico años, con el pelo negro y acharolado, salió y se presentó.

—Me llamó Anderson, señor Carlisle. Jefe de seguridad de la fábrica. — La solapa izquierda de su traje de sarga azul abultaba un poco—. El comité lo espera.

Ascensores. Pasillos de paredes enlucidas de un color verde claro. Un punto blanco pintado en el suelo en todas las esquinas. «La gente nunca escupe en una esquina pintada de blanco». El zumbido de las máquinas y el estrépito de los motores del exterior. A continuación una puerta acristalada que daba a un pasillo forrado de roble. Alfombras en el suelo. La recepción era más propia de una agencia de publicidad; era un repentino estallido de terso cuero pardo rojizo y cromo.

—Por aquí, señor Carlisle.

Anderson iba delante, abriéndole las puertas. La sala de directivos era alargada y con el techo de cristal, pero sin ventanas. La mesa que había en el centro debían de haberla construido allí; desde luego, nunca podrían sacarla.

Grindle le estrechó la mano y le presentó a los demás: el doctor Downes, médico de la fábrica; el señor Elrood, del departamento legal; el doctor Gilchrist, psicólogo industrial, y también en plantilla; el profesor Dennison, que enseñaba filosofía en el Grindle College; el señor Prescott («Creo que ya conocía al señor Prescott, de la iglesia»), y el señor Roy, ambos directivos de

la empresa. Con Anderson y Grindle eran ocho en total: el número tradicional de Daniel Douglas Home para una sesión de espiritismo. Grindle sabía más de lo que fingía. ¿Pero no era siempre así con los de su laya?

En la otra punta de la mesa —parecía estar a una manzana de distancia— había una caja acristalada rectangular de treinta centímetros de alto; dentro había una balanza de precisión de farmacia, una cruz con dos platillos suspendidos de unas cadenas.

Grindle estaba diciendo: «¿Desearía refrescarse un poco? Tengo un apartamento junto a esta sala, donde me quedo cuando trabajo hasta tarde».

El mobiliario se parecía mucho a la sala de espera de Lilith. Stan cerró la puerta del cuarto de baño y se lavó el sudor de las palmas de las manos.

—Si esta vez me salgo con la mía —le susurró al espejo—, ya lo creo que voy a ser el Gran Stanton. Daré charlas en Princeton...

Echó un último vistazo a la sala de estar y vio una nube de pelo azulado, en la cual brillaron unos ojos de un vivo amarillo cuando el gato se bajó de una silla y frotó lo largo del suelo hacia él. La frente de Stan se alisó.

—Ven con papá, pequeño. Ahora está en el bote.

Cuando volvió a reunirse con el comité llevaba el gato en brazos, y Grindle puso su sonrisa tensa e inexperta.

—Veo que se ha hecho amigo de Preciosa. ¿No lo molestará?

—Al contrario. Me gustaría que se quedara. Y ahora, caballeros, a lo mejor tienen la bondad de decirme qué es este interesante aparato y cómo funciona. —Dejó el gato suavemente sobre la alfombra, y el animal le dio un golpecito en la pierna con la pata exigiendo que volviera a cogerlo. A continuación se colocó bajo la mesa enfurruñado.

El jefe de seguridad de la fábrica estaba de pie y apoyaba la mano en lo alto de la envoltura de cristal.

—Es una balanza de precisión, señor Carlisle. Una balanza de farmacia. El indicador del centro de la barra registra la menor presión en cada uno de los dos platillos. He hecho que uno de nuestros muchachos instalara una serie de contactos eléctricos bajo los platillos de manera que si alguno de ellos baja, aunque solo sea por el peso de un cabello, esta bombilla eléctrica que hay en la esquina de la caja emitirá un destello. Todo está dentro; en la caja hay unas pilas que suministran corriente eléctrica. La balanza ha sido nivelada en esta sala, y no hay ninguna vibración que la altere. Esta tarde me he pasado una hora mirándola y la luz no se ha encendido en ningún momento. Para que se encienda, algo debe hacer que uno de los platillos descienda. ¿Ha quedado claro?

El reverendo Carlisle puso una sonrisa espiritual.

—¿Puedo inspeccionarlo?

Anderson le lanzó una mirada a Grindle, que asintió. El jefe de seguridad abrió las portezuelas de la caja y no se alejó de ellas.

—No toque nada, reverendo.

—Me temo que no sé mucho de electricidad. ¿Pero está seguro de que este dispositivo de iluminación no ha interferido con el libre movimiento de la báscula? ¿Qué son estas tiras de cobre? —Las señaló con la punta del lápiz en el que faltaba la goma de borrar, indicando dos estrechas tiras metálicas que unían los platillos de la báscula por la parte de abajo con las conexiones aisladas que había detrás.

—Son los puntos de contacto. Dos a cada lado. Si cualquiera de los platillos se mueve, toca estos puntos, cierra el circuito y la luz se enciende. — Anderson cerró rápidamente las puertas de cristal y echó el pestillo.

El reverendo Carlisle no lo estaba escuchando. Se le había quedado la cara sin expresión. Moviéndose como en un sueño, regresó a la otra punta de la sala y se dejó caer en la silla que había al extremo, a unos diez metros del mecanismo encerrado en su jaula de cristal.

Sin hablar, Grindle hizo seña a los demás de que ocuparan sus asientos: Anderson a la izquierda de Stan, y Grindle a su derecha; los demás se repartieron a ambos lados. La balanza de precisión tenía la mitad de la mesa para ella sola.

El reverendo Carlisle cerró los ojos, cruzó los brazos y colocó la cabeza sobre ellos como si pretendiera echarse una siesta. Su respiración se hizo más profunda, entrecortada y ronca. En cierto momento se agitó y farfulló algo incoherente.

—¿Ha entrado en trance?

El jefe debía de haber acallado al que había hablado con una mirada.

El silencio se hizo más profundo. Entonces Grindle encendió una cerilla para encender un puro y algunos más se atrevieron a fumar. La sala estaba en penumbra, y la tensión de los hombres aumentaba.

En la verja habían registrado al médium. Nadie le había quitado la vista de encima desde el mismo momento en que había llegado. No había tocado el instrumento: Anderson había vigilado todos sus movimientos. A todos se les había advertido que buscaran hilos, o cualquier intento de inclinar la enorme mesa. El señor Roy se había bajado de la silla sin hacer ruido y estaba sentado en el suelo, observando los pies del médium debajo de la mesa, aun cuando estuvieran a diez metros de la balanza. Esta estaba cerrada dentro de un

cristal; Anderson había echado el pestillo. ¡Y ese médium afirmaba ser capaz de mover sólidos sin tocarlos! Esperaron.

A su derecha, Stan podía percibir al gran hombre, toda su atención inmovilizada en la caja de cristal rectangular. Esperaron. El tiempo corría a favor del espiritualista. Aquello estaba saliendo mejor de lo que había imaginado. Primero la aparición del gato, luego tener al comité en esa espera que ponía de los nervios. ¿Funcionaría, después de todo?

Oyó susurrar a Grindle: «Preciosa. ¡Preciosa, ven aquí!».

Stan levantó la cabeza, emitió un leve gemido, y por debajo de un párpado vio que el gato había abandonado el regazo de Grindle y ahora miraba fijamente la vitrina de la báscula.

Un grito ahogado recorrió el círculo. La luz se había encendido, y ahí estaba, transparente y de color rubí, una diminuta bombilla, como las que se ponen en los árboles de Navidad, dentro de un portalámparas vertical en una esquina.

Stan emitió otro gemido, sus manos formaron sendos puños. La luz se apagó; los puños se relajaron.

Grindle interrumpió los susurros chasqueando los dedos.

Otra espera. La respiración de Stan se hizo más profunda. Sintió cómo se le espesaba la saliva en la boca; tenía la lengua seca, la saliva como algodón; la obligó a salir por encima del labio inferior. En aquella ocasión la espuma no era fingida.

La luz volvió a encenderse, y la respiración del médium se convirtió en una batalla dolorosa y sibilante.

Se apagó otra vez. Stan exhaló un suspiro.

Silencio. Se oía el tic tac de un reloj de pulsera. Al pie de la mesa, el gato persa volvió una mirada ceñuda hacia Grindle, exclamando en su idioma gatuno: «Déjame entrar en esa caja de cristal».

Otra vez la luz. Esta vez permaneció encendida. Anderson se levantó de su asiento mientras el corazón de Stan latía con fuerza, pero Grindle le hizo seña de que volviera a sentarse, y él transigió permaneciendo en su sitio. Por debajo de los brazos cruzados, Stan podía ver la enjuta mano de Anderson, las uñas lisas y perfectas, apoyándose en la mesa de ébano mientras se inclinaba hacia delante. La luz se apagó.

En aquel momento el médium tembló y se echó para atrás en la silla. La cabeza le quedó colgando. Con una voz pastosa dijo:

—Abra la caja. ¡Deje que entre el aire! Quite la tapa y examine el aparato. ¡Deprisa!

Anderson ya estaba junto a la báscula. El reverendo Carlisle quedó derrumbado en la silla, los ojos cerrados, y una gruesa espuma le caía por el labio inferior y la barbilla.

A través de la rendija de sus párpados pudo ver cómo Anderson y el psicólogo sacaban la báscula de la caja. Preciosa no se había apartado de su lado, y ahora, con la pata, daba golpéenos en los contactos metálicos que había en la parte inferior de la caja. Grindle la cogió, el animal se retorció y acabó encerrándolo en el apartamento.

Entonces Stan sintió que algo le tocaba los labios; dejó que se le abrieran los párpados. El médico estaba de pie junto a él, y en la mano llevaba una gasa estéril que dejó caer en una placa de cultivo; a continuación se la metió en el bolsillo. ¡Adelante, maldito pueblerino espabilado, analízala a ver si tiene jabón! No me habría importado echarle una muestra en el ojo.

Ahora Grindle tenía a Stan por el brazo y lo conducía hacia el apartamento. Se volvió y dijo:

—Buenas noches, caballeros. Pueden marcharse.

Cuando estuvo a solas con Grindle, Stan comenzó a recuperarse. El industrial le ofreció un *brandy* y él se volvió lentamente. Preciosa lo contempló con sus ojos amarillos cálidos.

—Haré que el coche lo devuelva a Nueva York, señor Carlisle, en cuanto esté en disposición de viajar.

—Oh, muchas gracias. Me... me siento un poco débil. ¿Ha ocurrido algún fenómeno?

—La luz de la vitrina se ha encendido tres veces. —Detrás de sus gafas sin montura, los ojos grises y pequeños de Grindle casi refulgían—. Para mí es prueba suficiente, señor Carlisle. No le haré volver hasta aquí. Le dije que era un hombre realista. Necesitaba una prueba. Bueno... —La voz se le quebró con un atisbo de emoción que su habitual compostura no pudo ocultar—. Esta noche he visto algo que no se puede tachar de fraude ni de triquiñuela. Las condiciones eran completamente impecables. Una fuerza en el interior de la caja ha hecho descender los platillos de la balanza, y si alguien me habla de imanes me reiré en su cara. El instrumento está hecho de latón. La fábrica está a kilómetros de las vibraciones de la ciudad: está estribada en cemento. No había hilos. Usted no se acercó a la caja; en ningún momento la tocó...

Grindle caminaba por la alfombra, fumando furiosamente, la cara encarnada.

El reverendo Carlisle terminó su *brandy* y le tendió una mano afectuosa al gato persa. ¡A salvo! Esa era la montaña de dinero, y él estaba no en lo alto, pero sí viendo la cima. Se levantó por fin, frotándose los ojos con aire cansado. El gran hombre había estado hablando.

—... diez mil dólares. Le dije que lo haría y cumplo mis promesas.

—Por favor, señor Grindle, no hablemos de dinero. Si le he dado alguna prueba...

—Pues sí. ¡Lo ha hecho, hombre! Deje que...

—A la iglesia siempre le irán bien sus donativos, señor Grindle. Puede hacérmelos llegar a través de la señora Prescott. Sé que ella estará encantada. Una mujer estupenda, devota. Pero a mí me basta con saber que se ha revelado un rinconcito de la gloriosa verdad.

Preciosa, apoltronada en la butaca más cómoda de la sala, de repente comenzó a rascarse la barbilla con la pata trasera. Stan llevó lentamente a Grindle hacia la puerta. Cuando se cerró detrás de ellos vio que Preciosa se mordía con empeño el pelo que tenía sobre las costillas.

Grindle se detuvo sobre la escalera de entrada de su fábrica. Del bolsillo sacó dos sobres, los puso a contraluz y le entregó uno a Stan.

—Tome, no sé por qué tengo que dárselo ahora, Carlisle. Iba a enviárselo a la señora Prescott, tal como usted sugirió, pero así me ahorro las molestias. El otro no lo necesitamos. —Hizo pedazos el sobre y su contenido.

—No lo entiendo, señor Grindle.

La sonrisa volvió a aparecer con un destello de dientes blancos.

—Era una orden de arresto contra usted, por si intentaba producir algún fenómeno mediante métodos fraudulentos. No fue idea mía, señor Carlisle. De vez en cuando tengo que seguir el consejo de algunos de los muchachos que cuidan de mis intereses.

Stan estaba erguido y había dureza en sus ojos azules.

—¿Esa orden estaba firmada por un juez?

—Supongo que sí.

—¿Y con qué cargos iban a arrestarme... en caso de que usted o uno de sus empleados creyera haber detectado alguna triquiñuela?

—Bueno, por conspiración e intento de estafa.

—¿Y cómo iba a estafarlo yo, señor Grindle? ¿Cobrándole el precio del taxi desde Nueva York?

El hombretón frunció el entrecejo.

—Entiéndame, yo no he tenido nada que ver con esto. El señor Anderson...

—Pues dígame al señor Anderson —dijo el reverendo Carlisle, con tirantez — que sería muy capaz de demandarlo por detención ilegal. Jamás he cobrado un penique por poner en práctica mis dones de médium. Y nunca lo haré. Buenas noches, señor.

Se metió en el coche y le dijo fríamente al chófer:

—Déjeme en la estación de tren. No me lleve a Nueva York.

Grindle se quedó mirándolo boquiabierto, a continuación dio media vuelta y regresó a la fábrica.

Anderson era un buen tipo, leal, leal. No se podía pedir más lealtad. Pero maldita sea, no lo entendía. No comprendía las cosas más profundas y espirituales de la vida. Bueno, a partir de ahora le diría a Andy que no metiera las narices en la investigación psíquica.

Los demás habían abandonado la sala de directivos, pero Anderson seguía allí. Intentaba mover el extremo de la mesa de reuniones tirando con fuerza, intentando encender la luz.

—Déjalo, Andy —dijo el gran jefe agriamente—. Vete a casa.

—¡Descubriré cómo lo hizo! Porque hizo algo.

—Andy, ¿es que tu alma no podrá admitir de ninguna manera que podría tratarse de una fuerza odílica que no has podido ver, ni sentir ni medir?

—Y una porra, jefe. Distingo a un timador en cuanto lo veo.

—He dicho que te vayas a casa, Andy.

—Usted es el jefe.

Y cuando se marchaba, Grindle lo llamó:

—Y despide a la mujer que se encarga del pelo de Preciosa. Es una vergüenza. No sabe hacer su trabajo.

La voz de Anderson aún estaba acalorada, aunque también cansada.

—¿Qué ocurre ahora, jefe?

—Algo muy desagradable. Preciosa está llena de pulgas.

—Muy bien, jefe. Mañana le doy puerta. —Se alejó rápidamente de la fábrica, se metió en el coche, que estaba en el aparcamiento, e introdujo la llave de contacto con un gesto de irritación. Ese maldito tramposo del reverendo. Sería él el que acabaría timando al jefe. Y el jefe lo protegería. ¿Pero cómo, por todas las llamas que han ardido en el infierno, había conseguido encender y apagar la luz dentro de la vitrina? ¡Fuerzas odílicas, y un cuerno!

—¿Es esta tu fuerza odílica, reverendo?

—Ajá. Esta es, nena. ¿Te gusta?

Lilith soltó una risita, cálida y envolvente, debajo de él en la oscuridad del dormitorio.

—Espera, amor. Descansemos.

Descansaron. Stan dijo:

—Se pasa un poco, de acuerdo. No es tan duro... solo otro panoli.

—Ten cuidado con él, Stan.

—Voy con cuidado. Cada prueba es un poco más complicada hasta que esté preparado para la gran sesión. Solo hay una cosa...

—¿Molly?

—Sí, Molly. La chica nos va a causar muchos problemas.

—Podemos manejarla.

—Sí, pero eso acaba siendo agotador. Lilith, estoy harto de ella. Es como si llevara una roca colgada del cuello.

—Paciencia, cariño. No hay nadie más.

Permanecieron un rato en silencio, viéndose el uno al otro con las puntas de los dedos y con la boca.

—Lilith...

—¿Qué, amor?

—¿Qué quiere ese tipo en realidad? Lo he perdonado hasta decir basta, pero solo reacciona a medias. No acaba de tragárselo. Hay algo más. Muy bien. Haremos que la muerta vuelva a la vida. Ella le dice que está perdonado y santas pascuas. Pero, ¿a dónde nos llevará eso?

La doctora Lilith Ritter, en aquel momento en una posición muy poco ética pero satisfactoria en relación a uno de sus pacientes, rio en lo profundo de su garganta.

—¿Me preguntas qué quiere hacer? ¿Con su primer amor? No seas tan cándido, querido. Quiere hacer esto... y esto...

—No... eso no sirve. No con Molly. Ella nunca...

—Sí, sí lo hará.

—Lilith, conozco a esa chica. Nunca me ha sido infiel en todos los años que hemos estado juntos. No puedo convencerla de que se tire a ese tipo.

—Sí, sí que puedes, cariño.

—Por amor de Dios, ¿cómo?

La boca cálida cerró la suya y se olvidó de Molly y de la estafa a la que su mente daba vueltas día y noche. A través de los labios apretados, Lilith murmuró:

—Te lo diré cuando llegue el momento.

La lámpara psíquica, proporcionada por el reverendo Carlisle, no proyectaba más luz que un solo disco rojo oscuro en el centro de su receptáculo de latón. El médium, vestido con una túnica de seda negra, unos pantalones de pijama de seda negra y zapatillas, estaba recostado en una butaca a un lado de la puerta de la sala de billares. Grindle, en mangas de camisa, estaba delante de él, con una lámpara a su lado, sobre una mesita baja. Unas cortinas oscuras cubrían la puerta, y una brisa suave las ondulaba. Carlisle había subido unos centímetros una ventana de la habitación interior para que hubiera ventilación. No estaba lo suficientemente abierta como para que un hombre asomara la cabeza, y había sido sellada. Grindle había apretado su anillo grabado en la cera caliente. Las otras ventanas también estaban selladas. Había una caída de cinco metros hasta el césped de fuera, que descendía hasta el río.

Más allá de la sala de billares a oscuras, los dos hombres esperaban. La cabeza del médium estaba echada para atrás. Tenía la muñeca izquierda atada a la derecha de Grindle por medio de un largo alambre de cobre, y había vertido agua salada en las muñecas.

El talón de las zapatillas del reverendo se apretaba con fuerza contra la pata de su silla.

¡Pam!

Parecía proceder de la mesa que sustentaba la lámpara roja.

¡Pam!

—¿Está hablando alguien del mundo de los espíritus? —Las palabras del médium eran un susurro ronco.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

—Te damos la bienvenida. ¿Son favorables las condiciones? ¿Podemos subir un poco la luz de la lámpara?

Tres golpes más le respondieron. Grindle se inclinó hacia delante y levantó la mecha de la lámpara hasta que un golpe de advertencia le ordenó que era suficiente. Su cara grande estaba concentrada e inquieta, pero Stan no detectó ninguna artimaña ni asomo de escepticismo. El hombre estaba interesado, se movía en la dirección correcta.

Esperaron. Más silencio. Entonces, desde el otro lado de las oscuras cortinas de la entrada, llegó otro golpe, un sonido hueco y musical, como si alguien hubiera golpeado la ventana. Grindle hizo ademán de levantarse de la silla, pero la mano levantada del espiritualista se lo impidió. Ahora la respiración de Carlisle se aceleraba, resoplaba, y parecía perder la conciencia.

El «cliente» comenzó a sudar. ¿Notaba el cosquilleo de una descarga eléctrica en la muñeca donde llevaba atado el alambre, o eran imaginaciones suyas?

Otro sonido, un chasquido claro, procedente de la sala de billar. A continuación todo un coro de chasquidos se identificó como bolas de billar chocando una con otra, a veces de manera rítmica, como si bailaran.

El sudor comenzó a caer de la frente del industrial. Era una noche calurosa, pero no tanto. La camisa se le pegaba al pecho y las manos le goteaban.

Prosiguió la espectral partida de billar; a continuación una bola de marfil blanco apareció rodando de debajo de las cortinas y golpeó la pata de la mesa que había entre él y el médium.

Carlisle se agitó inquieto y una voz brotó de sus labios rígidos:

—*¡Hari Aum!* Te saludo, tú que eres un recién llegado a la Vida de la Verdad Espiritual. Te saludo, nuestro nuevo *chela*. No creas a ciegas. Cree en las pruebas de la mente que proporcionan los sentidos. No pueden darte la Verdad, pero sí apuntar al Camino. Confía en mi discípulo, Stanton Carlisle. Es un instrumento en el cual las fuerzas espirituales tocan su melodía al igual que un enamorado toca el *sitar* bajo la ventana de su amada. Te saludo, Ezra. Una amiga acude a ti desde la Vida Espiritual. *¡Hari Aum!*

La salmodia resonante y de fuerte acento se interrumpió. Grindle desvió la atención de los labios del médium a las cortinas que había delante de la habitación a oscuras. El chasquido de las bolas de billar ahora sonaba más cerca, como si rodaran y chocaran por el suelo que había al otro lado de las cortinas. Grindle miraba fijamente, apartando los labios de su dentadura postiza, y su aliento era un susurro. Una bola blanca salió rodando lentamente de debajo de las cortinas y se detuvo a unos quince centímetros en el interior de la habitación donde estaban sentados. La siguió la bola roja. ¡Clic!

Mientras el hombretón observaba todo aquello, se le erizaron los pelos de la nuca y la piel se le tensó sobre las sienes. Pues a la pálida luz color rubí, una diminuta mano apareció lentamente bajo las cortinas, buscando delicadamente a tientas la bola roja. La encontró y la hizo rodar hacia la bola blanca. ¡Clic! Y la mano desapareció.

Con un grito inconsciente, Grindle se puso en pie de un salto y se lanzó a por la mano que había desaparecido, solo para dar media vuelta y agarrarse a las cortinas de la entrada para no caer. Pues su mano derecha estaba firmemente atada mediante el hilo de cobre a la muñeca del médium, que ahora gruñía y respiraba entrecortadamente, los ojos entreabiertos y en

blanco, hasta que el blanco fue tan absoluto que sus ojos parecieron los de un mendigo ciego.

Entonces Grindle percibió que la habitación que había al otro lado de ellos estaba vacía y silenciosa. Respirando trabajosamente, no hizo más intento de entrar.

El médium aspiró profundamente y abrió los ojos.

—Ahora podemos quitar el alambre. ¿Se ha producido algún fenómeno digno de mención?

Grindle asintió, aún con la mirada en la puerta.

—¡Quíteme este arnés, reverendo! Quiero echar un vistazo ahí dentro.

Stan lo ayudó a desenrollar el alambre y dijo:

—Hágame un favor, señor Grindle. ¿Podría servirme una copa de *brandy*? Su anfitrión se la sirvió y él mismo se bebió dos seguidas.

—¿Todo listo?

Apartó las cortinas y le dio al interruptor de la luz.

Un brillo tranquilizador se proyectó de la lámpara que colgaba sobre la mesa de billar. La mano de Stan en su brazo le impidió entrar.

—Vaya con cuidado, señor Grindle. Recuerde las precauciones de la prueba.

Habían rociado el suelo con una gruesa capa de polvos de talco. Ahora se veían huellas, y cuando Grindle se arrodilló para examinarlas, vio con un escalofrío que eran las inconfundibles pisadas de un niño pequeño.

Se puso en pie limpiándose la cara con el pañuelo. La habitación había sido escena de una grotesca actividad. Habían quitado las bolas del triángulo y las habían introducido en las bocas abiertas de unos pescados disecados que colgaban de la pared. Habían tirado la tiza al suelo y la habían aplastado. Y por todas partes había diminutas huellas.

Carlisle se quedó un momento en la puerta, a continuación se dio la vuelta y se desplomó en su butaca cubriéndose los ojos con una mano, como si estuviera muy cansado.

Al final se apagó la luz de la sala de billar y Grindle se quedó de pie a su lado, pálido, resoplando. Se sirvió otro *brandy* y le preparó uno al médium.

Ezra Grindle estaba más afectado que si la bolsa se hubiera desplomado o se hubiera firmado un repentino tratado de paz en Sudamérica. Pues con la tiza del billar habían escrito un mensaje sobre el fieltro verde de la mesa. Era la respuesta a un dolor inmenso, secreto y vergonzoso que tenía en su interior, un reconcomio que le había ido socavando todos estos años. En el mundo no había nadie que pudiera conocer su existencia más que él, pues era un nombre

que no había pronunciado en treinta y cinco años. Era la clave de algo terrible que pagaría de buena gana un millón de sus dólares ganados con esfuerzo para poder borrarlo de su conciencia. ¿Un millón? ¡Hasta el último centavo de lo que poseía!

El mensaje estaba escrito con una letra anodina de cuaderno escolar:

Querido León:

Hemos intentado venir a ti, pero la fuerza no ha sido suficiente. A lo mejor la próxima vez. Deseaba tanto que vieras nuestro cuerpo.

DORRIE

Cerró las puertas y echó la llave. Levantó la mano para tirar de la campana, pero la dejó caer y se sirvió otro *brandy*.

A su lado estaba aquella alta silueta vestida de seda negra, y había compasión en su cara.

—Recemos juntos. No por ellos, Ezra, sino por los vivos, para que les caiga la venda de los ojos...

Aún faltaba media hora para que llegara el tren de Nueva York, y la señora Oakes, que iba a visitar a su nuera, había leído mal el horario; ahora ella tendría que esperar.

En el andén de la estación caminó arriba y abajo para aliviar su impaciencia. Luego, en un banco, vio una pequeña figura echada, que apoyaba la cabeza sobre el almohadón de sus brazos. El corazón de la mujer se conmovió. Zarandeó a aquella figura por el hombro.

—¿Qué ocurre, pequeño? ¿Te has perdido? ¿Tienes que encontrarte con tu mamá o con tu papá en la estación?

El durmiente se incorporó con un hosco gruñido. Era del tamaño de un niño; pero iba vestido con un traje a rayas y una camisa rosa, todo rematado por una corbata en miniatura. ¡Y bajo la naricilla llevaba bigote!

El niño con bigote sacó un cigarrillo del bolsillo y rascó una cerilla de cocina en los fondillos de sus pantalones. Encendió un cigarrillo, y estaba a punto de arrojar la cerilla cuando sonrió con su malvada cara de niño viejo, metió una mano en el abrigo y sacó una postal, acercando una cerilla para que la mujer pudiera verla.

La señora Oakes creyó que iba a darle un ataque. Intentó echar a correr, pero no pudo. En ese momento llegó el tren y la horrible criatura se subió a un vagón, guiñándole el ojo.

NAIPE XIV



LA TORRE

*se alza desde la tierra hasta el cielo,
pero el rayo vengador encuentra sus muros.*

Más allá de la tapia del jardín, una hilera de álamos susurraba en el viento de la noche. La luna no había salido; en la plácida oscuridad, la voz tenía una cadencia monótona y musical, tan relajante como el sonido de una fuente.

—Su mente está serena... en un rincón resguardado hay una lámpara cuya llama no parpadea. Su cuerpo está relajado. Su corazón está en paz. Su mente está perfectamente clara, pero tranquila. Nada le preocupa. Su mente es un estanque calmo e inmóvil, sin ninguna ola...

El hombretón llevaba un pañuelo blanco anudado en torno al cuello y metido dentro de su americana de *tweed*. Las manos permanecían sosegadamente posadas en los brazos de la silla de playa; las piernas, enfundadas en unos pantalones de franela pardo rojizos, estaban apoyados en el escabel.

A su lado, el espiritualista, de negro, quedaba casi invisible bajo la luz de las estrellas.

—Cierre los ojos. Cuando vuelva a abrirlos, mire fijamente la tapia del jardín y dígame qué ve.

—Hay poca luz... —Grindle hablaba con un hilo de voz, como en un sueño. Toda su mordacidad había desaparecido.

—¿Sí?

—Cada vez se ve más claro. Es una ciudad. Una ciudad de oro. Torres. Cúpulas. Una hermosa ciudad... y ahora ha desaparecido.

El reverendo Carlisle volvió a meterse en el bolsillo un «Proyector de fantasmas patentado, acompañado de sus pilas y lentes, que funciona con película de 16 milímetros, 7'98\$», comprado en una tienda para espiritualistas de Chicago.

—La ha visto... la Ciudad de la Luz Espiritual. El espíritu que me controla, Ramakrishna, nos ha dado instrucciones para que la construyamos. La crearemos a imitación de una ciudad parecida, que pocos forasteros han llegado a ver, situada en las montañas de Nepal. A mí se me ha permitido verla bajo la guía de Ramakrishna. Fui teletransportado físicamente al lugar. El invierno pasado, una noche que nevaba salía de mi iglesia cuando sentí a Ramakrishna a mi lado.

La cabeza del magnate asentía crédula.

—Caminaba por la nieve cuando de repente la calle desapareció; se convirtió en un sendero de montaña de roca pura. Me sentía ligero como el aire, pero me pesaban los pies. Era la altitud. Entonces, extendiéndose debajo de un pequeño valle, vi la Ciudad, igual que la que usted ha descrito hace unos momentos. Y supe que se me había revelado para un propósito. En cuanto lo hube comprendido, las montañas, el escarpado perfil de las cumbres y glaciares, se difuminaron. Parecieron abocarse a mí y me vi de nuevo en la entrada de la Iglesia del Mensaje Celestial. ¡Pero allí, sobre la acera, estaban las huellas que había dejado unos minutos antes! Y unos metros más allá se detenían. *Me había desmaterializado al llegar a ese lugar.*

Grindle dijo:

—Una experiencia maravillosa. He oído hablar de experiencias como esta. Los hombres santos del Tibet dicen que las tienen. Pero jamás pensé que conocería a un hombre que hubiera alcanzado tales alturas psíquicas. —Su voz era humilde, vieja y un poco estúpida. A continuación se levantó de la silla.

Una luz brumosa había asomado por encima de la tapia del jardín. Tenía la forma de una joven.

El médium dijo:

—Debe relajarse. Eliminar la tensión. Ser todo receptividad... todo amor.

Grindle volvió a sentarse.

Aparecieron nubes; el cielo se oscureció. Esta vez Grindle no se agitó, solo dijo en un tono de esperanza:

—Creo... creo que veo algo, junto al reloj de sol. Algo que se mueve... un punto de luz.

Era cierto. Junto a las sombras que había en la base del reloj de sol, se veía un punto de luz verdosa. Expandiéndose lentamente, se desplazó hacia ellos, y una nube de reluciente vapor cobró forma.

En ese momento, a pesar de que Stan le agarró la muñeca, el industrial se incorporó.

La aparición se fue acercando hasta que pudieron ver que se trataba de una chica, ataviada con una reluciente vestimenta que flotaba a su alrededor como una neblina. Tenía el pelo oscuro y se tocaba con una diadema en la que siete luminosas joyas emitían su propia luz fría. Parecía flotar unos cuantos centímetros por encima del suelo, empujando hacia ellos un aliento de viento nocturno.

La voz del creyente se había convertido en un susurro débil y desesperado:

—Dorrie... ¿Podría ser Dorrie?

—Querido... —La forma materializada habló con una voz que parecía formar parte del jardín y la noche—. Soy Dorrie. Pero solo por un momento. No puedo quedarme... es difícil... es difícil regresar, querido.

La mano del reverendo Carlisle se apretaba sobre el brazo del anciano; pero el clérigo parecía haber entrado en un trance profundo.

La figura espectral se desvanecía. Se fue haciendo más pequeña, perdió definición, se hundió en un solo punto de fulgor verde y se esfumó.

—Dorrie... Dorrie... vuelve. Por favor, vuelve. Por favor... —Ahora estaba de rodillas junto al reloj de sol, donde la luz había desaparecido. Su ancha popa, enfundada en sus pantalones pardo rojizo, estaba vuelta hacia Stan, a quien no le había importado plantarle una patada en medio.

Grindle permaneció arrodillado varios segundos, a continuación se puso pesadamente en pie y se dejó caer sobre la silla, tapándose la cara con las manos.

A su lado, el reverendo Carlisle se agitó y se incorporó.

—¿Ha tenido lugar una materialización completa? Se me han caído los ojos enseguida. Sentía que la fuerza me abandonaba a medida que la luz se hacía más intensa. ¿Qué ha pasado?

—He visto... he visto a una vieja amiga.

Molly estaba tan contenta que tenía ganas de llorar. Hacía muchísimo tiempo que no tenían algo parecido a unas vacaciones. Stan se había estado comportando de una manera tan demente que temía que se hubiera vuelto majareta. Y luego, de repente, aquellos tres días: ir en coche a cualquier parte, parando a comer en cualquier restaurante de carretera. Bailando y, durante el día, bañándose en cualquier lago que les inspirara. Aquello era la gloria; Molly se entristeció pensando que tendría que volver a su piso y empezar de nuevo, estarse allí sin hacer nada, esperando tan solo a que Stan volviera a casa.

A Stan todavía se lo veía terriblemente nervioso, y a veces hablabas con él y parecía estar escuchándote y entonces te contestaba: «¿Qué has dicho, niña?», y tenías que volver a repetírselo todo. Pero era maravilloso ir de un lado a otro sin ninguna preocupación.

Stan estaba estupendo en bañador. Eso era algo que había que agradecer. Había hombres que eran simpáticos, pero demasiado escuálidos o con barriga.

Stan era perfecto. Ella intuía que los dos eran perfectos por la manera en que los demás la repasaban con la mirada cuando se subía al trampolín. ¡Algunas chicas de su edad eran auténticos hipopótamos!

El Gran Stanton salió del agua y se tendió junto a ella en la plataforma flotante. Tenían todo el lago para ellos, y solo se veían unos chavales en la otra punta. Stan se sentó y la miró, y a continuación se inclinó hacia ella para besarla. Molly lo rodeó con los brazos.

—¡Oh, cielo, no dejes que nunca nos separe nada! Lo único que quiero es a ti, Stan.

Él le puso el brazo bajo la cabeza.

—Nena, ¿qué te parecería hacer esto todos los días del año? ¿Qué me dices? Bueno, si esto sale bien, ya no tendremos que preocuparnos. Y cada día será Navidad.

Molly sintió en su interior un frío abatimiento. Stan le había dicho eso muchas veces. Una vez fue: «Vámonos a vivir lejos de la casa de la señora Peabody». Siempre era algo. Molly ya no le creía.

Stan percibió su abatimiento.

—¡Molly! ¡Molly! ¡Mírame! Te lo juro por Dios, esto es lo que he querido desde que comencé con este negocio. Me he vuelto casi loco trabajándome a este tipo. Todavía no he metido la pata. Y si crees que este sujeto es fácil de manejar...

Molly apretó la cara contra su pecho y se echó a llorar.

—Stan, ¿por qué tiene que ser así? Parecía un viejo simpático... por lo que pude ver en la oscuridad. Me siento como una miserable, de verdad. No me importa hacerlo con esos que se creen muy listos e intentan timar a otro...

Él la apretó con más fuerza.

—Molly, no sabes hasta qué punto estamos metidos en esto. Este tipo tiene millones. Tiene todo un ejército privado. Deberías ver el tugurio que tiene montado en Jersey. Es como un fuerte. Si ahora doy un paso en falso, todo ese ejército de guardas privados nos perseguirá como una manada de sabuesos. Nos encontrarán allí donde vayamos. Hemos de llegar hasta el final. Lo hemos puesto en contacto con esa chica que murió cuando él estaba en la universidad. De alguna manera quiere compensarla. El dinero no significa nada para ese tipo. Está dispuesto a dar lo que sea, simplemente para limpiar su conciencia. Está obsesionado con este rollo espiritista. Su negocio va solo. Vive en la calle de los sueños.

Stan había incorporado a la chica, y ahora estaba sentada en el borde de la plataforma, con los pies en el agua fresca. Le cogió las dos manos.

—Nena, a partir de ahora todo depende de ti. Si cada día va a ser Navidad y voy a poder respirar tranquilo otra vez y comportarme como un ser humano... o si los lobos van a comenzar a aullar pidiendo nuestra sangre.

Ahora los ojos de Molly estaban muy abiertos y Stan no aflojó.

—Escúchame. Esto es lo que tenemos que hacer.

Cuando Molly lo hubo oído, se quedó un instante sentada con el pelo cayéndole en la cara, mirándose los muslos desnudos y el vivo amarillo del bañador. Las manos recorrieron lentamente el trecho de su entrepierna a las rodillas. Estaban frías y el agua estaba fría en torno a sus pies. Los sacó del agua y los recogió, apoyando la cabeza en las rodillas, sin mirar al hombre que tenía a su lado.

—Así es como están las cosas, niña. Te lo compensaré. Lo juro por Dios, nena. ¿Es que no lo ves? Esta es la única manera en que podemos estar juntos otra vez.

De repente Molly se puso en pie y se apartó el pelo de la cara. Los dedos le temblaron al ponerse el gorro. A continuación, sin mirarlo, se zambulló y comenzó a nadar hasta la orilla. Stan batía el agua con las piernas, intentando alcanzarla. Molly llegó a la ribera y subió rápidamente la escalerilla, y él la siguió de cerca. Cuando llegaron a la cabaña, Stan echó el pestillo.

Molly se quitó el gorro y sacudió el pelo. A continuación se quitó el bañador y lo dejó en el suelo, empapado. Stan la observó, el corazón palpitándole de angustia. Ahora.

Ella dijo: «Stan, mírame bien. Finge que nunca me habías visto desnuda hasta ahora. Lo digo en serio. Y ahora, dime, si... si lo hago... ¿seré diferente? ¿Me verás diferente?».

Stan la besó tan fuerte que a Molly comenzó a sangrarle el labio.

Lilith le abrió la puerta y entraron en su consulta. Ella se sentó detrás del escritorio, donde sobre un cuadrado de terciopelo negro se desperdigaba el contenido de una bandeja de zafiros estrella. Lilith volvió a colocarlos en la bandeja y abrió la madera que simulaba una serie de cajones del lado derecho del escritorio. Detrás relucía la puerta de acero de una caja fuerte. Colocó las gemas dentro, hizo girar dos veces la esfera. Cerró el cajón y sacó un cigarrillo de la cajetilla que había en el escritorio.

Stan le encendió el cigarrillo.

—Está en el bote.

—¿La virtuosa Molly?

—Naturalmente. Tuve que dorarle un poco la píldora, pero me dio el sí. Ahora vamos a planificarlo todo desde aquí en adelante. Le colé lo de la Ciudad de la Luz Espiritual antes de que viera la forma completa de la chica en el jardín de su casa. En la próxima sesión comenzaremos a animarlo para que afloje un poco de pasta.

Stan había traído un portafolios. Lo abrió y sacó un dibujo de arquitecto que extendió delante de la mujer que afirmaba ser psiquiatra.

Era una imagen a vista de pájaro de una ciudad soñada, que se arracimaba alrededor de una torre central que surgía del desierto, en medio de un parque de palmeras que lo circundaba todo.

—Muy bonito, reverendo.

—Hay más. —Levantó el dibujo. Debajo había un mapa geodésico de un condado de Arizona. Dibujado en tinta roja, con unas letras esmeradamente trazadas, se veía el emplazamiento de la Ciudad.

Lilith asintió.

—¿Y este es el lugar donde vas a desaparecer por arte de magia? Muy bien pensado, querido. —Frunció el ceño al mirar el mapa—. ¿Dónde vas a esconder el segundo coche?

—Lo dejaré en algún lugar de este poblacho, el que está marcado aquí.

—No, cariño. Debes esconderlo fuera del pueblo... en el desierto. Vamos a repasarlo otra vez. Vas en tren; compras un coche en Texas y vas hasta el pueblo de Peñas, donde lo dejas en un garaje. En Peñas alquilas un coche. Conduces tu coche nuevo hasta las afueras del pueblo y lo aparcas. Vuelves andando, coges el coche alquilado, vas hasta tu propio coche y lo remolcas hasta el lugar que hay cerca del emplazamiento de la Ciudad, lo dejas escondido y vuelves a Peñas en el coche alquilado. Y vienes aquí en tren. ¿Correcto?

—Eso es. Luego, cuando estemos preparados para largarnos, voy en coche hasta allí, y le digo que venga al cabo de un día o dos. Llevo mi coche hasta el emplazamiento de la Ciudad y lo dejo a la entrada de la carretera. Salgo, camino unos cien metros en línea recta por la arena, luego retrocedo hasta el coche sobre mis propias huellas, y desde ahí voy por las rocas hasta la carretera; sigo por la carretera y cojo el coche nuevo. Y pongo rumbo al este y ya no paro. Y he desaparecido en medio del desierto. Él vendrá, siguiendo este mapa, y encontrará el coche. Seguirá las huellas... ¡y bum! ¡He desaparecido! Y me he llevado toda la pasta. ¿No es una vergüenza?

Ella se rio un poco sobre el humo de su cigarrillo.

—Es complicado, Stan. Pero es probable que te salga bien. Creo que podrías ganarte la vida vendiendo espiritualismo a otros médiums.

—¡Y que lo digas! —Se inclinó hacia delante, apretando los ojos y pensando rápidamente; enseguida se relajó y negó con la cabeza—. No. Eso no da ni para pipas... esa gente nunca tiene pasta. La industria es el único lugar donde está el parné.

Lilith volvió a mirar el dibujo idealizado de la Ciudad de la Luz Espiritual.

—Stan, hay una cosa que quiero que me cuentes.

—Claro, nena.

—¿Cómo conseguiste mover la báscula de precisión de la fábrica?

El reverendo Carlisle se rio. Era algo que no hacía a menudo; pero en aquel momento soltó una risita aguda que seguía borboteando cuando habló.

—Te lo contaré, doctora, en cuanto hayamos desplumado a este panoli. Te lo prometo.

—Muy bien. Probablemente fue algo ridículo.

Stan cambió de tema.

—Esta semana me pondré manos a la obra y alquilaré una choza pegada a su propiedad.

La doctora Lilith se estaba limando la uña del pulgar.

—No seas tan dramático, querido. Yonkers está bastante bien. Estoy de acuerdo en que debería estar en Westchester. El emplazamiento de la Ciudad de la Luz armará cierto revuelo en el suroeste. Pero no creo que haya ningún revuelo. No obstante, puede que comente el asunto con el señor Anderson. No te olvides de que tiene algunos hombres muy listos trabajando para él. El señor Anderson intentará descubrirte. Sabe que está tratando con un hombre ingenioso. Comenzará a perseguirte por su cuenta, comenzará por la casa de campo y avanzará desde ahí. No. Yonkers no está aquí ni allí. —Dejó la lima de uñas en el cajón—. ¿Cómo vas a librarte de la fiel Penélope?

—¿Molly? —Stan caminaba por la consulta con las manos en los bolsillos—. Le daré un par de miles y le diré que se reúna conmigo en algún lugar de Florida. Todo lo que necesita para ser feliz es unos cuantos pavos y un impreso para apostar en las carreras. Mientras le dure el dinero vivirá contenta. Y si gana algo, se olvidará del día del mes en que vive y de todo lo demás. Cuando se le acabe la pasta, siempre puede volver a la feria ambulante y trabajar en el Diez-en-Uno. O conseguir un trabajo de guardarropa. No se morirá de hambre.

Lilith se puso en pie y se le acercó, rodeándole el cuello con las mangas de su traje sastre color gris, y le entregó la boca.

Se mecieron durante unos momentos y Stan frotó la mejilla contra los suaves cabellos de Lilith. Entonces ella lo apartó.

—Váyase, reverendo. Tengo un paciente dentro de cinco minutos.

Cuando Grindle llegó a la Iglesia, encontró al reverendo Carlisle en su estudio del piso de arriba. Sobre el escritorio, extendidas bajo la lámpara, había cartas con dinero en su interior. Stan cogió una en cuyo interior había un billete de diez dólares y leyó en voz alta:

—«Conozco el maravilloso futuro que la Ciudad contiene para todos nosotros a la hora de unir nuestras fuerzas espirituales. Qué dicha cuando todos nuestros amigos y seres amados en espíritu puedan reunirse con nosotros siempre que lo deseemos. Dios lo bendiga, Stanton Carlisle». Bueno, el resto no es importante. —Sonrió delante del billete de diez dólares—. Algunas de esas cartas son muy conmovedoras, Ezra. Muchas las escribe gente inculta... pero su fe es tan pura y desinteresada. La Ciudad será un sueño hecho realidad. Deberían darle gracias a Ramakrishna, sin embargo, pues todo lo que hago se debe a que ese gran líder espiritual me guía.

Grindle se sentó con la mirada clavada en el ascua de su puro.

—Haré todo lo que pueda, Stanton. Tengo mucho dinero. Cumpliré. Esta idea de reunir todo el poder espiritual en un sitio me parece muy acertada. Es lo mismo que una fusión comercial. Pero mi parte no es fácil: he construido un muro tan alto a mi alrededor que ya no puedo salir. Son todo personas devotas y leales. No las hay mejores. Pero no lo comprenderán. Tengo que encontrar una manera de...

Mientras el tocadiscos giraba, Stan se inclinó sobre el aparato con un cepillo para la ropa, manteniendo el disco virgen limpio de los hilos de acetato que cortaba la aguja grabadora. Repentinamente levantó el brazo, quitó el disco del plato y lo arrojó a un rincón.

—Maldita sea, niña, tienes que sonar *nostálgica*. La chica y el viejo pueden estar juntos para siempre, follando como conejos, pero él tiene que ayudarme a construir esta Ciudad. Vamos a probar otra vez. Y ahora métete en el papel y véndeselo.

Molly casi lloraba. Pasó las páginas de su guión y se acercó al micrófono, observando cómo Stan colocaba un nuevo disco virgen.

No sé actuar. ¡Maldita sea, tengo que intentarlo!

Se echó a llorar, hizo que las palabras salieran de manera entrecortada, pronunciándolas con esfuerzo y parpadeando para poder leer el guión. Hacia el final lloraba tan fuerte que no podía verlo, con lo que tuvo que improvisar el resto. Creía que Stan estallaría y le pegaría una bronca en cualquier momento, pero la dejó seguir.

Cuando Molly acabó, él levantó el brazo del tocadiscos.

—Eso es, nena. Mucha emoción. Vamos a escucharlo.

La reproducción sonó espantosa, se dijo Molly. Todo lleno de sollozos y jadeos. Pero Stan sonreía. Le asintió con la cabeza, y cuando lo hubo oído todo, le dijo:

—Esto es, nena. Esto lo volverá loco. Ya verás. ¿Crees que suena un poco cursi? Olvídalo. Ese tipo se traga lo que le des. Podría arremangarme los pantalones, echarme una manta por encima, y pensaría que soy su amor perdido. Pero vamos a necesitar este circo para clavarlo en la cruz.

La luna penetraba a través de las hojas de los helechos de la galería; el resto de la iglesia estaba a oscuras. Pasaron los minutos: veinte según el reloj de esfera luminosa de Stan. Movié los pies y encontró el tablón del suelo que había junto al órgano.

Sonó un tintineo procedente del megáfono que estaba sobre el atril, encima de la Biblia. Grindle se inclinó hacia delante, apretando los puños.

El megáfono se movió, a continuación flotó en medio del aire mientras la luz de la luna titilaba sobre su superficie de aluminio. El panoli soltó un gemido y ahuecó una mano detrás de la oreja para no perderse una sola sílaba. Pero la voz llegó fina y transparente, un poco metálica.

—León, querido... soy Dorrie. Sé que no nos has olvidado, León. Espero que pronto pueda materializarme lo bastante como para que me toques. Es maravilloso... que estés con nosotros para construir la Ciudad. Podemos estar juntos allí, querido. Juntos de verdad. Lo estaremos. Créelo. Estoy tan contenta de que por fin trabajes con nosotros. Y no te preocupes por Andy y los demás. Con el tiempo, muchos acabarán aceptando la verdad de la vida después de la muerte. No intentes convencerlos ahora. Y no los alarmes: tienes valores... bonos... cuya existencia ellos no conocen. Esta es la solución, querido. Y no dejes que nadie sepa cuánto das, pues todos deben creer que la Ciudad es también suya. Dale tu parte a Stanton, bendícelo. Y no te olvides, querido... la próxima vez que venga aquí... será como novia.

Era ya tarde cuando Stan apretó el timbre del apartamento. Lilith abrió la puerta y lo recibió ceñuda.

—No me gusta que vengas tanto por aquí, Stan. Alguien podría verte.

Él no dijo nada, pero entró apresuradamente y arrojó su portafolios en el escritorio, tirando de las correas. Lilith cerró un poco más las persianas venecianas.

Del portafolios Stan extrajo un caos de papeles, las cartas falsas con los billetes aún dentro, que Lilith reunió, sacando el dinero. Arrojó los sobres y las cartas a la chimenea y les prendió fuego.

Stan alisaba febrilmente los billetes y los amontonaba.

—El truco de los donativos ha funcionado, nena. Cogí todo lo que tenía ahorrado. Once mil. —Dio unas palmaditas a los montones de billetes—. ¡Jesús, qué manera de sudar sangre para que funcione este maldito negocio! Pero aquí está la recompensa.

En dos sobres marrones de tamaño legal había unos gruesos paquetes rectangulares. Los sacó y rompió las tiras de papel que los mantenían unidos.

—Aquí está, nena. ¿Cuánta gente llega a ver tanta pasta en toda su vida? ¡Ciento cincuenta mil dólares! ¡Míralos! ¡Míralos! Y mira qué preciosidad. Jamás había visto un billete de quinientos. ¡Dios todopoderoso, nos salen por las orejas!

La doctora sonreía.

—Será mejor que los escondamos, querido. No conviene que una persona lleve tanto dinero en el bolsillo. Podrías acabar gastándotelos a lo loco.

Mientras Stan recogía los billetes arrugados que había utilizado como falsos donativos, los juntaba en un fajo y lo rodeaba con una goma elástica, Lilith recogía el «botín» y volvía a meterlo cuidadosamente en los sobres marrones. Abrió los falsos cajones del escritorio, y cuando marcó la combinación, Stan automáticamente intentó echar un vistazo, pero el hombro de ella lo tapaba. Lilith metió el dinero y volvió a hacer girar la esfera.

Cuando se incorporó, el reverendo Carlisle miraba embobado el lustroso ébano del escritorio, la cara enrojecida.

—¡Por todas las llagas de Cristo! ¡Ciento cincuenta de los grandes!

Lilith le sirvió un *brandy* doble y otro para ella. Stan le quitó el vaso de la mano y lo colocó sobre la estantería. A continuación la abrazó rudo.

—Nena, nena... Dios sabe que este extraordinario plan no me dejaba pensar con claridad, pero ahora lo veo todo lúcido y cristalino. Nena, no eres más que una ladrona y te quiero. Somos un par de timadores, un par de rufianes de postín. ¿Cómo te sientes?

Ahora Stan le sonreía, le apretaba las costillas y le hacía daño. Lilith lo cogió por las muñecas y le hizo aflojar un poco, cerrando los ojos y acercándole la cara.

—Es maravilloso, cariño, cómo sabes leerme el pensamiento.

La doctora Lilith Ritter no se fue a la cama enseguida. En cuanto Carlisle se hubo marchado, se quedó sentada fumando y dibujando líneas esmeradamente paralelas sobre un bloc. En cierto momento se volvió hacia el fichero que tenía a su espalda y sacó una carpeta identificada solo por un número. Contenía una gráfica en papel milimetrado, una idea con la que a menudo jugaba, un gráfico barométrico emocional, marcado con puntos, que mostraba abruptas subidas y bajadas. Era el diagrama emocional de Stanton Carlisle. Tampoco es que se fiara del todo de él; pero la curva había alcanzado un punto máximo, y en las otras cuatro ocasiones dichos picos habían sido seguidos por repentinas caídas en la depresión, la inestabilidad y la pura desesperación. Al final apartó la carpeta, se desvistió y llenó la bañera de agua caliente, introduciendo sales de baño de pino.

Se quedó en el agua leyendo la sección financiera del periódico de la tarde. Grindle Motors había perdido dos puntos; bajaría más antes de volver a subir. La sonrisa de Lilith, mientras tiraba el papel al suelo y se hundía aún más en aquella calidez perfumada y confortadora, era la de un garito bien alimentado.

Su mente comenzó a sentir una triunfal alegría y dibujó imágenes de sus dos hermanas tal como las había visto la última vez: Mina, delgada y virginal, todavía orgullosa del símbolo de la Sociedad Phi Beta Kappa que llevaba colgada del cuello después de tantos años de intentar embutir el latín en las cabezas de unos mocosos. Y Gretel, que parecía un ángel de cera salido de un *Tannenbaum*, y a la que solo le quedaba medio pulmón para respirar y un positivo en la prueba de sífilis.

El viejo Fritz Ritter había mantenido una taberna en State Street llamada «El Holandés». Su hija Lille sonrió.

—Debo de ser sueca en parte —le dijo en voz baja a una pastilla de jabón color rosa en forma de loto—. El término medio.

Durante dos días, Ezra Grindle desapareció de la faz de la tierra. Su departamento legal, su chófer y guardaespaldas, y su jefe de seguridad, Melvin Anderson, especularon una y otra vez sobre dónde podría estar su jefe, sin llegar a ninguna conclusión. Anderson sabía poco de las actividades recientes del Viejo, y le daba miedo hacerlo seguir por temor a que lo descubriera. El Jefe estaba de lo más reservado. Los abogados averiguaron que Grindle no había tocado sus cuentas bancarias. Al menos, no había

sacado nada. Pero había estado en una de sus cajas de seguridad. Era difícil averiguar qué valores había liquidado el Jefe ni por cuánto. ¿Y cuál era su paradero? Había dejado dicho: «Estaré fuera por negocios».

Los abogados repasaron el testamento. Si hubiera hecho uno nuevo, lo habrían redactado ellos. Todos sus leales empleados recibían algo, y el resto se distribuía entre sus universidades preferidas, fundaciones médicas y residencias para madres solteras. Lo único que tenían que hacer era esperar.

En un diminuto dormitorio, iluminado solo por una claraboya, en la planta superior de la Iglesia del Mensaje Celestial, estaba sentado el gran hombre. Se había quitado las gafas y tenía la dentadura postiza en un vaso de agua a su lado. Llevaba la túnica amarilla de los lamas tibetanos. En la pared verde claro de su celda estaba escrita en sánscrito la palabra *Aum*, símbolo de la eterna búsqueda de la Unidad espiritual con Todas las Almas del Universo.

Cada rato, Grindle meditaba sobre cosas espirituales, pero a menudo simplemente se quedaba ensoñando en el fresco silencio. Los sueños lo llevaban de vuelta al campus, y a los labios de ella cuando la besó por primera vez. Ella quería ver su facultad y él le enseñaba los edificios que se erguían allí en la noche, iluminados, importantes. Posteriormente caminaban por Morningside Park y él volvía a besarla. Era la primera vez que ella le dejaba que le tocara los pechos...

Revivió cada detalle. Era asombroso lo que podía hacer la meditación. Se acordaba de cosas que había olvidado todos estos años. Solo la cara de Dorrie se le hacía esquiva; no podía evocarla. Se acordaba del dibujo de su falda aquel día en Coney Island, pero no de su cara.

Con el placer del que se aprieta una muela que le duele, recordó aquella tarde en que caminaron por el Drive, cuando ella le contó que había tenido miedo; y ahora era cierto. Le pareció que el tiempo no había transcurrido. Su frenética búsqueda de un médico. Él tenía exámenes en la época en que supuestamente ella debía ir al médico; fue sola. Luego, en la habitación, parecía que estaba bien, solo un poco temblorosa y deprimida. ¡Qué semana tan infernal fue aquella! Tuvo que olvidarse de Dorrie hasta que acabaron los exámenes. A la noche siguiente le dijeron que estaba en el hospital y él fue corriendo todo el camino y no lo dejaron entrar. Y cuando lo hizo, Dorrie no quiso hablarle. Todo ocurría una y otra vez en su cabeza: como una rueda de oración tibetana. Pero cada vez más lenta. Pronto se detendría y estarían Unidos en Espíritu.

La claraboya había adquirido un azul más oscuro. El reverendo Carlisle le trajo una cena ligera y le impartió un poco más de Instrucción Espiritual.

Cuando llegó la noche, oyó un golpe en la puerta y Carlisle entró, llevando con las dos manos una vela votiva en una copa de cristal color rubí.

—Vamos a la capilla.

Grindle no la había visto nunca. Había un gran diván en el que se amontonaban cojines de seda, y, en una alcoba, un sofá cubierto de terciopelo negro para el médium. Toda la habitación estaba rodeada de cortinas oscuras. Si había alguna ventana, estaba cubierta.

El clérigo condujo a su discípulo hasta el diván; de la mano lo recostó en los cojines.

—Estás en paz. Descansa, descansa.

Grindle se sentía confuso y desconcertado. Había encontrado amargo el cuenco de té de jazmín que le habían subido como cena. Ahora se sentía un poco mareado, y la realidad parecía apartarse lentamente de él.

El médium colocó la vela votiva en un aplique situado en la otra punta de la pared; la luz parpadeante ahondó las sombras de aquella habitación totalmente negra, y al bajar la mirada el novio apenas pudo distinguir la forma de sus manos. Tenía la vista borrosa.

Carlisle canturreaba algo que parecía sánscrito. A continuación pronunció una breve oración en inglés que a Grindle le recordó la que se pronunciaba en las bodas; pero las palabras se negaban a encajar en su mente.

En la alcoba, el médium se recostó en el sofá y las cortinas se mecieron por voluntad propia. ¿O fue la fuerza odílica del médium?

Esperaron.

De lejos, pareció que desde cientos de millas, llegó el sonido del viento, una gran ráfaga de viento o el batir de unas alas gigantes. Se disipó y entonces se oyeron las notas suaves y tintineantes de un *sitar*.

De repente, del gabinete llegó la voz amplificada del espíritu guía, Ramakrishna, el último de los grandes santos de India, el más grande de los yoguis *bhakti*, predicador del amor de Dios.

—¡*Hari Aum!* Saludos, mi amado nuevo discípulo. Prepara tu mente para esta conjunción con el Espíritu. En las orillas de mundos infinitos, donde los niños se reúnen, dentro de un instante formarás parte de la Vida del Espíritu. El amor ha allanado tu camino... para todos, el Amor no es sino el Amor de Dios. *Aum*.

Volvió a oírse una música espectral. Una luz centelleó en las cortinas que había delante de la alcoba, a continuación una sinuosa espiral de reluciente vapor surgió entre ellos, formando una neblina cerca del suelo. Creció y pareció espumar del gabinete en una cascada. Creció su fulgor, hasta el punto

de que Grindle, al bajar la mirada, pudo ver su propia figura iluminada por el frío resplandor llameante de la luz. Aumentó y osciló, adquiriendo luminosidad y luego apagándose un poco. Un ritmo poderoso llenaba el aire, como si fuera el corazón de un titán, tronante y acelerado.

El charco de materia luminosa comenzó a cobrar forma. Se balanceaba igual que se balancea un capullo cuando emerge una polilla. Se convirtió en un capullo, y en su centro había algo oscuro. Entonces se partió en dos y retrocedió hacia la alcoba, revelando la forma de una muchacha tendida en un lecho de luz, pero iluminada solo por cuanto la rodeaba. Estaba desnuda, y apoyaba la cabeza sobre un brazo doblado.

Grindle se arrodilló.

—Dorrie... Dorrie...

Abrió los ojos, se incorporó y a continuación se levantó, cubriéndose recatadamente el cuerpo con una película de reluciente niebla. El anciano avanzó de rodillas tanteando torpemente, los brazos extendidos hacia ella. Cuando se acercaba, la nube luminosa retrocedió y desapareció. La chica permaneció, blanca y alta, en la llama parpadeante de la vela votiva que había al otro lado del cuarto, y al bajar la mirada hacia él el pelo le cubrió la cara.

—Dorrie... mi pequeña... mi dulce amor... mi novia...

Grindle la tomó en brazos, extasiado ante aquella completa materialización, ante la suavidad tan real de su cuerpo: la sentía tan conmovedoramente terrenal.

Dentro del gabinete, el reverendo Carlisle estaba ajetreado recogiendo metros y metros de seda china con pintura luminosa y volviendo a colocarla detrás de las cortinas. En un momento echó un vistazo por la rendija y sus labios se apartaron de los dientes. ¿Por qué la gente parece tan repugnante y ridícula cuando la miras? ¡Cristo!

Era la segunda vez en la vida que lo veía. Qué asco.

Ahora el novio y la novia estaban inmóviles.

Era Molly la que tenía que separarse y regresar al gabinete. Stan le dio al interruptor y aquel latido del corazón rítmico y retumbante llenó la habitación, cada vez más fuerte. Arrojó un extremo de seda luminosa a través de las cortinas.

Las formas inmóviles del diván se agitaron, y Stan pudo ver cómo el hombretón enterraba la cara entre los pechos de Molly.

—No... Dorrie... mi amor, mi preciosidad... ¡no puedo permitir que te vayas! Llévame contigo, Dorrie... no quiero esta vida terrenal sin ti.

Ella forcejeó para desembarazarse, pero el novio la agarraba por la cintura y frotaba la frente contra su pecho.

Stan agarró el megáfono de aluminio.

—Ezra... mi amado discípulo... ten valor. Debe volver con nosotros. La fuerza se está haciendo más débil. En la Ciudad...

—¡No! Dorrie... debo... una vez más...

Esta vez le respondió otra voz. No era una voz espiritual. Era la voz de una muchacha llena de pánico que estaba soportando más de lo que podía.

—¡Eh, basta ya, por amor de Dios! ¡Stan! ¡Stan! ¡Stan!

¡Por todas las heridas abiertas de Cristo, que zorra más estúpida!

El reverendo Carlisle apartó las cortinas. Molly se retorció y pataleaba; el anciano estaba como poseído. En su alma contenida se había roto el dique, y el sedante que Stan le había puesto en el té había dejado de hacer efecto.

Grindle mantuvo agarrada a la muchacha que se retorció hasta que esta se desembarazó de él.

—¡Stan! ¡Por amor de Dios, sácame de aquí! ¡Sácame de aquí!

Grindle se quedó paralizado. Pues a la pálida y parpadeante luz roja vio la cara de su mentor espiritual, el reverendo Stanton Carlisle; ponía una mueca feroz. Entonces surgió un puño e impactó en la barbilla del novio espiritual, que cayó al suelo con las rodillas obscenamente abiertas.

Ahora aquella cara horrenda le gritaba a Grindle.

—¡Maldito hipócrita! ¿Perdón? ¡Todo lo que querías era tocarle el culo!

Los nudillos chocaron contra su pómulos y Grindle se derrumbó sobre el diván.

Su cerebro había dejado de funcionar. Estaba echado, con un aire estúpido, mirando la luz roja e intermitente. Se abrió una puerta y alguien salió corriendo. Se quedó mirando aquella llama roja que no dejaba de saltar, sin pensar, sin vivir, solo mirando. Oyó algo que se movía cerca de él, pero fue incapaz de volverse. Oía sonidos de gritos y a alguien que dijo: «Oh, Dios mío», y luego unos pasos vacilantes de pies desnudos y la voz de una chica que sollozaba y a alguien que buscaba a tientas una puerta y una puerta que se abría y permanecía abierta y mostraba un pasillo en el que había una tenue luz amarilla, pero todo aquello le parecía absurdo a Ezra Grindle, y prefería contemplar la pequeña llama que había dentro de la copa de cristal color rubí bailando arriba y abajo. Permaneció allí mucho tiempo.

Debajo de él, la puerta principal dio un portazo. Pero era como si le diera igual lo que ocurría. Soltó un gruñido y volvió la cabeza.

Tenía un brazo, el brazo izquierdo, dormido. Y todo un lado de su cara inmovilizado. Se incorporó y miró a su alrededor. Aquella habitación oscura... donde había estado el cuerpo de la chica. Dorrie. Era una novia. Era su boda. El reverendo Carlisle...

Lentamente recordó las cosas a retazos. ¿Había sido el reverendo Carlisle el que había golpeado a Dorrie? ¿O había sido un espíritu malvado que se había hecho pasar por él?

Grindle se puso en pie, pero le costó mantener el equilibrio. Arrastrando los pies, se dirigió a la puerta. Tenía una pierna dormida. Estaba en el pasillo de una casa. Arriba había una habitación.

Se agarró al pasamanos y dio un paso, pero cayó contra la pared y quedó de rodillas. Fue a gatas, paso a paso, arrastrando la pierna izquierda, que estaba insensible y dormida. Tenía que subir al piso de arriba por alguna razón... sus ropas estaban allí... pero todo el mundo se había ido... se había desmaterializado.

Encontró la celda de paredes verdes y se puso en pie. Tenía la respiración sibilante. ¿Qué había pasado? Su ropa seguía en el armario. Tengo que vestirme. Se celebraba una boda. Había una novia. Dorrie. Habían estado juntos, tal como Stan había predicho. Stanton... ¿dónde estaba? ¿Por qué lo había dejado así?

Grindle estaba enfadado con Stanton. Consiguió ponerse los pantalones y la camisa. Tengo que sentarme y descansar. Dorrie estuvo aquí en espíritu. ¿Quién pudo ser, sino Dorrie, su Dorrie, que había vuelto? ¿Había vivido, después de todo? ¿Y vuelto a él? ¿Había sido un sueño...?

Pero todo había desaparecido.

Gafas. Billetera. Llaves. Cigarrera.

Llegó cojeando al vestíbulo, más escaleras. Un montón de escaleras empinadas. Agárrate. Agárrate fuerte. ¡Andy! ¿Dónde estaba Andy? ¿Cómo había permitido que acabara en una casa con tantas escaleras? ¿Y qué le había pasado en la pierna? Con un repentino arrebató de cólera, Grindle se preguntó si lo habían secuestrado. ¿Le habían disparado? ¿Le habían dado un golpe en la cabeza? Había hombres desesperados que eran capaces de eso... *la ley de la calle es cada vez más amenazante, mientras nosotros, caballeros, por las noches estamos tranquilamente en nuestras casas disfrutando de nuestro puro y nuestros...* Eso era parte de un discurso.

Y la puerta que daba a aquella habitación oscura estaba abierta.

Grindle se sintió como si le hubieran caído encima veinte años de golpe. Veinte años más. Se quedó mirando la oscuridad. Allí había un gabinete, y en

el suelo se veía una mancha de luz verde.

—¡Stanton! ¡Dorrie! ¡Stanton, dónde está!

A mitad del camino trastabilló y tuvo que recorrer a cuatro patas el trecho que lo separaba del charco de luz. Pero no estaba húmedo ni almizclado, como Dorrie. Parecía una tela.

—¡Stanton!

Grindle encendió una cerilla y encontró un interruptor en la pared. La luz reveló que el vapor luminoso era un trozo de seda blanca que sobresalía del borde inferior de las cortinas negras del gabinete.

¡Pero Stanton le había pegado a Dorrie!

Separó las cortinas. Ahí estaba el sofá, en efecto. A lo mejor Stanton se había caído detrás cuando la presencia maléfica... ¿eso había sido el jueves? Me he perdido la reunión del consejo de administración. Sin mí la pospondrán; es demasiado importante. Debería haber estado allí, para tener controlado a Graingerford. Pero Russell estará presente. Es un hombre de fiar. ¿Pero podría convencerlos Russell por sí solo de la sensatez de la política de dar trabajo a los negros? Eso ya lo hacía la competencia... era algo natural. Que se fuera al cuerno Graingerford.

En el suelo, junto al sofá, había una caja de control con varios interruptores en el panel de baquelita. Grindle accionó uno.

Sobre su cabeza comenzó a oírse la tenue y espectral música de un sitar. Le dio otra vez al interruptor y se detuvo.

Se sentó en el sofá del médium con la caja entre las rodillas, de la que salía un cable que pasaba por debajo de las cortinas negras rumbo a la pared. Un segundo interruptor produjo el latido cósmico y la ráfaga de viento. Otro: «¡Hari Aum!».

Cuando se oyó la voz de Ramakrishna lo apagó. El chasquido del interruptor pareció accionar su propio raciocinio. En la explosión de un destello abrasador lo vio todo. Cómo se lo habían camelado lentamente, el aura psíquica, cómo lo habían sugestionado, los milagros manufacturados.

Dorrie... ¿Pero cómo, en el nombre del cielo, ese mojigato demonio se había enterado de lo de Dorrie? En todos aquellos años ni siquiera había pronunciado su nombre... ni siquiera a la doctora Ritter. Ni siquiera la doctora sabe lo de Dorrie ni cómo murió.

Ese villano debe de tener auténticos poderes psíquicos. O algún perverso poder telepático. Una idea temible: que alguien poseyera un corazón tan negro y unos poderes tan extraordinarios. Quizá la doctora Ritter puede explicarlo.

Abajo. Tengo que llegar abajo. El teléfono. En el despacho de ese demonio...

Lo consiguió.

—¿Andy? Estoy perfectamente... solo que no puedo hablar muy bien. No sé qué me pasa en un lado de la cara. Probablemente sea neuralgia. Andy, por el amor de Dios, cállate de una vez. Te lo digo enseguida. Tanto da dónde estoy. Deja de hablar y escucha. Ve a buscar al doctor Samuels. Sácalo de la cama y que esté en casa cuando yo llegue. Estaré allí en dos horas. Quiero que me haga un reconocimiento. Sí, esta tarde. ¿Qué hora es? Que también vaya Russell. Tengo que averiguar qué ha ocurrido en la reunión de esta mañana.

La voz que había al otro lado del teléfono estaba frenética. Grindle lo escuchó unos minutos y al final dijo:

—Da igual, Andy. He estado... fuera.

—Una pregunta, Jefe. ¿Está usted con ese predicador espiritual?

La voz del Jefe cobró claridad.

—¡Andy, te prohíbo que vuelvas a mencionar el nombre de ese sujeto! Es una orden. Ni tú ni ningún otro miembro de la organización. ¿Ha quedado claro? Y prohíbo que nadie me pregunte dónde he estado. Sé lo que hago. Y no hay más que hablar.

—Muy bien, Jefe. Pues no se hable más.

Hizo otras dos llamadas. Una para pedir un taxi y la otra a la doctora Lilith Ritter. Había una cámara de su cerebro que todavía no estaba funcionando. No se atrevía a abrirla hasta que no estuviera sano y salvo en la consulta de la doctora Ritter.

Molly no se paró a recoger la ropa. Se puso los zapatos, se echó un abrigo por encima, agarró el bolso y salió corriendo de aquella espantosa casa. No paró de correr hasta llegar a su apartamento.

Cuando llegó, Buster la saludó con un maullido, y ella le replicó con una palmadita apresurada.

—Ahora no, cariño. Mamá tiene que irse pitando. ¡Oh, Dios mío!

Colocó una maleta encima de la cama y metió dentro todas las cosas pequeñas y valiosas que vio. Aún llorando a pequeños espasmos entrecortados, se puso las primeras bragas y el primer sujetador que encontró en un cajón; se metió dentro del primer vestido que tocó en el armario, cerró la maleta y colocó a Buster en una bolsa de papel grande.

—Oh, Dios mío, tengo que darme prisa. —Hazte la tonta y dales un nombre irlandés—. Tengo que irme deprisa a donde sea. Stan... oh, maldito

seas, maldito, maldito, ¡yo *no* me siento sucia! Él era tan limpio como tú, maldito estafador de medio pelo. Oh... papá...

La gente del hotel fue amable con Buster. Molly esperaba que la policía apareciera en cualquier momento, pero no ocurrió nada. Y la dirección que encontró en el *Billboard* era correcta. A primera hora de la mañana siguiente le llegó una respuesta a su telegrama.

ENVÍO PASTA NECESITO CHICA NUMERO ESPADA ARMARIO
VUELVE A CASA CARIÑO

ZEENA

NAIPE XV



LA JUSTICIA

en una mano tiene una balanza, en la otra una espada.

Lilith abrió la puerta; no dijo nada hasta que no estuvieron en la consulta y se hubo sentado detrás del escritorio. Le preguntó en voz baja:

—¿Cómo se portó Molly?

Stan se había desembarazado del cuello y la pechera de clérigo. Sudaba, tenía la boca como algodón.

—Primero lo hizo perfecto. Luego lo fastidió todo. Los dejé a los dos fuera de combate de un puñetazo y me largué.

Lilith tenía los ojos entrecerrados.

—¿Era necesario?

—¿Necesario? ¡Por las llagas de Jesús! ¿No crees que intenté irme por las buenas? Aquel viejo cabrón era como un semental dándole patadas al establo para montar a la yegua. Los dejé inconscientes a los dos y me largué.

Lilith estaba poniéndose los guantes. Sacó un cigarrillo del bolso.

—Stan, puede que pase algún tiempo antes de que podamos vernos. —Abrió los falsos cajones y giró la combinación de la caja fuerte—. Puede que acuda a mí. Intentaré convencerlo de que no te persiga. —Colocó el fajo de billetes que Stan había utilizado de cebo y los dos sobres marrones sobre el escritorio—. No quiero seguir guardando esto, Stan.

Cuando él se hubo metido el dinero en los bolsillos, Lilith sonrió.

—Que no te entre el pánico. Aún tardará varias horas en poder emprender una acción contra ti. ¿Le pegaste muy fuerte?

—Simplemente lo empujé. No creo que perdiera el conocimiento del todo.

—¿Le hiciste daño a la chica?

—¡Por amor de Dios, no le hice *daño*! Simplemente la dejé fuera de combate; se recuperará rápido. Y si se queda grogui, así le dará al panoli algo de qué preocuparse: qué hacer con ella. Si Molly consigue escaparse, regresará al piso y me esperará. Y va a tener que esperar mucho. Dejé la maleta en una consigna, y no del centro precisamente. Las credenciales falsas y todo. Si Molly tuviera algo de cerebro podría timar a ese tipo pidiéndole dinero para estar callada: que diga que la atacó en la sala de espiritismo. Cristo, ¿por qué no se me ocurrió eso antes? Pero ahora ya es tarde. Ya soy un fugitivo.

Levantó la cara de Lilith y la besó, pero sus labios fueron fríos e imperturbables. Stan la estaba mirando a los ojos.

—Va a pasar mucho tiempo, nena, antes de que podamos estar juntos.

Lilith se puso en pie y se acercó a él.

—No me escribas, Stan. Y no te emborraches. Si te hacen falta, toma sedantes, pero no te emborraches. Prométemelo.

—Naturalmente. ¿Dónde tienes que escribirme?

—Charles Beveridge, Lista de Correos, Yonkers.

—Bésame.

Esta vez, la boca de ella estaba húmeda.

En la puerta, él la rodeó con el brazo, le rodeó el pecho con la otra mano y volvió a besarla. De repente se enderezó y una expresión de alarma se le clavó en la cara.

—Espera un minuto, nena. Se pondrá a pensar en quién me chivó lo del aborto. ¡Y tú serás la primera que le vendrá a la cabeza! Vamos, cariño, tenemos que largarnos.

Lilith soltó una carcajada: dos notas agudas como el ladrido de un zorro.

—No sabe que yo lo sé. Lo deduje de cosas que él no me decía. —La carcajada aún estaba en sus ojos—. A estas alturas no me digas cómo tengo que cuidarme, amor. Dime... —Una mano enguantada de negro le apretó el brazo—. ¡Dime cómo conseguiste que se moviera la báscula de precisión!

Él sonrió, y después de volverse dijo:

—Yonkers —y ya salía rápidamente por la puerta.

No utilices el coche. Los taxistas se acuerdan de la gente. Metro hasta Grand Central. Camina, no corras, hasta la salida más próxima. Ciento cincuenta de los grandes. Cristo, yo también podría contratar un ejército de agentes privados.

En unos vestuarios situados debajo de la estación abrió la bolsa de viaje, sacó una camisa y un traje ligero. Tenía una botella de Hennessy; la abrió y echó un trago.

Ciento cincuenta de los grandes. En ropa interior, se colocó un chaleco para llevar dinero con doce bolsillos. A continuación sacó un fajo de billetes —un puñado— de sus ganancias en la iglesia. Coge uno de cincuenta y varios de veinte y guarda el resto.

Quitó la goma elástica del grueso fajo y sacó el de cincuenta. El siguiente billete era de dólar. Y el otro. ¡Pero él no había puesto billetes de dólar en las

cartas falsas que le había enseñado a Grindle! ¿Había añadido el dinero al otro montón aquella noche en la consulta de Lilith? ¡Billetes de dólar!

Extendió el fajo, pasando los billetes de una mano a la otra. A continuación se volvió para que la luz que había encima del lavamanos cayera sobre ellos y volvió a revisarlos. ¡A excepción del de cincuenta que había encima, todos los demás eran de dólar!

A Stan comenzaron a picarle las cejas, y se las hurgó con los nudillos. Las manos le olían a dinero y al tenue perfume de las mujeres que habían manejado aquellos billetes.

El Gran Stanton echó otro trago de *brandy* y se sentó lentamente sobre un taburete blanco. ¿Qué demonios estaba pasando? Al contarlos, se dio cuenta de que solo había trescientos ochenta y tres dólares de sus ganancias en la iglesia. De los once mil de antes... ¿y el «botín»? ¡Dios todopoderoso!

Dejó caer los dólares al suelo y agarró uno de los sobres marrones, cortándose el pulgar al abrirlo.

Fuera se oyó un roce de pies, y los pantalones color blanco pato del encargado aparecieron detrás de la puerta.

—¿Se encuentra bien, señor?

—Sí, sí, estoy bien.

Este montón debería ser todo de billetes de quinientos dólares.

—¿No se habrá mareado, verdad señor?

Dios mío, déjame en paz.

—No, ya le digo que estoy bien.

—De acuerdo, señor. Es que me pareció oír un ruido parecido a cuando un caballero tuvo un ataque. Un caballero tuvo un ataque la semana pasada y tuve que pasar por debajo de la puerta y sujetarlo. Tuve que llamar al mozo, y luego fregar toda la sangre donde se había cortado.

—¡Por amor de Dios, hombre, *deje que me vista!* —Stan agarró un dólar de los billetes que se desperdigaban a sus pies y lo pasó por debajo de la puerta.

—¡Oh... oh! Gracias, señor. Gracias.

Stan abrió el papel marrón. ¡Billetes de dólar!

Le costó abrir el otro; lo desgarró con los dientes. ¡Y otra vez el grueso paquete no contenía más que billetes de un dólar!

El pastor de la Iglesia del Mensaje Celestial aplastó un puñado de billetes con la mano, y sus ojos se desplazaron hasta las líneas negras que había entre las baldosas del suelo. Dejó escapar un sonido explosivo que pareció una tos; levantó el puño y se golpeó dos veces la frente con el papel arrugado. A

continuación arrojó el dinero a un rincón y abrió los dos grifos del lavabo. En medio del rugir del agua, se dejó ir; hundió la cara en el lavamanos y chilló, y el sonido borboteó hasta sus oídos a través de la acometida del agua. Chilló hasta que le dolió el diafragma, y tuvo que callarse y sentarse en el suelo, metiéndose una toalla en la boca y rompiéndola con los dientes.

Al final se puso en pie y agarró la botella de *brandy*, tragando hasta que tuvo que parar y jadear para coger aliento. A la implacable luz del espejo se vio a sí mismo: el pelo cayéndole por la cara, los ojos inyectados en sangre, la boca retorcida. ¡Por las llagas sangrantes de Cristo!

Le habían dado el cambiazo.

Estaba de pie, tambaleándose, el pelo le caía húmedo sobre los ojos.

La doctora Lilith Ritter le dijo:

—Siéntese, señor Carlisle.

Su voz era fría, amable y triste, y tan profesional como el tecleo de una mecanógrafa.

La cabeza de Stan había empezado a temblar como si dijera que no a una larga serie de preguntas. Seguía temblando.

—He hecho todo lo que he podido —dijo la voz triste a través del humo de cigarrillo—. La primera vez que vino a visitarme se encontraba en un estado lamentable. Tenía la esperanza de que si llegaba a las raíces de su angustia podría evitar un grave trastorno. Bueno... —La mano hizo un breve gesto con el zafiro de estrella—. He fracasado.

Stan comenzó a frotar los dedos por el tablero del escritorio, escuchando el leve gemido del sudor contra el ébano.

—Escúcheme, señor Carlisle. —La doctora se inclinó hacia delante con un gesto serio—. Intente comprender que estos delirios forman parte de su estado. Cuando vino aquí por primera vez, lo torturaba la culpa en relación con su padre... y con su madre. Todas estas cosas que cree que ha hecho, o que le han hecho últimamente, son simplemente la culpa de su infancia proyectada. ¿Me he explicado con claridad?

La habitación se balanceaba, las lámparas tenían dobles círculos de luz, que se movían adelante y atrás y se cruzaban al tiempo que las paredes se hinchaban. La cabeza dijo: no.

—El simbolismo es bastante evidente, señor Carlisle. Sentía usted un poderoso deseo inconsciente de matar a su padre. En alguna parte, no sé dónde, vio el nombre de Grindle, un industrial, un hombre poderoso, y lo identificó con su padre. Cuando se encuentra con un anciano que tiene un

poco de barba blanca reacciona usted de una manera muy curiosa. Le recuerdan los hongos de la cara de un cadáver: el cadáver en que quería ver convertido a su padre.

Ahora la doctora hablaba en voz muy baja; una voz relajante, amable, incontestable.

—Cuando era niño, vio cómo su madre mantenía relaciones sexuales. Por tanto, esta noche tuvo una alucinación y creyó ver a Grindle, la imagen del padre, manteniendo relaciones con su amante... que ha acabado representando a su madre. Y eso no es todo, señor Carlisle. Puesto que he sido su terapeuta, ha llevado a cabo una transferencia hacia mí... y también me ve como su madre. Eso explica sus delirios sexuales con relación a mí.

Stan se pasó las manos por la cara, aplastándose los ojos con las palmas, arrancando mechones de pelo entre los dedos y retorciéndolos hasta que el dolor liberó sus pulmones helados y pudo respirar. Sus pensamientos volvieron a tomar carrerilla, jugando con las mismas palabras hasta que perdieron todo sentido: grindle grindle grindle grindle madre madre madre basta basta basta. La voz no paraba.

—Hay otra cosa que debe afrontar, señor Carlisle: esto lo está destruyendo. Pregúntese por qué quería matar a su padre. ¿Por qué ese deseo engendra tanta culpa? ¿Por qué me vio a mí, la imagen de la madre, en sus alucinaciones en el papel de amante y en el papel de ladrona que lo estafó?

La doctora Ritter ahora estaba de pie e inclinada a través del escritorio, con la cara muy cerca de la de Stan. Hablaba en voz muy queda.

—Quería mantener relaciones sexuales con su madre, ¿verdad?

Stan se llevó la mano a los ojos y se los tapó, la boca le quedó abierta y produjo un ruido sin palabras que podría haber sido cualquier cosa, un sí, un no, o las dos. Dijo: «Eh... eh... eh... eh». Entonces pareció que todo el dolor se concentraba en el dorso de la mano derecha, en una punzada súbita y furiosa como el mordisco de una serpiente. La dejó caer y se quedó mirando a la doctora, a la que de pronto vio de nuevo enfocada. Ahora sonreía.

—Una cosa más, señor Carlisle. —La doctora expulsó el humo del cigarrillo—. Ese hombre que afirma haber matado en Mississippi... al principio creía que no era más que otro delirio que tenía que ver con la imagen del padre. Sin embargo, lo investigué y descubrí que esa muerte ocurrió de verdad: Peter Krumbein, Burleigh, Mississippi. Sé que le alegrará saber que, al menos, *eso* sí ocurrió. Ha sido una pista muy fácil de seguir. No han pasado muchos años, ¿verdad, señor Carlisle?

La doctora apartó la mirada y cogió el teléfono, y su voz suave de pronto cobró vigor.

—Señor Carlisle, he hecho todo lo que he podido por usted, pero necesita cuidados hospitalarios. Estas alucinaciones... No podemos permitir que vaya por ahí y se meta en líos. Póngase en mis manos; puede confiar en mí completamente... ¿Hospital Bellevue? Departamento de psiquiatría, por favor.

Sonó el portero automático; una cerradura chasqueó en el vestíbulo. Entonces la puerta que conducía a la sala de espera se abrió y se cerró. Alguien venía.

Stan retrocedió, mirándola, la boca abierta, los ojos saliéndosele de las órbitas. La puerta. Tengo que salir. Gente. Peligro.

—¿Departamento de psiquiatría? Soy la doctora Lilith Ritter. Por favor envíen una ambulancia...

La puerta se cerró detrás de él y acalló su voz.

Fuera. La calle. Escondarse. Se agarró al pomo, sujetando la puerta para que ella no pudiera seguirlo.

Sueño. Pesadilla. Delirio. Nada... nada es real. Lengua... desnudo... hablar... dinero... sueño... pesadilla.

Tenuemente, a través de la madera, oyó el chasquido del teléfono cuando colgaron. Una puerta que se abría... la sala de espera. Enseguida la voz de la doctora.

—¿Tiene la bondad de entrar, por favor?

Silencio.

Aspiró sin pensar en el dorso de su mano derecha, donde había una marca roja que le escocía como una quemadura de cigarrillo.

¿A salvo? ¡Viene gente! Tengo que irme...

Otra voz al otro lado de la madera, aguda. De hombre.

—Doctora, menudo lío...

—Échese en el sofá, por favor. Deje que le quite las gafas, señor Grindle.

NAIPE XVI



EL DIABLO

*Bajo sus alas de murciélago,
los amantes permanecen encadenados.*

Había una placa de cristal en forma de estrella en el suelo, donde los que bailaban se balanceaban y arrastraban los pies. Cuando la banda tocaba un lento, las luces se atenuaban y la estrella brillaba, iluminando las faldas de las chicas y dejando su cara en penumbra, pero transparentando sus ropas de caderas para abajo. Las chicas chillaban y reían mientras sus parejas las hacían cruzar la estrella y regresar a la oscuridad.

En uno de los rincones de la sala, el mentalista se levantó de su silla, agarrándose al respaldo para mantener el equilibrio.

—Gracias, señor, y a su encantadora amiga, por su interés y por la copa. Comprenderán, amigos, que tengo a otras personas esperan...

El borracho deslizó un dólar por la mesa y el lector de la mente lo cogió con las puntas de los dedos. Desapareció en un movimiento rápido. Hizo una reverencia y se dio la vuelta.

La chica soltó una risita, la nariz borboteó en el vaso cuando bebió.

—Papi, ¿no da un poco de miedo? —Seguía con su risita—. ¡Cariño, ya has oído lo que ha dicho! Ha dicho: «Un hombre con buena cabeza para los negocios te regalará lo que más deseas, algo que antaño vivía en una jaula». Ya lo has oído, papi. ¿A qué crees que se refería?

El hombre dijo con la voz pastosa:

—A lo que tú quieras, nena. Ya lo sabes. Lo que sea. Caramba, encanto, tienes el mejor par de... —Se acordó del papelito que el lector de la mente le había dicho que metiera debajo de la correa del reloj, y lo sacó. Lo desdobló e intentó enfocararlo. La chica encendió una cerilla.

La muchacha, con su letra afectada, utilizando círculos para hacer los puntos, había escrito: «¿Papi me comprará ese abrigo de zorro plateado?». El hombre se quedó mirando el papelito y sonrió.

—Claro, nena. Lo que quieras. Ya lo sabes. Vámonos de aquí... a tu casa. Vámonos, encanto, antes de que esté un poco demasiado... un poco demasiado... —se tiró un pedo, pero no se dio cuenta— alegre.

En la barra, Stan se tomó otra copa rápida a cuenta de la casa. Incluso a través de la cortina del alcohol, el gusano de su mente seguía escarbando.

¿Cuánto me durará este garito? Cada vez son más repugnantes. Ese cabrón del pelo reluciente... privado. Privado. Información privada. Investigaciones privadas. Informes privados, desastres privados. ¿Ejecuciones privadas?

La idea daba vueltas y giros en su mente, consumiendo el alcohol que había dentro. Jesús, ¿cómo llegué a liarme con esa inútil? ¿Cómo iba a saber que Molly...? Dios mío, ya estamos otra vez.

Un camarero se le acercó y dijo:

—Mesa dieciocho, amigo. La chica se llama Ethel. Ha tenido tres maridos y gonorrea. El tipo que está con ella es vendedor a domicilio. Artículos de fontanería.

Stanton se acabó la copa y dejó una moneda de veinticinco centavos en el bolsillo del chaleco del camarero al cruzarse con él.

De camino a la mesa, Stan vio al jefe, con las mangas arremangadas de su camisa azul marino y la corbata amarillo canario aflojada, que hablaba con dos tipos de traje arrugado. No se había quitado el sombrero. Los dos tenían el cuello de toro.

Una fría corriente le bajó por la espalda. Parecía que el viento soplara por debajo de su camiseta. Frío. Jesús, ahí están. Grindle. Grindle. Grindle. El poder del anciano se desplegaba por el país como un par de alas de murciélago frías y negras.

Stan se encaminó lentamente al fondo de la sala, se ocultó detrás de un tabique, se coló en la cocina y salió al callejón que había en la parte de atrás del Club Pelicano, echando a correr cuando estuvo lejos del edificio. No se atrevió a volver a buscar el sombrero. Cristo, debería dejarlo colgado en un clavo junto a la puerta de atrás. Pero la próxima vez también la bloquearán.

Siempre caras diferentes, tipos diferentes. Debían de contratar detectives privados en cada estado, todos ellos diferentes. Anderson está sentado en el interior de aquel fuerte rodeado de alambre de espino y extiende su tela como una araña, gastando millones en aplastar a un solo tipo. México. Tengo que cruzar la frontera si quiero librarme de ellos. Tres mil millas de este maldito país y ni un agujero en el que esconderse. ¿Cómo es que estos matones aparecen tan rápidamente? Lectores de la mente: debían de buscar a cualquier tipo que hiciera un número de mentalismo y tomarle una muestra del pelo, para ver si era rubio.

Por encima de los tejados a oscuras se oyó el silbido de un tren, prolongado y lastimero. Stan se metió en otro callejón y se apoyó contra la pared, escuchando el estruendoso traqueteo de su corazón, esforzándose por

respirar. Lilith, Lilith. A dos mil millas de distancia todavía se extendía un alambre dorado, y un extremo estaba sepultado en su cerebro.

En el Club Pelicano, el jefe estaba diciendo:

—Y ahora, chicos, largaos. Decidle a McIntyre que no voy a traer cigarreras ni chicas para hacer promociones, y que yo mismo seguiré haciendo de encargado de guardarropa. No está en venta.

NAIPE XVII



EL ERMITAÑO

Un anciano sigue una estrella que arde dentro de su farol.

A la luz del fuego los naipes caían, formando una cruz. Stan iba repartiendo lentamente, viéndolos caer.

El barranco quedaba a resguardo del viento, y el fuego era invisible desde las vías que había a un cuarto de milla gracias a unas malas hierbas altas y quebradizas. Las malas hierbas llegaban hasta el borde del barranco, y el fuego las teñía de amarillo contra el cielo en el que se incrustaban las estrellas, heladas y remotas.

La Emperatriz. La mujer del naipe le lanzó una sonrisita de suficiencia debajo de su corona de estrellas, y en la mano tenía un cetro con una bola dorada en el extremo. Las granadas bordadas en su túnica parecían fresas. A su espalda, los árboles se erguían rígidos, como los de un telón teatral de cualquier poblacho. A sus pies maduraba el trigo. Olor de trigo que madura. El signo de Venus en el sofá donde está sentada. Olor de trigo que madura.

Qué se creían, los gusanos que se retorcían en el semen, irrumpiendo en el mundo para encontrarse con ácidos, irrigadores vaginales, condones de goma, tapicerías de coches, calzoncillos de seda, pañuelos acartonados... doscientos millones de una vez...

Al otro lado de la hoguera, el tipo gordo levantó una lata humeante de las ascuas con unos alicates.

—¿Quieres una taza, amigo? El café está hecho.

Stan apartó hebras de tabaco de una lata y la limpió con un trapo.

—Échalo aquí, amigo.

El café hizo que el estómago le diera vueltas otra vez. Cristo, necesito una copa. ¿Pero cómo sacar la botella a escondidas sin tener que darle también a este cabrón?

Asomó un poco el cuello de la botella de la chaqueta y fingió estudiar las cartas mientras el whisky casero caía en la taza humeante.

El vagabundo achaparrado levantó la cara.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué es esto que emana este aroma celestial? —Su voz era como papel de lija—. ¿No me digas que estamos hablando de *Odeur de Cebada*? ¿O acaso solo son unas gotas... apenas una insinuación detrás de las orejas... de esa esencia sutil y singular, «*Parfurn Pourriture d'Intestin*»:

Nunca sabes lo que ella lleva... hasta que es demasiado tarde»? \ *Venga, rubito, pásame la botella!*

Stan respondió con una sonrisa:

—Claro, claro, amigo. Iba a sacarla luego. Estoy esperando a otro amigo mío. Esta por ahí intentando pillar algo para comer.

El gordo cogió la botella de matarratas, midió el contenido a ojo, y se bebió casi exactamente la mitad, devolviéndola y regresando a su café.

—Gracias, colega. El único amigo que tienes está delante de ti. Más vale que te tragues lo que queda antes de que otro vagabundo te lo quite a hostias. —Desplazó el peso de su cuerpo, cruzó las piernas y echó un largo trago de café, que le cayó por la superficie de los carrillos, azul y reluciente. La barba de dos días lo hacía parecer un pirata.

Colocó la lata sobre la rodilla y se limpió la barbilla, pasándose la lengua por los labios y las encías. A continuación dijo:

—Eso es, amigo: mata la botella. ¿Qué te parecería que ahora se presentara un invitado inesperado? —Su voz adquirió un tono aflautado y afectado, y ladeó la cabeza coquetamente, levantando unas cejas pobladas—. Nos pondríamos muy nerviosos... pues es el día libre de la doncella. Todo lo que podríamos ofrecerle sería un trago de ese estupendo y añejo meado de mofeta envejecido en roble. —Se le movían los carrillos al negar con la cabeza en un gesto de burlona preocupación. Entonces su cara oscura se iluminó—. Pero a lo mejor sería esa alhaja inapreciable... ese invitado que se conforma con todo, siempre dispuesto a ponerse el delantal (uno de los mejores que tenemos, naturalmente, con volantes, que guardamos para estas personas tan especiales) y a ayudarte en la cocina improvisando un tentempié.

Stan volvió a llevarse la botella a la boca y la empinó; el sañudo whisky encontró agujeros en sus dientes y lo castigó, pero Stan acabó apurándolo y arrojó la botella a las malas hierbas.

El gordo lanzó otra rama al fuego y se acuclilló al lado de Stan.

—¿Qué cartas son estas, amigo?

La camisa del gordo estaba casi limpia, y las vueltas de los pantalones prácticamente sin deshilar. Probablemente se había pegado la vida padre. En la solapa había un diminuto timón emblema de un club náutico.

Stan levantó la vista hacia él.

—Amigo mío, tú eres un hombre que has visto mundo. Tengo la impresión de que en algún momento de tu vida has estado en un despacho con una gruesa moqueta. Veo un edificio de oficinas y algo que crece en él. ¿Podrían ser cedros... en un macetero?

El gordo se puso en pie, agitando el café de su lata.

—Todo el mundo tenía cedros. Yo tuve una idea mejor... una inspiración. Montículos de hierba... simplemente extensiones de pura hierba. Y ahora verás qué *genio*. ¿Y sabes qué les puse? ¡*Saltamontes!* Me traía un cliente por la noche, ya tarde. Debajo de nosotros se extendía la ciudad a oscuras. Le decía que se apartara de la ventana y escuchara. No se podía creer que estuviera en la ciudad. —Bajó la mirada y su cara se tensó—. Espera un momento, amigo. ¿Cómo has sabido lo de la hierba?

El Gran Stanton puso una fina sonrisa, señalando los naipes que tenía delante.

—Este es el Tarot de los cartománticos gitanos. Una serie de símbolos que se remontan a la antigüedad, y que en su forma enigmática conservan la sabiduría arcaica a través de las épocas.

—¿Qué haces con él? ¿Dices la buenaaventura? —La voz arenosa había perdido su hostilidad.

—Recibo impresiones. Tienes dos hijos. ¿Es correcto?

El hombre asintió.

—Dios sabe que los tuve. Si esa puta no hubiera dejado que se mataran mientras ella estaba follando por ahí.

—¿Tu tercera esposa?

—Sí, eso es. Espera un momento. ¿Cómo has sabido que he tenido mala pata tres veces?

—He extraído las impresiones de tu mente, amigo mío, utilizando las cartas del Tarot como concentrador. Y ahora, si quieres que continúe, estaré encantado. La tarifa serán veinticinco centavos, o su equivalente en especies.

El vagabundo se rascó la cabeza.

—Muy bien, amigo. Adelante.

Arrojó veinticinco centavos junto a las cartas, y Stan los recogió. Cinco cartas. Recogió los naipes y los barajó. Hizo que el gordo los cortara con la mano izquierda.

—Como ves, el primero que aparece es *El Ermitaño*. Un anciano apoyado en un báculo que sigue una estrella que arde en un farol. Esta es tu búsqueda, tu viaje por la vida, siempre en pos de algo fuera de tu alcance. Un tiempo fue riqueza. Luego el amor de las mujeres. Luego buscaste seguridad, para ti y para los demás. Pero la desgracia cayó sobre ti. Dentro de ti las cosas comenzaron a desgarrarse en direcciones opuestas. Y tenías que tomar de cinco a seis copas antes de coger el tren para volver a casa cada noche. ¿Me equivoco?

La cara oscura y reluciente asintió.

—El Ermitaño es la carta de la Búsqueda. La Búsqueda de la Respuesta.

—Otra vez, amigo. —La voz del gordo era apagada, sin esperanza—. El poco seso que me quedaba me lo ablandaron a palos los agentes del ferrocarril.

Stan cerró los ojos.

—Cuando el hombre viene al mundo no es más que un ser insignificante y ciego que anda a tientas. Conoce el hambre y el miedo al ruido y a caer. Pasa la vida huyendo. Huye del hambre y del trueno del destino. Desde que nace comienza a caer a través del aire sibilante del Tiempo: hacia abajo, hacia un abismo de oscuridad...

El vagabundo se incorporó cautamente y se alejó un poco de Stan. Miró al cartomántico con prevención. A los chalados se les va la olla enseguida... y este aún tenía en la mano una taza de café caliente.

El Gran Stanton hablaba en voz alta para sí mismo. El trago de whisky le había aflojado el estómago y la lengua. Ahora divagaba; con una alegría ebria y estúpida dio rienda suelta a sus palabras, soltando todo lo que quería decir. Se recostó y descansó y dejó que su lengua hablara y hablara. ¿Por qué estrujarme los sesos por un vagabundo que probablemente era demasiado deshonesto y falso incluso para dedicarse a la publicidad? La lengua lo hace todo. Nuestra fiel lengua, el mejor amigo del hombre... y el segundo mejor de la mujer. ¿De qué diablos estoy hablando?

—... llegamos como un soplo del viento a los campos de la mañana. Avanzamos como la llama de la lámpara a la que acomete una ráfaga procedente de una ventana a oscuras. En medio del viaje vamos de mesa en mesa, de botella en botella, de cama en cama. Respiramos, masticamos, tragamos, chupamos, intentamos absorber la vida como si fuéramos una am-am-ameba, ¡maldita sea! Alguien nos deja libres como si fuéramos un sapo que sale de una caja de cerillas y saltamos y saltamos y saltamos y el otro siempre nos viene detrás, y cuando se cansa nos pisotea hasta matarnos y nuestras tripas sobresalen a cada lado de la boca de la Providencia Siempre Misericordiosa. ¡El hijo de puta!

El mundo comenzó a dar vueltas y Stan abrió los ojos para mantener el equilibrio. El gordo no estaba escuchando. Estaba de pie de espaldas al fuego, arrojando piedras a algo que quedaba fuera del círculo de luz.

Cuando se volvió dijo:

—Un maldito aborto de *perro*, sarnoso y comido por las pulgas estaba intentando husmear en nuestro fuego. Esa apestosa abominación. ¡Los odio!

Se te acercan, husmeando, arrastrándose, por favor, deme una patada en el culo, señor. ¡Los odio! Te esclavizan completamente. Los frota detrás de las orejas y prácticamente se te corren en la cara de gratitud.

Stanton Carlisle dijo:

—Amigo mío, en algún momento un perro te hizo daño. Creo que el perro no era tuyo, sino que pertenecía a otra persona... una mujer.

El vagabundo, moviéndose con la agilidad y la elegancia de un atleta que ha ganado peso, ahora estaba a su lado, apretando los puños, marcando los nudillos mientras hablaba.

—Naturalmente que era un perro, ¡un maldito aborto de perro, pelota, servil y comevómito! ¡Claro que pertenecía a una mujer, chalado cabrón! ¡Y el perro era yo!

Mantuvieron la pose como figuras en un cuadro vivo. Solo se movía la luz del fuego, saltando y parpadeando sobre las malas hierbas y las dos caras, la del gordito era sombría y atormentada, la cara escuálida del rubio carecía de expresión.

Se oyó un correteo y un gemido en lo alto del terraplén que quedaba sobre sus cabezas, y los dos se volvieron. Un perro demacrado se acercó al calor lento y tembloroso, la cola aplastada entre las nalgas, los ojos en blanco.

Stan dijo alegremente entre dientes:

—Ven aquí, chico. Aquí. Ven aquí conmigo.

El perro brincó hacia él, aullando de alegría al oír una voz amistosa. Casi había llegado junto a Stan cuando el vagabundo gordinflón echó el pie hacia atrás. La patada levantó al animal, que voló retorciéndose y chillando; cayó piernitendido en mitad de la hoguera, soltó un chillido y salió corriendo hacia la oscuridad, dejando un rastro de chispas de la piel chamuscada.

Stan arrojó el café en una curva; refulgió a la luz del fuego, un arco color barro, y le dio al gordo en los ojos. Este trastabilló hacia atrás, pasándose la manga por la cara. A continuación bajó la cabeza, puso los carrillos en el hombro izquierdo y avanzó con un balanceo, el puño izquierdo hacia delante, la mano derecha medio abierta, dispuesto a defenderse la cara. Con una voz suave y cultivada dijo:

—Levanta las manos, hermano. Vas a pasar tres minutos muy desagradables. Es el tiempo que jugaré contigo y luego te enviaré a la tierra de los sueños.

El reverendo Carlisle se había quedado doblado, como si le hubiera dado un violento retortijón. Gimió, siguió doblado, y el gordo bajó la guardia un centímetro. Fue suficiente.

Cuando Stan saltó hacia delante llevaba un grueso leño encendido, y con una embestida le dio al vagabundo con la punta encendida justo debajo del esternón. El hombre cayó pesadamente, desmazelado, como un muñeco relleno de arena.

Stan lo vio jadear, buscando aire. A continuación le golpeó la boca abierta con la antorcha, y sintió cómo los dientes se aplastaban.

El alcohol se estaba evaporando de su mente. Estaba solo bajo la inmensidad del cielo, y tenía frío... desnudo como una babosa, como un renacuajo. Y la sombra del pie que iba a aplastarlo parecía cada vez más cerca. Stan echó a correr.

A lo lejos, en la carretera, oyó un silbato y corrió más deprisa, trastabillando, con un flato. Oh, Jesús... el Tarot. Lo he dejado junto a la hoguera. Una señal más que apuntaba al reverendo Carlisle.

Un mercancías estaba frenando. Corrió, el aliento le quemaba, miró hacia delante, a través de la oscuridad, por si había algún obstáculo en la línea. Un peldaño de hierro pasó a su lado e intentó cogerlo, pero se le escurrió de los dedos. El tren iba cobrando velocidad.

A su lado pasó un vagón de carga con la puerta completamente abierta y Stan pegó un salto.

Entonces, mientras el pánico le escaldaba todo el cuerpo, supo que había fallado y que se estaba escurriendo hacia abajo.

Una mano salió del vagón, lo agarró por el hombro y lo sujetó. Ahora estaba medio cuerpo dentro medio fuera, mientras bajo sus pies la tierra discurría a toda velocidad.

El mercancías se alejó zumbando.

NAIPE XVIII



EL TIEMPO

*Con un pie en la tierra y el otro en el agua,
un ángel derrama la eternidad de una taza a otra.*

El sol de Maryland caía sobre el aparcamiento, reflejándose en los parabrisas alineados, las manecillas cromadas y las tersas curvas de los guardabarros esmaltados.

Cincinnati Burns aparcó lentamente su abollado descapotable en la fila mientras Molly, que estaba de pie sobre la gravilla, gritó:

—A la izquierda, cariño. Más a la izquierda.

Cincinnati extrajo la llave de contacto y repentinamente se la arrancaron de la mano y la arrojaron entre los coches. Cincy dijo:

—¡Diablillo! Tienes la cara muy dura. ¿No te parece, eh? —Levantó el bebé mientras este chillaba de alegría.

Molly llegó corriendo.

—Déjame que lo coja, Cincy, mientras buscas la llave.

Cincy le pasó el bebé y este agarró un pañuelo húmedo del bolsillo de la chaqueta del jugador y lo sacudió triunfante.

—Vamos, precioso. Deja que papi coja la llave. Eh, deja de darme patadas en la barriga.

El hombretón se colocó la criatura sobre el hombro, entregándole a Molly su sombrero para que se lo guardara, y se encaminaron hacia la tribuna. El jugador se cambió el bebé de lado y miró el reloj que llevaba en la muñeca.

—Tenemos mucho tiempo, nena. La tercera carrera es la nuestra.

Se pararon a comprar unos vasos de papel de sorbete de frambuesa, y Cincinnati de repente susurró:

—Coge al bambino, Molly. Ahí está Dewey de St. Louis.

Caminando sin hacer ruido, se acercó por detrás y se agachó detrás de un hombre apesadumbrado y de cara larga que llevaba un traje de raya fina. Cincy sacó una caja de cerillas y con sus dedos gruesos, que tenían los nudillos cubiertos de pelo rojo, con la misma delicadeza que si enhebrara una aguja, introdujo una cerilla entre la suela del zapato de Dewey y la vira. Encendió la cerilla, retrocedió unos pasos sigilosamente, y regresó hasta donde estaban su esposa y su hijo, que lo observaban todo desde detrás del puesto de refrescos.

Cuando la cerilla ardió, el apostador de cara larga pegó un bote como si lo hubieran izado por una cuerda y comenzó a darse manotazos en el pie.

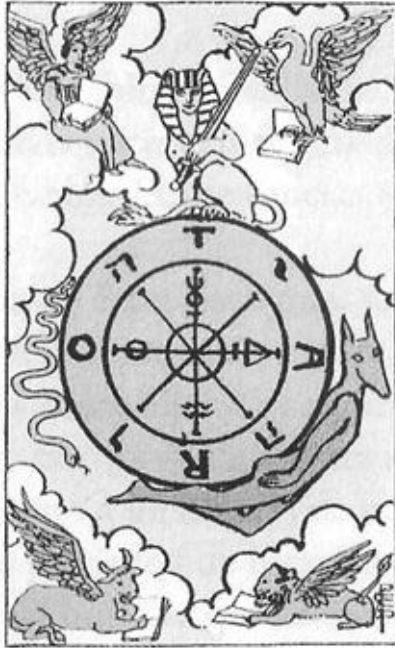
Molly, Cincy y el joven Dennis, que lo observaban todo desde una esquina del puesto, comenzaron a gritar al unísono. Molly tiró su vaso de sorbete, y Dennis Burns, al verlo caer, también tiró el suyo alegremente.

—Eh, ¿qué hay? —Cincy hizo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo y dijo—: Adelantaos. Yo voy enseguida.

Cuando llegó junto a ellos llevaba cuatro vasos de sorbete.

—Tomad, chicos. Uno para que os lo bebáis y otro para que lo tiréis. Con Dewey nunca falla el truco de la cerilla. Deben de habérselo hecho mil veces. Al menos yo se lo he hecho una docena de veces. Subamos a la tribuna. Os dejo instalados y luego iré a apostar por ese jamelgo de la tercera; no debería caerse muerto, *kennahurra*. No sabes lo que esto significa, es gaélico. Si se rompe una pierna vamos a tener que contarle un buen rollo al de ese hotel de mala muerte. Qué demonios, ya va siendo hora de que nos larguemos de esa ratonera. Cada vez que me despierto por la mañana y veo ese papel pintado me parece que te he de pagar cinco dólares.

NAIPE XIX



LA RUEDA DE LA FORTUNA

gira junto al Angel, el Águila, el León y el Toro.

Stan yacía sobre los tablones astillados, sintiendo la vibración en los codos y en la nariz el olor acre del aceite de máquina que surgía de las tablas. El mercancías retumbaba, cobrando velocidad.

Las manos tiraron de él un poco más, se deslizaron bajo sus axilas y lo ayudaron a incorporarse.

—¿Te encuentras bien, hijo? Te aseguro que te ha faltado poco para irte al otro barrio. —La voz era suave y amistosa.

Ahora pasaban junto a las afueras de un pueblo, y a través de la puerta veían el parpadeo de listas de luz procedentes de las farolas solitarias. El hombre que lo había arrastrado era un negro vestido con unos pantalones con peto de tela vaquera y una chaqueta de trabajo de la misma tela. Por encima del pecho del mono se veían las sombras de una camisa blanca. Su sonrisa era la única parte de la cara que Stan podía ver.

Stan se puso en pie y se agarró para no perder el equilibrio en el vaivén del tren, y movió los dedos y los brazos para aliviar el dolor.

—Gracias, amigo. Estaba demasiado oscuro y no podía coger velocidad, no podía ver nada de lo que tenía delante.

—Las noches así son duras. No puedes ver dónde agarrarte. No puedes ver nada. ¿Quieres un pitillo?

Stan notó que le ponían una petaca de tabaco en la mano. Se lio un cigarrillo y compartieron la cerilla. El negro era un tipo joven, delgado, con unos rasgos tersos y bien formados y el pelo cortado al cepillo.

Stan aspiró el humo y lo dejó salir por la nariz. Enseguida comenzó a temblar, pues el constante traqueteo de las ruedas lo devolvió a su estado de desesperación y puro miedo.

—Tenía que pasar. —Y el temblor fue aún más fuerte.

—¿Tienes frío, amigo? ¿Tienes fiebre?

—Solo es el susto. Pensaba que iba a palmarla.

Sus cigarrillos perfumaron la oscuridad. Salió la luna y los acompañó, las copas de los árboles la ocultaban.

—¿Eres un vagabundo, amigo, o solo viajas?

—Solo viajeo.

—Hay mucha gente que viaja así. Preferiría trabajar que ir así por la vida.

—¿Qué clase de trabajo haces?

—Cualquiera. Mozo de cuerda, mantenimiento. Una vez manejé un montacargas. Conduzco bastante bien. Me das el camión más grande que puedas encontrar, y lo conduzco. He estado embarcado: pinche de cocina y lavaplatos. Sé recoger algodón. Supongo que no hay nada que no pueda hacer, lo que me digas.

—¿Vas al norte?

—A Nueva Jersey. A ver si consigo un trabajo en Grindle. Por lo que he oído, cogen gente. Gente de color.

Stan apoyó la espalda contra la puerta cerrada del otro lado del vagón y expulsó una última bocanada del cigarrillo, arrojando la colilla por la puerta en una estela de brasas.

Grindle. Grindle. Grindle. Para ahogar el traqueteo de las ruedas, dijo:

—¿Cómo es que de pronto contratan gente? El negocio les debe de ir bien.

El joven soltó una carcajada.

—El negocio va como siempre. Contratan porque últimamente han echado a mucha gente. Los que hay ahora contratan solo a gente de color, por lo que he oído.

—¿Y a santo de qué? —Abogados serviles, psicólogos serviles, matones serviles. Cabronazos.

—¿Tú qué crees? Contratan solo gente de color, y luego azuzan a los blancos, y no tardan en enfrentarse unos con otros y se olvidan de las largas horas y lo poco que cobran.

Stan solo escuchaba a medias. Fue a gatas hasta el rincón donde estaba el negro y se sentó, estirando las piernas delante de él.

—Eh, amigo, ¿no tendrás un trago, verdad?

—Diablos, no. Todo lo que tengo es medio dólar y esta petaca de tabaco. Viajo rápido y ligero.

Medio dólar. Diez chatos de whisky a cinco centavos.

El Gran Stanton se pasó las manos por el pelo.

—Amigo mío, estoy en deuda contigo por salvarme la vida.

—No me debes nada, amigo. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Dejar que acabaras bajo el vagón convertido en una hamburguesa? Olvídalo.

Stan tragó una saliva algodonosa y volvió a intentarlo.

—Amigo mío, mis antepasados eran escoceses, y se sabe que los escoceses poseen una extraña facultad. Se denomina clarividencia. Y para

darte las gracias, quiero decirte lo que veo de tu futuro. Puede que sea capaz de ahorrarte muchos apuros y penalidades.

Su compañero soltó una risita.

—Más vale que te ahorres esa clarividencia. Guárdatela para que te avise de cuándo vas a estar a punto de caer debajo de un vagón.

—Ah, pero ya ves, amigo mío, me ha llevado a este mismísimo vagón donde he encontrado ayuda. *Sabía* que estarías en este vagón y me ayudarías.

—Amigo, deberías apostar en las carreras y hacerte rico.

—A ver qué te parece esto. Tengo la nítida impresión de que tienes una cicatriz en la rodilla. ¿No es así?

El muchacho soltó otra carcajada.

—Naturalmente que tengo cicatrices en las *dos* rodillas. También tengo cicatrices en el culo. Cualquiera que haya trabajado tiene cicatrices en todo el cuerpo. Llevo trabajando desde que aprendí a caminar. Cuando dejé de ensuciarme los pantalones me pusieron a arrancar bichos de las patatas.

Stan aspiró profundamente. No podía permitir que ese pueblerino listillo le pasara por encima.

—Mi querido amigo, ¿cuántas veces en tu vida, cuando las cosas pintaban mal, has pensado en suicidarte?

—Amigo, creo que no lo entiendes. Todo el mundo sabe que va a morir alguna vez, solo que preferiría quedarse en la tierra, y ver llorar y gimotear a sus parientes, ver cómo lo amortajan. Nadie quiere morir. Quieren que la gente llore un poco y se lamente por ellos. Una vez trabajé con una cuadrilla arreglando carreteras, y el capitán siempre me atizaba. Me aporreaba la cabeza aunque no le diera motivo... solo para divertirse. Pero no se me ocurrió matarme. Lo que quería era largarme. Y me largué, y aquí estoy ahora. Pero ese capataz acabó con los sesos espachurrados con una pala, y se lo hizo un tipo enorme que trabajaba a mi lado en la cadena. Ahora el capataz está muerto y yo no le lloro.

Un miedo sin forma ni nombre se retorció en el interior de Stanton Carlisle. La muerte y las historias de muerte o mortalidad se abrían paso bajo su piel como garrapatas y producían una infección que le llegaba al cerebro y se enconaba.

Obligó a su mente a volver al tema de la adivinación.

—Deja que te diga una cosa, amigo: veo desenrollarse tu futuro como el hilo de un carrete. Cómo serán tus días a partir de ahora. Veo hombres, un gentío, amenazándote, haciéndote preguntas. Pero veo a otro hombre, mayor que tú, que te echará una mano.

El negro se puso en pie y luego se acuclilló sobre las nalgas para absorber la vibración del coche.

—Amigo, tú has sido adivino en algún momento. Hablas como ellos. ¿Por qué no te relajas? Vivirás mucho más, te lo aseguro.

El vagabundo blanco se puso en pie de un salto y se abalanzó hacia la puerta abierta, agarrándose a la pared del vagón y mirando el paisaje. Cruzaron un puente de cemento; un río centelleó dorado a la luz de la luna y desapareció.

—Más vale que te apartes de la puerta, hijo. Ahí llamas mucho la atención, y si pasamos por una estación alguien podría verte. Entonces llamarán y cuando el tren frene tendremos a unos cuantos agentes esperándonos con sus cachiporras y nos darán un buen repaso.

Stan se volvió brutalmente.

—Escucha, chaval, lo tienes todo muy pensado, ¿no? ¿Y de qué te sirve? ¿Qué clase de Dios nos pondría en este maldito y apestoso matadero que es el mundo? ¿Alguien a quien le gusta arrancar las alas de las moscas? ¿Qué sentido tiene vivir y pasar hambre y pelearte con tu prójimo para llenar la barriga? Esto es un manicomio. Y los chalados más grandes son los que mandan.

La voz del negro fue aún más suave.

—Ahora te escucho, hermano. Olvídate de toda esa mierda y ven aquí y hablemos. Nos queda mucho camino por delante y no vale la pena que nos vayamos con chorradas.

Stan se apartó de la puerta y se acuclilló en el rincón. Quería gritar, llorar, volver a sentir la boca de Lilith, sus pechos apretados contra él. Jesús, ya estamos otra vez. Dios la maldiga, a esa zorra mentirosa y tramposa. Son todas iguales. Excepto Molly, ese bomboncito tontorrón. De repente la deseó. Luego sintió asco: le chuparía la sangre y lo dejaría seco. Cristo, qué idiota eres. Qué estúpido. Jesús... madre. Mark Humphries, Dios maldiga tu alma, cabronazo. Madre... el picnic...

El negro hablaba otra vez y las palabras se infiltraban en sus pensamientos.

—... tomes así. ¿Por qué no me dices por qué gimoteas? Nunca volverás a verme. Tanto me da lo que hayas hecho. Yo me ocupo de mis asuntos. Pero te sentirás mucho mejor si lo desembuchas.

Menudo cabrón entrometido. Déjame en paz... Oyó que su voz decía:

—Estrellas. Millones de estrellas. El espacio, extendiéndose hacia la nada. No tiene fin. La asquerosa vida inútil y absurda a la que nos arrojan y de la

que nos sacan, y de principio a fin no es más que puterío y mugre.

—¿Y qué me dices de echar un casquete? No hay nada sucio en ello, a no ser que cojas ladillas o se te pudra la picha. No hay nada sucio en ello a menos que sea sucio en tu mente. Una chavala empieza a hacer de puta para no tener que recoger algodón ni tener que estar de pie diez, once horas. No puedes culpar a una chica de hacer la calle por dinero. Al menos echada puede descansar.

El torrente de desesperación de Stan se había secado. Por un segundo pudo respirar: parecía que le quitaban un peso del pecho.

—Cuál es el propósito de todo esto. ¿Por qué nos ponen aquí?

—Tal como yo lo veo, no nos ponen. Nacemos.

—¿Pero por qué empezó todo este repugnante argumento?

—No tuvo por qué empezar. Siempre ha estado ahí. La gente me pregunta: ¿cómo se pudo crear este mundo sin que Dios lo hiciera? Y yo les pregunto a ellos: ¿quién creó a Dios? Dicen que no necesitaba que lo crearan, que siempre ha estado ahí. Y yo les digo: muy bien, pues, ¿por qué entonces siempre estáis hablando de él? El mundo también ha existido siempre. A mí eso me basta. Me preguntan: ¿y el pecado? ¿Quién puso el pecado y la maldad y toda la jodienda que hay en el mundo? Y yo digo: ¿quién puso el gorgojo? Nació. Bueno, pues los malvados nacen allí donde les conviene nacer, igual que el gorgojo.

Stan procuraba escuchar. Cuando habló, tenía la voz pastosa y apagada.

—Este mundo es el infierno. Arriba hay unos cuantos que se quedan con toda la pasta. Y si quieres un poco, se la tienes que arrancar. Y entonces te das media vuelta y te sacuden en la boca por hacer lo que ellos hicieron.

El negro suspiró y ofreció tabaco a Stan; se lio otro cigarrillo.

—Tú lo has dicho, hermano, tú lo has dicho. Solo que esto no tiene por qué ser siempre así. Algún día la gente será inteligente y estará cabreada al mismo tiempo. En este mundo no se consigue nada solo.

Stan fumó, contempló el hilo gris flotando hacia la puerta y perdiéndose en la noche.

—Hablas como un agitador.

Esta vez el negro soltó una buena carcajada.

—Por amor de Dios, hombre, los trabajadores no necesitan que los agiten. Cuando se sienten bien tratados, no hay quien los agite. Los trabajadores no necesitan que los azucen. Lo que necesitan es que los unan.

—¿Crees que son lo bastante sensatos para ello?

—No les queda otro remedio. Lo sé.

—Ah. Lo *sabes*.

El tipo que llevaba el peto permaneció un momento en silencio, pensando.

—Fíjate: plantas cuatro granos de maíz en una colina. ¿Cómo sabes que va a brotar alguno? Bueno, pues en el caso de los trabajadores, blancos y negros... sus cerebros crecen igual que el maíz de la colina.

El mercancías aminoraba la velocidad.

Dios, déjame salir de aquí... este maldito moreno irresponsable, metiéndose tan tranquilo en la boca del lobo. Y Grindle... cada segundo más cerca del fuerte...

—Eh, vigila, hijo. El tren aún no se ha parado.

El tren aminoraba rápidamente. Se paraba. Stan saltó al suelo y el negro lo siguió. Miró a derecha e izquierda.

—Esto no me gusta. No tengo nada que hacer aquí. Oh... oh... un registro.

A ambos lados del tren surgieron luces: guardafrenos que recorrían el techo de los vagones con un farol; linternas de agentes del ferrocarril buscando entre las vías y en el interior de los vagones abiertos.

El joven vagabundo dijo:

—Es curioso. Esta zona nunca había sido hostil. Y ahora buscan por los dos lados a la vez...

Un tren silbó al otro lado del mercancías, susurrando, centelleando, el resplandor rojo del motor brilló bajo el vagón de carga y proyectó la sombra de los vagabundos sobre las cenizas que tenían delante.

—Hijo, intentemos coger ese tren de pasajeros. ¿Eres rápido?

El reverendo Carlisle negó con la cabeza. Las furias se acercaban, la red de Anderson lo estaba atrapando. Es el final. Sin ánimo, volvió a trepar al vagón del mercancías y se quedó en un rincón, enterrando la cara en el codo doblado, mientras unas voces roncas y unas fuertes pisadas se acercaban...

—Eh, vagabundo... —El susurro apenas penetró por la puerta—. Venga, vamos a subirnos a ese palacio sobre ruedas. Más vale que nos apresuremos.

Silencio.

—Hasta luego, chico. Cuídate.

La fatalidad caminaba por el techo; una luz asaeteó el vagón, hurgando en los rincones. Oh, Jesús, este es el final... Este es el final.

—Vamos, cabrón, bájate. Y levanta las manos.

Stan se puso en pie, parpadeando al resplandor de la linterna, y levantó las manos.

—¡Vamos, abajo!

Stan fue a trompicones hasta la puerta y se sentó, deslizando los pies en la oscuridad. Una manaza lo agarró del brazo y lo sacó de un tirón.

Desde el techo del vagón, el guarda-frenos que iba delante lo miró detenidamente; debajo del brazo llevaba la barra del freno.

—¿Lo tienes?

La voz que había detrás de la linterna dijo:

—Tengo a uno. Pero no es negro. Por lo que nos han dicho, el tipo era un negro.

El guarda-frenos que estaba encima de ellos hizo seña con su linterna, y de la oscuridad surgió el resoplido de una vagoneta a gasolina. Ganó velocidad y Stan se dio cuenta de que estaba llena de gente —todos vestidos de oscuro— y de que no era una patrulla ferroviaria. Cuando la vagoneta se detuvo, los hombres se apearon y cruzaron los raíles apresuradamente.

—¿Dónde está? ¿En el mercancías? ¿Quién está registrando el tren de pasajeros?

—Tenemos gente ahí, no te preocupes.

—Pero Anderson nos dijo...

Ya está. Ya está. Ya está.

—... que el tipo era de color. —Uno de los recién llegados se acercó y sacó una linterna—. ¿Qué llevas en el bolsillo, amigo?

Stanton Carlisle intentó hablar, pero tenía la boca arenosa.

—No bajas las manos. Un momento. Esto no es un arma. Es una Biblia.

Se le aflojaban los pulmones; consiguió aspirar medio aliento.

—Hermano, acabas de coger el arma más poderosa del mundo...

—¡Suéltalo! —gritó el Manazas—. A lo mejor dentro hay una pina.

La otra voz no se alteró.

—No es más que una Biblia. —Se volvió hacia el vagabundo blanco—. Estamos buscando a un tipo de color. Sabemos que se subió a este tren. Si puedes darnos información que nos ayude a arrestarlo, habrás hecho un favor a la justicia. Y puede que haya algo para ti.

Justicia. *Algo para ti* podría significar dinero contante y sonante. Justicia. Un dólar: diez latas de alcohol... justicia. Justicia de barba blanca... un dólar: veinte chatos... oh, que se vayan a la mierda con sus suavizadores, sus *barras de freno*...

Stan abrió mucho los ojos, mirando al frente a la luz de la linterna.

—Hermano, me encontré con un hermano de color cuando estaba esperando para subirme a este tren. Intenté atraerlo a Jesús, pero no quiso escuchar la Palabra. Le di mi último...

—Vamos, padre, ¿adónde fue? ¿Iba contigo en el tren?

—Hermano, este hermano de color se subió en algún vagón de la parte de delante. Tenía la esperanza de que podíamos ir juntos y hablar de nuestro Señor y Salvador Jesucristo que murió por nuestros pecados. He viajado de costa a costa una docena de veces, y conseguido atraer a algunos hombres a Jesús. Hasta ahora solo han sido un par de miles...

—Muy bien, padre, deje descansar un momento a Jesús. Estamos buscando a un maldito negro comunista. ¿Lo vio subir a la parte de delante? Vamos, chicos, desperdigaos. Está por aquí, en alguna parte...

El hombre de las manazas se quedó con Stanton mientras los demás recorrían el mercancías, miraban entre los vagones o se perdían en la oscuridad. Ahora el reverendo Carlisle farfullaba algo que el agente del ferrocarril tomó por un sermón, dirigido a una invisible congregación o al aire. El capellán los había despistado; ahora el moreno tenía una oportunidad de escapar.

Finalmente el mercancías dejó escapar un silbido, los enganches se pusieron en marcha en un ruido metálico, y se alejó en un gruñido. Detrás de él, el tren de pasajeros, esbelto y oscuro, esperaba mientras las linternas rebuscaban tras los estores, las mesas del vagón restaurante y el techo.

Y al poco también comenzó a moverse. Cuando el vagón de primera pasó a su lado, a través de las ventanas alargadas Stan atisbo un camarero vestido de chaqueta blanca. Estaba abriendo una botella mientras un brazo cubierto por una manga de *tweed* sujetaba un vaso con hielo.

Un trago. Cristo bendito, un trago. ¿Y si intentaba sacarle algo al agente? Mejor no intentarlo, no había tiempo para montarle un timo.

El detective del ferrocarril escupía entre los dientes.

—Mire, párroco, no voy a meterme con usted. Debería detenerlo, pero probablemente me pondría a toda la maldita cárcel a cantar himnos. Vamos, señor don nadie, lárguese con viento fresco.

El tren de pasajeros ganó velocidad. En el vagón de primera una muñeca asomó de una manga de *tweed*, revelando un reloj de pulsera. ¡Diez minutos de retraso! Maldita sea, la única manera de viajar hoy en día es en avión.

Debajo del vagón de primera, apretándose en medio de una selva de resortes de acero, ejes, varillas de freno y ruedas, había un hombre escondido. Mientras el tren ganaba velocidad, Frederick Douglass Scott, hijo de un ministro baptista, nieto de esclavos, se desplazó ligeramente para agarrarse

mejor mientras avanzaba hacia el norte y hacia aquel fuerte rodeado por una doble tapia con alambre de espino.

Con los hombros apoyados en el armazón, los pies en el lado opuesto, sostuvo el equilibrio sobre una varilla de frenos de dos centímetros de grosor que se curvaba debajo de él. Unos centímetros más abajo de su cuerpo, el lecho de la vía pasaba toda velocidad, y las agujas del cambio de vía lo arañaban. El tren marchaba con un martilleo, a sacudidas. Una estela de carbones incandescentes arrojados por el motor le caía encima, y él los ahuyentaba con la mano libre, azotándose el peto cuando se encendía, mientras el tren avanzaba en su tronar; hacia el norte, hacia el norte, hacia el norte.

Un espectro rondaba a Grindle. Un espectro vestido con pantalones y peto.

NAIPE XX



LA MUERTE

*lleva una armadura oscura;
junto a su caballo se arrodillan sacerdotes, niños y reyes.*

El vendedor ambulante dobló una esquina, mirando a un lado y al otro de la calle mayor por si había algún policía, y a continuación se introdujo en el vestíbulo a oscuras del edificio de un banco. Si dejaba de llover, todo eso que ganaría. En el cine, la película estaba a punto de terminar; enseguida saldrían los tipos con sus chicas.

Cuando el primero pasó a su lado, sacó un puñado de sobres de colores chillones de un bolsillo grande del interior de su americana y los desplegó con la mano izquierda de manera que apareció el círculo del zodiaco y sus símbolos en vivos colores, un color diferente para cada uno.

A continuación se pasó la mano libre por el pelo y tomó aliento. Tenía la voz ronca; apenas le salía poco más que un susurro.

—Amigos míos si se acercan un momento puede que descubran que han dado un paso que contribuirá a su salud felicidad y prosperidad para el resto de sus vidas...

Se paró una pareja, y él les habló directamente.

—Me preguntó si a esta joven le importaría decirme su fecha de nacimiento no les costará nada amigos porque la primera carta astral de esta noche será completamente gratuita...

El joven dijo:

—Vámonos. —Pasaron de largo. Malditos pueblerinos.

Necesito una copa. Jesús, tengo que sacarme algo. Tengo que vender cinco.

—Vamos a ver amigos todo el mundo quiere saber qué le depara el futuro acérquense un poco amigos y les diré lo que voy hacer voy a darles a todos y cada uno de ustedes una lectura personal y les haré una predicción astronómica en la que aparecerán sus números de la suerte, los días del mes y les diré cómo elegir la persona adecuada para casarse tengan alguien en mente o no...

Pasaban de largo, algunos se lo quedaban mirando, otros se reían, ninguno se paraba.

Qué horror. Las caras quedaban de repente distorsionadas, como caricaturas de rostro humano. Parecía que algo las deformaba. Algunos

parecían animales, algunos embriones de polluelos como los que se ven a medio incubar cuando rompes un huevo. Las cabezas se mecían en el cuello como tallos, y el vendedor tuvo la impresión de que los ojos caerían en la acera y rebotarían.

El vendedor ambulante comenzó a reír. Al principio fue una risita que borboteó en su interior, y enseguida se desató en una enorme carcajada, con chillidos y patadas en el suelo.

La multitud comenzó a agolparse a su alrededor. Dejó de reír y a duras penas sacó las palabras.

—Aquí están amigos mientras duren. —La risa aún pugnaba en su interior, arañándole la garganta—. Una lectura astrológica completa con la gema asociada a su nacimiento, sus números de la suerte. —La risa intentaba abrirse paso a golpes. Era como un perro atado a la pata de un banco de trabajo que pugna por soltarse de la cuerda. Ahí estaba—. ¡Juá, juá, juá, juá! ¡Juuuuuuuuuuuá!

Se pegó en el muslo con el puñado de horóscopos, con la otra mano se apoyó en el dintel de piedra del vestíbulo. La multitud se reía con él o de él, y algunos se preguntaban cuándo iba a dejar de reír e intentar venderles algo.

Una mujer dijo:

—¡Pero qué desagradable! ¡Y en la entrada de un banco! Es indecente.

El vendedor la oyó y esta vez se dejó caer inerte en los peldaños de mármol, dejando que los horóscopos se esparcieran a su alrededor, sujetándose la barriga mientras reía.

Algo apareció en el borde del gentío e hizo que este se abriera hacia ambos lados. Entonces aparecieron las piernas enfundadas en azul.

—Te dije que te largaras de la ciudad.

La cara del policía parecía hallarse a más de un kilómetro de distancia, como si asomara del borde de un pozo.

El mismo policía. Dos dólares de multa y fuera de la ciudad.

—¡Jiiiiiiii! Jo-jo. Já. Agente... agente... ¡juaaaaaaaaa!

La mano que lo puso en pie de una estrepada parecía bajar del cielo.

—Te dije que ahuecaras el ala, vagabundo. Y ahora dime, ¿vas a ir andando hasta la celda o prefieres ir en camilla?

Un rápido movimiento y le estaban retorciendo la mano a la espalda; caminaba agachado para que no le rompiera la muñeca. El mundo lo alcanzaba a través de las carcajadas, lo veía a fragmentos, como si la risa descosiera el mundo y le enseñara una realidad cruda y sangrienta antes de volver a cerrarse.

—¿A dónde vamos, agente? No, no, no me lo diga. Deje que lo adivine. ¿Al sótano?

—Cállate, vagabundo. Sigue caminando o te voy romper el brazo. Te voy a dejar calentito antes de que lleguemos.

—Pero agente, ya me enviaron una vez allí. Están más que hartos de verme. Les parecerá ridículo tenerme siempre. ¿No? ¿No le parece? ¿Eh? No me ha puesto una soga en torno al cuello. ¿Cómo puede estar seguro de que no me escaparé? Espere a la luna... aparecerá en cuanto deje de llover; en cualquier momento. Pero no lo entiende. Agente, espere...

Habían abandonado la multitud y tomado una calle secundaria. A la izquierda había un callejón oscuro, aunque con luz en la otra punta. El policía soltó la muñeca del prisionero, lo dejó libre una fracción de segundo, y el vendedor echó a correr. Cómo cruzaba el aire; ni sentía los pies tocando las baldosas. Y detrás de él los pesados *pafs* de los zapatos en los adoquines. Corrió hacia la luz que había al final del callejón, pero no había nada que temer. Siempre había estado allí, corriendo por aquel callejón, y ya no importaba; eso era lo que había habido siempre, en cualquier parte, nada más que un callejón y una luz y las pisadas que patean los adoquines pero nunca te atrapan, nunca te atrapan, nunca te atrapan... Un golpe entre los hombros lo lanzó hacia delante y vio acercarse los adoquines, a la débil luz que había allí delante, se abalanzaron hacia él, extendió las manos, los dedos un poco doblados en la mano izquierda, los pulgares en ángulo agudo, totalmente extendidos como si fueran a hacer sombras en la pared, de las cabezas de dos gallos, los pulgares el pico y los dedos extendidos las puntas de la cresta.

La porra lo había golpeado, recorriendo el espacio que había entre los dos hombres. Salió rebotada, impactando en una pared de ladrillos con un nítido sonido metálico, mientras el vendedor ambulante caía de manos en los adoquines y la fuerza de la caída le echaba el cuello hacia atrás. Estaba a cuatro patas cuando el pie se le clavó en las costillas y lo dejó tendido de lado.

Dejó de ver la gran cara ovalada. El policía se había agachado para recoger la porra, y la copa de su gorra le ocultaba la cara por encima de la V de la camisa y la corbata negra. Eso era todo lo que se podía ver.

Oyó el demoledor crujido de la porra entre los hombros antes de que el dolor pudiera recorrer sus nervios obstruidos y llegar al cerebro, esparciéndose como un chorro de acero caliente. Oyó su propia respiración expulsada entre los dientes y dobló las piernas debajo del cuerpo. Estaba medio levantado cuando la porra le arrancó lo que quedaba de aliento, hundiéndosele en las costillas.

Era la voz de otro.

—Agente... oh, Jesús... yo no he hecho nada... déjeme tranquilo... oh, Jesús...

—Te voy a dejar tranquilo. Ya verás qué tranquilo estarás cuando te haya roto todos los huesos de la cabeza, vagabundo apestoso. Te lo has buscado. Y ahora lo vas a encontrar.

La porra volvió a caer y esta vez el dolor fue blanco e incandescente, y fue subiendo por la columna vertebral hasta el remate del cerebro.

El mundo regresó y Stanton Carlisle, la mente aguzada hasta cierto punto, se dio cuenta de dónde estaba. Y vio que el labio superior del policía se levantaba y mostraba una corona de oro. Y a la tenue luz, detrás de él ahora, vio que el policía necesitaba un afeitado. No tendría más de cuarenta años; pero el pelo y la barba que comenzaba a brotarle de los carrillos ya tenía un color perlado. Como hongos sobre un cadáver. En ese instante el dolor de los golpes en las nalgas le llegó a la mente y miles de clavijas se conectaron de golpe; la puerta se abrió.

Stan se le acercó, y con una mano agarró la solapa del policía. Cruzó la otra mano bajo los carrillos, agarrando la otra solapa con el puño. A continuación, girándose hacia un lado para proteger la entrepierna, Stan comenzó a apretar. Oyó caer la porra y sintió las manazas arañándole los antebrazos, pero cuanto más tiraba el policía, más se hundían sus puños en la garganta. Aquella barba de un día era como papel de lija en el dorso de las manos.

Stan sintió el roce del muro del callejón a su espalda, sintió sus pies abandonar el suelo y el peso oscuro cayó sobre él; pero en aquel momento la única vida en él se derramaba de sus manos y sus muñecas.

La montaña que tenía encima no se movía. Estaba inerte. Stan sacó un pie e hizo que rodaran hasta que él se colocó encima. Aquel corpachón estaba totalmente inmóvil. Seguía apretando los puños en torno al cuello, hasta que le pareció que iban a reventarle los nudillos, y entonces comenzó a golpear la cabeza del policía contra los adoquines. *Pam. Pam. Pam.* Le gustaba el sonido. Más deprisa.

A continuación abrió las manos y se puso en pie, las manos cayeron a los lados. Ya no harían nada más, no lo obedecerían.

Un fajo de lecturas astrológicas le había caído al suelo y se desperdigaba sobre los adoquines, pero no las recogió. Echó a andar, en línea muy recta y muy metódicamente, hacia la luz que había al final del callejón. Ahora todo estaba claro como el cristal y ni siquiera necesitaba un trago.

Los mercancías serían arriesgados. Podía intentarlo en el portaequipajes de un autobús de larga distancia, debajo de la lona. No sería la primera vez que viajaba así.

No había nada más de que preocuparse. Pues el policía estaba muerto.

Puedo volver a matarlo. Puedo volver a matarlo. En cuanto vuelva a perseguirme, volveré a matarlo. Es mío. Mi propio cadáver personal.

Lo enterrarán, igual que entierras un pañuelo manchado y acartonado.

Puedo volver a matarlo.

Pero no volverá levantarse. Es un fiambre.

Puedo volver a matarlo.

Lo han matado los redaños de un vagabundo.

Puedo matarlo.

NAIPE XXI



LA FUERZA

*Una mujer coronada de rosas cierra las fauces de un león
con sus propias manos.*

A la luz del atardecer, una figura alta y enjuta, de pelo rubio y enmarañado, se apoyaba en el listón superior de una cerca y observaba cómo un hombre y una mujer sembraban maíz. La mujer clavaba la azada en la tierra, y el hombre, que parecía no tener piernas, iba brincando sobre las manos, esparciendo granos de maíz por las colinas y alisando la tierra.

—Espera un momento, Joe. Ahí hay alguien que nos busca.

La mujer grandota caminó sobre la tierra arada, sacándose los guantes.

—Lo siento, amigo, pero en la nevera no tengo nada para darte. Y tampoco me sobra tiempo para prepararte un bocado. Si esperas a que saque el monedero de casa te daré medio dólar. Carretera abajo hay una cafetería. — Se calló y contuvo el aliento, y enseguida dijo con voz ronca—: ¡Bendito sea el cielo, pero si es Stan Carlisle! —Se volvió y gritó—: ¡Joe! ¡Joe! ¡Ven aquí enseguida!

El vagabundo apoyaba todo el peso de su cuerpo en la cerca.

—Hola, Zeena, vi tu anuncio en una revista.

El hombre se le acercó brincando sobre las manos. Sus piernas formaban un nudo que quedaba oculto en un saco de arpillera que llevaba anudado a la cintura. Se subió a la cerca y se quedó mirando a Stan en silencio, sonriendo igual que debió de sonreír Lázaro recién resucitado. Pero su expresión era de cautela.

Zeena se echó para atrás su sombrero de paja y se recuperó de la sorpresa.

—Stanton Carlisle, juré que si volvía a echarle la vista encima te diría cuatro frescas. Hay que ver, la chica estaba casi trastornada cuando llegó a la feria. Por la manera en que caminaba, como a trompicones, todo el mundo pensó que había perdido la chaveta. La puse a trabajar en el número de la caja de las espadas y apenas era capaz de entrar y salir, tan mal estaba. Seguro que estabas muy orgulloso de pasearte con ella. Ah, ibas a ser el rey del mambo, ibas a convertirla en estrella y todo eso. Bueno, aquí estás. Pero, ¿crees que le hiciste algún bien a la niña? No creas que lo he olvidado. —Le falló la voz y arrugó la nariz, tapándosela con el dorso del guante de trabajo—. Y al final no se te ocurre sino poner a esa niña, a esa encantadora niña, a hacer de pelandusca... como si fueras un macarra del tres al cuarto. Y no es gracias a ti

que la chica consiguiera salir tan bien. Oh, no. Espero que se haya olvidado completamente de ti. Y tampoco tiene que agradecerte el haberse casado con un tipo estupendo y tener la criatura más mona que has visto nunca. Oh, no, hiciste lo que pudiste para que la niña acabara en una casa de putas.

Se calló para coger aliento, y a continuación habló en un tono diferente.

—Oh, por el amor de Dios, Stan, entra en casa y deja que te fría una loncha de jamón. Parece que no hayas comido en una semana.

El vagabundo no la escuchaba. Se le habían aflojado las piernas; la barbilla resbaló por la cerca y quedó desplomado, como un espantapájaros cuando lo arrancan del poste.

Zeena se quitó los guantes y sorteó la cerca.

—Joe, ve y abre la verja. Stan se ha desmayado. Tenemos que entrarlo en casa.

Fácilmente cogió en brazos aquel cuerpo consumido y lo transportó hasta la cabaña. Las piernas de Stan se mecían como si saludaran.

El sol de la mañana atravesaba las cortinas moteadas de la cocina y caía sobre el pelo dorado de un hombre sentado a la mesa que engullía con avidez jamón y huevos. Dejó de masticar y dio un sorbo de café.

—... a ese polizonte lo conocían en todas partes. El año pasado mató a golpes a dos vagabundos en el sótano de la cárcel. Cuando me acorraló en aquel callejón me dije que la suerte estaba echada.

Zeena se volvió de los fogones con una sartén en una mano y una espumadera en la otra.

—Come despacio, Stan. Estoy preparando más huevos. Creo que te caben algunos más. —Volvió a llenarle el plato.

Cerca de la puerta, Joe Plasky estaba sentado encima de un cojín, clasificando correo por estados. Llegaban en paquetes; el cartero los dejaba en un pequeño tonel al lado de la carretera. En el tonel estaban pintadas las letras: «ZEENA-PLASKY». Hacía mucho tiempo que el reparto gratuito rural les quedaba pequeño.

—Empezó a sacudirme con la porra. —Stan hablaba con el tenedor lleno de huevo camino a la boca, mirando a Joe—. Así que le dejé. Le apliqué el *namijuji* y aguanté. Dejó de respirar para siempre.

Zeena se quedó inmóvil, la espumadera en la mano. Dijo:

—Oh, Dios mío.

A continuación su mirada se volvió hacia Joe Plasky, que seguía clasificando correo imperturbable.

Joe dijo:

—Si ocurrió tal como lo cuentas, chico, eras tú o él. Ese estrangulamiento japonés es mortal. Pero te estarán buscando, Stan. Tienes que moverte deprisa. Y pasar desapercibido.

Zeena negó con la cabeza.

—Bueno, pues no se irá a ninguna parte hasta que no haya comido. El chico estaba famélico. Toma un poco de café, Stan. Pero, Joe, ¿qué va hacer? No podemos...

La sonrisa de Joe se ensanchó un poco, pero sus ojos eran sombríos y vueltos hacia dentro, pensativos. Al final dijo:

—¿Tienen tus huellas?

Stan tragó.

—No. No te toman las huellas por vagabundo o por vender zodiacos. Al menos, no en ese pueblo. Pero saben que fue un vendedor ambulante rubio que hacía horóscopos.

Joe pensó un poco más.

—¿No te fotografiaron?

—No. Solo una multa y una patada en el culo.

El acróbata medio hombre apartó los montones de cartas y se dirigió hacia la escalera, que conducía a las habitaciones del desván. Subió las escaleras y desapareció; pudieron oírlo sobre sus cabezas mientras cruzaba el suelo a brincos.

Stan apartó el plato y cogió un cigarrillo del paquete que había en el alféizar.

—Zeena, he vivido una maldita pesadilla... un sueño. No sé qué me ocurrió. Cuando el vodevil se fue a la porra, podríamos haber trabajado en un club nocturno. Todavía no entiendo cómo se me ocurrió meterme en el rollo espiritista.

La mujerona amontonaba platos en el fregadero. No dijo nada.

Stanton Carlisle siguió hablando, recuperando la resonancia de antaño.

—No sé qué me ocurrió. No espero que Molly llegue a perdonarme. Pero me alegra que le vayan bien las cosas. Espero que esté con un buen tipo. Lo merece. No le digas que me has visto. Quiero que me olvide. Tuve la oportunidad y la estropeé, por lo que se refiere a Molly. Lo he echado todo a perder.

Zeena se volvió hacia él. Le brillaban las manos por el agua jabonosa.

—¿Qué vas a hacer cuando te marches de aquí, Stan?

Stan contemplaba el ascua de su cigarrillo.

—Y yo qué sé. Seguir vagabundeando. La venta ambulante se ha acabado. Todo se ha acabado. Dios mío, no sé...

Se oyó el roce de Joe Plasky al bajar las escaleras, lentamente. Cuando entró en la cocina llevaba bajo el brazo un gran rollo de lona. Lo extendió sobre el linóleo y lo desenrolló en dos partes: unas banderolas de colores chillones mostraban unas manos enormes, los montículos y las líneas en diferentes colores con las características atribuidas a cada uno.

—Sophie Eidelson nos dejó esto la temporada pasada —dijo—. He pensado que a lo mejor podrías utilizarlo. McGraw y Kauffman están en un pueblo que no queda lejos de aquí, y se quedarán toda la semana. Hay peores lugares donde esconderse que una feria ambulante.

Zeena se secó las manos rápidamente y dijo:

—Stan, dame un cigarrillo, rápido. ¡Ya lo tengo! Joe tiene la respuesta. Podrías trabajar con un maquillaje de indio. Yo tengo un viejo kimono de seda azul que te puedo convertir en una túnica. Imagino que sabes enrollarte un turbante.

El Gran Stanton se pasó las manos por el pelo. A continuación se arrodilló en el suelo junto al medio hombre, extendiendo un poco más las banderolas del quiromántico y examinándolas. En su cara, Zeena pudo ver el reflejo de su cerebro en funcionamiento. Parecía haber vuelto a la vida después de un largo sueño.

—Jesús todopoderoso, esto es maná caído del cielo, Joe. Todo lo que necesito es una mesa de *bridge* y un toldo de lona. Puedo colgar las banderolas del toldo. Están buscando a un vendedor ambulante, no a un lector de manos. Jesús, allá vamos.

Joe Plasky se apartó y recogió un saco de arpillera que contenía la correspondencia saliente. Se lo echó al hombro y sujetó la parte de arriba con los dientes mientras caminaba sobre las manos.

—Tengo que llevar esto a la furgoneta —dijo desde detrás del saco—. Vosotros quedaos aquí... yo me encargo.

Cuando se marchó, Zeena se sirvió una taza de café y le ofreció otra a Stan, que negó con la cabeza. Seguía examinando las banderolas.

—Stan... —Comenzó a hablar como si hubiera algo que quisiera decirle, algo que solo les concernía a los dos. Habló de prisa, antes de que Joe regresara—. Stan, hay algo que quiero decirte. Es sobre Pete. Ahora ya no sufro al hablar de él. Ha pasado tanto tiempo que es como si Pete nunca hubiera acabado como acabó. Es como si hubiera muerto cuando todavía era el número uno. Pero me puse a pensar: un chaval hace cualquier cosa para

levantarse a una chica por la que está como loco. Y tú eras un chaval, Stan, y no lo habías hecho nunca. Imagino que la vieja Zeena estaba de bastante buen ver en aquella época. Pete nunca se habría bebido aquel alcohol de madera. Y tú no sabías que era veneno. Y ahora confiésalo.

El Gran Stanton se puso en pie y se metió las manos en los bolsillos. Dio unos pasos hasta que el sol, que aún entraba por la ventana de la cocina, le dio en el pelo. El jabón y el agua caliente le habían devuelto su color dorado. En aquel momento su voz llenó la cocina; sutilmente, sin aumentar de volumen, vibró.

—Zeena, antes de que digas otra palabra, hazme un favor. ¿Te acuerdas del apellido de Pete?

—Bueno... nunca lo utilizó. Lo escribió en nuestra licencia de matrimonio. Hace años que no pensaba en él. Pero sí, lo recuerdo.

—Y es imposible que yo lo sepa. ¿Tengo razón? ¿Te importaría concentrarte en ese nombre?

—Stan... ¿qué?

—Concéntrate. ¿Empieza por K?

Zeena asintió. Frunció el entrecejo y entreabrió los labios.

—Concéntrate. K... R... U... M...

—¡Oh, Dios mío!

—¡El nombre era *Krumbein*!

Joe Plasky empujó la puerta y Stan se apartó. Zeena enterró la boca en la taza de café y a continuación la dejó sobre la mesa y salió apresuradamente de la habitación.

Joe enarcó las cejas.

—Recordábamos los viejos tiempos.

—Oh. Bueno, en el negocio conozco un poco a McGraw. Solo que es mejor que no utilices tu nombre, Stan. Están buscándote.

—¿Qué significan los callos en las puntas de los dedos de la mano izquierda?

—Que toca un instrumento de cuerda.

—¿Y si el callo está en el pulgar derecho?

—Que es un picapedrero.

—¿Y si tiene callo en la curva del índice de la mano derecha?

—Que es barbero... de afilar la navaja.

—Lo estás pillando, Stan. Hay muchas más cosas que se me olvidan. Hace muchos años que no leo la mano. Si Sophie estuviera aquí te podría dar

cientos de indicaciones como esta. Tiene todo un cuaderno lleno de apuntes. Lo guarda cerrado con llave. Pero te irá bien de todas maneras. Siempre has sido un buen lector.

Zeena y Joe estaban sentados a la sombra del porche, abriendo cartas y sacando monedas de diez centavos. La mujer dijo:

—Dame unos cuantos Acuarios más. Se me han terminado.

Joe abrió un cartón. Los folletos astrológicos venían en sobres franqueados y sellados. Escribían rápidamente la dirección con una pluma estilográfica y los arrojaban a un cesto metálico para llevarlos posteriormente a correos.

Zeena dijo:

—Stan, es increíble cómo este negocio de venta por correo no deja de aumentar. Pusimos un anuncio pequeño y reinvertimos lo que ganamos en el negocio. Ahora cubrimos cinco cadenas de revistas y no paramos de recoger monedas para atender nuestra granja.

El Gran Stanton extendió el brazo hacia la olla que había junto a la tumbona donde estaba echado al sol. Cogió un puñado de monedas de diez, contó cinco montones y los enrolló dentro de un envoltorio rojo: cinco dólares. Los pequeños cilindros rojos se amontonaban en un cuenco de porcelana al otro lado de la silla, pero de manera descuidada había dejado que varios cayeran a su lado. Los escondía entre el muslo y el asiento de la tumbona.

Joe se bajó del porche y se acercó a Stan con un cesto de monedas de diez entre los dientes. Las vació en la olla con una sonrisa.

—Como esto siga así vamos a tener que comprar otra casa... otra granja al lado de esta. Pudimos comprar esta casa prácticamente sin hipoteca. Mientras la gente quiera horóscopos, quiero decir lecturas astrales (en el correo no las puedes llamar horóscopos a no ser que sepas la hora y el minuto de nacimiento), mientras sigan llegando así, no nos falta de nada. Y si la cosa afloja, siempre nos queda la granja.

Stan se recostó y dejó que el sol le atravesara los párpados. Estaba ganando peso. Una semana allí le había aportado un poco de carne. Casi había recobrado su peso de siempre. Se le había aclarado la mirada y las manos casi no le temblaban. En una semana no había tomado más que cerveza. Un tipo que sabía hacer lecturas de todo tipo nunca pasaría hambre. Cuando Joe le dio la espalda en el porche Stanton deslizó los cilindros rojos de la silla a los bolsillos de sus pantalones.

La camioneta brincaba por el camino en una nube de polvo, blanca bajo la luna llena, y tomó la carretera estatal. Zeena conducía con cuidado para proteger la camioneta, y Joe estaba sentado a su lado, y le rodeaba los hombros con un brazo para mantener el equilibrio cuando se detenía de repente o aminoraba la velocidad. Stan estaba sentado junto a la puerta, y las banderolas de quiromántico formaban un rollo entre sus rodillas.

Las luces del pueblo aparecieron delante de ellos cuando subieron una cuesta. Bordeaban el final de la pendiente.

—Ya casi hemos llegado, Stan.

—Lo conseguirás, chico —dijo Joe—. McGraw es un tipo duro, pero tampoco es un tacaño si tu número lo convence.

Stan permanecía callado, contemplaba las calles desiertas que atravesaban. La estación de autobús era un *drugstore* que estaba abierto toda la noche. Zeena se detuvo al final de la manzana y Stan abrió la portezuela y salió levantando las banderolas.

—Hasta pronto, Zeena... Joe. Este... este es el primer momento de calma que tengo en... ni me acuerdo. No sé cómo...

—Olvídalo, Stan. A Joe y a mí nos ha alegrado poder ayudarte. Una feria es una feria, y cuando uno de nosotros está en un lío, los demás tenemos que hacer pifia.

—Supongo que intentaré colarme en el portaequipajes de ese autobús.

Zeena soltó un bufido.

—Sabía que se me olvidaba algo. Toma, Stan. —Del bolsillo de su peto sacó un billete doblado, e inclinándose por encima de Joe, lo puso en la mano del mentalista—. Puedes devolvérselo cuando acabe la temporada. No hay prisa.

—Un millón de gracias. —El Gran Stanton se dio la vuelta con la lona enrollada bajo el brazo y se encaminó hacia el *drugstore*. Se detuvo a mitad de la manzana, se enderezó, echó los hombros para atrás y prosiguió su camino con una pose de emperador.

Zeena puso la camioneta en marcha y cambió de sentido. Salieron del pueblo en una dirección distinta y a continuación tomaron un camino que comunicaba con la carretera más al sur, desviándose para subir un risco que daba a la carretera principal.

—Esperaremos aquí, querido, y le echaremos un vistazo al autobús cuando pase. Me hace sentir incómoda no poder acompañarlo a la estación y esperar hasta que se marche. No me parece hospitalario.

—Ha sido lo más inteligente, Zee. Es un fugitivo.

Zeena salió de la cabina y su marido fue brincando tras ella; cruzaron un campo y se sentaron sobre un terraplén. Sobre ellos, el cielo estaba cubierto de nubes, y la luna quedaba oculta por una cúpula espesa.

—¿Crees que lo conseguirá, Joe?

Plasky apoyó el cuerpo sobre las manos y se inclinó hacia delante. En la pálida franja de cemento, los faros del autobús enfilaron la cuesta. Tomó velocidad, los neumáticos silbaron sobre el asfalto con el empuje del vehículo. A través de las ventanillas distinguieron a los pasajeros: un chico y una chica, en un besuqueo frenético en el asiento de tres. Un anciano ya dormía. El vehículo rugió bajo el terraplén.

Stanton Carlisle compartía asiento con una mujer robusta ataviada con un alegre vestido floreado y un sombrero de paja de color blanco. Él le sujetaba la mano derecha, la palma hacia arriba y señalaba las líneas.

Joe Plasky suspiró cuando el autobús pasó junto a ellos y se perdió en la oscuridad con el disiparse del resplandor rubí de los faros.

—No sé qué será de él —dijo en voz baja—. Pero ese chico nunca fue carne de horca.

NAIPE XXII



EL AHORCADO

cuelga boca abajo de un tronco vivo.

Era un sombrero de paja barato, pero le daba algo de clase. Era el tipo de hombre al que le sentaba bien el sombrero. La cadena que llevaba al cuello era de una tienda barata, pero con el traje y la camisa blanca daba el pego. El espejo ambarino que había detrás de la barra siempre te daba un aspecto bronceado y saludable. Pero él estaba bronceado. El bigote estaba ennegrecido para que tuviera el mismo color que el teñido de pelo que le había hecho Zeena.

—Ponme una cerveza, amigo.

Se la llevó a la mesa, colocó el sombrero sobre una silla vacía y desplegó el periódico, fingiendo leerlo. Faltaban cuarenta y cinco minutos para que saliera el autobús local. No saben a quién buscan. No hay huellas, ni foto. No aparezcas por el estado y te seguirán buscando hasta el día del juicio final.

La cerveza era amarga, y comenzó a sentir cierto desagrado. Eso estaba bien. Sigue una temporada con la cerveza. Instálate, trabaja leyendo las manos. Consigue un buen fajo de billetes y luego intenta llegar a México. Dicen que el idioma está chupado. Y el maldito país recibe con los brazos abiertos a los que llevan turbante. Lo anuncian en los periódicos. Deja que se enfríe el asunto del poli y en un par de años podrás volver y trabajar en California. A lo mejor me pongo un nombre español. Hay un millón de opciones.

Un tipo que sabe improvisar una lectura nunca pasa hambre.

Abrió el periódico y repasó las fotos, pensando en lo que haría en días venideros. Tendré que hacer lecturas rápidas y ponerme a ello en serio. Si estás de quiromántico en una feria tienes que distinguir a un panoli enseguida, echarle el lazo y soltarle el rollo a toda prisa. Bueno, puedo hacerlo. Debería haberme quedado en la feria ambulante.

Dos páginas del periódico se le quedaron pegadas, y volvió atrás y las separó, sin importarle lo que hubieran ellas, simplemente para no perderse nada. En México...

La foto era la única que había en la página, cerca de la parte superior. Se la quedó mirando, concentrado en la cara de la mujer, y su mirada fusionó los puntitos negros que la componían, mientras su memoria aportaba la textura, el

contorno, el color. Le llegó de nuevo el olor de su pelo lacio y dorado, el diestro giro de su lengua menuda. El hombre parecía veinte años mayor; parecía el rostro de la muerte: un cuello escuálido, mejillas fofas...

Estaban juntos. Estaban juntos. Léelo. Lee lo que están haciendo.

PSICÓLOGA SE CASA CON UN MAGNATE

En una ceremonia sencilla. La novia llevaba un traje de sastre... El padrino fue Melvin Anderson, amigo y consejero de toda la vida... La luna de miel los llevará en crucero por la costa de Noruega...

Alguien lo estaba zarandeando, le hablaba. Solo que no era ninguna brizna de hierba, sino un vaso de cerveza.

—Jesús, tranquilo, amigo. ¿Cómo lo ha roto? Ha debido de ponerlo sobre la mesa demasiado fuerte. No somos responsables, si va por ahí rompiendo vasos y cortándose. Por qué no va al *drugstore*. Nosotros no somos responsables...

Oscuridad de la calle oscuridad de los ojos de la noche sobre las cornisas de los tejados oh Jesús estaba sangrando apropiado para una actuación de una noche dame un whisky y agua, sí, y el whisky que sea doble.

No es nada, me enganché con un clavo, doctor. ¿No me cobra? Estupendo, doctor. Ponme un whisky, sí, y agua, mejor que el whisky sea doble y el agua se filtre en las rodadas donde los adultos estaban por todas partes.

No lo estoy empujando, amigo, sin rencores, soy su amigo, mi amigo y yo tenemos la impresión de que cuando usted era un chaval había un trabajo o profesión que quería seguir y además lleva en el bolsillo una moneda extranjera un amuleto de la suerte ya puede ver *sheriff* que la joven no puede llevar ropa normal porque miles de voltios de electricidad cubren su cuerpo como una funda y las lentejuelas eran ásperas en sus dedos cuando liberaba la tersura de sus pechos temblando apretando victoria y formaremos un equipo y llegaremos a lo más alto y te dan una limosna como si fueras un vagabundo y sales por la puerta de atrás pero las puertas han estado cerradas, caballeros, que busquen los hilos hasta el día del Juicio Final y que el viejo idiota se quede con la boca abierta a la luz roja de la vela votiva oh Jesús zorra de cara impávida dame la paz sí que el whisky sea de centeno, y un poco de agua aparte...

Por culpa del humo apenas se veía la plataforma y el camarero llevaba un delantal de carnicero las mangas arremangadas y los brazos musculosos como

los de Bruno solo que estos estaban cubiertos de pelo negro y tenías que pagarle cada vez y las copas eran pequeñas sal de este antro repugnante y encuentra otro pero la mujer estaba cantando mientras el tipo de la camisa de seda púrpura aporreaba el piano diminuto y aquella vieja pelleja llevaba un vestido de noche negro y una diadema de piedras falsas

¡Rodéame con tus brazos cariño, apriétame fuerte!

Se acercó el micro y las tetas le abultaron a ambos lados Cristo menuda vieja pelleja...

¡Abrázame y abrázame con todas tus fuerzas!

Se frotaba el vientre con el micrófono...

*¡Oh! ¡Oh! ¡Nunca conocí
a ningún chico
como
tú!*

—Camarero... camarero... dígame a la cantante que me gustaría invitarla a una copa...

*Cuando me miras, mi corazón... comienza a flotar,
¡y luego comienza a menearse como un... autocar!
¡Oh! ¡Oh! ¡Nunca conocí a ningún chico... como... tú!*

—Uau, estoy sin resuello. ¿Te gusta este número? Las canciones antiguas son las mejores, ¿no? Gracias, amigo... Para mí lo mismo de siempre, Mike. ¿No te he visto antes por aquí, encanto? Vaya, pues te has perdido una buena...

Todos los pasillos parecen iguales y las luces de los tocadores negros y las colchas amarillas me besan «Sí, claro, cariño, aguanta un momento a que recupere el aliento. Vamos arriba... ¡uau!».

Olor a polvos de tocador y perfume dulzón «Sí, cariño, me desnudaré. Espera un momento, ¿puedes? Bébetelo solo, acábate la botella, amigo. Chico, esto no está mal. Vamos a conocernos un poco mejor, encanto, mamá te tratará muy bien. ¡Caramba, pero qué guapo eres! Vamos, encanto, ¿qué te parece si me das mi regalo ahora? ¿De dónde has sacado todas estas monedas

de diez centavos? Cielo santo, debes de haber atracado una empresa de tranvías. Yo no quiero más quitapenas, cariño, vamos a ponernos manos a la obra... tengo que volver».

Tanteando en la oscuridad la encontró, estaba tirada a su lado y todavía quedaba un sorbo oh Jesús tengo que salir de aquí antes de que vean esta habitación...

Con el sol cegándolo, palpó el forro, quizá algunas se habían colado... un rollo más de monedas de diez... átalas en el faldón de la camiseta este maldito cuchitril es un saco de pulgas pero la botella no necesita sacacorchos y al infierno con el agua los engañé todos, los cabrones, nunca me encontrarán... cubrí mis huellas demasiado bien para esos cabrones le golpeé justo en la cara y cayó hacia atrás en el diván con la boca abierta ese viejo cabrón nunca supo qué lo tumbó pero pasará desapercibido y trabajaré vestido de hindú con un maquillaje oscuro pero quedaba una copa los malditos ladrones alguien se coló aquí y se bebió lo que quedaba dejadme salir de aquí necesito aire oh Jesús las malditas sillas se mueven adelante y atrás adelante y atrás si me agarro fuerte a la alfombra no me moveré y golpea la pared con el puño lejos de la repisa de la chimenea ella se sienta muy erguida al borde del sofá y se mira en el cartel de cristal que hay delante de la iglesia cuando taparon con tablas la puerta del desván sus manos recogían el mantel mientras yo se lo soltaba, Gyp. Aquel gordo cabrón espero que se quedara ciego y que siga la estrella que arde en su farol cabeza abajo colgado de la madera viva.

En la caravana que le servía de oficina, McGraw estaba mecanografiando una carta cuando oyó que alguien llamaba a la puerta mosquitera. Hizo visera con la mano para protegerse de la lámpara del escritorio y dijo por un lado de la boca:

—Sí, ¿qué pasa?

—¿Señor McGraw?

—Sí, sí. ¿Qué quieres? Estoy ocupado.

—Quiero hablarle de una atracción. Una atracción nueva.

McGraw dijo:

—Venga. ¿Qué quieres venderme?

El vagabundo iba sin sombrero, con una camisa mugrienta. Bajo el brazo llevaba una lona enrollada.

—Permítame que me presente. Alá Rahged, uno de los mejores lectores de manos. He traído mis banderolas y puedo empezar cuando quiera. El mejor

improvisador de lecturas del país. Deje que le haga una demostración.

McGraw se quitó el puro de la boca.

—Lo siento, hermano, estamos completos. Y yo estoy ocupado. ¿Por qué no alquilas un local vacío y te estableces por tu cuenta? —Se inclinó hacia delante y sacó un poco el papel de la máquina—. Te lo digo en serio, amigo. ¡No contratamos borrachos! ¡Jesús! Hueles como si te hubieras meado en los pantalones. ¡Vamos, lárgate!

—Deme la oportunidad de hacerle una demostración. Soy un lector de manos de verdad, un número uno, de los de antes. Le echo un vistazo a las líneas, y leo el pasado, el presente...

McGraw repasó con sus ojos fríos y pequeños al hombre cuya cabeza casi llegaba al techo de la caravana. Tenía el pelo negro y sucio, pero en las sienes y sobre la frente había una fina línea rubia. Teñido. Un fugitivo.

El jefe de la feria le sonrió de repente al visitante.

—Tome asiento, amigo. —De un armarito que había a su espalda sacó una botella y dos chatos—. ¿Un trago?

—Gracias, señor. Muy reconfortante. Solo necesitaré un toldo y una mesa de *bridge*. Colgaré mis banderolas en los bordes del toldo.

McGraw negó con la cabeza.

—No necesito a nadie que lea la mano. Demasiados problemas con la ley.

El vagabundo no perdía de vista la botella, le clavaba los ojos inyectados en sangre.

—¿Quiere otro? No, no necesito a nadie que lea la mano. Eso está anticuado. Siempre hay que hacer algo nuevo. Algo que cause sensación.

El otro asintió con aire ausente, mirando la botella. McGraw volvió a dejarla en el armarito y se puso en pie.

—Lo siento, amigo. Pruebe en otro sitio. Pero a nosotros no nos interesa. Buenas noches.

El borracho se puso en pie, las manos en los brazos de la silla, y se quedó tambaleándose, mirando a McGraw con un parpadeo. A continuación se pasó el dorso de la mano por la boca y dijo:

—Sí. Como quiera.

Trastabillando, llegó a la puerta mosquitera y la abrió agarrándose con la mano para mantener el equilibrio. Se había dejado la sucias banderolas con sus manos chabacanamente pintadas.

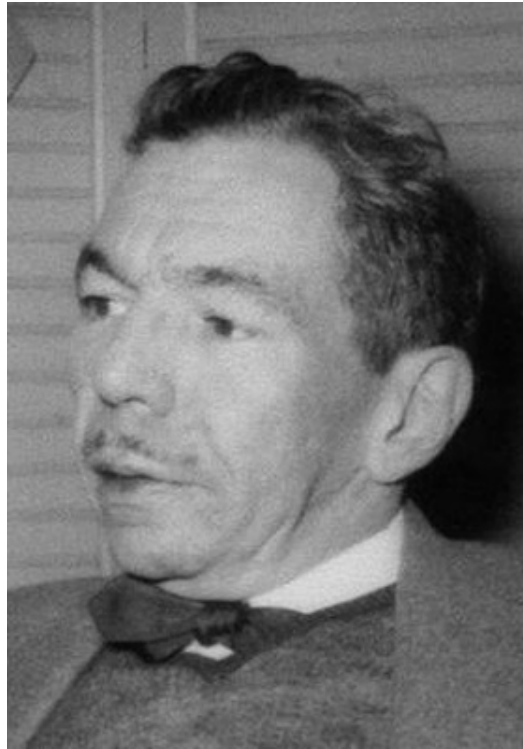
—Bueno, hasta otra, señor.

—Eh, espere un momento.

El beodo ya volvía a estar en la silla, inclinado hacia delante, las manos abiertas sobre el pecho, los codos en los brazos de la silla, la cabeza colgando.

—Oiga, señor, ¿y si me da otro trago antes de irme?

—Claro que sí, hombre. Pero se me acaba de ocurrir una cosa. Tengo un trabajo que a lo mejor te gustaría probar. No es gran cosa, y tampoco te voy a suplicar que lo cojas; pero es un trabajo. Tendrás café y pastas y un trago de vez en cuando. ¿Qué dices? Naturalmente, es solo temporal... solo hasta que encontremos un monstruo de verdad.



WILLIAM LINDSAY GRESHAM (Baltimore, 1909 - Nueva York, 1962) se graduó en 1926 y, ante la imposibilidad de encontrar un empleo fijo, trabajó una temporada como cantante folk en Greenwich Village. En 1937 participó como voluntario en la Guerra Civil Española, donde ejerció de médico en el bando republicano. Dos años después regresó a los Estados Unidos y pasó una temporada en una clínica para tuberculosos. Sus demonios interiores le llevaron de creencia en creencia: marxismo, psicoanálisis, cristianismo y budismo. Pese a sus problemas con el alcohol, Gresham escribió en 1946 su obra maestra: *El callejón de las almas perdidas*, un clásico underground de la literatura norteamericana inédito hasta ahora en español. La novela, adaptada al cine con Tyrone Power como protagonista, proporcionó a Gresham fama y dinero, pero lo perdió todo. La segunda de sus tres mujeres, la poeta Joy Davidman, lo dejó en 1953 por el escritor británico C. S. Lewis, y en 1962, gravemente enfermo, se quitó la vida a los 53 años de edad en la habitación de un hotel de Nueva York.

Notas

[1] Que en castellano, a falta de un argot equivalente, hemos traducido como «el monstruo». (*N. del T.*). <<

[2] «Callejón de pesadilla» (*Nightmare Alley*) es el título original de esta novela. Por consenso editorial y como homenaje a la película de 1947 dirigida por Edmund Goulding y protagonizada por Tyrone Power se ha optado por el título español de esta: *El callejón de las almas perdidas*. (N. del T.). <<